

# **Fidel Castro**

Más allá del mito



**Prólogo de Ignacio Ramonet**

**Katrien Demuynck**

**Marc Vandepitte**

© [ediciones]  
**dyskolo**

# **Fidel Castro**

## **Más allá del mito**

Katrien Demuynck y Marc Vandepitte

 ediciones dyskolo

**Fidel Castro. Más allá del mito**

*Katrien Demuyne y Marc Vandepitte*

Prólogo: Ignacio Ramonet

Publicado por Ediciones Dyskolo. Albatana (AB).

<http://www.dyskolo.cc>

Edición digital: 1.0 Agosto 2026

Colección: Crónicas

Diseño de cubierta: Garant Uitgevers

Este libro cuenta con una licencia [Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivados 4.0](#) (CC BY-NC-ND 4.0)



 ediciones dyskolo

Ediciones Dyskolo ([www.dyskolo.cc](http://www.dyskolo.cc)) es un proyecto sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

Como lector puedes colaborar haciendo una donación ([a través de PayPal](#)) a este proyecto editorial, con lo que contribuirás a la liberación de nuevos contenidos.

## **Fidel Castro, el hombre, el estratega, el revolucionario**

Lo primero que sorprendía de Fidel Castro no era su uniforme ni su estatura, ni siquiera su elocuencia; era su curiosidad. Al cabo de muchas horas de entrevistas para nuestro libro *Fidel Castro: biografía a dos voces* (Destino, 2007), cuando todos estábamos agotados, el Comandante seguía haciendo preguntas, pidiendo aclaraciones, volviendo sobre algún detalle histórico o científico con toda su energía. He pensado a menudo que ese era el secreto de su longevidad política: más que un hombre con poder, Fidel era un intelectual inquieto, un genio visionario, un hombre sabio.

He tenido ocasión de conocer a lo largo de mi vida de periodista a muchos jefes de Estado, responsables políticos, intelectuales, artistas y dirigentes que marcaron su época. Sin embargo, pocos me han impresionado tanto como Fidel Castro.

No me refiero aquí al mito, alimentado generosamente tanto por sus admiradores como por sus adversarios. Hablo del hombre que tuve el privilegio de frecuentar durante muchos años, de entrevistar durante incontables horas, de ver razonar en voz alta para reconstruir hasta el menor detalle determinado episodio histórico, relacionar hechos aparentemente insignificantes con una vasta perspectiva política.

Tenía una memoria prodigiosa. Más extraordinaria todavía era su curiosidad intelectual, que permaneció intacta hasta el final de su vida. Nada que concerniera a los seres humanos y al mundo le era ajeno.

Estas conversaciones me enseñaron una lección fundamental: para comprender a Fidel Castro, había que ir siempre más allá del personaje. Su existencia se confunde con la historia de Cuba durante más de medio

siglo, pero también se entremezcla con la de las grandes convulsiones del siglo XX: la descolonización, la Guerra Fría, los movimientos de liberación nacional, la globalización neoliberal y la aparición después de un mundo más diversificado en el que las antiguas potencias occidentales ya no detentan el monopolio de las decisiones.

Precisamente porque Fidel Castro ocupa un lugar tan singular en la historia contemporánea, cualquier nueva biografía puede parecer a primera vista superflua: ¿qué se podría decir todavía de un hombre al que se han dedicado tantos libros?

La respuesta es sencilla: cada época plantea nuevas preguntas al pasado. Y cada generación interpreta las grandes figuras históricas a la luz de sus propias preguntas.

Este libro de Katrien Demuynck y Marc Vandepitte responde a estas exigencias.

Hace mucho tiempo que conozco a Marc y Katrien. Me gusta el rigor de su trabajo, su profundo conocimiento de América Latina y su voluntad constante de situar los acontecimientos en su contexto. Katrien Demuynck y Marc Vandepitte han optado por un planteamiento más difícil en un panorama editorial en el que a menudo se reduce a Fidel Castro a un icono o a un fante: restituir la complejidad de un destino excepcional sin ceder ni a la hagiografía ni al proceso ideológico.

Ese método es indispensable.

La figura de Fidel Castro está encerrada desde hace décadas en una batalla de relatos. Para unas personas sigue siendo el símbolo de la resistencia al imperialismo; para otras encarna todas las derivas del socialismo de Estado. A menudo estas representaciones opuestas, legítimas a veces en su inspiración, acaban ocultando la realidad histórica, que tiene infinitud de matices. Ahora bien, la misión del historiador, de la historiadora, no es alimentar las pasiones, sino que debe ante todo aclarar los hechos.

Una de las cualidades principales de este libro es, precisamente, recordar que no se puede comprender Cuba con independencia de la singular relación que mantiene desde hace más de dos siglos con su poderoso vecino, Estados Unidos. La Revolución de 1959 nunca evolucionó en un entorno normal. Se enfrentó desde el principio a intentos de desestabilización, a una invasión armada, a un embargo económico que iba a durar décadas y también a una permanente

confrontación política. Ninguna valoración sería de las decisiones del gobierno cubano puede ignorar esta realidad.

Eso no significa que todo se pueda explicar y, mucho menos, justificar por medio de las presiones exteriores. El propio Fidel Castro sabía que toda revolución genera sus contradicciones, sus errores, sus rigideces. A veces hablaba de ello con una franqueza que sorprendía a muchos de sus detractores y de sus admiradores. No ambicionaba construir una sociedad perfecta (sabía que no existe), sino preservar la independencia nacional, que consideraba la primera condición de cualquier política social. No quería escribir con balas la impronta más profunda que le gustaría dejar de su paso por esta tierra, sino con palabras, libros y todo tipo de actos de solidaridad.

También era sorprendente su capacidad visionaria, la extraordinaria amplitud de su horizonte. Su mirada superaba con mucho las fronteras de Cuba. África ocupaba un lugar particular en su reflexión. América Latina constituía su espacio natural. Asia le interesaba cada vez más a medida que el centro de gravedad del mundo se desplazaba hacia Asia Oriental. Fidel Castro vislumbraba ya la aparición de un Sur Global y de un orden mundial multipolar, mucho antes de que estos términos se generalizaran.

Estas intuiciones resultan hoy, con la distancia, particularmente esclarecedoras. El mundo que se perfila ante nuestros ojos ya no es el que había emergido en 1991, tras la desaparición de la Unión Soviética. Se afianzan nuevas potencias, los países del Sur reivindican mayor autonomía, los BRICS se hacen oír y hay una importante restructuración de las relaciones de fuerza internacionales. Releer a Fidel Castro en este nuevo contexto no es un acto de nostalgia, sino una manera de entender mejor determinadas ideas fundamentales del presente. Por eso esta biografía llega en un buen momento.

Katrien Demuyne y Marc Vandepitte no tratan de convencer a las y los lectores de que admiren a Fidel Castro, sino que les proponen algo más valioso: comprenderlo. Comprender cómo un joven abogado de Santiago de Cuba se convirtió en uno de los mayores estrategas revolucionarios y en una de las figuras geopolíticas más influyentes de la segunda mitad del siglo pasado; comprender por qué una pequeña isla del Caribe pudo ejercer una influencia diplomática y moral sin parangón dadas sus dimensiones; comprender, por último, por qué diez años

después de su desaparición Fidel Castro sigue ocupando un lugar tan singular en el imaginario político del mundo.

Nunca se deja de reinterpretar a los grandes personajes históricos. Las pasiones se sosiegan, se abren los archivos y las perspectivas cambian. La historia sustituye poco a poco a la polémica. Es un movimiento necesario. Permite acercarnos más a la verdad, sin pretender nunca poseerla totalmente.

Me gustaría que las y los lectores aborden este excelente libro con una mente abierta. En él descubrirán un trabajo sólido, documentado, atento tanto a los hechos como a los contextos. Sobre todo encontrarán en él a un Fidel Castro profundamente humano: estratega, visionario, a veces obstinado, a menudo audaz, siempre convencido de que los pueblos pueden escribir ellos mismos su historia, su destino.

Esta convicción es lo que sin duda explica, más que ninguna otra, por qué el nombre del Comandante cubano sigue siendo, todavía hoy, inseparable de los grandes debates sobre la soberanía, la justicia social, el derecho internacional y la independencia de las naciones. Quien lee este libro no se adentra solamente en la vida de un hombre y de un país, entra en una época cuyos formidables ecos siguen conformando nuestro mundo contemporáneo.

IGNACIO RAMONET

Traducido del francés por Beatriz Morales Bastos

*Lo que brilla con luz propia nadie lo puede apagar  
Su brillo puede alcanzar la oscuridad de otras costas.  
(...)  
Bolívar lanzó una estrella que junto a Martí brilló  
Fidel la dignificó para andar por estas tierras.*

Pablo Milanés

## Introducción

En 1953 un puñado de jóvenes sin dinero ni respaldo político planeó un ataque contra el segundo cuartel militar más grande de Cuba. La acción estaba insuficientemente preparada y los rebeldes sufrieron graves pérdidas. Su líder, el joven abogado Fidel Castro, escapó por poco de la muerte. ¿Qué circunstancias llevaron a estos jóvenes a un acto aparentemente suicida? ¿Y qué tipo de líder era el joven Fidel, que logró despertar tanta lealtad que sus compañeros estaban dispuestos a asumir riesgos tan enormes?

Menos de cuatro años después emprendió junto con apenas 81 compañeros de lucha y un limitado arsenal de armas una invasión desde México para derrocar al régimen dictatorial en Cuba. Pocos líderes políticos se habrían atrevido a semejante misión imposible. Aunque el desembarco salió completamente mal y solo quedaba un puñado de rebeldes, estaban decididos a continuar la revolución. Apenas dos años después este pequeño grupo logró vencer al ejército mejor armado de América Latina. Cuando obtuvieron la victoria en 1959, el país fue transformado por un hombre que apenas tenía 33 años.

Posteriormente estos revolucionarios lograron expulsar del país a los todopoderosos Estados Unidos, poner fin a 500 años de colonización y construir una sociedad socialista. Resistieron el bloqueo más largo de la historia y la persistente agresión militar de una superpotencia nuclear. Fidel nunca se dejó intimidar.

Los revolucionarios cubanos supieron desarrollar el país hasta convertirlo en un Estado soberano que se convirtió en ejemplo en materia de logros sociales, culturales y deportivos. Bajo la tutela de Fidel, Cuba sobresalió mucho más allá de su peso. Este país del tercer mundo, con 10 millones de habitantes, envió él solo más médicos al mundo que toda la Organización Mundial de la Salud. La pequeña isla influyó en la historia de África.

Fidel Castro desempeñó un papel importante, si no decisivo, en todos estos hechos notables. Amigos y enemigos coinciden en que Fidel ha sido uno de los líderes más destacados desde la Segunda Guerra Mundial. Era un hombre de gran audacia, un carisma asombroso, un optimismo inquebrantable y una personalidad fuerte. Con un talento poco común para sobrevivir y la confianza para manifestarse en el escenario mundial, hizo lo que ningún líder de un país tan modesto había logrado antes.

La mayoría de las personas en Occidente ya tiene su juicio sobre Fidel Castro, a menudo sin conocer realmente los hechos. Esta biografía va más allá de los clichés y las leyendas alrededor de «El Comandante» y pretende que se comprenda más profundamente el decisivo papel que desempeñó en la historia de la Cuba rebelde y del mundo.

# **1. Infancia turbulenta**

## **Birán**

En 1899 el joven español Ángel Castro Argiz pisó por segunda vez suelo cubano. Era un hombre de origen gallego que anteriormente había luchado como soldado para el ejército español en Cuba. Ahora regresaba con una energía de trabajo indomable y un agudo sentido de las oportunidades para escapar de la pobreza extrema en Galicia. Sus primeros años fueron duros. Trabajó en una mina cerca de Santiago en condiciones extremadamente malas. Con el dinero ahorrado abrió un bar y una tienda con productos españoles en una plantación de azúcar cerca de Guaro. Mientras tanto trabajaba como contratista para la United Fruit Company y tenía algunos trabajadores a su cargo. Despejaban los bosques para plantar cultivos o talaban madera para alimentar las refinerías de azúcar. Poco a poco compró tierras en la región. Ángel convirtió esas tierras en una finca propia donde cultivaba caña de azúcar y criaba ganado.

Ángel se casó con María Luisa Argota Reyes. Tuvieron cinco hijos, de los cuales solo sobrevivieron dos. La pareja se fue distanciando. A María Luisa no le gustaba la vida en el campo. Ángel Castro pasaba largos períodos en su finca en Birán. Finalmente sus caminos se separaron. Su hija y su hijo del primer matrimonio visitaron más tarde de vez en cuando la finca. Su media hermana Lidia asumió un papel clave en el movimiento clandestino de resistencia que Fidel fundó más tarde.

La mujer que se convirtió en el eje del hogar en Birán fue Lina Ruz González. Su familia había huido de la miseria de Pinar del Río después de que un huracán lo destruyera todo allí. La familia se estableció cerca de las tierras de Ángel y empezó a trabajar para él. Aunque ya vivían juntos desde 1922, Ángel y Lina no se casaron hasta 1943, después de que Ángel iniciara en 1941 el divorcio de Luisa, más de veinte años después de la separación de hecho. Lina dio a luz a siete hijos. Fidel nació el 13 de agosto de 1926. Creció en un entorno que se movía al ritmo de la naturaleza.

En el campo se sentía más en su elemento. Desde los diez u once años salía solo con una escopeta de caza y pasaba horas en las colinas. Nadaba en el río Birán, montaba a caballo y cazaba con una pequeña jauría de perros. Esta intensa conexión con la naturaleza formó su carácter; aprendió a ser independiente. Desde los doce años se adentraba en el bosque o iba a la casa de su abuelo, el padre de Lina, a cuatro kilómetros de distancia.

Aunque creció en una familia acomodada, la vida no siempre era igual de sencilla. Había un fuerte contraste entre la riqueza de su padre y la amarga pobreza de la familia de su madre. Esta conciencia de la desigualdad influyó más tarde en la formación de su visión del mundo.

La madre, Lina, era el contrapunto cálido del reservado Ángel. Era una mujer profundamente creyente que rezaba todos los días y encendía velas a la Virgen María y a los santos. Era extrovertida y combinaba el afecto con la firme convicción de que sus hijos llegarían lejos. Mientras el padre tenía un aura de autoridad, Lina era la más cercana a los niños. Era ella quien los corregía, pero rara vez se cumplían sus amenazas de recurrir a Ángel para el castigo.

De niño Fidel ya destacaba por su fuerte carácter. Era asertivo, combativo y siempre el primero en ponerse al frente.

Fidel admiraba a su padre por su enorme capacidad de trabajo y su determinación. Pero, al mismo tiempo, Ángel era un hombre del *statu quo* político y de ideales conservadores, mientras que el joven Fidel desarrolló pronto un espíritu rebelde. Fidel simpatizaba precisamente con las personas contra las que su padre advertía, como el cocinero que era calificado de “comunista” porque tomó partido por los republicanos en la Guerra Civil española. A los dieciocho años reprochó a su padre que explotara a los trabajadores con promesas vacías.



*La casa familiar de Fidel*

Fidel creció en un entorno en el que era tangible la presencia del poder extranjero. La casa paterna se encontraba en medio de enormes tierras, rodeada de grandes empresas como la United Fruit Company y otras compañías azucareras de la región. La presencia de Estados Unidos se sentía en todas partes y, a menudo, de forma brutal. En la provincia de Oriente las empresas estadounidenses dominaban la mayor parte de la economía: la producción de azúcar, los ferrocarriles, la electricidad e incluso los depósitos bancarios. Hasta 1923 los marines estadounidenses estuvieron estacionados en Cuba para proteger propiedades y después su influencia también se siguió sintiendo a través de la Guardia Rural, una fuerza policial entrenada según el modelo estadounidense. Además, las grandes empresas disponían de sus propias fuerzas de seguridad. El joven Fidel vio que mandaban el capital extranjero y el poder externo, y que las estructuras locales estaban subordinadas a ellos.

Su propia familia no era una familia típica de grandes terratenientes. Su padre poseía más de diez mil hectáreas de tierra, pero el estilo de vida seguía siendo sencillo y poco burgués. Los niños crecieron sin la distancia cultural que a menudo acompaña a la riqueza. Vivían entre jornaleros, vaqueros y pequeños campesinos, los cuales los consideraban parte de su mundo. Naturalmente, como eran los hijos del patrón, se les miraba de manera diferente a como se miraba a los niños con los que jugaban.

A medida que crecía Fidel empezó a ver la desigualdad desgarradora. Al lado de la riqueza de los barones del azúcar veía niños sin comida y padres sin trabajo. Le impresionó sobre todo el contacto con los trabajadores temporeros haitianos. Estos hombres vivían en miserables barracones y en unas condiciones lamentables. Fidel y sus hermanos a menudo repartían ropa, comida y tabaco de la tienda familiar entre estos trabajadores. Veía que se les miraba por encima del hombro y que la Guardia Rural, fiel a los intereses estadounidenses, actuaba con mano dura contra los trabajadores cubanos y haitianos.

Un incidente significativo tuvo lugar cuando el joven Fidel salió en defensa de Serrucho, uno de los trabajadores haitianos que era maltratado por un guardia. Aunque el hombre uniformado sacó su revólver, Fidel se negó a hacerse a un lado, sin importar el gran riesgo que corría. También su madre, Lina, mostró una valentía semejante. Cuando un guardia disparó al trabajador Serapio Batista y los presentes huyeron asustados, ella se plantó con firmeza entre el tirador y la víctima para evitar un asesinato. En Birán no había cuartel de policía. La familia Castro funcionaba a menudo como el único amortiguador contra la arbitrariedad de las autoridades.

El impulso a actuar de Fidel ya se manifestó a los trece años, cuando intentó incitar a los trabajadores de la caña de azúcar a una huelga contra nada menos que su propio padre. La vida en el campo con sus grandes propiedades fue una escuela de injusticia para Fidel. Los administradores estadounidenses dictaban allí la ley y se aplastaba a los sindicatos. Mientras su padre pagaba a menudo a su personal el doble de lo que era habitual en otros lugares, Fidel veía la estructura más amplia de explotación. Empezó a comprender que el poder en Cuba no estaba en manos del pueblo, sino en las de los gerentes de las empresas azucareras

estadounidenses, que disponían de soldados y otro personal militar para imponer su voluntad.

## **Formado por los jesuitas**

La carrera escolar de Fidel comenzó temprano: a los cuatro años ya estaba en la pequeña clase multigrado de Birán. Desde la primera fila lo captaba todo y a los cinco años ya sabía leer y escribir. Sin embargo, no dejó de haber problemas. Su fuerte voluntad y su carácter impetuoso provocaban con regularidad conflictos con los maestros. Así, una vez arrancó el mapa de la pared porque Birán no figuraba en él. «Inútil», pensó aquel niño pequeño de cinco años.

A finales de 1932 Fidel, de apenas seis años, fue enviado a Santiago junto con su hermana Ángela. Su maestra, que lo consideraba un niño muy inteligente, había convencido a sus padres de que merecía una educación mejor. La transición fue brusca. Él y su hermanita fueron acogidos en una familia anfitriona donde recibieron clases particulares. Pero la acogida resultó todo menos cálida. Las condiciones en las que vivían los niños eran duras. Les daban demasiado poco de comer. El pequeño Fidel tampoco aprendía apenas nada allí. La enseñanza no iba mucho más allá de aprender de memoria las tablas de multiplicar desde la parte trasera de un cuadernillo de ejercicios, lo cual era una tortura para un niño de su temperamento. «Fueron dos años perdidos», diría Fidel más tarde. Y también: «La única utilidad que aquello pudo haber tenido fue la experiencia que adquirí de condiciones difíciles, de condiciones duras».

La ciudad, sin embargo, también ofrecía otras impresiones que formaron su temprana visión del mundo. Antonio, el mecánico de Birán, había sido detenido en cierto momento porque pasaba por «comunista». Lo encerraron en la cárcel de Santiago. Cuando su esposa fue de visita, llevó a Fidel para verlo. Los carceleros y las celdas grises causaron una fuerte impresión en el muchacho. En las calles de Santiago reinaba una

tensión constante bajo el régimen del dictador Machado. Oía regularmente oía las explosiones de las bombas dirigidas contra el régimen del dictador. También vio como se deportaba a los trabajadores haitianos.

Más tarde enviaron al pequeño Fidel a la escuela. Pero la situación en la familia de acogida no mejoró. Cada vez que no aceptaba algo, le caían golpes o le amenazaban con el internado. Hasta que el muchacho decidió que allí estaría mejor. La frustración llevó así a su primera rebelión. En 1935 se produjo una ruptura definitiva con la familia de acogida. Fidel, de nueve años, fue inscrito junto con su hermano mayor Ramón en el internado La Salle, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Más tarde se les uniría el hermano menor Raúl. El período en el internado resultó ser una escuela dura pero eficaz. En La Salle el joven Fidel descubrió su pasión por la historia. Devoraba libros sobre santos y mártires, y las matemáticas se le daban con facilidad, pero las oraciones religiosas obligatorias no eran para él. Fidel obtuvo excelentes notas. Al acabar el tercer curso la escuela le permitió empezar directamente el quinto.

Lamentablemente, las cosas iban a empeorar pronto. Una considerable pelea de muchachos con un alumno muy apreciado por el hermano prefecto terminó en una reprimenda y varios golpes fuertes en la cara. Fidel se sintió tratado injustamente y humillado. Tras un segundo conflicto con el mismo hermano, que volvió a terminar con una firme bofetada, Fidel devolvió el golpe. Consecuencia: los hermanitos Castro fueron expulsados de la escuela como los mayores «bandoleros» del internado.

El padre Castro ya estaba harto y decidió mantener a sus hijos en casa. Pero no contaba con la determinación de Fidel. Cuando no pudo convencer de inmediato a su madre, amenazó con prender fuego a la casa paterna si no se le permitía volver a estudiar. Se acabó saliendo con la suya. En 1939 volvió a la escuela en Santiago, pero esta vez con los jesuitas en el Colegio de Dolores. En Santiago conoció a la maestra negra Emiliana Danger Armiñán, que había sido contratada para dar clases de apoyo a su hermana Angelita. Ella vio su potencial, estimuló su actitud hacia el estudio y reconoció su inteligencia y sensibilidad. Lo motivó para que se tomara en serio los estudios, aunque seguía siendo un niño que a veces estallaba para después disculparse lleno de arrepentimiento.

Le gustaba la vida del internado. Disfrutaba de las competiciones deportivas, los experimentos de laboratorio y las largas horas en la biblioteca. Los jesuitas insistían en la formación del carácter: eran fundamentales el valor, la disciplina, la perseverancia y el sentido del honor. Animaban a arriesgarse y a tomar iniciativas, valoraban el intelecto sobre la emoción y la elocuencia sobre el materialismo. Aunque exigían una obediencia estricta, al mismo tiempo fomentaban la libertad de pensamiento. En este entorno elitista, entre los hijos de la rica clase comercial y de industriales, Fidel destacaba por su enorme confianza en sí mismo. Para cuando terminó su etapa escolar el muchacho de Birán se había transformado en un joven disciplinado con un intelecto agudo y una voluntad inflexible.

Fidel desarrolló en su adolescencia un interés amplio e intenso por la historia y por grandes figuras del pasado. Admiraba a los caudillos militares y exploradores como Napoleón, Aníbal, Alejandro Magno y Colón. Al mismo tiempo empezó a leer las obras de José Martí, que causaron en él una impresión duradera. José Martí fue un héroe nacional cubano, poeta y filósofo que en el siglo XIX no solo sentó las bases intelectuales de la independencia de Cuba, sino que volvió a poner en marcha la lucha contra el colonizador español.

A comienzos del siglo XIX prácticamente todos los países de América Latina obtuvieron su independencia. Cuba perdió este tren. La lucha cubana por la independencia en la segunda mitad del siglo XIX se vio atravesada por el afán expansionista de Washington. Por ello, el sentimiento nacional en Cuba adquirió una fuerte dimensión antiimperialista, cuyo catalizador fue Martí.

A Fidel también le fascinaba la Biblia, sobre todo los relatos sobre guerras y lucha moral. La historia y el debate se convirtieron en sus ámbitos favoritos, y se ejercitaba en la retórica imitando a figuras como Cicerón y Demóstenes.

Su curiosidad iba más allá de los libros. Seguía la actualidad por la radio, observaba la naturaleza e incluso escribió una carta al presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. En las calles de Santiago vio a los soldados maltratar al pueblo de una manera arrogante y odiosa. El ver a niños asustados y la represión arbitraria dejó un regusto amargo. Durante las vacaciones en Birán seguía saliendo con su Winchester 44. Su padre, Ángel, empezó a reconocer las cualidades intelectuales de su hijo, aunque

durante las vacaciones Fidel simplemente tenía que trabajar duro en la granja.



*El joven Fidel de caza*

En 1942 Fidel tomó una decisión que cambiaría su vida: convenció a sus padres de que debía ir a La Habana para estudiar en el prestigioso colegio jesuita Belén. También negoció que su hermana Angelita pudiera acompañarlo. Belén era el lugar donde se preparaba a los futuros líderes de Cuba. Sin embargo, la llegada allí fue un choque cultural para un

muchacho del campo. Con su ropa sencilla y su acento, era un blanco fácil para las burlas de la élite urbana. Allí también se enfrentó de verdad por primera vez de verdad a la distinción entre clases. En casa, en Birán, su familia era la más rica de la región, pero aquí era el «nuevo rico», un joven de provincia al que las familias establecidas miraban por encima del hombro, lo que le obligó a probarse a sí mismo. Aprendió a confiar en él y desarrolló un fuerte deseo de sobresalir. En lugar de retirarse, decidió conquistar su lugar, tanto en clase como en el campo deportivo. Su ambición de estar siempre entre los mejores se convirtió en una fuerza motriz.

En la escuela podía seguir bien las clases gracias a una excelente memoria fuerte y una buena dosis de disciplina. Estudiaba regularmente hasta bien entrada la noche y llevado por sus propios intereses, también fuera del programa de estudios obligatorio.

Además de sus estudios era particularmente activo en las actividades extracurriculares. Como miembro de la organización juvenil jesuita, comparable a los *scouts*, adquirió una reputación de resistencia y liderazgo. Finalmente se convirtió en líder del grupo. El deporte también desempeñó un papel importante: estaba entre los mejores en baloncesto, fútbol, atletismo y otras disciplinas. Sus resultados le valieron el reconocimiento como uno de los mejores atletas completos de su época escolar.

Su horizonte intelectual se amplió aún más gracias a los escritos de los filósofos franceses de la Ilustración. Se entusiasmó con los ideales de igualdad, libertad y justicia. Al mismo tiempo empezó a comprender la carga política de los acontecimientos internacionales, como la Guerra Civil española. Por primera vez aprendió sobre el comunismo, aunque en aquellos años seguía siendo sobre todo un ferviente partidario de José Martí. Llamaba la atención su talento oratorio. Incluso apareció en el periódico después de haber pronunciado una apasionada argumentación sobre la educación pública frente a la privada. A pesar de su popularidad, Fidel siguió siendo en esencia una figura introvertida. Mientras otros alumnos salían, él a menudo permanecía solo.

Su reputación estaba firmemente establecida al final de su etapa escolar. Sus compañeros de estudios y sus maestros veían en él a un futuro líder. Recibió elogios por su inteligencia, sus logros deportivos y su carácter. En la ceremonia de graduación cosechó la mayor cantidad de

aplausos y uno de sus maestros predijo que le esperaba un futuro brillante, posiblemente en el derecho y la política. «No dudamos que llenará con páginas brillantes el libro de su vida. Fidel tiene madera y no faltará el artista», figuraba en el último boletín escolar de Fidel.

Su madre estaba extraordinariamente orgullosa. Su padre le entregó algunas de sus posesiones personales más queridas, entre ellas su cadena de oro y su reloj.

## **2. De estudiante a rebelde**

### **Estudiante rebelde**

Fidel quería estudiar en la Universidad de La Habana. Su padre le regaló un coche. Apenas sabía conducir, pero eso no lo detuvo: partió rumbo a La Habana y por el camino aprendió en tres días las nociones básicas para conducir.

Su inscripción en la Facultad de Derecho el 27 de septiembre de 1945 fue casi una casualidad. Algunos le habían dicho que hablaba bien y que, por tanto, debía hacerse abogado. Tenía entonces diecinueve años, era un producto de la educación de élite de los jesuitas y, según sus propias palabras, en ese momento todavía era un «analfabeto político». Pero eso cambió rápidamente.

En la universidad empezó a leer intensamente y se sintió cada vez más fascinado por la situación nacional. El gobierno del presidente Grau, en el que muchos habían depositado sus esperanzas, decepcionó, lo que alimentó el descontento entre los estudiantes. Fidel se lanzó casi de inmediato al debate político. Pasaba horas en cafés como Las Delicias de Medina, donde discutía sin fin. Pronto siguieron sus primeras apariciones públicas. En noviembre de 1946 dio conferencias sobre temas históricos, entre ellos la ejecución de ocho estudiantes de medicina por parte del gobierno colonial español en 1871. Estuvo presente en varias protestas y participó en movimientos estudiantiles contra la posible reelección de

Grau. Al mismo tiempo se comprometió con cuestiones internacionales, como la independencia de Puerto Rico.



*Discurso en la Universidad*

En el campus llamó enseguida la atención. Solía llevar un traje azul oscuro con corbata. Su elevada estatura, su poderosa presencia y su elocuencia le daban el aire de un notable seguro de sí mismo. Esa impresión no siempre era exacta, pero jugaba a su favor. Al mismo tiempo algunos lo miraban con recelo, especialmente los estudiantes progresistas que desconfiaban de su origen jesuita.

Fidel buscaba activamente el debate. Hablaba en plazas y escaleras, a menudo de manera espontánea, y al hacerlo se refería a Martí y a otras figuras históricas, pero también a los ideales de la Revolución francesa. Practicaba su retórica, incluso frente al espejo, y desarrolló un estilo directo y cautivador. Su presencia no pasaba desapercibida. Construyó rápidamente una red y fue elegido representante estudiantil.

Su carrera política en realidad comenzó como periodista. En sus artículos atacaba las injusticias sociales y la corrupción de la élite política. Debido a la censura, sus textos a menudo tenían que aparecer en una revista clandestina, bajo el seudónimo de Alejandro. También se le

podía escuchar ocasionalmente en la radio. Obtuvo notoriedad e influencia gracias a sus duras denuncias en los medios.

La propia universidad era un entorno tenso. A menudo la actividad política iba acompañada de violencia e intimidación. Las bandas estudiantiles hacían peligroso el campus y quien se comprometía difícilmente podía mantenerse al margen de los conflictos. En ese contexto Fidel llevaba a veces un arma. La universidad funcionaba como una especie de espacio libre, pero también como una arena en la que las ambiciones políticas y las rivalidades chocaban duramente.

Fidel siguió en primera línea a pesar de ese entorno peligroso. En 1947 su trabajo político adquirió un carácter más estructurado y constante. Firmó declaraciones contra la reelección de Grau y se unió a Eduardo Chibás, el líder del recién fundado Partido Ortodoxo. El 15 de mayo estuvo presente en la reunión fundacional de aquellos «ortodoxos», decidido a desempeñar un papel activo en el futuro de su país. Aunque admiraba a Chibás, seguía siendo crítico, por ejemplo, cuando se trataba de alianzas con ricos terratenientes.

Su madre estaba muy orgullosa de los logros de su hijo, pero en su padre, Ángel, crecía la preocupación. Las ambiciones políticas de Fidel y su naturaleza rebelde amenazaban con crear una brecha insalvable entre el patriarca conservador y su hijo. Sin embargo, no había vuelta atrás para Fidel: sus convicciones políticas tenían prioridad sobre todo. Mientras se preparaba para la carrera de derecho, todos los que lo rodeaban tenían claro que su verdadera vocación no estaba en la sala de audiencias, sino en el escenario político de una Cuba en ebullición que gemía bajo la presión neocolonial de Estados Unidos.

El aspecto del joven Castro en la Universidad de La Habana variaba de un extremo a otro. Aunque generalmente andaba con un ajustado traje y corbata, a veces también se presentaba descuidado, completamente absorto en sus pasiones.

Era un estudiante irregular, rara vez aparecía por clase, prefería estudiar por su cuenta y a veces pasaba quince o dieciséis horas al día inclinado sobre sus libros. Apenas tenía tiempo para la vida estudiantil clásica. Pasaba sus días y sus noches discutiendo con amigos políticos, a menudo durante comidas sencillas en pensiones o en casa de conocidos. En este mundo febril había poco espacio para romances. Las mujeres del campus lo encontraban intrigante pero tímido. Nunca bailaba y no

participaba en conversaciones triviales. La única mujer que realmente penetró en su vida fue la estudiante de filosofía Mirta Díaz-Balart, a quien conoció en los pasillos de la universidad y con quien inició una relación seria. Su vida podría haber tomado un rumbo muy distinto cuando, debido a sus logros deportivos, recibió una oferta de contrato profesional de béisbol con los New York Giants. Pero rechazó la oferta.

En aquellos años también empezó a formarse ideológicamente. Después de estudiar economía política, llegó a la conclusión de que el sistema capitalista no le cuadraba. Sus propias experiencias –como hijo de un gran terrateniente que al mismo tiempo había visto la pobreza de los trabajadores– desempeñaron un papel en ello. Se familiarizó con las ideas de Marx, Engels y Lenin. Describió ese conocimiento como una revelación y una confirmación de intuiciones que ya había desarrollado antes. Su búsqueda ideológica no transcurrió de manera lineal. Junto al marxismo se dejó inspirar al mismo tiempo por José Martí y Simón Bolívar, el cual había liberado a América Latina de la colonización española. Fidel se movía entre distintos grupos y corrientes, a veces tácticamente, a veces buscando, sin definirse ideológicamente de inmediato. A comienzos de 1947 formaba parte de una red de jóvenes activistas con orígenes diversos, desde marxistas hasta inspirados por el cristianismo. Se organizaban bajo distintos nombres y buscaban formas de lograr un cambio político.

En el campus aumentó la violencia. La política estudiantil iba acompañada de confrontaciones y Fidel se encontraba a menudo en el centro de ellas. Un documento de la CIA de 1947 caracterizaba a Fidel como un «ejemplo típico de un joven cubano de buena familia que, sin crianza o buena educación, podría convertirse rápidamente en un verdadero gánster». Fue elegido vicepresidente de la Facultad de Derecho y más tarde, tras tensiones internas, presidente. En ese período la universidad se había convertido en un bastión del gobierno. Fidel estaba convencido de que las autoridades querían asesinarlo. Después de haber criticado abiertamente al corrupto gobierno de Grau, recibió un ultimátum de la policía: deja de criticar o asume las consecuencias. En un momento de desesperación el Fidel de veinte años se retiró llorando a la playa, para luego regresar armado con una pistola Browning y un pequeño grupo de fieles. Fue su primer contacto verdadero con la resistencia armada. Escapó repetidas veces de emboscadas, a menudo por

pura suerte o gracias a la protección de una barrera de estudiantes que lo rodeaban físicamente durante sus desplazamientos. Estos años fueron una dura escuela.

A pesar de la amenaza constante, siguió caminando siempre en primera fila en las manifestaciones y su activismo pronto llegó más allá de las fronteras del país. Desarrolló un fuerte compromiso con la liberación del Caribe de tiranos como Rafael Trujillo. Ese interés cada vez mayor lo llevó en 1947 a participar en una audaz expedición contra el dictador dominicano. Dejó de lado los libros y se dirigió a una islita al norte de la costa camagüeyana, Cayo Confites, donde alrededor de mil hombres recibían entrenamiento militar como preparación para una invasión. A pesar de las súplicas de su madre de que se quedara en casa, Fidel aceptó ser nombrado jefe de compañía. La empresa estaba mal organizada y condenada al fracaso, pero Fidel siguió convencido de la necesidad de actuar. Incluso escribió un testamento antes de partir. Cuando la expedición fue interceptada en el mar por la marina cubana, Fidel se negó a rendirse. Saltó por la borda y nadó los quince kilómetros hasta la costa.

Tras la turbulenta expedición contra el dictador dominicano Trujillo, Fidel regresó a la Universidad de La Habana. Había perdido exámenes. Eligió estudiar como «estudiante libre» para no perder un año, lo que significaba que renunciaba a ciertos derechos estudiantiles en el campus. Al mismo tiempo se intensificó la violencia en la universidad. Los asesinatos de líderes estudiantiles llevaron a protestas masivas, en las que Fidel desempeñó un papel visible. En noviembre de ese año pronunció un discurso memorable junto a la campana de La Demajagua, un símbolo de la independencia cubana. Carlos Manuel de Céspedes la había hecho sonar cuando proclamó el 10 de octubre de 1868 la independencia de Cuba y liberó a sus esclavos, lo que inició el primer período de lucha de liberación anticolonial, la «Guerra de los Diez Años». Fue el primer ataque coherente de Fidel contra el *statu quo* desde una perspectiva marcadamente de izquierda.

Hablaba cada vez con más frecuencia de la revolución como solución para la crisis cada vez mayor en Cuba. El país se iba desarticulando cada vez más política y socialmente, y cobraba más fuerza el llamado a un cambio radical. Sus padres veían con pesar su combatividad, pero respetaban sus decisiones y mantenían la confianza en su hijo.

Las tensiones aumentaron aún más en 1948. El asesinato del líder sindical Jesús Menéndez y las protestas posteriores llevaron nuevamente a Fidel al primer plano. Resultó herido en una manifestación, lo que le proporcionó por primera vez la atención de los medios nacionales. Poco después fue acusado de estar implicado en un asesinato. Aunque finalmente fue absuelto, pasó temporalmente a la clandestinidad.

Ese mismo período también lo llevó fuera de Cuba. En abril de 1948 viajó a Colombia para un congreso estudiantil, justo en el momento en que estalló el célebre Bogotazo: una revuelta popular masiva y espontánea tras el asesinato del popular político Jorge Eliécer Gaitán. Fue el bautismo de fuego como revolucionario para el joven Fidel. Había incendios por todas partes y una multitud sin guía pasó a los saqueos. El caos era enorme, que le causó una profunda impresión. Veía la extraordinaria fuerza del pueblo, pero también la trágica inutilidad de una revuelta sin un liderazgo central ni disciplina.

Fidel no se quedó al margen en esta revuelta popular. Se mezcló en la lucha, se dirigió a las multitudes e incluso intentó convencer a unidades de la policía de que una actitud defensiva frente al ejército llevaría a la derrota. Escapó por poco de la muerte y finalmente pudo huir del país a través de la embajada cubana.

Durante su estancia en la Zona del Canal de Panamá, camino a Colombia, quedó profundamente conmocionado por la interminable fila de bares y burdeles para militares estadounidenses. Eso reforzó sus sentimientos antiimperialistas y su convicción de que América Latina debía deshacerse de la dominación extranjera. A su regreso a Cuba el prestigio de Fidel había crecido fuertemente por su actuación en Colombia.

Los acontecimientos en Colombia también reforzaron su sentimiento de solidaridad internacional. Empezó a ver la lucha en Cuba como parte de un movimiento más amplio en América Latina. Al mismo tiempo aumentó su convicción de que las elecciones no ofrecían una solución real. De niño había visto a su padre comprar votos para manipular elecciones. Aun así, se lanzó a la lucha electoral al lado de su mentor Eduardo Chibás, el líder del Partido Ortodoxo. Chibás era un maestro en el uso de símbolos, como la escoba que debía barrer el mal, y sabía utilizar eficazmente la radio como medio de comunicación. Fidel aprendió mucho del carisma de Chibás, pero también vio su debilidad: la

ausencia de una sólida estructura de base en los pueblos y ciudades. Sin esa organización la victoria electoral estaba condenada al fracaso.

La derrota de Chibás en las elecciones presidenciales de 1948 fue para Fidel la prueba de que el sistema político formal no podía resolver los verdaderos problemas de Cuba. Ese período le enseñó que la calle era el centro del poder y que solo un grupo disciplinado y organizado podía forjar una revuelta popular espontánea en una revolución exitosa. Empezó a aludir cada vez más a menudo a la resistencia armada. Durante una reunión en Santiago declaró sin rodeos que si se le arrebatara la victoria al pueblo, las fuerzas revolucionarias tomarían las armas para conquistar el poder.

La sombra de la represión siguió persiguiéndolo. Tras las elecciones fue asesinado el policía Oscar Fernández Caral. Poco antes de morir señaló a Fidel como el autor. Incluso se presentó un testigo, pero más tarde retiró su declaración. Aunque el caso terminó desvaneciéndose, mostró lo peligrosa que se había vuelto la posición de Fidel.

El 12 de octubre de 1948 el joven Fidel se casó con Mirta Díaz-Balart. Parecía una pareja extraña a ojos del mundo exterior: Mirta provenía de un ambiente acomodado con conexiones políticas influyentes, mientras Fidel ya estaba profundamente metido en la política estudiantil progresista. Había un fuerte contraste entre sus orígenes. La pareja fue de luna de miel a Estados Unidos. Durante ese viaje compró un ejemplar de *El capital*. Devoró las obras de Marx y Lenin e incluso empezó a tramar planes para estudiar en Harvard. Consideró terminar sus estudios en La Habana en un tiempo récord para después estudiar Economía Política en Estados Unidos o Europa.

La situación en la universidad siguió siendo tensa. En abril de 1949 fue asesinado el líder estudiantil Justo Fuentes, lo que llevó a la creación del «Comité del 30 de septiembre» para luchar contra las bandas de gánsteres en el campus. Fidel quiso unirse, pero solo se le permitió ser miembro después de prometer que ya no llevaría su revólver. Tras un discurso durísimo en el que denunció abiertamente a las bandas y sus conexiones con el gobierno, volvió a correr un gran peligro y tuvo que esconderse.

Max Lesnik, entonces presidente de la juventud ortodoxa, recordaba todavía vivamente una reunión de la federación estudiantil a la que asistieron varios cientos de estudiantes. Fidel denunció allí, en nombre

del comité, a los gánsteres. «Fidel lanzó un ataque devastador contra las bandas en la universidad y nombró explícitamente a todos los “gánsteres” y políticos implicados. Esto era, por supuesto, un acto arriesgado. Mientras terminaba su discurso llegaron coches con hombres armados cerca del campus». En ese período había muertos a diario, pero Max llevó a Fidel en su coche. «Como yo era dirigente conocido en el campo político nacional –los gánsteres sabían quién era yo– entonces la única solución era llevar a Fidel en el carro mío. Lo llevé para mi casa y ahí estuvo como dos semanas escondido. Después salió a los Estados Unidos. Ya entonces Fidel y yo teníamos una relación muy estrecha».

Fidel huyó durante algunos meses a Nueva York, un período que utilizó para leer, escribir y reflexionar sobre su futuro.

## **Abogado de los pobres**

Una vez de vuelta en Cuba decidió terminar sus estudios de derecho a ritmo acelerado. En octubre de 1950 se graduó con la calificación de Sobresaliente y un mes después juró como abogado. Para un hombre con su talento y sus conexiones estaba abierto de par en par el camino hacia la riqueza. Su matrimonio con Mirta le ofrecía acceso directo a los círculos más influyentes de La Habana. Tenía al alcance de la mano una lucrativa asociación en un despacho prestigioso. Sin embargo, Fidel eligió algo radicalmente distinto. Se estableció como abogado de los pobres. El resultado fue una falta crónica de ingresos. Las cuentas del carnicero y del tendero quedaban sin pagar, y la joven familia sobrevivía en gran parte gracias al apoyo financiero que se enviaba desde Birán para su hermano Raúl, que se había mudado con ellos. En cierto momento les embargaron el coche y en 1953 les cortaron la electricidad, en un momento en que el pequeño Fidelito estaba en cama con fiebre alta y una infección de garganta.

A pesar de estas tormentas domésticas, el matrimonio estabilizó en cierta medida el ritmo diario de Fidel. Mirta asumió el cuidado del hogar, lo que permitió a Fidel concentrarse por completo en sus actividades políticas. Se volvió activo dentro de la Juventud Ortodoxa, la rama juvenil del partido de su mentor Eduardo Chibás. Fidel no ambicionaba ningún cargo oficial. Aunque depositaba sus esperanzas en la honestidad de Chibás, seguía siendo crítico. Según Fidel, el partido prestaba demasiado poca atención a los programas sociales y le molestaba el feroz anticomunismo de la cúpula del partido. Al mismo tiempo también veía las limitaciones del partido comunista, que sí tenía influencia entre los trabajadores, pero menos entre capas más amplias de la población.

Fidel hablaba varias veces al mes por la radio, donde abordaba temas controvertidos como la discriminación racial, aunque en aquella época eso distaba mucho de ser popular. Fidel tomó personalmente en sus manos la formación intelectual de Raúl y le dio libros que habían formado su propio pensamiento, entre ellos obras de Engels.

La abogacía no era para Fidel, un fin, sino un instrumento. Mientras en la sala de audiencias luchaba contra alquileres altos y salarios bajos, entre bastidores se ocupaba intensamente de la política del Partido Ortodoxo y del correspondiente movimiento juvenil. A veces también se defendía a sí mismo ante el tribunal en su calidad de abogado. Lo hizo en un caso sobre alteraciones del orden público en Cienfuegos y habló con convicción, sin importar las posibles consecuencias. Fue absuelto y recibió apoyo por su actitud. Momentos así reforzaron su reputación como una persona que no rehuía los riesgos y que se atrevía a defender públicamente sus convicciones.

A pesar de la amenaza constante en la que vivía, parecía sentirse en su lugar en ese papel. Estaba activo en protestas y aparecía cada vez más en los medios. Siguió trazando su propio rumbo ideológico. Trabajaba con comunistas, pero a diferencia de su hermano Raúl, no se unió a ellos. Fidel los consideraba más bien posibles aliados a largo plazo. Eligió un camino más pragmático: la izquierdización del Partido Ortodoxo. Comprendía que el pueblo cubano todavía no estaba maduro para un programa abiertamente socialista, así que mantenía ocultas sus convicciones marxistas más profundas. En vez de mostrarlas, predicaba la justicia social y atacaba la corrupción del presidente Prío. Quería empujar a las masas en una “dirección revolucionaria” sin asustarlas con jerga

ideológica. Era una estrategia consciente, adaptada al público y a las circunstancias.

El año 1951 trajo una onda de choque en el paisaje político cubano. El líder del partido, Eduardo Chibás, había acusado públicamente al ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, de desviar fondos gubernamentales para comprar grandes propiedades en Guatemala. El ministro le desafió a presentar pruebas escritas convincentes, pero los informantes se retiraron en el último momento o simplemente no contaban con las pruebas. Por esta trampa política, Chibás perdió su credibilidad. Fue prácticamente un veredicto político de muerte, al que respondió con un acto de desesperación. El 5 de agosto él se disparó en el vientre durante una transmisión de radio. Fidel permaneció durante días junto a su lecho de muerte en el hospital. La muerte de su mentor dejó un vacío político. Aunque Fidel en ese momento todavía era demasiado joven para suceder a Chibás, sintió que había llegado el momento de un cambio estructural. Fidel tuvo claro que la dirección existente de los ortodoxos no era capaz de traer el cambio. Empezó a cambiar el planteamiento de estos de denunciar la corrupción, el tema principal del partido ortodoxo, a pensar en reformas estructurales y una estrategia más amplia.

En ese período creció su convicción de que solo una ruptura radical con el sistema existente podía ofrecer una salida. Pensaba en programas con reformas como la distribución de tierras y la reducción de los alquileres. Al mismo tiempo comprendía que nuevas estructuras partidarias tenían poco sentido si repetían los mismos errores. La pregunta ya no era si el cambio era necesario, sino cómo podía realizarse.

Mientras tanto siguió activo como abogado y vinculado periódicamente a la exposición de la corrupción. Sacó a la luz revelaciones sobre asuntos oscuros del gobierno y el dinero que fluía directamente desde el palacio presidencial hacia bandas de gánsteres. Denunció por asesinato a oficiales influyentes y obligó a los jueces a actuar. También arremetió contra Fulgencio Batista, un militar y político cubano apoyado por Estados Unidos que dirigió Cuba dos veces: primero como hombre fuerte desde 1933 a 1944 y más tarde como dictador desde 1952. Con ese activismo Fidel siguió ganándose enemigos poderosos y poniendo su vida en peligro. Sus amigos le advertían que sus días estaban contados, pero no se detuvo por eso.

A finales de 1951 Fidel luchaba en tres frentes a la vez. Se dedicaba a un proyecto de viviendas en La Habana, seguía desenmascarando los crímenes del presidente Prío y llevaba a cabo una feroz campaña electoral para ser elegido por los ortodoxos en el distrito de La Habana. Quería utilizar el parlamento como plataforma para un programa radical: reformas agrarias, reducción de alquileres y acción armada si fuera necesario. Vivía con una prisa constante; con su pelo revuelto y la corbata torcida, parecía como si cada minuto contara para él. Sus noches a menudo terminaban solo al despuntar el día.

Su presencia en los medios aumentó de manera constante. Obtuvo una hora de emisión en la emisora La Voz del Aire, hora en la que sus discursos ardientes llegaban a más de setenta mil obreros y campesinos. Abordaba allí cuestiones sociales como la pobreza, el desempleo y los bajos salarios. Fidel comprendía que tenía que conseguir que la masa estuviera de su lado para la lucha que se acercaba inevitablemente. Mientras los políticos tradicionales seguían vacilando, él se preparaba para una confrontación total.

Dentro del Partido Ortodoxo Fidel fue construyendo gradualmente su propio núcleo de partidarios, conocido como la ARO (Acción Radical Ortodoxa). Este grupo formó el germen de lo que más tarde sería su movimiento revolucionario. Disponía de una base considerable, sobre todo entre los jóvenes, lo que le daba una posición sólida dentro del partido. Sin embargo, no siempre caía bien en la dirección. Fidel tenía poca paciencia con las figuras establecidas, especialmente cuando las consideraba alejadas del mundo real o demasiado privilegiadas, y no dudaba en criticarlas abiertamente.

Su decisión de presentarse como candidato al parlamento tampoco fue recibida con entusiasmo por todos. Al principio su nombre no se incluyó en la lista, pero Fidel llevó a cabo una campaña intensiva y logró imponer finalmente su candidatura. Hacer campaña en aquella época consistía sobre todo en discursos en reuniones políticas, aparecer en la radio y visitar casa por casa. Fidel introdujo algo completamente nuevo. El día de Navidad de 1951 escribió una carta personal manuscrita a todos los votantes ortodoxos para desearles felicidad. Envío unas diez mil. Eso dio un enorme impulso a su notoriedad en la provincia de La Habana. Su padre lo apoyó económicamente y creía en sus posibilidades. Fidel siguió destacando en las reuniones por su capacidad oratoria.

«Crecía mi admiración por las ideas y la fe en los destinos nacionales que con dominio político expresaba Fidel Castro. Hablaba con fluidez durante largo tiempo, porque habla como un verdadero adoctrinador que enseñaba a pensar, a reflexionar y a decidir a las grandes masas populares». Así lo recordaba Pastorita Núñez, entonces «ortodoxa» y más tarde guerrillera.

Crecían las expectativas de ser elegido. Sin embargo, Fidel no veía el parlamento como un fin en sí mismo. Lo consideraba más bien como un medio, un posible trampolín para desarrollar un programa revolucionario más amplio y movilizar apoyo. Al mismo tiempo comprendía que el sistema político existente por sí solo era insuficiente para resolver los problemas del país. Su pensamiento ya se movía hacia una estrategia que iba más allá de la mera acción parlamentaria. Buscaba maneras de unir a distintos grupos y encontró incluso comunistas dispuestos a colaborar pragmáticamente sin presentar candidatos propios.

El joven abogado que obtuvo su título en 1950 ya no era el muchacho rebelde e irreflexivo de Birán. Era un hombre con un plan, formado por las duras lecciones de la universidad, la pobreza de su joven familia y la violencia sangrienta en las calles de Bogotá y La Habana. Con el diploma en el bolsillo, y las obras de Marx y Lenin en la cabeza, estaba al comienzo de una trayectoria que cambiaría profundamente a Cuba. Había aprendido que la ley podía ser un arma, pero también que el verdadero poder estaba en la calle y en las mentes del pueblo.

Fidel ya causaba una gran impresión en Max Lesnik en aquel momento. «Fidel es más alto que el promedio del cubano. Él tenía una voluntad, una vocación, una vehemencia, en sus manifestaciones públicas que le daba cierta prestancia. Yo diría que Fidel, desde que llegó a la universidad, se notó que era un individuo con madera de líder y como tal lograba nuclear estudiantes para distintas actividades. Cualquiera que conociera a Fidel sabía que o llegaba a una posición cimera, no voy a decir el presidente de la república porque en esa época nadie pensaba en una revolución y mucho menos en una revolución social, o lo mataban en una lucha. Todos los que lo veíamos tanto en el partido o en la universidad, sabíamos que Fidel o llegaba adonde llegó o perecía en el intento».

### **3. El ataque al cuartel Moncada**

#### **Un movimiento clandestino**

El golpe militar del 10 de marzo de 1952 no tomó a Fidel por sorpresa. Dentro de la dirección del Partido Ortodoxo Fidel ya había señalado indicios de que Fulgencio Batista y un pequeño grupo de oficiales preparaban una conspiración. Cuando llegó el momento, la toma del poder se desarrolló rápidamente y casi sin derramamiento de sangre.

Con el golpe de Estado todo cambió. Fidel veía sobre todo indecisión y miedo dentro del movimiento ortodoxo. Los dirigentes mayores todavía esperaban un cambio por medio de elecciones, pero para Fidel el golpe era una confirmación de que la vía democrática estaba cerrada. El poder había sido tomado por la violencia y solo podía ser recuperado por la violencia. En uno de sus panfletos escribió: «El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido Revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba».

Fidel se dio cuenta de que la burguesía cubana era demasiado débil para instalar un sistema político estable y para seguir un rumbo soberano propio, independiente de Estados Unidos. La situación no hacía sino reforzarse con el control cada vez mayor de Batista sobre la sociedad.

Fidel no podía contar con los comunistas, porque estos no veían salida en una revolución armada. Cuando quedó claro que nadie estaba dispuesto a desafiar realmente a Batista ni era capaz de ello, decidió fundar un movimiento propio e independiente. Había mucho potencial entre la juventud; había sido educada con el pensamiento del luchador anticolonial por la liberación e ideólogo José Martí. El año 1953 estuvo marcado por José Martí, cuyo primer centenario de su nacimiento se convirtió en un catalizador para la protesta. La juventud se sentía especialmente interpelada como la «generación del centenario», la generación del centenario de Martí.

Expulsar a Batista era el primer paso, pero el verdadero objetivo era una reforma profunda de la sociedad cubana. Eso todavía no lo decía en voz alta porque partía de la idea de que proclamar abiertamente sus planes radicales provocaría demasiada resistencia. En lugar de ello se presentó como el defensor de la Constitución violada. Denunció oficialmente a Batista ante el tribunal y exigió una pena de cárcel de más de cien años para el tirano. Al mismo tiempo difundía panfletos extremadamente incisivos junto con personas fieles como su hermano Raúl y el camarada Níco López.

En las primeras semanas después del golpe de Estado Fidel pasó regularmente a la clandestinidad para evitar ser arrestado. Al mismo tiempo desarrolló un doble planteamiento: una presencia visible y legal que servía de tapadera, y una red clandestina cada vez mayor. Así se inscribió de nuevo en la Facultad de Derecho, en parte para engañar a las autoridades. Mientras tanto trabajaba entre bastidores en la construcción de un pequeño y estrecho grupo que preparaba la revolución. Parecía una misión imposible: un joven abogado sin respaldo de un partido político ni de una organización oficial que decidió comenzar su propia lucha armada contra un ejército moderno.

Su movimiento creció orgánicamente a partir de un profundo descontento que se sentía en todo el país. Mientras la vieja guardia del Partido Ortodoxo seguía creyendo en un cambio gradual por medio de las urnas, la generación más joven se radicalizaba. Fidel trabajaba febrilmente en la construcción de su ejército clandestino. En catorce meses recorrió más de 40.000 kilómetros por el interior del país para cientos de encuentros secretos. Reclutaba principalmente a jóvenes de la clase obrera y de la clase media baja. Dadas las confusas circunstancias

políticas y los prejuicios contra el comunismo, no reclutaba sobre la base de opiniones ideológicas, sino sobre la base de un espíritu revolucionario y de la disposición a derrocar a Batista con las armas.



*El joven Fidel pronuncia un discurso durante una campaña política*

Construyó su ejército según un estricto sistema de células en el que la dirección estaba en manos de un núcleo de como máximo diez personas de confianza, entre ellas Abel Santamaría y Raúl Martínez. Insistía en el patriotismo, el sentido del honor y una disposición incondicional a luchar. Fidel evitaba conscientemente las alianzas con los comunistas oficiales y mantenía todo discurso marxista fuera de sus declaraciones públicas. Desde el principio insistió en que las mujeres tuvieran un papel activo en la lucha. Buscaba reclutas que ofrecieran apoyo incondicional, principalmente fuera del mundo estudiantil. Solo cuatro de sus primeros reclutas tenían un título universitario. Para el ataque planeado contra el cuartel Moncada aplicó un criterio estricto: los hombres con esposas o hijos eran excluidos de la misión. El grupo entrenaba en clubes de tiro y en lugares apartados alrededor de la universidad. Allí los miembros aprendían a manejar armas y se preparaban para lo que iba a venir.

Mientras tanto Fidel intentaba difundir su mensaje a través de la prensa y la radio. Seguía escribiendo bajo el seudónimo de Alejandro y buscaba maneras de obtener tiempo para hablar en la radio. Esa visibilidad suponía riesgos. Varios miembros fueron arrestados durante una reunión el 16 de agosto. Quedó claro que el movimiento no solo crecía, sino que también estaba siendo vigilado.

Fidel no operaba en un vacío. Otros grupos también se oponían a Batista, como el Movimiento Nacional Revolucionario. Esa organización apuntaba a un golpe militar, con apoyo de sectores del ejército. Fidel desconfiaba de ese planteamiento. Según él, le faltaba una base social más amplia y un intento así corría el riesgo de quedarse estancado en un cambio de poder sin verdadera transformación. Su propio rumbo seguía orientado hacia una ruptura más profunda. Mientras tanto las tensiones entre conservadores y progresistas dentro del movimiento ortodoxo alcanzaron un punto culminante. Durante una reunión en enero de 1953 Fidel vio cuán dividida y caótica estaba la dirección. Eso significó para él una despedida. Se apartó definitivamente de la política tradicional.

Cuando fue vandalizada una estatua del revolucionario cubano y fundador del Partido Comunista, Julio Antonio Mella, Fidel movilizó a su movimiento. El 28 de enero, en el centésimo aniversario de José Martí, marchó con un contingente de quinientos jóvenes por las calles, coreando a voz en cuello «¡revolución!». Aumentó la violencia. Cuando un estudiante fue abatido a tiros y la situación escaló, Fidel decidió adaptar su estrategia. Se retiró de la confrontación pública para concentrarse por completo en el trabajo clandestino y en la preparación de una operación armada.

La cuestión fundamental pasó a ser cómo conseguir armas y dónde debía tener lugar un primer combate. Fidel pensaba, en líneas generales, en un ataque contra un cuartel para apoderarse de armas. Hizo escuchar por la radio el famoso discurso de despedida de Chibás y proclamó una huelga general. Por lo tanto, el objetivo no era solo una victoria militar, sino desencadenar un movimiento nacional. El plan que fue tomando forma giraba en torno al ataque al cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el mayor cuartel del oriente del país. Al mismo tiempo se produciría también un ataque contra el cuartel de Bayamo, a 130 km de Santiago. Fidel lo veía como un punto de partida. Después del ataque quería levantar a la ciudad en rebelión y ampliar la resistencia. En caso de

fracaso, preveía retirarse a las montañas para una guerra de guerrillas. Solo un pequeño grupo conocía todos los detalles.

Fidel no dejó nada al azar. Controló personalmente cada bala y cada fusil y se ocupó de los uniformes militares cosidos clandestinamente para completar la sorpresa. Sin embargo, el punto débil de su plan seguía siendo la dependencia total del resultado de una sola acción. Pasó por su casa para darle un beso a su hijo Fidelito, pero guardó silencio ante su esposa Mirta sobre el ataque inminente. Poco antes del ataque hizo todavía una visita a la finca en Birán. Fue la última vez que vio a su padre, Ángel.

La base ideológica del movimiento quedó fijada en el manifiesto del Moncada. Estaba basada en el pensamiento de José Martí y en el de otras figuras revolucionarias cubanas, como el iniciador de la lucha de descolonización, Céspedes; el fundador del Partido Comunista, Julio Antonio Mella; su compañero de lucha Guiteras, que se enfrentó a la dictadura de Machado; y el fundador del Partido Ortodoxo, Chibás.

En la víspera del ataque al cuartel Moncada y a otros dos puntos estratégicos de la ciudad de Santiago, Fidel Castro pronunció un discurso inspirador ante los hombres y las dos mujeres, Melba Hernández y Haydée –la hermana de Abel Santamaría–, que llevarían a cabo el ataque en Santiago. Solo entonces les contó el plan concreto. Subrayó que la participación era completamente voluntaria y les recordó su deber moral: «Trátenlos humanamente. No los insulten. Y recuerden que la vida de un hombre desarmado debe ser sagrada para ustedes». Para no ser reconocido, se afeitó el bigote.

El ataque al Moncada se convertiría más tarde en un punto de partida simbólico de la revolución cubana. En ese momento, sin embargo, era sobre todo una empresa arriesgada, sostenida por un pequeño grupo inexperto que con un primer acto de resistencia quería poner en marcha un proceso más amplio.

## Un detalle fatal

El disparo inicial del ataque al cuartel Moncada sonó en las primeras horas de la mañana del 26 de julio de 1953. Fidel encabezaba una columna de catorce autos en los se apretaban 111 combatientes tras cantar juntos el himno nacional. El plan se basaba en la sorpresa total, pero la realidad resultó ser otra. Uno de los vehículos se perdió, por lo que la retaguardia se perdió la acción. En la propia ciudad el grupo se topó inesperadamente con dos guardias armados y un sargento, que dieron la alarma y el efecto sorpresa, la piedra angular del plan de Fidel, desapareció de un golpe. Pasar por alto un solo detalle –el cambio de guardia– hizo fracasar todo el plan.

Los combates duraron apenas media hora. Fidel organizó una retirada caótica y dio la orden de seguir hacia El Caney, un cuartel más pequeño en las cercanías, con la esperanza de forzar allí una brecha. Pero también ese ataque terminó en fracaso. Al mismo tiempo, la acción en Bayamo quedó varada en menos de quince minutos. Lo que se había pensado como el comienzo de una insurrección nacional terminó en confusión y pérdida.

El precio fue alto. Ocho rebeldes cayeron durante los combates y en los días siguientes otros 61 rebeldes capturados fueron torturados y ejecutados por el ejército y la policía. La represión contra los combatientes de la resistencia fue dura e implacable. A Abel Santamaría, amigo de Fidel, le arrancaron los ojos para quebrar a su hermana Haydée. Sin embargo, esta represión sangrienta tuvo un efecto inesperado. La joven periodista Marta Rojas logró sacar clandestinamente fotos de las víctimas y hacerlas llegar a La Habana. Su publicación provocó una ola de simpatía por los rebeldes. Mientras tanto, un grupo de dirigentes civiles deliberó con el arzobispo de Santiago, Pérez Serantes, el cual lanzó entonces la declaración «Paz a los muertos», que abrió el camino para que 32 rebeldes se entregaran y escaparan así de una ejecución directa.

Fidel reunió a su alrededor a diecinueve voluntarios en las montañas de la Gran Piedra Sierra: «Compañeros, hoy nos ha tocado perder, pero volveremos». Las condiciones eran duras. El grupo estaba agotado, había heridos y apenas tenían comida. En el camino se dividieron, pero varios

pequeños grupos fueron capturados. Finalmente Fidel quedó con solo unos pocos hombres. Fueron traicionados y arrestados por una patrulla al mando del sargento Pedro Sarría, que desempeñó un papel crucial para salvarle la vida. Los soldados estaban excitados y querían simplemente fusilar al grupito. Sarría advirtió a Fidel que no revelara su identidad: «No digas quién eres o te matan». A los soldados les susurró: «No disparen, no disparen. Las ideas no se matan». El teniente estaba, al igual que muchos otros militares, impresionado por el valor de los jóvenes atacantes. En lugar de llevarlos al cuartel Moncada, donde caerían en manos de la Guardia Nacional, los llevó a la comisaría. Entretanto, la opinión pública ya sabía también que Fidel seguía con vida. Eso resultó ser su salvación. La presión pública hizo imposible una ejecución clandestina.

El ataque al Moncada fue condenado duramente por algunos grupos políticos. Sobre todo los círculos comunistas hablaron de un golpe temerario. Reconocían el valor de los participantes, pero rechazaban la estrategia. Fidel reaccionó con amargura ante esa crítica. Señaló que no era el momento de discusiones teóricas, sino de denunciar los crímenes del régimen.

Fidel fue trasladado a la cárcel, donde asumió toda la responsabilidad del ataque. Incluso tuvo la oportunidad de hablar con la prensa y de dar su versión de los hechos por la radio. Con ello el ejército esperaba sobre todo mostrar lo peligrosa que era la resistencia. Fidel aprovechó plenamente la ocasión. Presentó el ataque como el disparo de salida para una nueva Cuba. Más tarde observaría que en aquel momento comenzó la segunda fase de la revolución. Los funerales de las víctimas atrajeron a miles de personas y se convirtieron en momentos de duelo colectivo y de protesta. Lo que empezó como una acción militar fallida adquirió un giro político inesperado. Los acontecimientos en torno al Moncada convirtieron a un pequeño grupo de rebeldes en una cuestión nacional. La lucha no se libraba solo en el campo de batalla, sino también en la opinión pública. Así, los rebeldes transformaron la derrota en el comienzo de una nueva fase de la revolución.

## **«La historia me absolverá»**

Los sobrevivientes del ataque al cuartel Moncada fueron encarcelados en espera del juicio. Sin embargo, no fue un período de estancamiento. La principal preocupación de Fidel en la cárcel fue mantener unido lo que quedaba de su movimiento. Se solicitaron libros y se organizaron clases. Se enseñó filosofía, literatura y teoría política, historia, lengua, matemáticas y física.

Fidel escribió cartas a su esposa Mirta en las que expresaba su preocupación por el pequeño Fidelito. También intentó tranquilizar a sus padres. A su hermano Ramón le escribió que estar preso no era vergonzoso cuando el motivo es grande y noble. Fuera de los muros se puso en marcha una campaña para exigir la amnistía para él y sus compañeros. Al mismo tiempo avanzaba una investigación judicial sobre las víctimas del Moncada y recibió la visita de juristas que seguían el caso.

El proceso contra los atacantes del Moncada ofreció a Fidel un nuevo escenario. Tenía dos objetivos claros: conseguir la absolución del mayor número posible de coacusados para que pudieran reconstruir el movimiento clandestino y utilizar el proceso como acusación contra Batista. Se preparó a fondo, habló con sus compañeros presos y reconstruyó los acontecimientos hasta el menor detalle.

El gran proceso atrajo una atención masiva, y había más de cien acusados y decenas de abogados. La periodista Marta Rojas siguió todo minuciosamente y tomó nota de las sesiones en secreto. Su relato resultaría más tarde de un valor incalculable. Describe cómo Fidel atrajo inmediatamente la atención: «Me acuerdo que lo vi desde un balcón interior de la audiencia, que da al patio por donde traían a todos los combatientes. Entonces vi esa figura elegantemente vestido, como se vestían los magistrados, con un traje oscuro, su saco, su corbata. Lo introdujeron esposado en la abarrotada sala. Entonces él levantó las manos esposadas y dijo que no se puede juzgar a un hombre así, esposado. Pero con una fuerza tal y una acusatoria ante los magistrados, que se quedaron perplejos. Lo único que atinaron fue a dar timbre, timbre y timbre, porque los guardias no sabían qué hacer. Entonces pidieron un pequeño receso para examinar la cuestión de las esposas. Ahí comienza a

convertirse de acusado en acusador. Pero además de eso —esta es una conjetura muy personal— yo sentí que el revés táctico, la derrota táctica, como queramos llamarla, del asalto militar propio del Moncada...él lo había convertido rápidamente en una victoria estratégica».

Fidel cuestionó la legitimidad de las acusaciones y rehusó negar los hechos. Al contrario, justificó el ataque. Sobre su mesa estaba el Código Penal cubano junto a una obra de José Martí, a quien proclamó el «autor intelectual» del ataque. Interrogó a testigos, incluidos responsables militares. Uno a uno salieron a la luz los relatos sobre torturas y ejecuciones, confirmados por autopsias. Gracias a su insistencia, incluso se abrió una investigación separada sobre estos crímenes y debido a ello la simpatía pública se desplazó de forma generalizada a los atacantes. Cuando Batista notó que el proceso judicial obraba en su contra, hizo sacar a Fidel de la sala bajo el falso pretexto de que estaba enfermo.

El temor a un atentado contra la vida de Fidel era real. La coacusada Melba Hernández desenmascaró la mentira sobre su enfermedad al mostrar en la sala del tribunal una carta de Fidel sacada clandestinamente y en la que afirmaba que prefería su honor por encima de su vida. Más tarde se supo que el supervisor militar de la prisión, Pelletier, había recibido la orden de envenenar a Fidel. Pelletier se negó a hacerlo y sacó el plan a la luz para impedir que otros lo ejecutaran, lo que le costó su carrera. Para entonces Fidel había sido puesto en aislamiento y ya solo confiaba en comida que venía de fuera, por lo que adelgazó mucho.

Finalmente Fidel fue juzgado por separado en una pequeña sala de hospital, a puerta cerrada. Algunos periodistas estaban presentes, pero la censura hizo que no pudieran publicar. Allí pronunció su famoso alegato. Durante dos horas habló sobre la necesidad de una transformación social en Cuba y citó quince veces a Martí. «Condenadme, no importa, la historia me absolverá», concluyó su exposición. Marta Rojas recuerda: «Cuando lo escuché durante su famoso alegato final, pensé para mí: “Ay esa voz, y ese modo de hablar, esa palabra nunca la había oído de esa forma en ninguno de los tribunos que habían en el parlamento y en la Universidad”. No llevaba ningún papel escrito, ni lo leyó, más de dos horas seguidas, incluso conocía de memoria los artículos de la Constitución, pero que eso sí estaba muy bien pensado». El texto de su discurso de defensa se sacó más tarde clandestinamente por el país como un manifiesto.

El desenlace del proceso fue llamativo. Se retiraron muchas acusaciones contra otras figuras políticas, que no estaban directamente involucradas en el ataque al cuartel. Del grupo original quedaron todavía veintinueve acusados. Varios recibieron penas severas, entre ellos Raúl Castro. Melba y Haydée salieron relativamente bien paradas. Otras fuerzas políticas que antes habían hablado de lucha armada se mantuvieron ahora al margen o incluso se dejaron seducir para participar en nuevas elecciones bajo Batista. Mientras él estaba en la celda rumiando su regreso, Fidel concluyó que estas fuerzas políticas habían abandonado la lucha. El proceso significó en conjunto un verdadero punto de inflexión. «Ya Fidel se convirtió en la única figura de oposición que enfrentaba verdaderamente al gobierno, al golpe de Estado. Todo el país hablaba de él, mientras que antes todavía era bastante desconocido», según Marta Rojas.

## **4. Prisión y exilio**

### **Academia Ideológica Abel Santamaría**

Los condenados fueron trasladados después del proceso a una prisión en Isla de Pinos, la segunda isla más grande del archipiélago cubano. Fidel siguió trabajando en la prisión en la consolidación de su movimiento. Subrayaba la importancia de un movimiento fuerte y disciplinado. La prisión se convirtió así en el inesperado punto de partida de una nueva fase. Los hombres que estaban allí juntos formaron el núcleo de lo que más tarde fue el ejército rebelde. De los veintiséis presos, trece viajaron más tarde en el yate Granma, que partió desde México para invadir Cuba.

Una ventaja importante del encarcelamiento fue que el grupo permaneció unido. Los rebeldes construyeron en la prisión una estructura impresionante. Disponían de una biblioteca de quinientos libros, incluidas las colecciones completas de Marx, Engels y Lenin. Bajo el nombre de «Academia Ideológica Abel Santamaría» organizaron diariamente cinco horas de clases en materias como filosofía, historia mundial, economía política, matemáticas e idiomas. Los presos se atenían a un horario fijo y las autoridades los dejaban en gran medida tranquilos. En ese entorno creció un grupo unido que no solo se preparó militarmente, sino también ideológicamente para el futuro. «Qué escuela tan formidable es esta prisión», escribió Fidel en una de sus cartas.

Fidel estaba fascinado por las revoluciones que había conocido la historia mundial: la francesa, la rusa, la mexicana, la china... Estudiaba

todas esas sublevaciones hasta en el mínimo detalle y trataba de extraer de ellas lecciones para Cuba. La estrategia de Fidel cristalizó aún más en la celda. Llegó a la convicción de que toda alianza con una parte del ejército existente llevaría inevitablemente a la subordinación. A pesar del fracaso militar del ataque al Moncada, siguió creyendo en la vía armada. Más aún, la veía como la única opción. Aunque estudiaba las obras de Mao, comprendía que las condiciones cubanas diferían fundamentalmente de la Larga Marcha china. Prefería situar su lucha en la tradición de los luchadores cubanos por la independencia, como el general negro Maceo y José Martí.

Tenía un hambre insaciable de lectura. Devoraba obras de Freud, Dostoievski, Kant, Victor Hugo y Stefan Zweig. Estudiaba la legislación del presidente estadounidense Franklin Roosevelt y las teorías de Einstein.

En su correspondencia con el frente doméstico Fidel mostraba una mezcla de impulso revolucionario y calidez personal. A su hermano Ramón le escribió que no sentía ningún arrepentimiento, porque cumplía su deber hacia la patria. Consolaba a sus padres con la idea de que no serían los jueces, sino la historia, quienes los iban a juzgar y que ese veredicto sería favorable. Incluso a su hermanita Agustina, de quince años, le escribía cartas alentadoras: le preguntaba si estudiaba lo suficiente y la tranquilizaba diciéndole que sus sacrificios no eran en vano.

Mientras tanto seguía de cerca la situación política fuera de los muros de la cárcel. Buscaba contacto con el movimiento ortodoxo, veía la oposición dividirse internamente y a los comunistas incluso apoyar las elecciones anunciadas por el dictador Batista para enero de 1954, lo que le confirmó la necesidad de su propio rumbo independiente.

El espíritu rebelde de los insurgentes seguía irritando también a las autoridades penitenciarias. Cuando Batista visitó la prisión el 12 de febrero de 1954, los rebeldes encarcelados hicieron oír a viva voz su himno revolucionario. El castigo no tardó en llegar: Fidel fue puesto en aislamiento y se cerró la «Academia».

El 20 de febrero de 1954 fueron liberadas Melba Hernández y Haydée Santamaría, las únicas mujeres que habían participado en el ataque. Se convirtieron en los principales enlaces de Fidel con el mundo exterior. Melba era una abogada experimentada y pertenecía al pequeño grupo que

había organizado el ataque al Moncada. La prisión la había vuelto aún más combativa. Junto con Luis Conte Agüero recibió la tarea de reconstruir el movimiento fuera de los muros de la cárcel y de poner en marcha una campaña nacional por la amnistía de los «moncadistas». Hasta ese momento el movimiento fuera de la prisión estaba desorientado. Desde su celda los presos intentaban dar dirección a una organización que todavía estaba en pañales, aunque sí tenía la ambición de volver al enfrentamiento.

La comunicación entre los presos y el mundo exterior estaba bien ideada. A través de una red ingeniosa se sacaban mensajes de contrabando: escritos entre líneas con jugo de limón como tinta invisible, escondidos en cajas de cerillas o incorporados en cigarros. Dentro de la prisión utilizaban códigos y gestos sencillos para transmitir información. De esa manera también se sacó al exterior, a lo largo de varios meses, el texto completo del alegato de Fidel, «La historia me absolverá». Melba Hernández y Lidia —la hermana de Fidel del primer matrimonio de don Ángel— coordinaron la difusión.

Fidel tenía grandes planes para ese texto. Inicialmente quería mandar a imprimir cien mil ejemplares, un objetivo ambicioso que resultó financieramente inviable. Al final se distribuyeron diez mil. El texto era una denuncia de la situación en Cuba, un programa para la reforma agraria, una mejor educación y justicia. Entrelazaba citas de pensadores ilustrados como Montesquieu, Locke y Rousseau con la Constitución estadounidense y las palabras del héroe de la liberación nacional cubana, José Martí. No había en él ni una sola palabra sobre marxismo o socialismo ni se atacaba a Estados Unidos. Era más bien un manifiesto patriótico radical que se vinculaba conscientemente a la historia y al simbolismo cubanos. Fidel intentaba apelar a un público lo más amplio posible, sin ahuyentar a potenciales aliados. El manifiesto estaba pensado como fundamento para un futuro movimiento y como un puente entre él mismo y los simpatizantes fuera de la prisión. Su prestigio creció mucho más allá de los muros de su celda con este escrito.

En el verano de 1954 Fidel compartió celda con su hermano Raúl, lo que reforzó su vínculo mutuo y su optimismo. «Empezaré una vida nueva. Me propongo vencer todos los obstáculos y librar cuantas batallas sean necesarias. Sobre todo veo más claro que nunca nuestro camino y nuestra meta. No he perdido el tiempo en la prisión estudiando,

observando, analizando, planeando, forjando hombres. Sé dónde está lo mejor de Cuba y cómo buscarlo. Cuando empecé, era yo solo; ahora somos muchos», escribió en agosto.

Anunció una nueva táctica: la prioridad en esta fase no era organizar células militares, sino movilizar a la opinión pública. En cartas a sus partidarios subrayaba que, sin el apoyo de la población, ninguna revolución tenía posibilidades de éxito. Era necesario ganarse la confianza, difundir ideas y crear una amplia base de apoyo. «Nuestra tarea actual e inmediata consiste en ganar la opinión pública, divulgar nuestras ideas y sembrar fe en el pueblo. Sin eso, lo repito mil veces, no hay revolución posible», escribió en una carta a Melba. El movimiento no debía cerrarse en sí mismo, sino precisamente abrirse a la sociedad. El apoyo del pueblo era una condición indispensable para una nueva acción armada.

Esa influencia cada vez mayor del grupo rebelde prisionero no pasó desapercibida. Fidel y sus compañeros se convirtieron para muchos jóvenes cubanos en un símbolo de resistencia, mientras que cada vez más consideraban a los políticos establecidos una amenaza. Algunos de estos políticos buscaron un acercamiento al régimen de Batista, lo que no hizo más que agrandar la brecha.

La actualidad en el resto de América Latina tuvo un profundo impacto en el pensamiento de Fidel. La intervención estadounidense en Guatemala en junio de 1954 reforzó sus convicciones antiimperialistas, su forma de actuar y su desconfianza en la injerencia extranjera. Este período también estuvo marcado en el plano personal por graves tensiones. Su matrimonio con Mirta entró en una profunda crisis. Debido al encarcelamiento de Fidel, ella había pasado a depender económicamente de su familia, la cual tenía estrechos vínculos con el régimen. Fidel se enteró a través de la radio de que ella estaba en la nómina del gobierno. Para complicar aún más las cosas, su hermano se había convertido en viceministro del Interior después del golpe de Estado y era, precisamente, el responsable de la policía secreta que perseguía a los camaradas de Fidel.

La relación con Mirta se convirtió en una manzana de la discordia política. Fidel recibió en la prisión la visita del propio ministro del Interior y de dos colaboradores del gabinete, quienes intentaban así limar asperezas con un Fidel que era cada vez más popular políticamente. Esto provocó un enorme escándalo político y la destitución final tanto del

ministro como del hermano de Mirta. Aunque, según personas cercanas, el afecto de Fidel por Mirta era profundo y sincero, la ruptura era inminente. Mirta dependía ahora de su familia conservadora e influyente, que siempre se había opuesto a su matrimonio. El golpe definitivo llegó cuando su hermana Lidia le informó a Fidel que Mirta quería divorciarse.

El gobierno intentó aprovechar la crisis personal de Fidel para ofrecerle un trato: amnistía a cambio de renunciar a sus principios. La respuesta del revolucionario encarcelado fue contundente: «Prefiero mil años de cárcel antes que el sacrificio de un ápice de mi dignidad». Sin embargo, el costo emocional fue alto. La noticia de que su hijo Fidelito podría crecer bajo la influencia de sus enemigos políticos era difícil de asimilar. «Por la mente no me pasa que mi hijo duerma una noche sola bajo el techo donde se cobijan mis más encarnizados enemigos», escribió en una carta. La disputa por la custodia de Fidelito arrojó durante años una amarga sombra personal sobre su lucha política.

Mientras tanto Fidel ya no era el mismo hombre que en el ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Se había convertido en una figura conocida, que tenía una visión política clara y un apoyo cada vez mayor, sobre todo entre la juventud. Podía contar con un grupo unido de partidarios, dentro y fuera de la prisión. Fidel tenía claro que la lucha entraba en una nueva fase en la que las ideas y la organización se volvían cada vez más importantes para lo que iba a venir.

## **Amnistía**

El llamado a la amnistía para los presos del Moncada creció a lo largo de 1954 hasta convertirse en una cuestión nacional. Las madres de los presos, apoyadas por figuras destacadas de su movimiento, como su hermana Lidia, Celia Sánchez y Vilma Espín, movilizaron a las masas. En noviembre se celebraron las elecciones presidenciales organizadas por Batista. El nombre de Fidel se coreó con fuerza durante un discurso del

candidato presidencial Grau en octubre. Hasta los políticos tradicionales se sintieron obligados a hacer promesas. El propio Fidel siguió siendo escéptico respecto al juego político. Llamó a boicotear las elecciones que, según él, eran poco más que un intento del régimen de legitimarse. Grau se retiró finalmente como líder de la oposición y Batista salió vencedor.

El régimen, mientras tanto, intentaba retocar su imagen. Batista se presentaba como un hombre del pueblo y buscaba maneras de suavizar su reputación de gobernante duro. El apoyo internacional, entre otras cosas mediante una visita oficial del vicepresidente Richard Nixon, le dio legitimidad adicional. Al mismo tiempo la oposición seguía dividida y vacilante. La campaña de amnistía para los presos del Moncada fue ganando cada vez más apoyo en ese clima. A comienzos de 1955 esa campaña adquirió un carácter masivo. Bajo consignas como «Cuba, libertad para sus hijos» se manifestó en distintas ciudades. También la prensa se pronunciaba cada vez más a favor de la liberación. Dentro del régimen crecía la conciencia de que la cuestión ya no podía ser ignorada. Se presentaron proyectos de ley y se iniciaron negociaciones. El gobierno puso como condición para la liberación que los rebeldes renunciaran a nuevas acciones. La respuesta de Fidel fue tan breve como contundente: «No cederemos ni un átomo de nuestro honor por nuestra libertad».

Finalmente el régimen cedió a la presión y los presos quedaron libres. A su llegada a la estación de La Habana la multitud entonó el himno nacional y Fidel fue llevado en hombros por las calles. En la prensa elogió al oficial que lo había vigilado en la prisión, una jugada táctica para abrir una cuña entre el ejército y el dictador. Así sugería que los militares no eran sino ejecutores de una cúpula corrupta y no los enemigos del pueblo.

Fidel volvió inmediatamente al trabajo tras su liberación. El movimiento recibió un nombre: Movimiento 26 de Julio, en referencia al ataque al Moncada. El fracaso del ataque al Moncada había sido una lección costosa para Fidel. Con nuevos medios y experiencia evitaría un fracaso la próxima vez. Su cada vez mayor popularidad le valió una oferta del Partido Ortodoxo para asumir un papel dirigente, pero la rechazó. No quería volver a la política tradicional. El Movimiento 26 de Julio se expandió a gran velocidad. Se unieron muchos jóvenes del Partido Ortodoxo, del movimiento estudiantil y del movimiento obrero, al igual

que figuras destacadas de otros grupos de resistencia, como Armando Hart y Faustino Pérez. Se creó una dirección nacional de once miembros.



*Fidel y sus compañeros salen de la cárcel*

Existían opiniones muy diversas sobre el camino que debían seguir. Algunos consideraban que el Movimiento 26 de Julio debía primero constituirse como un partido político legal antes de emprender la lucha. Otros apostaban por acciones terroristas y una insurrección breve en la que matar al dictador y a altos militares ocupaba un lugar central. El Directorio Revolucionario, el movimiento estudiantil radical fundado por José Antonio Echeverría, siguió esta línea y en esa misma línea bastantes oficiales de menor rango tenían puestas todas sus esperanzas en un golpe militar. Dentro del propio Movimiento 26 de Julio había mucha discusión. Existía una corriente que no excluía la colaboración con Estados Unidos e incluso esperaba que Washington se volviera activamente contra Batista, mientras que para otros Estados Unidos era el enemigo último.

Tampoco había unanimidad sobre el papel de las ciudades. ¿Qué peso debían tener en el conjunto de la lucha: ¿lo esencial era el combate en las

montañas y las ciudades eran más bien de apoyo o era justo al revés? ¿Debía construirse una verdadera guerrilla urbana o precisamente no? Y además, ¿debía darse prioridad a acciones civiles y legales, como una huelga general, para poner de rodillas al dictador, o la lucha se decidiría finalmente en las montañas?

Tras el golpe de Estado de 1952 y el ataque fallido al cuartel Moncada un año después, Fidel había llegado a la conclusión de que la única salida en las circunstancias dadas consistía en una guerrilla desde las montañas, apoyada por amplias capas de la población. El objetivo era neutralizar al ejército y tomar la estructura del Estado. Los hechos le dieron la razón, pero en aquel momento no todo el mundo estaba convencido de su estrategia. En las reuniones se discutía intensamente sobre ello. Fidel se mantuvo firme en su idea y solo una pequeña minoría terminó descolgándose. La mayoría lo siguió.

Sin embargo, el contexto político no apoyaba su plan. Muchos cubanos anhelaban tranquilidad y estabilidad, y predominaba un ambiente de compromiso. Eso hacía difícil lograr una amplia movilización. Fidel intentaba obtener atención mediante discursos y medios de comunicación, pero cada vez se le ponían más obstáculos. Fue expulsado de la radio y en la prensa se guardó silencio sobre él. Al mismo tiempo aumentó la violencia en el país, con atentados con bomba y represión. Fidel se distanció de los atentados porque, según él, favorecían al régimen. Incluso sugirió que algunos incidentes eran organizados por provocadores para justificar medidas más duras. En cualquier caso, no había señal alguna de una insurrección masiva, en la que algunas personas habían puesto sus esperanzas.

La situación se volvió cada vez más arriesgada para él personalmente. Cambiaba constantemente de lugar de residencia y temía por su vida. Cuando fue acusado de estar implicado en un atentado, dio instrucciones a su hermano Raúl para que buscara asilo en la embajada mexicana y poco después huyó a México. Fidel tuvo claro que su presencia en Cuba se había vuelto difícil de sostener. Estaba agotado el espacio para la oposición legal.

En una carta de despedida dejó pocas dudas sobre su siguiente paso. «Las puertas adecuadas a la lucha civil me las han cerrado todas. Como martiano, pienso que ha llegado la hora de tomar los derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos. La paciencia cubana tiene

límites. Residiré en un lugar del Caribe. De viajes como éste no se regresa, y si se regresa es con la tiranía decapitada a mis pies».

Antes de su partida evitó una última visita a su familia en Birán, por miedo a ser seguido o arrestado. Sí pasó mucho tiempo en ese período con su hijo Fidelito. Había iniciado una relación con Naty Revuelta, pero el suelo se estaba volviendo demasiado caliente bajo sus pies.

## **Encuentro con Che Guevara**

El 7 de julio de 1955 también Fidel partió hacia México. La despedida lo afectó profundamente. Al principio se sintió perdido en México. Había un fuerte contraste con la intensa vida política en Cuba. Echaba de menos la dinámica diaria, las discusiones y el sentido de urgencia. También pesaba mucho la falta de su familia. Describió su existencia en el exilio como solitaria y difícil. Fidel luchaba contra el insomnio y las secuelas físicas de su encarcelamiento. Pero en relativamente poco tiempo se armó de valor y comenzó una ofensiva ideológica.

Escribió dos textos influyentes con los que quería orientar el rumbo de la oposición. Su mensaje, que fue leído durante un congreso del Partido Ortodoxo, entusiasmó al público. Quinientos asistentes corearon «¡revolución, revolución!». Por primera vez en la historia cubana un gran partido político adoptó la lucha armada como posición oficial, al menos en teoría. Fue el nacimiento del Movimiento 26 de Julio como un verdadero movimiento de masas. Mientras tanto los comunistas seguían siendo escépticos ante sus planes, aunque al mismo tiempo buscaban un acercamiento.

En un segundo texto, *El Manifiesto n.º 1 al pueblo cubano*, Fidel fue más lejos que en «La historia me absolverá». Habló de reformas profundas, como nacionalizaciones y una reestructuración del sistema judicial. Al mismo tiempo su lenguaje siguió siendo cuidadoso. Intentaba formular sus ideas de manera que pudieran atraer a un público amplio, sin

fijarse en una ideología específica. Era un equilibrio entre radicalidad y accesibilidad. También estaba convencido de que la lucha en Cuba formaba parte de una liberación continental más amplia de la influencia de Estados Unidos, una idea que compartía con luchadores históricos como Simón Bolívar y José Martí.

Además de escribir empezó a construir sistemáticamente una red. En el bastante progresista México buscó contacto con figuras diversas, desde mexicanos influyentes hasta exiliados latinoamericanos y refugiados cubanos. Un encuentro crucial fue el que tuvo con el coronel Alberto Bayo, un veterano que enseñaría a su grupo los entresijos de la guerra de guerrillas. Fidel comprendía que estaba descartado un nuevo ataque frontal a un cuartel, como en el Moncada. Ninguna acción militar podría tener éxito sin el apoyo masivo de la población.

En octubre de 1955 viajó a Estados Unidos para una campaña de recaudación de fondos. Solo podía permitirse un pasaje de ida, pero el viaje fue un éxito. Fue durante esta gira cuando hizo una promesa: «Puedo asegurarles con absoluta responsabilidad que en 1956 seremos libres o seremos mártires». Las redes de apoyo en Nueva York y Miami se convirtieron en importantes fuentes de ingresos para la futura expedición.

Un momento clave en este período fue el encuentro con Ernesto Guevara, a quien sus amigos llamaban «Che», por la muletilla argentina que usaba constantemente. Fidel entró en contacto con este joven médico argentino a través de su camarada Níco López y su hermano Raúl. El Che ya había oído hablar antes de Fidel y estaba fascinado por sus planes. Cuando finalmente se encontraron en México, hablaron durante horas. La conexión fue inmediata. El Che vio en Fidel a un líder con una visión clara y determinación. Desde ese momento establecieron una estrecha colaboración, que sería determinante para el desarrollo posterior de la revolución.

A raíz de aquella conversación, el Che llamó a Fidel, ante su amiga Hilda, «un gran líder político... un estilo nuevo, modesto, que sabe a dónde va, de una decisión enorme. Si en Cuba ha surgido algo bueno después de Martí, es Fidel Castro; él hará la revolución. Yo estoy totalmente de acuerdo con él, y con un hombre así vale la pena jugarse el todo por el todo». Hilda describió a Fidel de la siguiente manera: «Era muy blanco y alto, grueso sin ser gordo, con el cabello muy negro, brillante y ondeado, usaba bigote; de movimientos rápidos, ágiles y

seguros. (...) podía pasar por el turista burgués bien parecido, pero en cuanto hablaba, los ojos se le iluminaban con una pasión y una fe en la revolución y en el pueblo que conquistaba a todo el que le escuchaba».

También para Fidel el Che era un complemento valioso. Aportaba experiencia, agudeza ideológica y una fuerte personalidad. Era el marxista-leninista más formado del futuro ejército rebelde. Su relación no era solo política, sino también personal. Sin duda este intelectual argentino tuvo una influencia muy grande en el pensamiento de Fidel; sus concepciones político-estratégicas, pero también filosóficas, eran muy similares. También compartían un optimismo sobre las posibilidades de la revolución, a pesar de los riesgos. El Che solo puso una condición: si la lucha en Cuba terminaba, Fidel no debía impedirle seguir extendiendo la revolución en su país natal, Argentina. Fidel aceptó.

Mientras Fidel construía su movimiento en el exilio, la situación en Cuba seguía fragmentada. Algunos grupos buscaban un compromiso con Batista, como la Sociedad de Amigos de la República (SAR), que abogaba por negociaciones y nuevas elecciones. Otros, como el Directorio Revolucionario, optaban por la acción directa. La oposición entre reformistas y revolucionarios se hacía cada vez mayor. Fidel, que desde México seguía publicando en la revista cubana *Bohemia*, rechazaba resueltamente la vía de la reconciliación.

## **Preparación para la invasión**

En el otoño de 1955 Fidel dio desde su lugar de exilio mexicano el pistoletazo de salida para una nueva fase: la construcción de un ejército de invasión. Dio instrucciones desde México de hacer venir a más cubanos. A su alrededor surgió un grupo unido. Más de sesenta hombres fueron entrenados, apoyados por un pequeño grupo de simpatizantes. Los días estaban estrictamente regulados: se alternaban entrenamiento físico, ejercicios con armas, táctica y estudio. A menudo las actividades tenían

lugar de noche para evitar ser descubiertos. Fidel imponía altas exigencias, también en el plano personal. Esperaba una resistencia y una entrega completas. Mientras la mayoría estaba agotada después de un día duro, Fidel y el Che seguían adelante. Señalaba a sus camaradas que no podían permitirse el cansancio. Al mismo tiempo sorprendió a Melba Hernández el 14 de febrero con un desayuno y una propuesta para salir un rato a la ciudad.

Las condiciones de vida en México en aquellos días estaban lejos de ser glamurosas para Fidel. Cuando lo visitaban personas afines políticamente, a menudo encontraban a un Fidel sin afeitar y hambriento que contaba cada centavo para su causa. Y también conoció momentos de duda. Un día admitió que se sentía sombrío, pero se recompuso enseguida. Según él, un líder no podía permitirse tal debilidad. Se disculpó ante sus camaradas y volvió a expresar su confianza en la revolución.

El 19 de marzo de 1956 Fidel rompió definitivamente con el Partido Ortodoxo. Afirmó en una declaración que el Movimiento 26 de Julio era la única oposición verdadera y reclamó la herencia espiritual del fallecido líder del partido Eduardo Chibás. Declaró que el derrocamiento de Batista ya no era el único objetivo; debía cambiar toda la estructura social de Cuba. La estrategia que desarrolló para ello se apartaba de su planteamiento anterior. Mientras que el ataque al Moncada apuntaba a una rápida sublevación en las ciudades, ahora optaba por una lucha más larga, centrada en el campo, lo que requería preparación, disciplina y paciencia.

La amenaza de violencia seguía siendo real. Hubo intentos de hacerlo asesinar y personas de confianza lo cuidaban constantemente. En Cuba aumentaba la resistencia. En abril de 1956 tuvo lugar la «Conspiración de los Puros», un intento de oficiales del ejército de derrocar a Batista, y poco después siguió un ataque fallido de un grupo militante contra un cuartel. Estos acontecimientos confirmaron a Fidel que la situación estaba madura para una nueva fase, aunque la oposición seguía dividida. En México amplió aún más sus contactos. Habló con representantes de distintas corrientes políticas y estableció relaciones dentro de la política mexicana, un apoyo que fue importante para la preparación de sus planes.

El 20 de junio la policía mexicana realizó una redada en la que todo el grupo, con excepción de Raúl, terminó en la cárcel. Fidel se defendió con

brío contra las acusaciones de vínculos comunistas. Tras la intervención del expresidente Lázaro Cárdenas, fueron liberados. Después de su liberación el 24 de julio, Fidel buscó contacto directo con el capitán Gutiérrez Barrios, de la policía de seguridad mexicana. Logró ganarlo para su causa. Barrios prometió mantener en adelante informado a Fidel de acontecimientos políticos o amenazas desde La Habana. En septiembre llegó la primera advertencia: el gobierno cubano estaba ejerciendo una fuerte presión sobre las autoridades mexicanas para que actuaran contra la expedición. El tiempo apremiaba. Fidel había hecho la promesa de regresar ese mismo año y quería cumplirla. Los preparativos para la travesía a Cuba se aceleraron.

La vida de Fidel en México no estaba determinada solo por planes y preparación, sino también por encuentros personales. Durante su estancia en la cárcel mexicana, la actriz cubana Teresa «Teté» Casuso lo había visitado, acompañada por la joven Isabelle Custodio. Tras su liberación, Fidel consiguió que las armas que los rebeldes habían reunido pudieran esconderse en casa de Casuso. Se enamoró de Isabelle y enseguida le pidió matrimonio, con el plan de que ella lo acompañara en la expedición a Cuba. Pero la presión de los preparativos y la dura vida en el exilio dejaban poco espacio para una relación romántica. Isabelle quería que Fidel se quedara en México, mientras él estaba decidido a regresar. Finalmente ella siguió su propio camino.

La relación con su hijo, Fidelito, también era motivo de tensión. En agosto de 1956 Fidel arregló que el muchacho pudiera ir a México durante dos semanas, pero al final de ese período se negó a devolverlo a Cuba. Intentaba ser un padre implicado a pesar de su pesada agenda.

Mientras tanto la preparación práctica de la expedición exigía cada vez más recursos. Fidel viajó de nuevo a Estados Unidos para recaudar dinero. En una ocasión incluso cruzó clandestinamente la frontera a nado a través del Río Grande, donde le esperaba un partidario. En Miami recibió apoyo del presidente depuesto por Batista, Prío Socarrás, que prometió una considerable ayuda financiera. Esos recursos eran esenciales para costear armas, entrenamiento y transporte.

Surgieron dudas dentro de su propio movimiento acerca de la estrategia que convenía seguir. Varios líderes del Movimiento 26 de Julio llegaron a México en septiembre para discutir el plan de Fidel. Algunos expresaron su preocupación. Frank País, el líder de Santiago, en la

provincia de Oriente, desde donde comenzaría la lucha armada, advirtió que su red en Cuba no estaba preparada para una insurrección a gran escala. También otras voces, entre ellas comunistas, abogaban por aplazar y por un planteamiento político más amplio. Consideraban que las circunstancias eran desfavorables para una acción armada. Pero Fidel se mantuvo firme en su estrategia. Tampoco creía en atentados dirigidos contra líderes del régimen, como proponían algunos otros grupos. Según él, la revolución debía crecer desde abajo, sostenida por la población. Esa idea provocó discusiones, pero también un acercamiento y un acuerdo de cooperación. El 30 de agosto de 1956 se cerró un acuerdo con José Antonio Echeverría, del Directorio Revolucionario, que estaba activo sobre todo en las ciudades. Ambos movimientos decidieron colaborar, aunque conservaron su independencia.

En octubre de 1956 Fidel se enfrentó a la muerte de su padre, Ángel Castro. Recibió el telegrama durante una reunión importante. Sin mostrar rastro alguno de emoción, se guardó el mensaje en el bolsillo y pidió a sus partidarios que no dijeran nada a los demás. En silencio lloró al hombre al que no había visto desde el ataque al Moncada y del que ahora estaba definitivamente separado. Sus hermanas Emma, Agustina y Lidia fueron a Ciudad de México para apoyarlo, mientras en Cuba su hermano Ramón era buscado por el servicio secreto para ser interrogado.

Mientras tanto la presión aumentaba. A mediados de noviembre su viejo amigo Rafael del Pino les traicionó y pasó información a las autoridades. Gracias a un aviso de un policía mexicano amigo, Fidel supo que se avecinaba una redada. Las circunstancias eran cada vez más difíciles: falta de dinero y había problemas con la compra de armas. Además, les habían confiscado una parte de las armas. Eso aceleró la decisión de partir. Era demasiado peligroso esperar más.

El 25 de noviembre de 1956 llegó el momento de la verdad. Los rebeldes se reunieron en el puerto de Tuxpan, donde estaba amarrado el yate Granma, que debía llevarlos a Cuba. Había tormenta y el puerto estaba cerrado, pero el amigo de Fidel y propietario del yate, El Cuate, logró convencer a las autoridades portuarias de que querían hacer una pequeña fiesta a bordo. Cuando el también rebelde Universo Sánchez vio la embarcación, preguntó atónito: «¿Cuándo vamos al barco de verdad? ¿Dónde está el barco nodriza?». El yate era, en efecto, pequeño y estaba lejos de ser apto para navegar con los 82 hombres que subieron a bordo.

Justo antes de partir cantaron el himno nacional cubano en medio de la oscuridad. El momento tenía algo de solemne, pero también de vulnerable. Lo que les esperaba era incierto. Lo que sí estaba claro era que se habían adentrado en un camino del que ya no era posible un regreso sencillo.

## **5. Misión imposible en la Sierra**

### **Un inicio desastroso**

La travesía no tenía nada de una expedición militar bien organizada. Pronto degeneró en una pesadilla logística. El grupo, con una edad media de veintisiete años, iba apretujado en un yate que en realidad no era adecuado para semejante empresa. El viaje duró más de siete días, dos más de lo previsto, azotado por el mal tiempo y los problemas técnicos. Solo tres hombres tenían experiencia en el mar. El resto se mareó rápidamente. El yate hacía agua, la bomba se averió y falló uno de los motores. Durante los dos últimos días de la travesía ya no había alimentos ni agua potable a bordo.

El régimen de Batista se había preparado mientras tanto. El ejército, bien equipado y apoyado por armas modernas de Estados Unidos, estaba listo. Se trasladaron tropas al este de la isla y se reforzaron las guarniciones. Un levantamiento en la ciudad de Santiago en el momento previsto de la llegada del Granma debía alejar al ejército de Batista de la costa, de modo que los rebeldes podrían dominar pequeños puestos militares cerca del lugar de desembarco y capturar armas adicionales para la población local. Pero el levantamiento en Santiago fracasó, por lo que el Granma se retrasó. Así, en lugar de servir como maniobra de distracción, la resistencia en Santiago atrajo involuntariamente la atención precisamente sobre la llegada de los rebeldes. Con él la expedición perdió un elemento importante de su estrategia y el gobierno sabía ahora con

certeza que Fidel estaba en camino. Batista reaccionó de inmediato suspendiendo los derechos constitucionales y enviando unidades de artillería a la región oriental. En La Habana todo permaneció en calma: allí el movimiento estaba mal organizado y otros grupos de oposición no hicieron nada. También salió mal el apoyo previsto en la costa donde iban a desembarcar los rebeldes. Celia Sánchez esperaba al Granma con cinco camiones, pero como el yate llevaba dos días de retraso, ella ya se había marchado cuando los rebeldes llegaron a la costa, por lo que la invasión comenzó en total aislamiento.

Cuando el yate llegó a tierra el 2 de diciembre de 1956 en la oscuridad cerca de Playa las Coloradas, las cosas volvieron a salir mal. El barco encalló en una zona pantanosa y los hombres tuvieron que abrirse camino durante horas por bosques de manglares empapados y lagunas fangosas. Tuvieron que dejar atrás su equipo pesado y gran parte de la munición. Según el Che, el desembarco se parecía más a un naufragio que a una operación militar. Pronto se descubrió su presencia y quedaron bajo fuego. En cuestión de horas miles de soldados y aviones estaban buscando a los intrusos, con barcos y aviones volando bajo.

La situación era precaria. El grupo apenas tenía armas, no tenía alimentos ni contacto con aliados. Se enfrentaban a un ejército abrumadoramente superior. Mientras mil soldados peinaban la costa, el gobierno difundió un boletín de victoria que afirmaba que tanto Fidel como su hermano Raúl habían muerto. Este mensaje dio la vuelta al mundo. Incluso el expresidente Carlos Prío llamó a Fidel en la prensa un mártir que había cumplido su promesa. Los rebeldes no estaban muertos, pero faltó poco.

El 4 de diciembre las cosas se volvieron a torcer. El guía que guiaba al grupo finalmente los traicionó. Los condujo a una colina desprotegida, donde instalaron un campamento con los centinelas demasiado cerca. Además, los inexpertos rebeldes habían dejado un rastro de restos de caña de azúcar que llevó a los militares directamente a ellos. El ataque del ejército destruyó completamente la unidad en pequeños grupos. En medio de ese caos 21 rebeldes fueron ejecutados y otros 20 fueron hechos prisioneros. El propio Fidel logró escapar con solo dos camaradas: Faustino Pérez y Universo Sánchez.

El 6 de diciembre de 1956 atracó en el puerto de La Habana el buque belga de marina y transporte Kamina. El barco estaba realizando un viaje

transatlántico de entrenamiento y promoción, entre otras cosas con el objetivo de promover la próxima Exposición Universal de 1958 en Bruselas. A bordo también estaba el reparador naval de 19 años que hacía su servicio militar, Herman Struyf. Cuando bajó a tierra, fue abordado de inmediato. ¿Sabía que Fidel Castro había desembarcado en Cuba con sus hombres? Y: «¡Aquí esperamos que lo consiga!».

Mientras tanto, la situación de Fidel y su grupo parecía absolutamente desesperada. El ejército se retiró en parte convencido de que los rebeldes habían sido eliminados, mientras las madres de los combatientes vivían en la angustia. Lina, la madre de Fidel y Raúl, declaró valientemente en el periódico que prefería ver a sus hijos morir con dignidad como revolucionarios antes que verlos rendirse.

Su supervivencia dependía por completo de los campesinos locales en esta fase inicial crítica. A pesar de la recompensa de 100.000 dólares por la cabeza de Fidel, la mayoría de los campesinos siguió siendo leal. Proporcionaron a los rebeldes alimentos, información y refugios, a menudo con gran riesgo para sus propias vidas. Algunos habitantes locales ofrecieron alojamiento a los rebeldes y ayudaron a organizar un reagrupamiento. En ese período también se unió Guillermo García, un campesino que conocía la región como la palma de la mano. Coordinó el rescate de rebeldes perdidos y quedó tan impresionado por el entusiasmo de Fidel que decidió unirse a él. «Hablaban con tal fe y con tanta fuerza de la victoria que parecía que ya tenía el ejército en el bolsillo», observó García más tarde.

El 16 de diciembre el pequeño grupo llegó a la finca de Mongo Pérez, un lugar conocido como Cinco Palmas. Dos días después siguió un emotivo reencuentro con Raúl y sus hombres. Toda la «fuerza militar» en ese momento era de nueve hombres y siete fusiles. Sin embargo, Fidel exclamó: «¡Ahora sí ganamos la guerra!». Citó entonces al héroe de la independencia cubana Céspedes, que una vez, en una situación comparable, había sostenido que bastaban doce hombres para liberar a una nación. En los días siguientes se unieron algunos combatientes más al grupo, entre ellos el Che Guevara y Camilo Cienfuegos.

Desde la finca de Mongo Pérez Fidel comenzó a planificar la siguiente fase. Eran apenas un puñado de rebeldes prácticamente sin armas ni munición. Era completamente improbable que ese grupito conquistara el Estado cubano en dos años. Sin embargo, en la

reagrupación de Cinco Palmas se sentaron las bases de una de las guerras de guerrillas más icónicas de la historia moderna. Había nacido la leyenda de la Sierra Maestra.

Tras la difícil reagrupación en Cinco Palmas, el ejército rebelde contaba el 21 de diciembre de 1956 con veinte hombres: dieciséis sobrevivientes del Granma y cuatro flamantes reclutas. La situación era precaria con solo doce armas, pero en los días siguientes empezaron a llegar poco a poco los primeros refuerzos y fusiles. Fidel comprendía que quedarse quietos no era una opción, significaría su perdición. Su posición era demasiado vulnerable, por lo que debían retirarse más profundamente en las montañas. Le parecía que solo el terreno agreste de la Sierra ofrecía suficiente protección para librar una guerra prolongada. «Si llegamos hasta allá, ni Batista ni nadie más podrá ganarnos la guerra», dijo a sus hombres. Envío a Faustino Pérez en una misión al mundo habitado para informar a la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio y llevar periodistas extranjeros a las montañas. La lucha tenía que hacerse visible. Hacia finales de año el grupo había crecido hasta 29 personas. La marcha al corazón de la cordillera, que duró hasta mediados de enero, fue una prueba de agotamiento físico. El hambre era una compañera constante. El Che Guevara señaló más tarde que ninguno de ellos había sabido realmente lo que era el hambre hasta que llegaron a la Sierra.

Fidel también utilizó esas primeras semanas para conocer a fondo el terreno. Estudió caminos, pueblos y refugios naturales, y al mismo tiempo fue construyendo una red de contactos locales. El conocimiento de la estructura social y de la cultura local de los campesinos era al menos tan importante como el conocimiento de los senderos de montaña. La fase inicial fue una difícil lucha por ganarse la confianza de la población local.

La actitud de los campesinos de las montañas estaba lejos de ser entusiasta al principio. Eran desconfiados y estaban a la expectativa. El punto de inflexión llegó por el fuerte contraste entre el comportamiento de los rebeldes y el del ejército de Batista. Mientras los soldados del dictador eran célebres por saquear alimentos, acosar a las muchachas jóvenes, asesinar e incendiar casas, Fidel aplicaba una disciplina estricta. Llevó a cabo una política según la cual cada grano de arroz o cada gallina que los guerrilleros tomaban de los campesinos se pagaba

inmediatamente y en efectivo. Los campesinos empezaron a comprender que los guerrilleros eran los únicos que podían resistir los excesos del ejército. Además, los rebeldes se ponían al servicio de la población. Así, en mayo de 1957 dejaron sus armas a un lado para ayudar a la población en la cosecha del café. Lo que comenzó como un grupito de reclutas urbanos se fue fundiendo lentamente con la población rural. Los campesinos formaban una red logística indispensable y los nuevos reclutas provenían cada vez más de la población local. Sin este vínculo orgánico entre los combatientes armados y los habitantes de la Sierra Maestra probablemente la revolución se habría apagado en el anonimato de las montañas.

La primera prueba verdadera llegó el 17 de enero de 1957 cerca del lugar de La Plata, donde una pequeña guarnición de once soldados fue atacada por 26 rebeldes. Los guerrilleros vencieron sin tener pérdidas. Después de la lucha Fidel felicitó a los soldados prisioneros por su valentía y los dejó libres con la orden de atender a sus heridos. «Se han portado como hombres», dijo. Este trato notablemente generoso de los prisioneros se convirtió en una piedra angular de la estrategia de Fidel y contrastaba fuertemente con las prácticas brutales de tortura y ejecuciones por parte del ejército de Batista. Era un arma moral que otorgaba a sus tropas una ventaja sobre un enemigo que sembraba sobre todo terror. Sin embargo, los rebeldes eran implacables con los responsables de delitos graves o con los traidores. La ejecución del odiado capataz Chicho Osorio la víspera del ataque a La Plata fue una señal clara a la población campesina de que los rebeldes realmente podían y querían acabar con el viejo orden.

La victoria en La Plata constituyó un importante avance psicológico. El solo hecho de que los rebeldes hubieran sobrevivido despertó respeto entre la población local. Su primer éxito militar sentó además las bases para una aceptación y un apoyo cada vez mayores. Como compartían los problemas de los campesinos y asestaban golpes al ejército gubernamental, la cantidad de nuevos reclutas aumentó de manera constante. Aun así, la situación seguía siendo precaria. A finales de enero el ejército intentó cercar a los rebeldes, pero los guerrilleros rechazaron el ataque. Sin embargo, el 30 de enero se produjo una catástrofe debido a la traición de Eutimio Guerra. Un ataque sorpresa desde el aire volvió a dispersar al grupo. Solo lograron reagruparse al cabo de tres días,

hambrientos y reducidos a dieciocho hombres. Eutimio fue desenmascarado y, tras ser interrogado, ejecutado. En las semanas siguientes hubo nuevos combates y bombardeos.

El estilo de liderazgo de Fidel era una mezcla de disciplina estricta e implicación personal. Conversaba constantemente con sus hombres, les pedía su opinión y mostraba interés por su bienestar. Preguntaba por su descanso, su comida y su salud. Esa actitud reforzaba el vínculo mutuo. Daba al grupo un sentimiento de implicación a pesar de la jerarquía. También explicaba por qué luchaban, no solo a sus combatientes, sino también a los campesinos. Fidel consideraba que tan importante como las armas era comprender y convencer.

El 16 de febrero de 1957 tuvo lugar un encuentro crucial con la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio. Frank País y Haydée Santamaría habían llegado a la Sierra con el plan de convencer a Fidel de que abandonara Cuba para dirigir la revolución desde un lugar más seguro. Pero una vez allí se encontraron con su determinación inquebrantable. Su convicción resultaba contagiosa; la duda se transformó en confianza. Habían llegado como visitantes escépticos, pero se marcharon con la sensación de que la guerrilla tenía una posibilidad real. Fidel seguía teniendo clara la prioridad: había que reforzar la guerrilla. Otros planes, como abrir nuevos frentes, podían esperar. Primero debía resistir y crecer este núcleo.

## **Fama internacional**

En ese contexto también se buscaron maneras de hacer la lucha más visible. Como la prensa cubana estaba fuertemente censurada, resultó imposible llevar a un periodista nacional a la Sierra Maestra. Por eso se optó por un reportero extranjero. Fidel esperaba sacar su relato al exterior por medio de esa vía indirecta. El 17 de febrero de 1957 llegó el periodista estadounidense Herbert Matthews, del *New York Times*. En ese

momento la guerrilla apenas disponía de dieciocho combatientes, pero Fidel dio instrucciones claras de crear otra impresión. Los hombres iban y venían como si pertenecieran a diferentes unidades y supuestamente se transmitían mensajes entre «columnas». Incluso se vigilaban pequeños detalles: se ocultó discretamente un pantalón roto, un anuncio de un «enlace» de otra unidad reforzó la imagen de una red extensa. El conjunto no era pura ficción, pero sí una representación muy ampliada de la realidad.

Fidel desempeñó su papel de manera convincente. Habló de grupos de diez a cuarenta hombres y afirmó que el gobierno sufría grandes pérdidas. También subrayó que su movimiento no albergaba hostilidad hacia Estados Unidos ni hacia el pueblo estadounidense. Matthews quedó impresionado. Describió a Fidel como un líder carismático y decidido, que causaba una fuerte impresión en su entorno. «La personalidad de este hombre es abrumadora. Se veía que sus hombres lo admiraban y se comprendía inmediatamente por qué despertaba la imaginación de los jóvenes de toda la isla. Allí estaba un hombre instruido, entregado y tremendamente motivado, con ideales, valor y notables cualidades de liderazgo».

El artículo apareció el 24 de febrero en el *New York Times* y tuvo un enorme impacto. Fue reproducido por la prensa cubana y dio a Fidel fama internacional de un solo golpe. Para muchos cubanos fue una fuente de orgullo que un compatriota recibiera atención mundial. Incluso personas que hasta entonces habían sido leales a Batista empezaron a mirarlo de otra manera. El gobierno intentó desacreditar la información, pero tuvo poco efecto. Fue un punto de inflexión decisivo en un momento en que la guerrilla estaba todavía en su punto más débil desde el punto de vista militar. Hombres de negocios que antes detestaban o criticaban a Fidel comenzaron ahora a apoyarlo financieramente en secreto. Querían diversificar sus oportunidades y mantener acceso al poder, ahora que parecía que Fidel era realmente capaz de derrocar a Batista.

Simultáneamente con el artículo, Fidel difundió un manifiesto cuidadosamente redactado. En él fue extremadamente táctico para no perturbar la frágil política revolucionaria con una proclamación precipitada sobre sus planes futuros. Para el éxito de la lucha era crucial atraer también a la clase media y a los profesionales. La revolución no debía ser solamente obra de jóvenes radicales. Por eso, a finales de 1956 y

comienzos de 1957 se creó en Santiago de Cuba el «Movimiento de Resistencia Cívica» (MRC).

Este MRC era una organización secreta y autónoma que oficialmente estaba separada del «Movimiento 26 de Julio», pero que seguía la estrategia de Fidel. Estaba formada por líderes influyentes de la clase alta y media que estaban convencidos de que Batista debía desaparecer. Habían sido decisivos los brutales asesinatos que el régimen había cometido en diciembre de 1956 contra personas sospechosas de agitación revolucionaria, cuyos cadáveres dejó al lado de la carretera. Aunque en esta etapa todavía retrocedían ante el apoyo abierto a la lucha armada, estaban en estrecho contacto con la dirección rebelde. El MRC se extendió en pocos meses como una mancha de aceite por todo el país, desde Oriente hasta La Habana.

Así comenzó una nueva fase en medio de las privaciones de la Sierra Maestra. El grupo era pequeño, vulnerable y estaba constantemente en movimiento. Pero tenía una dirección, una red cada vez mayor y una estrategia clara. Las montañas ya no eran un refugio, sino que se habían convertido en un cuartel general desde el cual se había iniciado el ataque contra el viejo mundo. Lo que en diciembre todavía era una lucha por la supervivencia empezó lentamente a tomar forma como una sublevación organizada. El camino hacia la victoria aún era largo, pero el fundamento se había puesto en el corazón de la Sierra.

## **Una victoria importante**

El tamaño de la guerrilla en la Sierra Maestra crecía lentamente a comienzos de marzo de 1957. Se unieron nuevos reclutas de Santiago y Manzanillo, incluso algunos extranjeros. El grupo adquirió más fuerza de combate, pero siguió siendo vulnerable. Mientras Fidel construía su ejército en las montañas, en La Habana tuvo lugar un acontecimiento

dramático que influiría en el curso de la revolución: el ataque al palacio presidencial.

El 13 de marzo el Directorio Revolucionario, dirigido por el carismático líder estudiantil José Antonio Echeverría, asaltó el palacio en un intento de eliminar directamente a Batista. La acción acabó en un baño de sangre. Echeverría fue asesinado y los rebeldes restantes fueron perseguidos. Batista aprovechó el caos para mandar asesinar a sangre fría a adversarios políticos que no tenían nada que ver con el atentado y hacer arrojar sus cuerpos junto al palacio.

Fidel reaccionó fríamente ante la noticia. En una entrevista radiofónica con un reportero estadounidense condenó el atentado. «Yo condeno el terrorismo. Rechazo enérgicamente los atentados personales. En el asalto a Palacio se derramó la sangre inútilmente. Es aquí, en la Sierra Maestra, donde deben venir a luchar. Nosotros libramos una lucha contra ideas reaccionarias, no contra personas». También había una diferencia más profunda. Mientras Echeverría buscaba la revolución en la acción armada de la clase media urbana, Fidel apostaba por la población trabajadora y los campesinos, apoyados por un pequeño grupo de intelectuales. Había comprendido que el apoyo y la participación de la población eran indispensables para el éxito de una revolución: «Cuando se vaya a definir a un revolucionario, lo primero que habría que preguntarle es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas». Dos años después de la victoria lo dijo así: «Nosotros éramos como una cerilla en un pajar. Poco a poco, la lucha se convirtió en una lucha de toda la gente. Naturalmente, se extendió; fue la gente, simplemente toda la gente, que fueron los únicos actores en esa lucha y fueron las masas las que decidieron el tema. Se trataba de movilizar a la gente que anhela una patria mejor y más digna y más justa. La gente que está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre».

A comienzos de los años cincuenta Fidel pensaba aquí en los seiscientos mil desempleados, los quinientos mil obreros agrícolas que tenían que trabajar y vivir en condiciones miserables, los cuatrocientos mil obreros y jornaleros explotados, los cien mil pequeños campesinos sin tierra, los treinta mil maestros y profesores que estaban mal pagados, los veinte mil pequeños comerciantes que estaban agobiados por las

deudas, los diez mil jóvenes altamente formados que se graduaban cada año sin futuro.

Mientras tanto en la Sierra Maestra se trabajaba en la construcción de una fuerza de combate más estructurada. La guerrilla evolucionó gradualmente hacia un ejército embrionario, con papeles claros y entrenamiento. Fue un período de desplazamientos constantes, en el que Fidel hacía largas marchas para explorar el terreno y establecer contacto con la población local. La presencia de periodistas extranjeros y equipos de televisión reforzó la imagen de un movimiento en crecimiento. Al mismo tiempo los rebeldes empezaron a controlar zonas donde podían ejercer su influencia, lo que provocó la reacción del régimen. Batista intentó socavar el apoyo de los campesinos mediante una reubicación forzosa. Fueron trasladados a aldeas que en realidad eran poco más que campos de concentración. El tirano intentó ganarse a los campesinos con programas simbólicos de salud y construcción de viviendas, pero la medida produjo el efecto contrario. La única opción que quedaba a muchos campesinos era el apoyo activo a los sublevados. La Sierra comenzó a convertirse en una «zona libre» bajo control de los rebeldes.

En los primeros meses de la sublevación armada Celia Sánchez actuó como oficial de enlace entre la Sierra y el movimiento clandestino en otros lugares. Algunas semanas después de su segunda breve estancia en la Sierra, Fidel le escribió: «Aquí guardamos un recuerdo tan grato de tu presencia que se nota el vacío. Por muy fusil en mano que ande una mujer en esta Sierra, siempre hace más decentes, más caballerosos y hasta más valientes a nuestros hombres». Cuando el suelo en la ciudad empezó a quemarle bajo los pies, se unió definitivamente a los rebeldes. Muy pronto Celia, seis años mayor que Fidel, se convirtió en su mano derecha y confidente. Mientras Fidel trazaba las grandes líneas estratégicas, ella se ocupaba de la ejecución de los detalles más pequeños. Tenía una influencia muy grande, aunque permanecía en segundo plano. Ella era quien obligaba a Fidel a descansar cuando quedaba físicamente agotado. Entre ambos había un estrecho vínculo de amistad. Celia también aportaba cierta humanidad a la dura lucha. Cuando los soldados prisioneros escribían a casa, ella ponía algo de dinero en los sobres para sus familias. Después de la victoria de la revolución fue secretaria del Consejo de Ministros y más tarde del Consejo de Estado. En todos los momentos decisivos estuvo al lado de Fidel: la primera visita a Estados

Unidos y a la ONU, la invasión de Bahía de Cochinos, la crisis de los misiles, la muerte del Che, la misión en Angola. Murió en 1980, apenas con sesenta años.



*Celia Sánchez*

Mientras tanto siguieron fracasando otros intentos de resistencia armada fuera de la Sierra. Grupos que operaban de manera independiente con el apoyo financiero del expresidente Prío, depuesto por Batista, no lograron formar un frente duradero. Eso reforzó la posición de la guerrilla de Fidel como fuerza central dentro de la oposición.

Un momento importante en la construcción del ejército rebelde fue la batalla de Uvero el 28 de mayo de 1957. Entonces Fidel disponía de unos 120 hombres. La lucha por el puesto militar fue feroz y duró casi tres horas. Los rebeldes perdieron seis hombres y contaron nueve heridos, pero la victoria tuvo un significado estratégico incalculable. Demostró por primera vez que el ejército rebelde era capaz de derrotar en combate abierto a un puesto fortificado del ejército gubernamental. La moral de los combatientes aumentó y también el apoyo de la población.

A menudo se llamaba a los guerrilleros «barbudos», porque muchos de ellos se dejaban crecer la barba en las duras condiciones de la Sierra. Después de la victoria muchos dirigentes del ejército rebelde conservaron la barba como símbolo de su pasado guerrillero en la Sierra Maestra. La barba se convirtió en un icono reconocible de la revolución.

Fidel recibió en este período el título de Comandante en Jefe. Fue una elección consciente. Comandante era el grado oficial más modesto en el ejército tradicional, pero al añadirle «en Jefe» —jefe supremo— se creó un rango que subrayaba tanto su liderazgo como su modestia.

Para julio de 1957 el número de rebeldes había crecido hasta doscientos. La disciplina era esencial. Así, la comunicación se hacía en susurros, en contraste con los soldados de Batista, que a menudo avanzaban ruidosamente por los bosques y por eso eran fáciles de sorprender. Si los guerrilleros tenían que cruzar un campo abierto, lo hacían uno por uno. Para un avión de reconocimiento que sobrevolara la zona, aquello parecía simplemente un campesino solitario caminando por su tierra.

Sin embargo, bajo la superficie de los éxitos militares hervía un conflicto político dentro del Movimiento 26 de Julio. Figuras destacadas de las ciudades como Frank País y Armando Hart se sentían cada vez más como meros abastecedores de la Sierra. Querían reformar el movimiento y proponían crear milicias por todo el país. Había una contradicción fundamental de visión: la rama urbana esperaba derrocar a Batista mediante un golpe de Estado apoyado por la resistencia en las montañas y una huelga general, mientras que Fidel veía la guerrilla en las montañas como el centro de gravedad estratégico. Consideraba que el grupo rebelde era el embrión de un pequeño ejército que con el apoyo total del pueblo, incluida una huelga general, derrotaría al ejército. Creía que la organización en las tierras bajas tenía sobre todo la función de apoyar la «verdadera» guerra en las montañas.

También había otros desacuerdos. Algunos consideraban que el movimiento necesitaba un programa político más claro, pero Fidel seguía siendo reservado al respecto. No quería hacer en esa fase declaraciones que pudieran ahuyentar a posibles aliados, sobre todo en el plano ideológico. Partía de la idea de que cualquier indicio de simpatía por el comunismo podía costar en aquel momento el apoyo de la clase media y

despertar la desconfianza de los estadounidenses. Su prioridad era mantener unida una coalición lo más amplia posible contra Batista.

## **Territorio liberado**

En el verano de 1957 Fidel intentó ampliar el movimiento. El 12 de julio apareció el Manifiesto de la Sierra Maestra, redactado junto con opositores moderados como Raúl Chibás —hermano de Eduardo Chibás— y Felipe Pazos. El documento proponía un gobierno de transición y elecciones libres dentro del año siguiente a una victoria. Prometía libertad de prensa, sindicatos democráticos y una reforma agraria limitada. El tono era deliberadamente moderado. Era un programa que debía demostrar que la revolución no era solo una aventura militar, sino también un proyecto político que podía unir a diferentes grupos.

Poco después el movimiento sufrió un duro golpe. El 30 de julio fue asesinado Frank País, un importante organizador en las ciudades. La pérdida fue tan grande que el Che Guevara lloró al recibir la noticia. También dejó claro lo vulnerable que era la red urbana. En ese mismo período el Che fue nombrado comandante de su propia columna rebelde, el rango más alto en el ejército rebelde. El vínculo entre Fidel y el Che era profundo. Después de Celia Sánchez, el Che era la persona con quien mantenía la correspondencia más intensa.

Mientras tanto la dictadura seguía bajo presión. El 5 de septiembre tuvo lugar en Cienfuegos una sublevación naval de oficiales de rango inferior. La ciudad fue tomada brevemente, pero el ejército respondió con dureza. La sublevación fracasó y fue reprimida sangrientamente, lo que volvió a mostrar los riesgos de la confrontación directa en las ciudades.

La situación seguía siendo compleja en el plano político. En octubre se firmó en Miami un pacto entre varios grupos opositores, sin Fidel. Preveía un gobierno de transición, la «Junta de Liberación», después de la caída de Batista, en el que el ejército rebelde se incorporaría al ejército

regular. La intención era quebrar la influencia decisiva del ejército rebelde en la resistencia y secuestrar el movimiento a beneficio del expresidente Prío y otras fuerzas burguesas. Fidel reaccionó furiosamente. Su respuesta llegó en forma de un manifiesto propio, en el que subrayó su independencia. La «Junta de Liberación» desapareció de la escena incluso antes de ser constituida efectivamente. Estaba claro que no llevaría a nada sin el apoyo del ejército rebelde.

Siguió habiendo tensiones con otros grupos opositores. Algunos consideraban que Fidel era demasiado radical, mientras que este les reprochaba que no estuvieran dispuestos a una ruptura real con el régimen. Mientras tanto los comunistas empezaron a revisar su postura. Se dio permiso a miembros individuales para incorporarse al ejército rebelde, aunque el partido en su conjunto seguía siendo reservado.

La familia de Fidel también se fue implicando cada vez más en la sublevación armada. El hermano mayor, Ramón, colaboraba clandestinamente con el movimiento. En un momento dado aparecieron en la prensa informaciones de que la madre y el hermano de Fidel habrían sido asesinados como represalia por un atentado contra el coronel Fermín Cowley. Esas informaciones resultaron ser incorrectas: Batista se vio obligado a desmentirlas e incluso envió oficiales a Birán para ofrecer protección a la familia. Ramón pudo así regresar temporalmente a la legalidad, aunque la situación seguía siendo tensa. Algunos meses después, poco antes de la huelga prevista de abril de 1958, Raúl le dio la instrucción de sacar a su madre Lina de Birán. Se trasladó a La Habana, pero más tarde, por insistencia propia, regresó de nuevo a casa.

La guerra cambió de carácter sobre el terreno. Hacia finales de 1957 la guerrilla comenzó a pasar de una unidad móvil a un ejército con posiciones fijas. En las zonas liberadas de la Sierra surgieron bases con puestos sanitarios, talleres, pequeñas unidades de producción e incluso escuelas y una cárcel. Se fabricaban botas y uniformes, y más tarde también explosivos. Los rebeldes construyeron una infraestructura propia, incluida una emisora de radio propia, Radio Rebelde.

Fidel no creía que la revolución pudiera llegar mediante una sublevación breve y contundente; empezó a considerar cada vez más que la lucha era un proceso prolongado. Quería tomarse suficiente tiempo para poder forjar frentes amplios y preparar bien al Movimiento 26 de Julio para la profunda transformación social que tenía en mente. En una

carta escribió: «A mi entender, un desplome del régimen dentro de una semana sería mucho menos fructífero que dentro de cuatro meses. En broma les digo aquí a los compañeros que no queremos para la revolución un parto de siete meses».

Había tres elementos que pesaban mucho sobre el proceso revolucionario y que exigían un planteamiento prudente y paciente. A diferencia de otras revoluciones en China o Vietnam, que fueron dirigidas por partidos establecidos, Fidel tuvo que construir su organización desde abajo. Se necesitaba tiempo para formar, consolidar y preparar su movimiento para cambios profundos. El segundo era una posible —y después de la victoria muy probable— intervención militar de Estados Unidos. Con esta amenaza en mente, era necesaria una unidad máxima entre las fuerzas revolucionarias y un frente lo más amplio posible con sectores de la burguesía. Un tercer elemento era el anticomunismo ampliamente extendido. Ya antes del asalto al cuartel Moncada, Fidel había estudiado las obras de Marx y Lenin. El objetivo final de la revolución ya estaba claro entonces: una sociedad socialista. Pero en plena Guerra Fría era imprudente ir demasiado rápido con eso. Las mentes no estaban maduras para ello y no era indicado despertar perros dormidos en Estados Unidos. «Si nosotros nos paramos en el Pico Turquino cuando éramos cuatro gatos y decimos: Somos marxista-leninistas —desde el Pico Turquino—, posiblemente no hubiéramos podido bajar al llano».

La relación con la población campesina era de vital importancia. Lo que había comenzado como confianza cautelosa había crecido hasta convertirse en participación activa. Los campesinos actuaban como correos y formaban un sistema eficaz de advertencia contra el ejército de Batista. Proporcionaban alimentos y nuevos reclutas. A menudo resultaban ser «más duros» y más fáciles de integrar que los voluntarios de las ciudades. En las zonas controladas por ellos los rebeldes comenzaron con una reforma agraria a pequeña escala. La tierra no utilizada fue entregada a los campesinos, mientras el Che comenzó con su formación política. La Sierra ya no era únicamente zona de guerra, sino también un laboratorio para una nueva sociedad.

Un punto de inflexión militar siguió el 16 de febrero de 1958 con el ataque a Pino del Agua. Allí fue atacado y derrotado un puesto del ejército. Fue un paso importante, porque la iniciativa pasó cada vez más a

manos de la guerrilla. La lucha adquirió otro carácter: los rebeldes ya no eran solo defensivos, sino que empezaron a realizar operaciones ofensivas. Con ello empezó a perfilarse la fase final de la guerra. Al mismo tiempo llegó un nuevo intento de frenar esa ofensiva exitosa del ejército rebelde. Organizaciones eclesiásticas y civiles abogaron por un gobierno de reconciliación y una «transición pacífica». Fidel las rechazó. Negociar no era una opción para el Movimiento 26 de Julio mientras el régimen siguiera intacto. Batista, por su parte, continuó entretanto con una fuerte represión.

La moral dentro del ejército rebelde era alta. Había mucha disciplina y el hecho de que Fidel, Raúl y el Che participaran ellos mismos en los combates resultaba contagioso. No pedían a sus hombres nada que ellos mismos no estuvieran dispuestos a hacer. Esa actitud reforzaba la cohesión y la confianza.

En marzo de 1958 se abrieron nuevos frentes: un segundo frente bajo el mando de Raúl en la costa norte y un tercer frente bajo Juan Almeida al noroeste de Santiago. El ejército guerrillero creció y se organizó cada vez mejor; adquirió más características de un ejército regular. La Sierra Maestra se había transformado en un Estado dentro del Estado, una fortaleza casi inexpugnable. El camino hacia la victoria seguía siendo largo y lleno de incertidumbre, pero los fundamentos estaban puestos. Lo que comenzó como una lucha por la supervivencia en las montañas se convirtió en un movimiento que tenía cada vez más influencia en el curso de la historia cubana.

## **6. Hacia la victoria final**

### **Huelga general**

A comienzos de 1958 seguía existiendo una importante diferencia de opinión entre las montañas y las ciudades referente a la dinámica de la revolución. Mientras Fidel construía en la Sierra Maestra un ejército disciplinado, la dirección en las tierras bajas creía más bien en la fuerza de una huelga general. Para figuras como Faustino Pérez, una interrupción masiva del trabajo que paralizara el país era la manera de obligar a Batista a marcharse. Aunque Fidel no estaba en contra de una huelga, tenía muchas dudas sobre el momento y la capacidad organizativa de las células urbanas.

Esas diferencias de planteamiento dejaban al descubierto una brecha más profunda. Mientras la guerrilla en la Sierra Maestra apuntaba a un cambio social profundo, algunos líderes urbanos pensaban sobre todo en expulsar al dictador, lo que a Fidel parecía insuficiente. No quería solo un cambio de poder, sino también reformas estructurales, sobre todo en el campo. Esas expectativas divergentes provocaban tensiones y desconfianza. Sin embargo, la dirección en la Sierra seguía teniendo una minoría numérica dentro del conjunto de la dirección del Movimiento 26 de Julio, y la mayoría decidía.

En ese contexto, el 9 de marzo de 1958 Fidel redactó junto con el líder de la resistencia urbana, Faustino Pérez, un nuevo manifiesto en el que se anunciaba la huelga general como arma oficial. Al mismo tiempo

Fidel hizo una jugada política al proponer como presidente de un gobierno provisional al respetado juez Manuel Urrutia, que había defendido a los atacantes del cuartel Moncada. Su perfil conservador y su anticomunismo declarado debían dar credibilidad al movimiento y dejar fuera de juego a posibles rivales, como políticos civiles experimentados que estaban dispuestos a asumir el poder.

El Movimiento 26 de Julio lanzó un plan audaz: a partir del 1 de abril se paralizaría el tráfico ferroviario y al mismo tiempo se elevaría la tensión en las ciudades con acciones espectaculares, como el secuestro del mundialmente famoso piloto de Fórmula 1, Juan Manuel Fangio, durante el Gran Premio en La Habana.

La huelga general tuvo lugar finalmente el 9 de abril de 1958, pero fue un fracaso trágico. La organización fue un desastre en La Habana. El llamamiento supuso una sorpresa total para muchos trabajadores. La huelga fue mal anunciada y la respuesta de la población no llegó. La policía de Batista, en cambio, estaba excelentemente preparada y golpeó sin piedad. Alrededor de cien cubanos perdieron la vida y cientos más fueron detenidos. Muchas personas del movimiento clandestino quedaron «quemadas» y tuvieron que huir a la Sierra Maestra. La esperanza de una revolución urbana rápida fue barrida de un solo golpe.

La derrota tuvo un gran impacto. Dejó claro a todos que la estrategia urbana era vulnerable. Fidel sacó lecciones de la huelga fallida: el movimiento debía depender menos de estructuras urbanas poco fiables y apoyarse más en un núcleo sólido y disciplinado. El fracaso también reforzó la desconfianza hacia los aliados moderados.

El 3 de mayo de 1958 tuvo lugar una reunión decisiva de la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio en las profundidades de las montañas. El Che la calificó más tarde de punto de inflexión. La reunión duró casi veinte horas y llevó a una profunda reestructuración. Se optó por una dirección centralizada, con Fidel como líder político y militar. Se creó un nuevo secretariado y algunos líderes importantes de las ciudades fueron llamados a la Sierra Maestra para formar parte de él. Esta decisión marcó un claro desplazamiento. En adelante el foco pasó a estar en la guerrilla de la Sierra, que se convirtió en el corazón de la revolución.

Batista aprovechó el momento para, después de aplastar el movimiento urbano, atacar al ejército rebelde en la Sierra. Fidel esperaba que la dictadura lanzara pronto una gran ofensiva y sabía que debían

prepararse para la confrontación definitiva. En aquel momento la guerrilla estaba formada por unos 300 efectivos.

En la guerra psicológica que siguió, Radio Rebelde, la emisora de la guerrilla, demostró ser una de sus armas más poderosas. Mientras Batista proclamaba la victoria en los medios oficiales, las voces desde la Sierra llegaban a las salas de estar de los cubanos. El ejército rebelde ya no era un grupo aislado en los bosques; se había convertido en el centro nervioso de la revolución.

## **Ofensiva de verano de Batista**

La guerrilla entró en una fase más sedentaria en este período. El cuartel general, la Comandancia de La Plata, estaba construido estratégicamente junto al borde de un profundo barranco. Era un complejo funcional: la casita de Fidel constaba de un dormitorio, una oficina, una cocina pequeña y una terraza donde recibía visitantes. En las inmediaciones había oficinas pequeñas para la administración del «territorio liberado», un hospital, un dentista y el estudio de Radio Rebelde. El Che dirigía cerca una escuela de entrenamiento para nuevos reclutas, por lo que la Sierra adquiría cada vez más el carácter de un Estado organizado.

Fidel escribió en una carta de junio de 1958 que el papel de Estados Unidos en el conflicto lo afectaba profundamente. Escribió después de que fuera bombardeada con cohetes estadounidenses la casa de un campesino local: «Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero».

A comienzos del verano de 1958 la lucha en la Sierra Maestra alcanzó una fase crítica. Después de que anteriores intentos de aislar a los rebeldes hubieran fracasado, el régimen de Batista lanzó en mayo una

ofensiva de verano a gran escala con el objetivo de cercar y destruir definitivamente a la guerrilla. Batista movilizó a 10.000 efectivos, formados y entrenados por el ejército estadounidense y provistos de las mejores armas de aquel momento. Frente a esta superioridad, el ejército rebelde opuso inicialmente apenas 280 combatientes mal armados y que más tarde aumentaron hasta un total de 321 efectivos cuando se unió a ellos el grupo de Juan Almeida. Por cada guerrillero había treinta soldados en el campo.

A pesar de su inferioridad numérica, los rebeldes resistieron en lo que se convertiría en una prueba de fuerza decisiva. Los combates, que comenzaron el 24 de mayo, duraron 76 días e incluyeron más de treinta enfrentamientos y seis grandes batallas. Fidel escribió cartas a oficiales enemigos a quienes aún conocía de su época de estudiante. Al comandante Quevedo le escribió: «Era difícil imaginar cuando usted y yo nos veíamos en la Universidad que algún día estuviéramos luchando el uno contra el otro,... tu amigo». También al general Cantillo le hizo saber que después de la ofensiva, si ambos seguían con vida, le gustaría exponerle su visión sobre el ejército y el futuro de Cuba. Era un intento de desmoralizar y seducir al enemigo al mismo tiempo.

Los rebeldes utilizaron otra táctica más. Instalaban altavoces en las montañas, que hacían resonar sobre el campo de batalla el himno nacional cubano, canciones patrióticas y consignas revolucionarias. Fundaron el Quinteto Rebelde, un grupo musical formado por un campesino local y sus hijos músicos. Con sus canciones se burlaban de los soldados y los desmoralizaban, mientras los llamaban a deponer sus armas y unirse a la guerrilla. Esta forma de guerra psicológica no dejó de tener efecto.

A pesar de las armas pesadas y de su superioridad en efectivos, el ejército gubernamental no logró destruir a la guerrilla. Al contrario, sufrió grandes pérdidas. Hubo muchos muertos y heridos, y cientos de soldados fueron hechos prisioneros. Además, los rebeldes capturaron armas, lo que fortaleció su posición. La ofensiva que estaba destinada a poner fin a la sublevación terminó en fracaso y entregó justamente la iniciativa a la guerrilla.

En este período era fundamental la unidad. Muchos movimientos revolucionarios se quebraron por divisiones internas. También la historia cubana es una buena ilustración de ello. En 1868 fracasó la lucha

independentista de Céspedes contra España debido a desacuerdos dentro de la dirección. José Martí logró unir a los revolucionarios treinta años después, pero tras su muerte prematura la revolución fue secuestrada por Estados Unidos, porque la unidad era demasiado frágil para oponer resistencia a la agresión del imperio. También en los años treinta fracasaron las sublevaciones revolucionarias contra el régimen neocolonial por falta de una dirección unificada. La lección de la historia era manifiesta: sin unidad no hay victoria. Por eso una de las principales preocupaciones de Fidel fue el esfuerzo por lograr la unidad, aunque comprendía que estaba lejos de ser sencillo. Experimentó desde muy temprano que la «ambición personal» y el ensimismamiento de ciertas personas eran obstáculos formidables o lo difícil que era mover a personas valiosas y talentosas a ponerse al servicio de un ideal y «someterse a la disciplina, al margen de toda vanidad o ambición».

Fidel subrayó que las fuerzas revolucionarias debían colaborar de la manera más amplia posible, excepto con grupos que se aferraban a celebrar elecciones dentro del sistema existente. La unidad política se selló en julio de 1958 con el «Pacto de Caracas», mediante el cual se formó un Frente Cívico Revolucionario. Fidel hablaba ahora desde una posición de fuerza militar y logró unir a casi todos los grupos de oposición en torno a tres principios: sublevación armada, un gobierno provisional y un programa social mínimo. De cara al exterior, se mantuvo a los comunistas fuera del pacto para no asustar a las fuerzas moderadas y a Estados Unidos, pero entre bastidores el vínculo se hizo más estrecho. Carlos Rafael Rodríguez, una figura destacada del partido comunista, llegó a la Sierra como su representante oficial. Fidel sabía que en cuanto el régimen se derrumbara iba a necesitar la capacidad organizativa de los comunistas en las ciudades.

El Che era plenamente consciente de que el Pacto de Caracas era un compromiso pragmático. «Nosotros sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra y que debíamos contar durante un largo período con toda una serie de «amigos» que trataban de utilizar nuestra fuerza militar y la gran confianza que el pueblo ya sentía por Fidel Castro, para sus manejos macabros y, por sobre todas las cosas, para mantener el dominio del

imperialismo a través de su burguesía importadora, ligada estrechamente a los amos nortños».

Según la dirección, la defensa de la revolución dependía de tres factores: el fortalecimiento militar del país, el mantenimiento de la unidad entre los diferentes sectores y seguir favoreciendo a las capas más pobres de la población. Fidel sabía que probablemente se utilizaría a la Organización de Estados Americanos (OEA) para planes contrarrevolucionarios y preparó al país para esa confrontación. Las alianzas con los viejos partidos políticos eran un mal necesario. Estos partidos intentaban utilizar la fuerza militar de Fidel para sus propios fines, pero Fidel supo darle la vuelta y utilizarlos a ellos para aumentar la legitimidad de la lucha. En todo caso, esa estrategia tuvo efecto. Cada vez más figuras de la oposición se unían o expresaban su apoyo. Para los observadores externos parecía como si el movimiento se estuviera desarrollando hasta convertirse en un amplio frente.

Hacia finales del verano de 1958 la situación había cambiado de manera irreversible. El ejército rebelde no solo había sobrevivido a una ofensiva masiva, sino que había salido fortalecido de ella. Por frágil que fuera la unidad de la oposición, estaba bajo las alas del Movimiento 26 de Julio. Mientras la élite burguesa pensaba que podía domesticar al joven revolucionario mediante acuerdos políticos, Fidel ya estaba ocupado con la siguiente fase de la revolución.

## **La victoria a la vista**

La victoria en la ofensiva de verano de Batista había dado un verdadero impulso a la confianza en ellos mismos de los rebeldes en la Sierra Maestra. En esta atmósfera de triunfo cercano también surgieron momentos personales conmovedores. A principios de agosto de 1958 Lina Ruz, la madre de los hermanos Castro, escribió una carta a sus hijos en la que expresaba lo orgullosa que estaba de ellos: «Toda madre se

siente orgullosa de sus hijos aunque estos no tengan más virtud que las de ser sus hijos y nada más, pero ese no es mi caso, pues tengo en Uds. más que a mis hijos a los héroes imborrables de toda una juventud y de todo un pueblo que tiene cifradas sus esperanzas y su fe en aquellos que salieron de mis entrañas y a los cuales vi crecer bajo la mirada que solo tenemos las madres, hasta llegarse a forjar su propio camino recto y sin manchas y al mismo tiempo les indicabas a tus hermanos –los cubanos– el único sendero decoroso y firme que sin duda es el que están siguiendo en estos momentos».

A finales del mes de septiembre Lina viajó al territorio rebelde. El reencuentro estuvo cargado de emoción. Lina tomó a su hijo Raúl en su regazo como si todavía fuera un niño pequeño y le habló con ternura. Más tarde este diría que aquel día casi sucumbió a las emociones. El hermano de Fidel, Ramón, desempeñó un papel importante en el abastecimiento de la guerrilla. Cuando su posición en las tierras bajas se volvió insostenible, también él se unió definitivamente a los combatientes en las montañas. Así, la familia Castro estaba implicada de diferentes maneras en la sublevación.



*Fidel con Celia Sánchez, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos y otros rebeldes en la Sierra Maestra*

El apoyo al movimiento siguió creciendo entretanto de manera constante. El Movimiento 26 de Julio podía contar con una amplia simpatía en muchos pueblos fuera de la zona liberada. En el plano político, mientras tanto, se trabajaba en la estructura de un futuro gobierno. En una nueva reunión del Frente Cívico Revolucionario celebrada esta vez en Miami el 11 de agosto de 1958 el profesor y jurista José Miró Cardona fue nombrado unánimemente coordinador. Se confirmó de nuevo por mayoría al juez Manuel Urrutia como candidato a la presidencia provisional.

En agosto de 1958 comenzó también una nueva fase de la guerra. Fidel ordenó a Camilo Cienfuegos y al Che Guevara avanzar cada uno con una pequeña columna hacia el oeste. El plan era ambicioso, casi temerario: controlar con medios limitados grandes partes de la isla y aislar las ciudades. Camilo partió con apenas 82 hombres rumbo a Pinar del Río, en el oeste del país, mientras que el Che se encaminó con 148 combatientes a la provincia de Las Villas, en el centro. Frente a ellos seguía habiendo un ejército de 10.000 soldados. La marcha de las columnas de invasión se convirtió en una epopeya de hambre, agotamiento y combates constantes en las condiciones más miserables. Aun así, ambos comandantes cumplieron su misión con pocas pérdidas. Allí donde llegaban se retiraba el ejército gubernamental y los voluntarios se incorporaban al ejército rebelde. Su avance dio a los rebeldes un nuevo impulso. En la región montañosa central del Escambray el Che llevó a cabo difíciles negociaciones con varios grupos revolucionarios escindidos, cada uno con su propia agenda. Costó tiempo y esfuerzo llegar a la cooperación. Finalmente se alcanzó un acuerdo a principios de octubre, el llamado Pacto de Pedrero, que trajo cierta unidad. No todos los grupos se sumaron, pero fue un paso hacia la coordinación de la lucha.

Mientras el Che y Camilo avanzaban con sus columnas hacia el oeste, Fidel rompía barreras sociales en la Sierra. El 4 de septiembre de 1958 creó el «pelotón Marianas», llamado así en honor a Mariana Grajales, la madre de la independencia cubana. Fue la primera unidad militar compuesta exclusivamente por mujeres. Cada una de ellas estaba armada, lo que provocó bastante discusión dentro del ejército rebelde en un momento en que no todos los guerrilleros disponían de un arma.

Desde el punto de vista militar empezó a apretarse el lazo alrededor del régimen. Hacia el final de la guerra gran parte del campo estaba en manos de los rebeldes, mientras se empujaba cada vez más al ejército gubernamental a la defensiva. La calidad y la moral de la guerrilla compensaban con creces su inferioridad numérica.

Al mismo tiempo crecía el apoyo desde las élites económicas. Industriales, hombres de negocios e incluso terratenientes contribuían financieramente al Movimiento 26 de Julio. Fidel mantenía deliberadamente vagos sus planes sociales para no asustar a estos grupos. El 10 de octubre firmó una reforma agraria muy moderada. La prensa estadounidense describió su plan como una especie de «liberalismo social».

Las elecciones de noviembre de 1958, en las que el batistiano Andrés Rivero Agüero fue proclamado presidente, fueron consideradas una farsa por muchas personas. Socavaron aún más la autoridad de Batista. Dentro del ejército crecían las dudas y algunos oficiales incluso buscaban contacto con los rebeldes. La moral se desmoronaba, mientras que ganaba fuerza el movimiento revolucionario.

El 20 de noviembre Fidel abandonó su cuartel general fijo en La Plata para llevar definitivamente la guerra a las tierras bajas. Sus tropas consiguieron importantes éxitos, entre otros en Guisa, al pie de la Sierra Maestra. Una dura batalla allí abrió el camino hacia la liberación de la parte oriental de la isla. Las victorias fueron llamativas, sobre todo porque la mayoría de los combatientes acababan de ser adiestrados. A menudo Fidel se comportaba temerariamente en los ataques. Sus oficiales a veces tenían que detenerlo físicamente para evitar que corriera personalmente, bajo el fuego enemigo, por la calle principal de una ciudad atacada. Mientras se acumulaban los éxitos militares, el futuro presidente Manuel Urrutia aterrizó el 7 de diciembre en la Sierra, junto con una carga de armas y municiones procedente de Venezuela.

El 18 de diciembre Fidel convocó en el cuartel general del ejército rebelde en La Rinconada una importante reunión de las direcciones del Movimiento 26 de Julio y del movimiento de Resistencia Cívica para discutir la formación de un gobierno provisional. Fidel afirmó que él mismo permanecería fuera del gobierno. «Bueno, ese es el gobierno de ustedes, porque yo estaré en contacto con el pueblo, en reuniones con los obreros, en la radio y televisión, criticando los errores que se cometan».

El gabinete que propuso Urrutia suscitó muchas preguntas entre los compañeros. Sabían que el juez Urrutia era un hombre conservador, sin credenciales revolucionarias, al igual que el jurista Ángel Fernández, el futuro ministro de Justicia. Para muchas personas era incomprensible que Fidel permitiera que se confiara la administración de la revolución a personas que habían contribuido poco o nada a la lucha revolucionaria. Sin embargo, Fidel se mantuvo firme y afirmó que el gobierno sería «nuestro», porque él mismo estaría en la calle con el pueblo y controlaría el trabajo del gobierno. El resto de la dirección aceptó finalmente. Así comenzó, pues, el nuevo gobierno revolucionario, con Fidel en un papel de oposición escogido por él mismo, mientras Raúl y Almeida decidieron permanecer en territorio liberado.

La fase final de la revolución cubana se desarrolló a un ritmo febril. El 20 de diciembre de 1958 cayó en manos de los rebeldes la estratégica ciudad oriental de Palma Soriano. Fue un avance importante e indicaba que se acercaba el final de la lucha. Batista empezó a prepararse para huir de Cuba. En Nochebuena Fidel sorprendió a su madre, Lina, con una visita a la finca de Birán. Acompañado por Celia Sánchez y algunas personas fieles se retiró durante unas horas del fragor de la lucha. Fue un raro momento personal en un período que estaba completamente marcado por la lucha de liberación. La visita fue breve e intensa. En ella Fidel hizo saber ya a su hermano Ramón dónde estarían las prioridades del nuevo orden: «La primera propiedad que va a pasar al Estado será esta», comentó. Era una señal de que su idea del futuro iba más allá de un mero cambio de poder. La revolución también debía intervenir en las relaciones de propiedad existentes, aunque eso afectara a su propia familia.

Mientras los rebeldes se acercaban a Santiago, parte del ejército intentó encontrar una salida. Surgió un plan para sustituir a Batista por una junta cívico-militar bajo la dirección del general Eulogio Cantillo. Fidel llevaba tiempo temiendo que un escenario así socavara la revolución. También actores extranjeros, entre ellos la CIA, buscaban alternativas para evitar que el poder cayera completamente en manos de los rebeldes. El 28 de diciembre Fidel se reunió con el general Cantillo y rechazó la idea de una junta. Planteó tres exigencias duras al militar: ningún contacto con la embajada de Estados Unidos, ningún golpe de Estado militar en la capital y bajo ninguna circunstancia debía Batista

tener la oportunidad de escapar. Cantillo, por su parte, prometió dirigir una sublevación el último día del año y unirse a los rebeldes.

El 30 de diciembre el Che obtuvo una victoria decisiva en Santa Clara. Hizo descarrilar un tren blindado del régimen lleno de tropas adicionales y municiones, y conquistó la ciudad tras duros combates. El ejército rebelde había crecido entretanto hasta tres mil personas.

El general Cantillo no cumplió su palabra. Informó a Batista, con lo que el dictador tuvo la oportunidad de huir del país en la madrugada del 1 de enero de 1959 con su familia y su séquito. Antes de partir Batista nombró al general Cantillo jefe del ejército, el cual intentó inmediatamente formar una junta. Para Fidel esto era un claro intento del viejo aparato de salvarse a sí mismo. «Cuando un movimiento revolucionario llega a un punto álgido, cuando un movimiento popular se convierte en una revolución, eliminan a este grupo militar y siempre surge otro militar o una junta de grupos militares y civiles. Lo primero que intentan hacer el imperialismo y la burguesía es mantener la máquina militar intacta. Cuando surge una crisis de este tipo en cualquier país, el objetivo principal del movimiento popular es destruir la maquinaria militar y apoderarse de sus armas».

Fidel reaccionó con una proclamación durísima: la guerra civil continuaría a menos que las fuerzas armadas se rindieran incondicionalmente. Fue entonces cuando dio a sus tropas la orden de continuar la lucha hasta que el ejército estuviera completamente desarmado y llamó a una huelga general nacional. La respuesta a este llamamiento fue abrumadora. El país quedó prácticamente paralizado de inmediato. Empleados de emisoras de radio y televisión cambiaron a la frecuencia de Radio Rebelde e hicieron que la voz de Fidel sonara en cada sala de estar.

La junta en la capital sucumbió a la presión. El general Cantillo fue puesto bajo arresto domiciliario por un coronel que acababa de ser liberado de la prisión en la Isla de Pinos. La revolución era un hecho. La noticia de la huida del dictador Fulgencio Batista se extendió como un reguero de pólvora por la isla. En las calles y parques se reunieron multitudes que dieron rienda suelta a su alegría. La inminente llegada del ejército rebelde ofrecía a muchos cubanos una profunda sensación de liberación y de confianza recuperada en sí mismos. El ambiente estaba cargado de euforia.

## **7. De rebelde a estadista**

### **Un torbellino de emociones**

Los rebeldes intentaron consolidar rápidamente su control en las primeras horas posteriores al cambio de poder. Se daban cuenta de que un vacío de poder podía ser peligroso. Fidel envió inmediatamente al Che y a Camilo a la capital, La Habana. Camilo debía tomar la fortaleza militar de Columbia, mientras que el Che recibió la misión de asegurar la fortaleza de La Cabaña, al otro lado de la bahía. Radio Rebelde desempeñó un papel determinante en esas horas cruciales. La emisora funcionó como la voz de la revolución y mantuvo a la población minuciosamente informada. El impacto de la emisora de radio fue enorme sobre todo en aquel primero de enero; proporcionó una sensación de unidad y dirección en un país que se encontraba en un punto de inflexión. Parte del ejército se unió a los nuevos gobernantes, lo que facilitó la transición.

Fidel llegó el primero de enero a Santiago de Cuba, donde pronunció un discurso histórico desde el balcón del ayuntamiento en el Parque Céspedes. Junto a él estaban el nuevo presidente, Manuel Urrutia, y el arzobispo Pérez Serantes. Ambos habían salido en defensa de los rebeldes después del ataque al cuartel Moncada. Fue un momento de unificación nacional, pero Fidel moderó de inmediato la euforia con una advertencia. «La revolución empieza ahora, la revolución no será una tarea fácil, la revolución será una empresa dura y llena de peligros, sobre todo en esta etapa inicial... En todo, el tiempo es un factor importante. [...] Tengan la

seguridad de que por primera vez de verdad la república será enteramente libre. [...] El poder no ha sido fruto de la política, ha sido fruto del sacrificio de cientos y de miles de nuestros compañeros. No hay otro compromiso que con el pueblo y que, con la nación cubana. Y solo me queda decirles, con modestia, sinceridad y profunda emoción, que ustedes tendrán siempre en nosotros, en sus combatientes revolucionarios, servidores fieles, con el único objetivo de servirles».

La toma de La Habana transcurrió de manera llamativamente ordenada. A diferencia de lo que a menudo sucede en grandes convulsiones o al acabar una guerra civil, no se produjeron orgías sangrientas de violencia ni ajustes de cuentas incontrolados. Sin embargo, durante un breve tiempo no hubo una autoridad formal en la ciudad. Este estado de leve anarquía continuó hasta la medianoche del segundo día, cuando llegó la vanguardia del ejército rebelde desde Las Villas. Fidel había llamado al pueblo a no tomarse la justicia por su mano e insistió en que no debía usarse la violencia contra los vencidos. Esta transición disciplinada impuso respeto entre los observadores internacionales. El periodista británico Edwin Tetlow observó que los rebeldes se comportaban de manera intachable y los describió como un ejército muy disciplinado.

También en otros lugares la situación cambió rápidamente. En la Isla de Pinos fueron liberados los presos políticos allí encarcelados y se nombraron nuevas autoridades militares y civiles. Fuera de Cuba los exiliados reaccionaron inmediatamente. En varias capitales latinoamericanas fueron ocupadas embajadas cubanas y tuvieron lugar manifestaciones masivas. En México y Washington representantes del Movimiento 26 de Julio asumieron los puestos diplomáticos, mientras cientos de exiliados se preparaban para regresar.

El tres de enero el gobierno revolucionario se estableció oficialmente en la biblioteca de la Universidad de Oriente, en Santiago. Los primeros nuevos ministros prestaron juramento. La transición de un movimiento guerrillero a un aparato estatal formal exigió un enorme esfuerzo organizativo, mientras el país seguía en pleno movimiento. También hubo una promoción especial: el sargento Sarría, el hombre que en su día había perdonado la vida a Fidel después del ataque al cuartel Moncada, fue ascendido a capitán y nombrado ayudante presidencial.

El nuevo gobierno miró directamente más allá de las fronteras nacionales. Urrutia anunció que Cuba denunciaría ante las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos la represión política en países como la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay y Haití. Mientras tanto se trabajaba intensamente en la toma de juramento de nuevos ministros.

Mientras las cenizas de la revolución aún seguían incandescentes, había que tomar decisiones sobre el futuro de la isla. El 5 de enero el Che había regresado a Camagüey para encontrarse con Fidel, que estaba recorriendo paso a paso, con una caravana, el camino Santiago-La Habana. El presidente Urrutia viajó en el avión presidencial desde Santiago a La Habana e hizo también una escala en Camagüey. El avión serviría como sala de reuniones para presentarle una lista de ministros. Fidel propuso a José Miró Cardona como primer ministro. «Creo que Miró Cardona será un bálsamo para la burguesía», argumentó Fidel. Miró era un respetado profesor universitario. En el pacto de Caracas había sido elegido secretario general del Frente Cívico Revolucionario. Su nombramiento debía tranquilizar al orden establecido y a Estados Unidos. Sin embargo, no todas las propuestas fueron aceptadas sin más. Alguien propuso a Celia Sánchez, la mano derecha de Fidel en la Sierra, como ministra de Educación. Fidel no estuvo de acuerdo. Consideraba que Celia debía poder continuar su tarea de la Sierra Maestra. En su lugar fue propuesto y aceptado Armando Hart, cofundador del Movimiento 26 de Julio. Finalmente se instaló un gabinete de trece ministros.

El gabinete estaba compuesto en gran parte por el ala civil moderada de la resistencia contra Batista. Era un grupo de académicos: ocho abogados, dos médicos, un ingeniero, un economista y un profesor. Solo tres personas con un perfil algo más radical llegaron a ser ministros. Con una edad media de 45 años, el equipo parecía sólido, intelectual y, sobre todo, tranquilizador para la burguesía cubana y los inversores extranjeros, que esperaban que con el paso del tiempo Cuba volviera a las relaciones políticas conocidas de antaño. Al colocar elementos no revolucionarios en puestos clave, como el tecnócrata Felipe Pazos en el Banco Nacional, Fidel esperaba ganar tiempo. Sabía que era inevitable una confrontación con las fuerzas reaccionarias y Estados Unidos, pero en esta fase inicial era esencial la calma en el frente económico. Este rumbo despertó dudas entre los compañeros más radicales. Desconfiaban de la capacidad de este

gabinete y consideraban que figuras como Urrutia y Miró eran simplemente demasiado conservadoras para la profunda transformación social que tenían en mente.

El 7 de enero siguió una primera intervención. Se reformó la Constitución de 1940. La inamovilidad de los jueces se suspendió durante treinta días para depurar el poder judicial de elementos que estaban demasiado estrechamente vinculados al antiguo régimen. Fue una señal temprana de que los nuevos gobernantes estaban dispuestos a reformar las instituciones existentes cuando las consideraban un obstáculo. Al mismo tiempo se siguieron dando pasos de manera cautelosa y gradual, sin una ruptura inmediata con todas las estructuras existentes.

El 3 de enero Fidel había comenzado con su ejército rebelde una marcha triunfal por la isla que terminó el 8 de enero en La Habana. La recepción fue abrumadora; todos querían ver a los rebeldes que habían liberado el país. Cuando se acercaban a La Habana a Fidel le esperaba una grata sorpresa. Había recibido el mensaje de que su hijo de nueve años, Fidelito, había llegado en avión desde Nueva York. El niño había sido enviado allí a la escuela durante la guerra por miedo a un secuestro. Fidel canceló un almuerzo previsto con la dirección de Bacardí para apresurarse a ver a su hijo. Durante la entrada en La Habana también se detuvo junto al yate Granma, la embarcación con la que había comenzado la insurrección. Inspeccionó el barco hasta el menor detalle. El Granma era un recuerdo tangible de lo improbable que en realidad había sido su victoria.

Más tarde esa noche Fidel pronunció su discurso de victoria. Pidió a la multitud densamente apretada que dejara libre un paso para que él, junto al presidente y sin escolta, pudiera caminar entre la gente. Y así ocurrió. Aquello fue una señal clara de disciplina y civismo para la prensa mundial presente. En su discurso subrayó el papel de las montañas como bastión contra la dictadura: «Si por el cariño fuera, el lugar donde por motivo de hondo sentimiento yo quisiera vivir sería el Pico Turquino», dijo refiriéndose a la cumbre más alta de la Sierra Maestra. Contrapuso la fuerza indestructible de las montañas a la dictadura caída. También expresó críticas al Directorio Revolucionario, que todavía se negaba a entregar las armas. Funcionó; esa misma noche entregaron su arsenal de armas.

El discurso estuvo cargado de una fuerte emoción. Junto a Fidel estaba el popular comandante Camilo Cienfuegos. En un momento determinado, Fidel interrumpió su exposición y preguntó: «¿Voy bien, Camilo?». La respuesta fue breve y contundente: «Vas bien, Fidel». El público estalló en vítores y gritó: «¡Viva Camilo!». Hacia el final del discurso una paloma blanca se posó sobre los hombros de Fidel. Para los espectadores fue una señal simbólica, casi religiosa. La reacción fue exuberante. «¡Fidel, Fidel, Fidel!», coreó la masa.



*Discurso del 8 de enero*

Después del discurso se le preguntó a Fidel si quería ir a dormir a la casa de Batista; todo estaba preparado. Estalló en cólera. «¡Cómo se atreven a proponer algo así! ¡Las sábanas de la cama del dictador todavía están calientes!». Pensaba pasar la noche en un pequeño hotel que conocía de su época de estudiante, pero finalmente lo convencieron de ir al Hilton. Hoy es el Hotel Habana Libre. El hotel se convirtió casi en el estado mayor general de la revolución. Tanto comandantes del ejército rebelde como políticos de todo tipo acudían a Fidel para consultarle o

pedirle instrucciones. Su chófer de entonces, José Alberto León Lima, recuerda: «El hotel aquel, no hay como describirlo. Imagínense ustedes la imagen de los rebeldes con todo el armamento, con los uniformes aquellos, sucios, deteriorados, rotos, durmiendo por arriba de los butacones, por aquí, por allá, cansados. Recuerdo de películas que he visto de la Revolución mexicana, esa es la imagen que yo me recuerdo del Hilton».

La primera semana de enero de 1959 fue como un torbellino de emociones, desplazamientos políticos y reencuentros personales. La revolución se había transformado en poco tiempo de un movimiento guerrillero a una fuerza nacional. Marcó el fin de una dictadura sangrienta y el nacimiento de una nueva época. Aunque los desafíos eran gigantescos y las advertencias de Fidel sobre los peligros de la fase inicial se iban a hacer realidad, en ese momento reinaba sobre todo la esperanza.

Fidel reflexionó más tarde que la duración relativamente corta de la lucha cubana –dos años en las montañas, comparados por ejemplo con los veinte años de la revolución china– tendría consecuencias para la formación de los nuevos líderes. El país debía ser gobernado ahora por un grupo relativamente pequeño que se había formado en la lucha, pero debido a la caída de muchos cuadros en las últimas ofensivas, había una reserva escasa. La victoria había sido espectacular, lograda por un pequeño núcleo de combatientes disciplinados que habían puesto de rodillas a un ejército moderno mediante una combinación de táctica guerrillera, guerra psicológica y una moral inquebrantable. Sin embargo, estaba claro que la fase más difícil aún tenía que comenzar.

Detrás de las apariciones públicas se escondía una forma de incertidumbre. Fidel admitió más tarde francamente que en ese período eran «muy ignorantes» y un «poco utópicos». Tenían ideas hermosas, pero prácticamente ninguna experiencia en gobernar un país. En los primeros días Fidel incluso se mantuvo en gran medida al margen de la toma formal de decisiones, con la convicción de que otros podían asumir ese papel. Esa actitud pronto resultó difícil de sostener. A excepción del ministro de Finanzas, Rufo López Fresquet, nadie en el gabinete tenía experiencia alguna en asuntos públicos.

Fidel se impuso a sí mismo y a su entorno inmediato una estricta disciplina. Creía que el futuro de la revolución no dependía solo de estructuras, sino también del buen ejemplo, las ideas correctas y la

conciencia política. A su alrededor se organizó una seguridad estricta. Las únicas figuras políticas que podían entrar a verlo sin anunciarse eran su hermano Raúl y el Che Guevara.

Una cualidad que le vino muy bien a Fidel en aquellos primeros días de la revolución fue su gran poder de persuasión. «Fidel es capaz de convencer a un habitante del Polo Norte de comprar un refrigerador», dijo un compañero suyo. José Ramón Fernández, un oficial disidente del ejército de Batista, experimentó en carne propia su fuerza de convicción. El 12 de enero de 1959 fue recibido junto con varios antiguos militares por Fidel, quien discutió con ellos una serie de proyectos y les propuso determinadas funciones. Fernández relató: «Me pidió que me convirtiera en director de la escuela de cadetes de donde provenía. Al fin y al cabo, yo era uno de los pocos oficiales con formación profesional que quería comprometerse con la revolución. Cuando nos separamos, me dirigí a él y le expresé que estaba trabajando ya, que no tenía nada en contra, al contrario. Que la revolución me había puesto en libertad. Que tenía sueños más grandes que lo que yo podía haber tenido antes. Me dijo: “¿cuanto te pagan?” Yo le dije que unos 1000 pesos en aquella época. Es como decir hoy 50.000. Y se quedó... dio una vueltecita, y como para hacer que nos conociéramos, me puso la mano en el hombro y me dijo: “Tú te vas para tu central de azúcar, yo voy a escribir un libro sobre la Sierra Maestra ¡¡y la revolución que se vaya para el carajo!! Yo reflexioné dos minutos, dos minutos no, dos segundos, y dije: “Voy para la escuela de cadetes”. En un santiamén me había hecho renunciar a un supertrabajo bien pagado».

## **Crisis de gobierno**

En los primeros meses de 1959 llamó sobre todo la atención el vínculo directo entre Fidel y la población. Este vínculo permitió a la revolución navegar a través de las primeras crisis y de una oposición feroz. Sus

discursos no eran alocuciones políticas clásicas, sino más bien una forma de diálogo. Hablaba en la calle, en fábricas y en plazas, e intentaba escuchar lo que se vivía entre la gente. Esa interacción daba a sus apariciones una intensidad emocional. El público no solo reaccionaba, sino que parecía también contribuir a dar forma al momento. En un período en el que era baja la confianza nacional en sí misma, esa interacción ofrecía una sensación de dignidad recuperada. Fidel buscaba conscientemente el contacto con obreros y ciudadanos corrientes para comprender sus preocupaciones, preguntar por sus ideas y, al mismo tiempo, explicar su visión. Esto le otorgaba una legitimidad que ninguna institución podía ofrecerle en ese momento.

Las diferencias salieron pronto a la luz dentro del gobierno. La oposición contra Batista había reunido a grupos diversos, pero sus ideas divergían ampliamente. Había conservadores, reformistas y revolucionarios más radicalizados. Esas tensiones dificultaban la gestión del gobierno. Las discusiones entre el presidente y el primer ministro, pero también dentro del consejo de ministros, retrasaban las decisiones en un momento en que había que actuar rápido. José Martí ya sabía que las revoluciones al principio «no huelen a claveles», porque se trata de pasiones que se devoran unas a otras.

Hacia el exterior Fidel negaba que la revolución siguiera un rumbo comunista. Sabía que la etiqueta de «comunista» era el argumento que los adversarios utilizaban para atacar al movimiento. Los viejos comunistas eran, sin embargo, el único grupo con las necesarias competencias administrativas, algo de lo que carecía el ejército rebelde. Como no podía utilizarlos abiertamente sin arriesgar una intervención de Estados Unidos, los encuentros debían tener lugar en secreto. Blas Roca, secretario general de los comunistas, suspiró: «¡Maldita sea, estamos en el gobierno y todavía tenemos que reunirnos ilegalmente!».

En ese contexto delicado surgió un círculo informal en el que se preparaban decisiones importantes. En este grupo estaban, entre otros, Fidel, el Che Guevara, Celia Sánchez y Vilma Espín. Sus reuniones, mantenidas inicialmente con discreción, se centraban en medidas concretas como la reforma agraria. En la base de esta consulta paralela estaba la necesidad de eficiencia y dirección.

Las elecciones, tradicionalmente una piedra angular de la legitimidad política, simbolizaban para muchos cubanos el pasado corrupto que se

quería dejar atrás. La democracia se practicaba en las plazas, no en la cabina electoral. Ese impulso de romper con el pasado contribuiría a determinar la futura estructura política del país. En todo caso, entonces no había un clamor por celebrar elecciones rápidamente.

Por supuesto había oposición, pero en esta fase estaba desorganizada y era impotente. Grupos que bajo el antiguo régimen habían construido poder y riqueza se daban cuenta de que su posición estaba amenazada. Algunos esperaban inicialmente todavía un compromiso, pero vieron desaparecer rápidamente ese espacio. Una parte de la burguesía progresista estaba ciertamente contenta con la caída del dictador, pero no esperaba un orden social diferente. Sin embargo, su influencia siguió siendo limitada debido al amplio apoyo del que gozaba la revolución entre la población.

En la práctica se perfilaban tres bloques de poder. Por una parte estaba Fidel y el ejército rebelde, que tenía un fuerte vínculo con la población. Además estaban los reformistas liberales, a menudo procedentes de medios urbanos, que tenían en mente un programa moderado. Finalmente estaban los comunistas, con una base bien organizada que se iba ampliando poco a poco. Cada uno de estos grupos tenía sus propias expectativas y estrategias, lo que complicaba la situación política.

Los primeros meses después de la victoria no fueron, por tanto, un período de dirección clara, sino más bien de búsqueda y tanteo. La combinación de un fuerte liderazgo personal, corrientes ideológicas divergentes y una experiencia administrativa limitada creó una dinámica incierta. Aún no estaba fijado lo que llegaría a ser la revolución. Se formaba mediante decisiones, discusiones y circunstancias que se sucedían a un ritmo rápido.

En las primeras semanas Fidel desarrolló un ritmo de trabajo llamativo. En un mes pronunció doce discursos, dio varias conferencias de prensa y apareció en dos emisiones maratónicas en televisión. El 23 de enero viajó a Caracas, la capital de Venezuela, donde volvió a ser recibido como líder revolucionario. En su propio país empezó conscientemente a protegerse de encuentros interminables con personalidades. Ese período de recepciones constantes lo consideró posteriormente «la vida lo más estéril del mundo». Anhelaba la libertad de movimiento que había conocido en la Sierra.

Dentro del gobierno los problemas se acumulaban. Uno de los primeros conflictos giró en torno a la cuestión de si antiguos funcionarios del régimen de Batista podían recibir asilo político en el extranjero. El presidente Urrutia y el ministro de Asuntos Exteriores, Roberto Agramonte, se opusieron a conceder salvoconductos a criminales de guerra y funcionarios corruptos, aun así tras fuertes discusiones se decidió dejarlos marchar. Cuando problemas técnicos hicieron regresar uno de los vuelos, Urrutia y Agramonte quisieron arrestarlos de todos modos. Finalmente se desistió de ello y los partidarios de Batista pudieron marcharse.

Mientras tanto se rediseñó profundamente el aparato estatal. Se disolvió el parlamento que había sido elegido bajo Batista, al igual que los partidos tradicionales. Se reformaron a fondo la justicia, los gobiernos locales, los gobernadores y el ejército. Para abordar la corrupción el gobierno congeló las cuentas bancarias de todos los funcionarios sospechosos de enriquecimiento ilícito.

En la segunda mitad de enero surgió un conflicto laboral en la compañía petrolera británica Shell. El 6 de febrero Fidel celebró una reunión con los trabajadores de la refinería. Les explicó que una huelga en ese momento causaría un daño enorme a la vulnerable economía nacional. En esa misma intervención habló sobre las actividades de juego en los casinos. Aunque estaba en contra, consideraba que aún no era el momento adecuado para cerrarlos completamente, ya que demasiadas personas perderían allí su empleo.

El 7 de febrero se introdujo la llamada Ley Fundamental, basada en la Constitución de 1940. Uno de los artículos más discutidos trataba sobre la concesión de la ciudadanía cubana por nacimiento a combatientes extranjeros. El presidente Urrutia quería dársela a todos los que habían luchado en el Ejército Rebelde. Pero los otros ministros no estuvieron de acuerdo. Finalmente se le concedió solo al Che Guevara; los demás combatientes recibieron la nacionalidad por naturalización. Fidel tuvo que convencer personalmente al Che para que aceptara el honor. El acta se puede ver todavía hoy en el pequeño museo de La Cabaña.

Ese mismo día estalló otra crisis. El presidente Urrutia indicó de pronto que renunciaba a su cargo, lo que provocó una gran confusión. Lo convencieron de discutir el asunto con Fidel. El incidente encajaba en un contexto más amplio de tensiones entre Urrutia y el primer ministro Miró

Cardona. Ambos diferían mucho en estilo y antecedentes: el uno era un jurista con un planteamiento estrictamente jurídico; el otro, un político ambicioso con talento retórico. Los conflictos dentro del gobierno se habían vuelto cada vez más agudos. Los consejos de ministros degeneraban a menudo en largas discusiones, por lo que las decisiones no llegaban. En las primeras semanas los ministros estaban casi continuamente reunidos mientras apenas se decidía nada. A Urrutia se le reprochaba tener poco sentido de la realidad política, mientras que de Miró se sospechaba que creaba conscientemente una crisis para poder convertirse él mismo en presidente.

A los pocos ministros que venían de la resistencia clandestina les quedó claro que se imponía una solución rápida. Llegaron a la conclusión de que solo Fidel, con su autoridad y popularidad, podía desactivar la situación. Sin embargo, eso significaba una ruptura con su plan original. Él había querido conscientemente no asumir ninguna función gubernamental, porque deseaba seguir siendo libre para influir en el proceso desde fuera. Pero cada vez era más difícil no asumir esa responsabilidad. La crisis interna paralizaba al país en un momento en que Estados Unidos empezaba a aumentar la presión. Fidel comprendió finalmente que su deseo utópico de permanecer fuera del poder oficial era insostenible. Aceptó, pero con la condición de que el primer ministro no solo representara al gobierno, sino que también obtuviera la dirección política de ese gobierno.

El 13 de febrero el primer ministro Miró Cardona convocó al consejo de ministros. Había llegado a la conclusión de que su posición era insostenible y vio que solo Fidel podía consolidar la autoridad revolucionaria asumiendo el cargo de primer ministro. La discusión se abrió en torno al papel del primer ministro, cargo que se rediseñó a fondo. La función recibió un carácter explícitamente político: en adelante el primer ministro dirigiría el gobierno. Se adaptó en ese sentido la Ley Fundamental. Miró Cardona presentó su renuncia. El 16 de febrero Fidel fue nombrado primer ministro. En la práctica significó que Fidel se convertía en la figura central del proceso de toma de decisiones políticas. El mando de las fuerzas armadas se transfirió a Raúl. En un discurso televisado Fidel moderó el entusiasmo revolucionario con una advertencia de que el camino sería largo y difícil, y que la vigilancia era necesaria para no perder el impulso.

Los cambios institucionales no se limitaron a nombramientos. Fidel asumió la presidencia del consejo de ministros y reformó el procedimiento legislativo. Los proyectos de ley se presentarían al presidente a través de un canal fijo y este tenía diez días para ratificarlos. Si presentaba objeciones, una mayoría de dos tercios en el consejo podía elevar de todos modos la propuesta a ley. Esta reforma, destinada a hacer más eficiente la política, también provocó tensiones. Durante una de las primeras sesiones, un Urrutia furioso abandonó la sala. El presidente sentía que el poder se le escapaba de las manos y, desde la segunda mitad de febrero simplemente ya no apareció más en las reuniones del gobierno. Fidel subrayó que las reformas debían prepararse cuidadosamente y ejecutarse según una secuencia lógica, sin precipitación.

## **Estrella en el extranjero**

Los primeros días de Fidel como primer ministro fueron turbulentos. Ya al día siguiente de su toma de posesión el ministro de Justicia presentó su renuncia y fue reemplazado. La primera ley que el nuevo primer ministro firmó fue tan simbólica como práctica: una ley de amnistía con efecto retroactivo para todas las acciones que habían sido calificadas por la dictadura como delitos entre el golpe de Estado de Batista en 1952 y la caída del régimen a finales de diciembre de 1958. Inmediatamente después siguió una medida que afectó personalmente a los ministros. Fidel decidió sanear el sector público y abolir los famosos «gastos de representación». Los salarios de los ministros se redujeron a la mitad para demostrar que la honestidad era una cuestión de convicción, no de necesidad financiera. «Nosotros vamos a ganar menos y no vamos a robar», declaró. Fidel estudiaba cada expediente minuciosamente y aprovechaba cada ocasión para explicar sus planes. También se abolieron los ingresos procedentes de la lotería nacional. Estas medidas marcaron

una ruptura con un pasado caracterizado por el clientelismo, el favoritismo y los favores recíprocos.

Aliviar las necesidades de la población rural más pobre era una prioridad para la dirección revolucionaria. Los planes eran ambiciosos: educación gratuita para todos los niños y niñas, viviendas dignas para cientos de miles de campesinos y una reforma agraria a gran escala que debía abolir la gran propiedad. Quería erradicar al mismo tiempo los intereses usurarios en la venta de muebles a plazos, en la financiación de la compra de automóviles y en los préstamos personales. Esta agenda social tuvo consecuencias tangibles. En menos de tres años se construyeron más aulas que en las tres décadas anteriores.

La verdadera prueba para la revolución estaba en el campo. En febrero la situación era tensa ahí. Elementos demagógicos incitaban a los campesinos a ocupar tierras por su propia mano. El gobierno reaccionó rápidamente: quien no esperara a la reforma agraria oficial corría el riesgo de perder sus derechos. Al mismo tiempo Fidel entregó el 1 de marzo de 1959 los primeros títulos de propiedad a 340 tabaqueros en Las Martinas. Todavía había que votar la ley, pero con esa medida había comenzado oficialmente la abolición de la gran propiedad. Fue un resultado tangible de la promesa que había hecho en la Sierra Maestra.

Los alquileres en las ciudades se redujeron drásticamente, que directamente significó un respiro para muchas familias. Se devolvió al pueblo el espacio público. Playas que antes eran propiedad privada de clubes o individuos ricos fueron hechas accesibles para toda la población.

La revolución quería romper con las viejas tradiciones de nepotismo y favoritismo que habían asfixiado al gobierno cubano durante décadas. Con medidas como la eliminación de los gastos de representación de la élite y la apertura de las playas el gobierno revolucionario dio a la población cubana la sensación de que la isla finalmente era suya.

La relación con Estados Unidos se convirtió pronto en la cuestión más urgente y complicada para el nuevo gobierno en Cuba. Lo que se perfilaba no era un desacuerdo temporal, sino un choque estructural. Era inevitable Una confrontación con Estados Unidos. Era difícil de aceptar para Washington un régimen revolucionario en su propia esfera de influencia, mientras que la dirección cubana apostaba precisamente por una soberanía política y económica completa. Fidel afirmaría más tarde

que las reacciones hostiles de Estados Unidos aceleraron el proceso revolucionario.

En los primeros momentos aún no había unanimidad dentro de los círculos dirigentes de Estados Unidos. El nombramiento de Philip W. Bonsal como embajador el 21 de febrero en sustitución del amigo de Batista Earl T. Smith parecía una mano tendida hacia la revolución, pero el ambiente seguía siendo helado. Había división dentro de la CIA: algunos no consideraban a Fidel un comunista prosoviético, otros –entre ellos el director Allen Dulles– estaban menos convencidos de ello. La desconfianza creció rápidamente entre los políticos. Una minoría de «realistas» aconsejaba inicialmente cautela y moderación con la esperanza de que un planteamiento suave pudiera templar la radicalización de la revolución. Pero esas voces fueron ahogadas por los partidarios de la línea dura. Richard Nixon comprendió rápidamente que Fidel se iba a convertir en un factor crucial, no solo para Cuba sino para toda América Latina. Allí era poco popular el «comunismo gris» de la Unión Soviética, pero el carisma de Fidel y su idea de una revolución nacional encontraban, según Nixon, un terreno ciertamente fértil en la región. Ya el 10 de marzo, apenas tres semanas después de la toma de posesión de Fidel como primer ministro, el presidente Eisenhower sugirió en privado que debía desaparecer. Todavía se mantuvo un tiempo la apariencia diplomática, pero los planes paramilitares ya estaban sobre la mesa.

La llegada de un gobierno revolucionario a La Habana coincidió con un desplazamiento político en América Latina. En Brasil y Argentina soplaban un viento de izquierda, mientras que en Venezuela y Colombia habían sido expulsados los dictadores militares. México adoptaba una postura progresista y en Chile se había legalizado el partido comunista. Fidel subrayaba en sus discursos que no tenía ambición de convertirse en presidente y que la revolución no era comunista. Su verdadero foco estaba en romper la dominación de Estados Unidos en la región y soñaba con un mercado común latinoamericano. Fidel buscó acercarse a otros líderes para dar fuerza a este sueño de una coalición continental. Intentó cerrar un acuerdo con Venezuela para un préstamo de 300 millones de dólares y suministros favorables de petróleo. Esa iniciativa fracasó, pero sí mostró su ambición de forjar una amplia coalición en torno a la soberanía latinoamericana como medio para crear unidad contra lo que llamaba «las

campañas de difamación de ciertos sectores monopolistas». Cuanto más enfáticamente proclamaba esa unidad latinoamericana, mayor era el nerviosismo en la Casa Blanca.

Uno de los aspectos más controvertidos de la revolución temprana fue la creación de los Tribunales Revolucionarios. Los revolucionarios se enfrentaban a un dilema. El clamor de venganza entre la población era enorme, pero internacionalmente esperaban reacciones negativas. Se estima que bajo Batista fueron asesinadas veinte mil personas, muchas de las cuales nunca fueron encontradas. Había que temer que, si no llegaba una justicia oficial, el pueblo tomara la justicia por su mano, como había ocurrido treinta años antes tras la caída del dictador Machado, cuando cómplices del régimen habían sido linchados por multitudes enfurecidas y arrastrados por las calles. El pueblo consideraría una traición no castigar a responsables, verdugos y torturadores.

El procedimiento de los tribunales se basaba en los principios de Núremberg y en las normas jurídicas que los rebeldes ya habían establecido en las montañas en 1958. Los procesos cosecharon muchas críticas internacionales, sobre todo por el carácter público de los primeros de ellos. Algunos notorios torturadores de Batista fueron juzgados ante un público masivo y en directo por televisión.

Estados Unidos aprovechó las ejecuciones para condenar al gobierno revolucionario e iniciar una primera campaña internacional contra Cuba. Fidel, por su parte, denunció que Washington daba refugio a figuras del régimen de Batista implicadas en delitos graves y que iban a tramar nuevas conspiraciones. En cada discurso repetía el mensaje de que había terminado para siempre el tiempo en que Estados Unidos dictaba la ley en Cuba. Mientras el mundo discutía sobre derechos humanos y procedimientos judiciales correctos, la población cubana veía sobre todo una dirección nacional que se atrevía a actuar contra los torturadores de la dictadura.

Entre el 15 y el 27 de abril Fidel emprendió un viaje que entraría en los libros de historia como uno de los episodios diplomáticos más singulares de la Guerra Fría. Mientras aumentaban las tensiones entre La Habana y Washington, el flamante primer ministro cubano partió hacia Estados Unidos. Llevó consigo a su hijo Fidelito, lo que le granjeó mucha simpatía entre el público. Dondequiera que apareciera era recibido como una estrella del pop. En Central Park lo ovacionaron decenas de miles de

personas. Su intervención en el National Press Club atrajo una asistencia récord. Los estadounidenses estaban fascinados por este revolucionario barbudo que hablaba de una «revolución humanista».

Fidel mismo rompió con una larga tradición al no pedir ayuda económica ni apoyo a Estados Unidos. En vez de ello, se presentó como representante de una revolución autónoma. En la prensa aparecieron voces críticas, entre otras cosas sobre la influencia cada vez mayor de organizaciones comunistas dentro de los sindicatos y las estructuras locales en Cuba. Pero Fidel subrayó que Cuba no era un país comunista y que los comunistas dentro de su gobierno tenían poca influencia. También afirmó que las propiedades extranjeras no serían confiscadas sin más y elogió la prensa libre como componente esencial de un sistema no dictatorial. Al mismo tiempo indicó por primera vez que no se celebrarían elecciones a corto plazo. Habló de un período de cuatro años antes de que se cumplieran las condiciones para ello.

Su popularidad entre el público estadounidense contrastaba con la creciente preocupación entre los responsables políticos. El presidente Eisenhower, que no simpatizaba mucho con el rebelde cubano, se aseguró de estar jugando al golf fuera de Washington durante su visita. La tarea de atender a Fidel recayó en el vicepresidente Richard Nixon. El encuentro fue cortés, pero no carente de consecuencias. Inmediatamente después de la reunión Nixon envió un memorando severo al Departamento de Estado. Según él, Fidel era un «peligro significativo» para los intereses estadounidenses. Nixon concluyó que o bien Fidel estaba bajo influencia comunista, o bien era peligrosamente ingenuo. Propuso armar a un ejército de exiliados para derrocarlo.

Después de su viaje a Estados Unidos Fidel continuó hacia Sudamérica para una gira de diez días. La recepción en Buenos Aires fue un fuerte contraste con la visita de Nixon ahí un año antes. A este le arrojaron piedras, mientras que Fidel era recibido en todas partes con aplausos entusiastas. Hizo una propuesta audaz en una conferencia económica: instó a Estados Unidos a invertir 30 000 millones de dólares en el continente durante un período de diez años. Fue una propuesta que años después, bajo Kennedy, irónicamente tomaría forma en la «Alianza para el Progreso» contra Cuba.



*Fidel estrecha la mano del vicepresidente Nixon (abril de 1959)*

El 8 de mayo Fidel habló del significado más amplio que atribuía a la revolución. Según él, Cuba no solo tenía responsabilidad por su propio futuro, sino también por el de otros pueblos en América Latina: «Los cubanos tenemos algo más que responsabilidad nacional, los cubanos tenemos responsabilidad con todos los demás pueblos hermanos del continente americano; así tenemos con nuestra revolución deberes mayores, porque si nuestra revolución fracasa, si nuestro pueblo fracasa, habremos defraudado a todos los pueblos del continente americano».

A menudo se sugiere que Fidel fue desde el primer día una marioneta soviética, pero los hechos lo contradicen. Como veremos más adelante, la orientación hacia la Unión Soviética llegó solo después de que la agresión de Estados Unidos escalara en la primavera y el verano de 1960. Solo cuando se agotaron las fuentes occidentales de armas y la presión económica se volvió insostenible, Cuba se dirigió a Checoslovaquia y a la Unión Soviética. La revolución fue empujada por las circunstancias y la hostilidad de Estados Unidos al campo de Moscú.

Así se desplegó en pocos meses un conjunto complejo de tensiones diplomáticas, posicionamiento ideológico y medidas concretas de seguridad. Lo que comenzó como una revolución con ambiciones nacionales se convirtió cada vez más en parte de una lucha internacional de poder en el contexto de la Guerra Fría. Fidel se encontraba en el centro de esa dinámica, buscando el equilibrio entre sus propios objetivos y las reacciones que provocaba.

## **8. La tierra para quien la trabaja**

### **La reforma agraria**

Después de su viaje al extranjero Fidel comenzó una profunda transformación de la sociedad cubana. Una de las primeras realizaciones fue la creación de la Casa de las Américas bajo la dirección de Haydée Santamaría, un centro que haría accesible la cultura a un público amplio, con especial atención a los trabajadores y a la alfabetización. La revolución no solo debía mejorar las condiciones materiales, sino también fomentar el desarrollo cultural y espiritual. Al mismo tiempo, las viviendas de lujo abandonadas por las familias de la élite que habían huido recibieron un nuevo destino: se transformaron en apartamentos, escuelas y lugares de acogida para estudiantes. Simbolizaba un desplazamiento en el que los viejos privilegios dejaban paso al uso colectivo. Ese énfasis en la igualdad quedó bien ilustrado durante la celebración del 1 de mayo. Cuando Raúl vio que la tribuna de honor, desde donde se esperaba que diera un discurso, estaba provista de una cubierta, tomó el fusil de un soldado y cortó la tela en pedazos. «¡Aquí no hay privilegios!», gritó a pleno pulmón.

Entre bastidores se trabajaba intensamente en la ley que iba a constituir la base de la revolución: la Reforma Agraria. La ley se firmó el 17 de mayo de 1959, el Día del Agricultor. Corrió a cargo del Consejo de Ministros, que para esa ocasión se reunió especialmente en la Comandancia de La Plata, en plena Sierra Maestra. Marcó un momento

histórico y la ruptura definitiva con los sectores más privilegiados del país. La ley era para su tiempo menos radical de lo que se piensa a menudo. Muchos elementos venían directamente de recomendaciones de la comisión de la ONU para América Latina. Se abolió el latifundio y la propiedad de la tierra se limitó a unas 402 hectáreas por individuo. Siguió existiendo la propiedad privada y se previó una compensación por las tierras expropiadas. En conjunto era una reforma modesta, menos radical, por ejemplo, que la que Estados Unidos llevó a cabo en Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Pero para los latifundistas –sobre todo ciudadanos estadounidenses y multinacionales como la United Fruit– la ley era indigerible. La ley fue aprobada por el Consejo de Ministros, pero el presidente Urrutia y el ministro de Agricultura, Sorí Marín, se negaron a firmar el texto. En su opinión la redistribución iba demasiado lejos.

La finca de los padres de Fidel cayó, como todo latifundio, bajo la ley de reforma agraria y fue confiscada en gran parte. Muchos trabajadores agrícolas que trabajaban allí recibieron por primera vez en su vida un pequeño pedazo de tierra propio. Dentro de la familia Castro no todos estaban igual de contentos con el curso de los acontecimientos: Juana, una hermana menor, abrió más tarde la caja fuerte a la fuerza y se marchó con los títulos de propiedad a Miami, donde colaboraría en secreto con la CIA. Fue la única de los hermanos y hermanas Castro que rompió con la revolución.

La reforma recibió su propio marco institucional con la creación del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA). Fidel fue su presidente, mientras que Antonio Núñez Jiménez asumió la dirección diaria. El INRA creció pronto hasta convertirse en un órgano que no solo se encargaba de la distribución de tierras, sino también de la educación, la atención sanitaria, la infraestructura y la industrialización en el campo. Era un poderoso instrumento con el que la revolución podía dar un salto cualitativo hacia adelante, junto a los ministerios tradicionales. El Che Guevara desempeñó un papel clave dentro del INRA en el ámbito de la industrialización. Decidió que los nuevos proyectos debían ser dirigidos por antiguos combatientes del ejército rebelde para garantizar su lealtad a la revolución. El ejército rebelde se consideraba una prolongación del pueblo. Al mismo tiempo se formaron milicias que contaban con decenas de miles de personas. Fidel consideraba tanto al INRA como a las fuerzas

armadas los dos pilares de la revolución. La reforma iba, por tanto, más allá de la agricultura y redibujaba todo el paisaje social.

La ley agraria tuvo un gran impacto, tanto dentro como fuera de Cuba. Externamente llevó a tensiones cada vez mayores con Estados Unidos. Fidel admitió más tarde que las reacciones a esta ley le hicieron comprender que era improbable llegar a un compromiso con Washington. La reforma se convirtió así no solo en un proyecto socioeconómico, sino también en un punto de inflexión geopolítico. Internamente significó una línea de ruptura entre reformistas moderados y revolucionarios más radicales. Dejó claro para todos que la revolución no consistía únicamente en derrocar a un dictador, sino en transformar todo el sistema socioeconómico. Después de cada medida drástica, como esta reforma agraria, Fidel anotaba en su cuaderno cuántos enemigos más había creado la revolución.

Para ampliar la base de apoyo, a finales de junio se organizó un foro internacional sobre la reforma agraria. Representantes de diecisiete países americanos participaron en el debate. La reunión debía demostrar que la reforma no era solo un asunto nacional, sino que formaba parte de una búsqueda más amplia de justicia social en la región. Los oradores subrayaron que una verdadera reforma solo era posible dentro de un marco revolucionario. Raúl calificó la ley de «asentamiento definitivo de la soberanía cubana».

Además de la reforma agraria, en este período también se tomaron otras medidas que tuvieron sobre todo un efecto redistributivo. No cambiaron de inmediato las estructuras de propiedad, pero sí mejoraron las condiciones de vida de amplias capas de la población. Así se abolió el fenómeno del «multiempleo», que permitía a los empleadores hacer que los trabajadores realizaran varias tareas al mismo tiempo, lo que aumentaba enormemente la carga de trabajo de quienes tenían empleo, mientras muchas personas estaban desempleadas. Estas y otras intervenciones reforzaron el apoyo a la revolución y contribuyeron a la confianza en su liderazgo. Muchos cubanos consideraron por primera vez al gobierno «su» gobierno, en lugar de como un aparato de poder distante.

Al final de este período turbulento Cuba había cambiado de manera irreconocible. Los antiguos barrios ricos de La Habana albergaban ahora a personas sin vivienda y a estudiantes de provincias, el ejército se había

convertido en un ejército popular y el poder se había desplazado del palacio presidencial a las oficinas del INRA. La reforma agraria había arrebatado a los viejos poderes su posesión más importante: la tierra. El camino quedaba libre para reorganizar totalmente a la sociedad cubana, sostenida por una población que, por primera vez en la historia, tenía la convicción de que ella misma era la directora de su propio futuro. Debido a la reforma agraria, que además de a la élite local también golpeó duramente a las multinacionales agroindustriales, las expectativas en Washington de que la revolución aún podía ser «salvada» se habían desvanecido definitivamente. El embajador Bonsal señaló que la esperanza original había resultado vana y que ya no valía la pena preservar al gobierno cubano.

## **La renuncia de Fidel**

Ya en el verano de 1959 los revolucionarios experimentaron la terca realidad de gobernar. El pueblo esperaba cambios, pero el aparato estatal no respondía con suficiente rapidez. Dentro del gobierno surgieron tensiones entre la «vanguardia», que quería acelerar el ritmo de los cambios, y el ala burguesa, que desconfiaba del rumbo radical.

El 11 de junio de 1959 la situación escaló cuando el presidente Manuel Urrutia pidió una licencia de cuarenta y cinco días, precisamente en un momento en que el gabinete estaba en crisis y se desarrollaba internacionalmente una campaña para desacreditar la revolución. Fidel reaccionó furioso, ya que la Constitución ni siquiera preveía un sustituto. Urrutia retiró su petición, pero la brecha entre él y Fidel se hizo más profunda. Ese mismo día tuvo lugar una importante reorganización del gabinete. Se sustituyó a los ministros que no querían seguir el ritmo revolucionario o que tenían demasiados vínculos con el viejo orden. La salida de Agramonte, el ministro de Relaciones Exteriores, que quería asistir a una cena con el embajador estadounidense, fue el símbolo de la

brecha entre la vieja diplomacia y el nuevo planteamiento urgente de la revolución. Los nuevos ministros eran más jóvenes, con una edad media de 34 años, y habían estado activos en la lucha contra la dictadura.

En el centro de la crisis política de aquellos meses estaba el creciente anticomunismo. Estados Unidos organizó una amplia campaña que aprovechaba la limitada formación política de grandes sectores de la población. Se difundieron rumores de que los niños serían arrebatados y enviados a la Unión Soviética. Tales historias, por absurdas que fueran, encontraron eco y alimentaron la desconfianza. Se utilizó deliberadamente la etiqueta de «comunista» para deslegitimar la revolución, una táctica que Estados Unidos ya utilizaba desde hacía décadas en América Latina.

La posición de los comunistas dentro de la revolución era, sin embargo, más compleja de lo que sugería la maquinaria de propaganda. Miembros del Partido Comunista, el llamado Partido Socialista Popular (PSP), sí habían participado en la lucha contra Batista, pero generalmente solo en una fase posterior y a menudo a título individual. No habían sido una fuerza dominante durante la guerra de guerrillas y al principio no formaban parte del gobierno; incluso estaban algo aislados políticamente. Fidel, por su parte, reconocía que excluir o combatir a este grupo habría sido un grave error. Su experiencia organizativa y su cohesión ideológica constituían un posible refuerzo del campo revolucionario, siempre que se mantuviera la unidad.

Esa unidad, sin embargo, estaba bajo presión, en gran medida debido a la actuación del presidente Urrutia. Sus adversarios lo describían como alguien sin la capacidad suficiente para dirigir el gabinete, que emitía juicios a la ligera y consultaba poco. En lugar de templar las tensiones, optó por una retórica anticomunista pública y cada vez más agresiva. Con ello alimentaba, voluntaria o involuntariamente, las campañas de los adversarios extranjeros e internos.

En este período quedó claro que el consenso inicial contra el régimen de Batista había llegado a sus límites. Mientras la revolución se limitó a derrocar a la dictadura, siguió siendo posible una amplia coalición. Pero en cuanto se llevaron a cabo reformas profundas, se dibujaron con nitidez las líneas de ruptura. La burguesía y las fuerzas conservadoras se volvieron contra los cambios, mientras que los trabajadores y los campesinos pobres los apoyaban firmemente. Las clases medias y los

profesionales vacilaban entre ambos bandos. Fidel intentó preservar la unidad el mayor tiempo posible, pero al mismo tiempo preparó al país para una confrontación inevitable, tanto interna como con Estados Unidos.

El conflicto entre Fidel, como primer ministro, y Manuel Urrutia, como presidente, en realidad se arrastraba desde hacía meses. Las primeras grietas aparecieron ya a comienzos de enero, cuando Urrutia quiso destituir al gobernador de Las Villas nombrado por el Che. Le habían susurrado que era un «comunista». El presidente amenazó entonces con dimitir para reforzar su exigencia. Fue necesaria una intervención de Camilo Cienfuegos para resolver el conflicto. Más tarde Urrutia se negó a reducir su salario, mientras que el de los ministros fue recortado a la mitad. También su estilo de vida lujoso, incluida la compra de una elegante casa de campo, lo que lo convirtió en blanco de críticas. Su conservadurismo y el retraso de la legislación revolucionaria irritaban enormemente a sus compañeros. Otro punto doloroso era su colaboración cada vez mayor con el comandante del ejército Huber Matos. Ambos se habían encontrado en su anticomunismo mutuo. Juntos formaban un frente anticomunista que más tarde desempeñó un papel importante en la escalada de la crisis.

El conflicto entre izquierda y derecha se volvió cada vez más agudo. Pedro Luis Díaz Lanz, antiguo combatiente revolucionario nombrado jefe de la fuerza aérea, destacaba más por su nepotismo que por su talento. Cuando Fidel intentó sustituirlo discretamente para que no perdiera el prestigio, Díaz Lanz optó por huir hacia adelante. El 29 de junio escribió una dramática carta de dimisión a Urrutia en la que advertía de la presencia de comunistas en el ejército. Luego desapareció y poco después apareció en Miami para testificar, unos días más tarde, contra la revolución ante el Senado estadounidense.

Urrutia llevó aún más al límite la situación cuando, en una entrevista televisiva en directo el 13 de julio, presentó al comunismo como un peligro mortal y acusó al gobierno de apoyar la infiltración comunista. Fidel comprendió que tenía que intervenir. Y lo hizo anunciando él mismo, el 17 de julio, su dimisión a través del periódico. Era arriesgado, pero visto en retrospectiva fue una jugada inteligente. El anuncio cayó como una bomba. Esa noche explicó en una exposición de varias horas ante las cámaras de televisión por qué había dimitido. Señaló que sus

discrepancias con el presidente eran de tipo moral, cívico y revolucionario. Reprochó a Urrutia que utilizara el fantasma del comunismo para provocar una agresión extranjera y enumeró la serie de conflictos, desde su vivienda de lujo hasta la obstrucción de leyes. En realidad Fidel hizo elegir al pueblo entre él y el presidente. La reacción del público fue prácticamente unánime. En toda Cuba resonó el llamado a que Fidel permaneciera y a que el presidente se marchara. Finalmente, Urrutia dimitió.



*Fidel, Dorticós y Che junto a figuras destacadas del nuevo Gobierno*

Osvaldo Dorticós Torrado fue nombrado nuevo presidente por el Consejo de Ministros. Dorticós era abogado y en el pasado había sido torturado por el régimen de Batista por ser opositor. Muchos lo veían como un sucesor íntegro que sí estaba dispuesto a colaborar estrechamente con Fidel. Entretanto, Fidel aún no había retirado su propia dimisión como primer ministro. En el país reinaba una atmósfera especial. La población salió masivamente a la calle. Los sindicatos paralizaron el trabajo durante una hora con la exigencia de que Fidel retirara su dimisión. Varios bloqueos obstaculizaron el tráfico, las

campanas de las iglesias callaron y las salas de cine de La Habana ofrecieron películas gratis. En la fecha simbólica del 26 de julio –la conmemoración del asalto al cuartel Moncada– Fidel retomó el cargo de primer ministro.

Esa primera celebración del 26 de julio después de la victoria de la revolución fue simplemente impresionante. Participaron en ella más de un millón de cubanos. Camilo Cienfuegos llegó con una columna de miles de trabajadores del campo y pequeños agricultores a caballo desde Yaguajay, el pueblo donde había librado su último combate contra el ejército del dictador, hacia La Habana. Fidel enfatizó que el éxito de la revolución pertenecía a todos: «Esta no es obra de un hombre, sino la obra de un pueblo, no es el mérito de un hombre sino el mérito de un pueblo, no es la gloria de un hombre sino la gloria de un pueblo y, sobre todo, la gloria de los hombres que han caído por hacer posible estos instantes de felicidad que Cuba vive».

La salida de Urrutia significó el fin de la fase «burguesa» de la revolución cubana. Marcó una ruptura con las viejas estructuras políticas de Cuba y abrió el camino a reformas socialistas. Al mismo tiempo reforzó la posición y la popularidad de Fidel.

## **Reformas sociales**

En el verano de 1959 la revolución fue amenazada desde el exterior. En vísperas del 26 de julio se anunció la creación de un primer gobierno contrarrevolucionario en el exilio. Entre sus miembros había varios conocidos torturadores del régimen de Batista. Se estacionaron ejércitos de mercenarios en Florida y en la República Dominicana, con los que planeaban invadir Cuba. La tensión era palpable en las calles de Cuba: en Pinar del Río se confiscaron armas y en la capital se produjeron arrestos. Quedó claro que no se dejaría actuar libremente a la joven revolución.

La amenaza adoptó formas físicas. La casa del ministro de Transporte, Julio Camacho Aguilera, fue tiroteada el 25 de julio por cuatro hombres desconocidos. La violencia se intensificó aún más con el arresto de Rafael del Pino Siero, un antiguo tripulante del Granma que más tarde cometió traición. Había intentado recoger con una avioneta a cómplices del dictador fugado Batista, pero fue capturado antes de poder ejecutar ese plan. Era una clara indicación de que las viejas fuerzas no pensaban rendirse.

El dictador dominicano Trujillo preparaba un ataque contra Cuba. Fue precisamente en la República Dominicana donde habían recibido asilo Batista y su círculo íntimo. Trujillo ofreció grandes sumas de dinero a dos antiguos líderes de un grupo guerrillero que había estado activo en el centro del país, separado del ejército rebelde. Los dos resultaron ser agentes dobles. Fidel capturó personalmente a un piloto de la legión invasora. El incidente puso a la isla en estado de alerta. Aumentaba rápidamente la conciencia de que era posible una intervención directa desde Estados Unidos. Por eso Fidel hizo de la modernización del ejército su máxima prioridad. Washington intentó bloquearlo con todas sus fuerzas, presionando a sus aliados para que no entregaran armas a Cuba. Suiza, Alemania Occidental, Israel e incluso Yugoslavia se negaron. Finalmente Cuba logró comprar en Bélgica 25.000 fusiles FAL y municiones. Italia también se mostró dispuesta a realizar entregas. Era una lucha constante contra un embargo diplomático que acorralaba cada vez más al joven gobierno.

La defensa de la revolución descansaría en adelante sobre dos pilares: un considerable fortalecimiento militar del ejército y el mantenimiento del apoyo incondicional de los sectores más pobres de la población. Estaba claro que la luna de miel de la revolución había terminado definitivamente.

En este período tormentoso Fidel recibió en La Habana a una delegación de los miccosukee, un pueblo indígena de Estados Unidos. Fidel los reconoció como pueblo soberano. El encuentro estuvo marcado por la solidaridad anticolonial. Le regalaron a Fidel una pipa de la paz, símbolo de confianza, respeto y vínculo, y un tocado. Los líderes indígenas vieron en Fidel a alguien que se oponía al imperialismo y a la desigualdad, cuestiones que también desempeñaban un papel fundamental en su propia historia.

Entre agosto y octubre de 1959 el gobierno apostó de lleno por las reformas sociales para consolidar el apoyo popular. Se aumentaron los presupuestos hospitalarios y se inició la primera gran campaña antimalárica dirigida a erradicar los mosquitos. Para el ciudadano común la reducción de las tarifas eléctricas en un 30% supuso una diferencia palpable. La educación se convirtió en la piedra angular de la nueva sociedad. Llegó una reforma integral que debía poner fin al aprendizaje puramente memorístico para los exámenes. Se puso en marcha el ambicioso plan de diez mil nuevas aulas, seguido directamente por otras cuatro mil a comienzos de 1960. Junto con esta reforma educativa se promovió activamente la cultura nacional. Las grandes plantaciones azucareras aún se dejaron intactas por el momento para no poner en peligro la cosecha de 1960. El gobierno eligió conscientemente no aplicar todavía todas las leyes progresistas para que el número de enemigos no creciera más rápido de lo que podía afrontar militarmente. La prioridad estaba en la ejecución de la ley de reforma agraria y en el fortalecimiento de la defensa nacional.

Al comienzo del primer año escolar Fidel se dirigió a los maestros y les insistió en que trataran a los hijos de los criminales de guerra de la misma manera que a los demás, incluso que los trataran con amor. «A nuestras escuelas pueden ir todos los niños, no importa que sean hijos de un soldado de antes, no importa incluso que sea hijo de cualquier hombre que haya cometido un delito y haya asesinado, porque los niños no tienen la culpa. Y ustedes tienen que saber que los niños son inocentes y que en la escuela cualquier niño, aunque sea hijo de un soldado de antes, hay que tratarlo como un hermano también, y si ese niño tuvo la mala suerte de que su padre cometiera crímenes, él no tiene la culpa, él es una víctima también... Ustedes tienen que hablarles bien de la revolución y explicarles todas esas cosas, y se los tienen que ganar con cariño, no con desprecio». Compárese eso con el trato dado a los familiares de colaboradores en la mayoría de los países de Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial.

El 16 de octubre se tomó la decisión de disolver el Ministerio de Defensa y reorganizar los ejércitos de Cuba. Se disolvieron el antiguo ejército, la marina y la policía nacional, unas instituciones que durante décadas habían protegido el poder de la vieja élite. Fueron sustituidos por nuevas instituciones: el Ejército Rebelde, la Fuerza Aérea y la Policía

Nacional Revolucionaria, todas integradas en el nuevo Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR). La elección de esta reforma radical se basaba en el éxito de la guerra irregular. Los rebeldes habían demostrado que un ejército irregular podía derrotar a una fuerza organizada. Al mismo tiempo había quedado demostrado repetidamente que los oficiales del viejo ejército no eran fiables. Raúl, que en las montañas del oriente cubano había construido un frente militar y civil eficiente, recibió la dirección del MINFAR. Se tomó como ejemplo la estrategia de defensa de pequeños países como Suiza: un país tan bien organizado que cualquier intento de invasión costaría millones de soldados a un agresor. Cuba se preparaba para un futuro como fortaleza inexpugnable.

## **Los comunistas**

En el otoño de 1959 la revolución cubana se encontraba ante un punto de inflexión ideológico. Aunque claramente tenía sus raíces en el marxismo, el vínculo con la Unión Soviética en los primeros años fue complicado. La relación entre ambos en la fase inicial, fue fría. La URSS reconoció al gobierno revolucionario el 10 de enero, tres días después de Estados Unidos. En ese momento no había relaciones diplomáticas; Batista las había roto. Moscú tenía su principal canal de información a través del Partido Socialista Popular comunista y miraba con recelo a Fidel, que había afirmado repetidamente que no era comunista. Más bien se había posicionado dentro del naciente movimiento tercermundista decolonial. Según la visión marxista clásica, un partido comunista fuerte es una condición para hacer una revolución socialista. Cuba parecía romper esa regla. Ese fue sin duda un elemento que hizo cautelosos a los dirigentes soviéticos. Además, los soviéticos al principio no consideraban realmente a Fidel una figura predecible, sino más un «aventurero» que un aliado fiable. Cuba tampoco encajaba en su estrategia tradicional para América

Latina. Moscú prefería caminos pacíficos, políticos y electorales hacia el socialismo, y apoyaba a los partidos comunistas existentes antes que a las sublevaciones armadas. Ese fue también el camino que el PSP había seguido hasta muy tarde en el proceso.

Fidel, por su parte, al principio tampoco tenía prisa por establecer vínculos con el bloque oriental, pero la realidad geopolítica lo obligó a ajustar su estrategia. El 17 de octubre el embajador cubano en Washington dejó entrever que Cuba recurriría al bloque oriental si Estados Unidos o Europa Occidental no querían suministrar armas. Cuatro pilotos cubanos siguieron en secreto una formación en Checoslovaquia y hubo encuentros con Aleksandr Alexéiev, de la agencia de prensa soviética TASS. Fidel comprendía que la población cubana, que durante años había estado expuesta a la propaganda anticomunista, no estaba inmediatamente abierta a un cambio de rumbo abierto y radical.

Fidel también fue cauteloso en conversaciones con intelectuales como Jean-Paul Sartre. Se negó a llamar «socialista» a la revolución para proteger la soberanía de Cuba y no dar motivos para recibir la etiqueta de «comunismo», que Estados Unidos utilizaba a menudo para socavar regímenes.

La cantidad de comunistas que había en el gobierno aumentó a pesar del miedo interno al «fantasma rojo». El PSP se había opuesto durante mucho tiempo a la lucha armada de Fidel, lo que los hacía impopulares entre muchos revolucionarios. También habían cometido errores bastante grandes, como entrar en un gobierno con Batista en los años 1940-1944. En 1954, dos años después del golpe de Estado, apoyaron el llamamiento de Batista a elecciones. Aun así, Fidel veía en ellos los cuadros leales y formados que necesitaba para la confrontación que se acercaba con Estados Unidos. Eran importantes para garantizar la estabilidad de la revolución debido a su clara posición de clase al lado de las personas trabajadoras, a pesar del precio político que ello implicaba. No todos estaban contentos con esa evolución. Una parte de los cubanos que inicialmente había apoyado la revolución consideraba que esta iba demasiado lejos o pisaba el freno por cobardía ante una posible confrontación con Estados Unidos. El «comunismo» se convirtió en una excusa para encubrir su desertión o traición. Raúl, que ahora estaba al frente de las Fuerzas Armadas, y el Che Guevara, que se había convertido en presidente del Banco Nacional, eran considerados los principales

representantes de este giro hacia un rumbo socialista. Eran quienes tenían las convicciones marxistas más pronunciadas.

Poco después de que Raúl fuera nombrado en su nuevo cargo hubo un nuevo intento de desestabilización, esta vez por parte de un grupo de oficiales en Camagüey bajo la dirección de Huber Matos, un amigo personal del presidente dimitido. Matos había reforzado poco a poco su posición, entre otras cosas estableciendo contactos por todas partes entre dirigentes que querían poner freno a las transformaciones sociales. La traición fue interceptada en el último momento y Matos fue hecho prisionero, lo que llevó a una crisis de gobierno y a la dimisión de algunos ministros conservadores. Matos era el símbolo del cubano que sí quería deshacerse del dictador Batista, pero no deseaba una revolución social.

Ese mismo 21 de octubre dos avionetas sobrevolaron La Habana desde Estados Unidos. Al mando de una de ellas estaba el desertor Díaz Lanz. Arrojaron panfletos con un llamamiento a una sublevación contrarrevolucionaria. Poco después desde las avionetas se disparó con ametralladoras pesadas y se lanzaron granadas en frascos de vidrio. Los impactos de las granadas y los tiroteos tuvieron lugar en lugares concurridos de la ciudad, a la hora en que la mayoría de la gente regresaba del trabajo a casa. El balance final fue de dos muertos y cuarenta y cinco heridos, entre ellos niños y mujeres. Fue el primer atentado terrorista grave contra la población cubana. No estaba claro si se trataba de un atentado aislado o de una conspiración mayor en la que también estuviera implicado Urrutia. Tampoco estaba claro si había una relación con la sublevación prevista de Matos en Camagüey ese mismo día.

Una parte de la clase media y alta, que se había beneficiado del viejo orden, empezó a abandonar el país. Surgió un éxodo de médicos, ingenieros, gerentes y técnicos cualificados: una verdadera fuga de cerebros alimentada en parte por los altos salarios que les ofrecía Estados Unidos. Varias industrias clave en Cuba quedaron paralizadas debido a la salida de miles de profesionales,.

Gran parte de estos migrantes se estableció en Florida, donde algunos de ellos ya tenían residencias de descanso. Era una élite desarraigada que se transformó rápidamente en un poderoso bloque electoral. Tuvieron una enorme influencia en la política estadounidense respecto a Cuba debido a

que se concentraban en un estado pendular crucial, lo que ayuda a explicar la política agresiva de Estados Unidos respecto a la isla. El exministro de Justicia de Estados Unidos, Ramsey Clark, señaló: «El exilio es una experiencia extraordinariamente cruel, algunos desarrollan el odio, se ponen violentos, se involucran en asesinatos, invasiones. Es una pena, es un fenómeno trágico y debemos defendernos de eso. Una parte posee grandes riquezas aquí, se ha involucrado de manera profunda en la política de Estados Unidos. La Florida es un estado clave, un factor electoral importante en las elecciones presidenciales, tiene fuerza en el Congreso».

Dentro de esta comunidad reinaba una tolerancia cero militante hacia la revolución, lo que se expresó en agrupaciones radicales como Alpha 66, que todavía realizan acciones paramilitares contra su país de origen y cometen atentados terroristas contra migrantes cubanos moderados. El núcleo duro sigue siendo a día de hoy un factor determinante que bloquea el acercamiento diplomático entre Washington y La Habana. Exponente de ello es el actual ministro de Relaciones Exteriores, Marco Rubio.

El 26 de octubre un millón de personas salieron a la calle en La Habana para protestar contra las acciones contrarrevolucionarias. Fidel llegó en helicóptero. Su llegada provocó una verdadera explosión popular. El clamor de la multitud era: «¡Paredón!». Fidel anunció la formación de las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR). Todo el que quisiera podía recibir en ese marco una formación militar para defender la revolución. Los trabajadores donaron un día de salario para financiar la compra de armas con las que defender el proceso. Mientras tanto la esposa de Huber Matos publicó una carta en la que sugería que sería asesinado en su celda. Matos fue juzgado y condenado a veinte años de prisión, tras lo cual abandonó el país.

## **La desaparición de Camilo Cienfuegos**

El 28 de octubre desapareció Camilo Cienfuegos, el carismático héroe popular con el icónico sombrero de ala ancha, durante un vuelo en solitario de Camagüey a La Habana. Nunca se encontró su avioneta. El impacto en la población cubana fue enorme. El país permaneció doce días en total incertidumbre, seguidos por una semana de duelo oficial. Fidel asumió personalmente la dirección de la búsqueda. Realizó durante días vuelos arriesgados sobre el mar como copiloto o incluso a los mandos de una avioneta. El trágico accidente privó a la revolución de un rebelde muy querido. Los opositores al régimen intentaron sacar provecho de la tragedia difundiendo desinformación, en un intento de aumentar las tensiones dentro del país.

La desaparición de Camilo coincidió con una escalada de amenazas extranjeras. Mientras Cuba estaba de luto, el presidente Eisenhower aprobó programas que autorizaban a la CIA a realizar acciones subversivas, incluidos ataques aéreos y marítimos. En diciembre de 1959 se dio incluso un paso más allá con un plan para quebrar la revolución, instalar una junta y mandar a asesinar a Fidel. Hacia finales de año los primeros grupos armados estaban activos en la cordillera del Escambray. Cuba se convertía cada vez más en una fortaleza sitiada y eso influiría en su rumbo político.

Fidel, entretanto, simplemente continuó con su vida «irregular» de la Sierra Maestra, para desesperación de su entorno cercano. No tenía una rutina diaria, trabajaba noches enteras y dormía muy poco. Devoraba libros de los tipos más diversos. Tampoco tenía una verdadera residencia ni una oficina fija, apenas disponía de tiempo libre o de vida privada y vivía de manera muy austera. Con el tiempo empezó a poner algo de orden en su existencia e intentó dormir un poco más. Para mantener su condición física, hacía varias horas de gimnasia al día e iba a nadar regularmente. Para relajarse se retiraba de vez en cuando, junto con amigos fieles, a un bungaló apartado junto al mar para pescar, bucear, cocinar y hablar, sobre todo hablar. Porque según su buen amigo Gabriel García Márquez, Fidel era adicto a la conversación. Regularmente se internaba en las montañas para pescar truchas.

El final de 1959 fue un período de importantes cambios institucionales para la joven revolución cubana. Mientras que en los primeros meses el nuevo gobierno se centraba en estabilizar el país, al mismo tiempo se dieron pasos fundamentales para reformar las estructuras económicas y políticas de la isla. Fue un período en el que Fidel y sus compañeros de lucha no solo defendían la revolución contra la oposición interna y externa, sino que también intentaban construir una nueva Cuba, con una base ideológica y económica propia.

El 20 de noviembre de 1959 se crearon varias instituciones importantes que apoyaron los fundamentos de la Cuba revolucionaria. Se fundó el Instituto Nacional de la Industria Turística (INIT) y el propio Fidel asumió personalmente la dirección de este proyecto. Su implicación en el turismo no era casualidad: comprendía que podía convertirse en un sector económico importante para la nueva Cuba, sobre todo porque el país poseía una rica belleza natural y cultural. Bajo su dirección comenzó un intenso programa de exploración y desarrollo del archipiélago cubano, cuyo énfasis estaba en promover a Cuba como destino turístico, a pesar de las tensiones políticas que rodeaban a la isla. Ese mismo día se creó el Instituto Cubano del Petróleo (ICP), lo que fue una respuesta directa a los monopolios extranjeros que durante mucho tiempo habían controlado la industria petrolera cubana. Al mismo tiempo se constituyó el Instituto Cubano de la Minería. El gobierno cubano estaba decidido a recuperar el control sobre los recursos estratégicos y a reducir la influencia de las empresas extranjeras. Esto también llevaría a conflictos con Estados Unidos y otros intereses extranjeros, que consideraban las acciones del gobierno cubano una amenaza para su dominación económica.

El ambiente en el país se volvió más sombrío a medida que avanzaba la reestructuración económica. Los empleadores respondieron al nuevo rumbo con cierres patronales temporales o cierres definitivos. El gobierno contestó el 24 de noviembre con una ley que permitía al Ministerio de Trabajo intervenir en las empresas que perturbaran deliberadamente la producción. Además, se anunció que a partir de enero de 1960 todos los trabajadores quedarían cubiertos por un régimen obligatorio de seguros sociales. Para la clase acomodada estas medidas fueron la gota que colmó el vaso. Muchos intentaron sacar su fortuna del país o eligieron la emigración física, lo que obligó al gobierno a tomar medidas estrictas para proteger las divisas nacionales. Para el cubano común, en cambio,

1959 fue un estímulo. Gracias a las medidas sociales y a un aumento salarial del 14%, el poder adquisitivo de la población había aumentado drásticamente.

El año terminó con una escena casi surrealista en el Havana Hilton. En su papel de jefe del Instituto Nacional de la Industria Turística, Fidel organizó en Nochevieja una gran recepción para invitados extranjeros, principalmente estadounidenses. Periodistas, científicos y celebridades como el campeón de boxeo Joe Louis se sentaron junto al presidente Dorticós y la cúpula revolucionaria. Mientras el reloj marcaba las doce sonaron en el salón de baile los himnos nacionales tanto de Cuba como de Estados Unidos. Fue un último momento de cortesía diplomática, antes de que la relación entre ambos vecinos acabara definitivamente en el congelador de la Guerra Fría.

El primer año de la revolución cubana marcó una transición tumultuosa de la dictadura hacia un nuevo orden político. Las medidas sociales y el fuerte vínculo con la población dieron legitimidad a la revolución, pero la realidad de gobernar trajo consigo desafíos considerables. Los conflictos internos, las diferencias ideológicas y la presión cada vez mayor de Estados Unidos determinaron la dinámica del nuevo gobierno. La apuesta por las reformas agrarias y los cambios sociales mostró la determinación de Fidel y sus compañeros, pero también llevó a conflictos con la vieja élite económica. Se había puesto la base para una reestructuración radical de la sociedad cubana, pero aún quedaba un camino largo y extremadamente difícil por recorrer.

En esta atmósfera de cambio quedaba cada vez menos espacio para las voces moderadas que durante el primer año de la revolución todavía habían cumplido una función de puente entre la vieja burguesía y los nuevos gobernantes. Gran parte de ellas abandonó el gobierno a lo largo de 1960.

## **9. En rumbo de colisión con Estados Unidos**

### **La coletilla**

En los primeros meses de 1960 se sentaron las bases para una profunda reorganización institucional. Nuevas leyes establecieron que ningún trabajador podía ser despedido sin la intervención de las autoridades y se crearon tribunales laborales especiales. El cambio más importante fue la creación de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN). Fue un primer intento de introducir la planificación económica en un país que hasta entonces apenas tenía experiencia en la dirección centralizada y que todavía estaba profundamente organizado de manera capitalista.

En Estados Unidos se discutió al más alto nivel la «amenaza Castro». El 18 de enero de 1960 tuvo lugar una reunión fundamental en la oficina del coronel J. C. King de la CIA. Los presentes temían la carismática influencia de Fidel sobre la población latinoamericana. Con el éxito de la operación anterior en Guatemala en 1954 en mente, en la que había sido derrocado el gobierno izquierdista de Arbenz, la CIA empezó a planificar seriamente cómo eliminar este nuevo «problema» en el patio trasero de Estados Unidos.

El 20 de enero Fidel denunció que la embajada española estaba implicada en actividades contrarrevolucionarias. Afirmó que clérigos españoles escondían armas en iglesias y conventos. El incidente degeneró en un extraño espectáculo cuando el embajador español irrumpió en el estudio durante una transmisión televisiva en directo para interrumpir a

Fidel. La acción fue tan irreflexiva que hasta el dictador español Franco desaprobó la exhibición.

El sindicato empezó a presionar a los medios de comunicación. Como en el resto de América Latina, los medios cubanos estaban estrechamente vinculados a la clase dirigente, eran proestadounidenses y, por tanto, estaban lejos de estar contentos con la revolución. Aun así, no se llegó a una confrontación con el nuevo gobierno. A diferencia de los bancos, las minas y las grandes empresas, no se amenazó a los medios con la expropiación o la nacionalización. Los propietarios se marcharon por sí mismos; finalmente dejaron atrás sus empresas por el descontento con el curso de los acontecimientos. Sin duda partían de la idea de que Estados Unidos intervendría rápidamente. Ese descontento era consecuencia de una forma creativa de acción por parte del sindicato de los impresores. Cada vez que se publicaba un editorial que defendía los intereses de los latifundistas o iba contra los intereses de la población –por ejemplo, atacando las reformas agrarias–, los impresores añadían al final del artículo algunas líneas con el mensaje: «Esta empresa publica el anterior artículo en uso de la libertad de prensa que existe en Cuba, pero los periodistas, tipógrafos y obreros de este taller aclaran, en uso de ese mismo derecho, que la información que contiene el mismo no se ajusta a la verdad ni cumple las más elementales normas de la ética periodística». Esto socavó irremediablemente la credibilidad de los periódicos. Esas líneas fueron llamadas «la coletilla». Antes de la revolución los trabajadores nunca se habrían atrevido a algo así porque habrían sido despedidos en el acto. Finalmente las coletillas hicieron marcharse a los jefes de los medios. Tras su partida el sindicato y los trabajadores mantuvieron las empresas en funcionamiento y cuando quedó claro que los propietarios ya no iban a volver, tomaron el control de las compañías.

El funcionamiento de los medios en una sociedad socialista difiere profundamente del su funcionamiento en una sociedad capitalista porque tienen funciones distintas. En Occidente el debate social se lleva a cabo en y, sobre todo, *por* los medios (sociales) y es monopolizado por ellos. En Cuba el debate se lleva a cabo en el lugar de trabajo, en los consejos de barrio y en las organizaciones de masas. A ello se añade, además, que los medios en Cuba deben trabajar en un contexto extranjero hostil. Wayne Smith, un antiguo representante estadounidense –embajador oficioso– en Cuba, dijo al respecto en 2001: «Es cierto que en Cuba no

existen periódicos, estaciones de radio o estaciones de televisión independientes. Hay restricciones impuestas sobre las personas, lo que consideramos inaceptable en Estados Unidos, pero debemos reconocer el hecho de que Cuba, en muchos sentidos, aún está en guerra con la comunidad cubana exiliada en Miami; que durante treinta años Estados Unidos ha empleado varios medios para tratar de derrocar al gobierno de Cuba; piensan, por tanto, que esas limitaciones de la libertad impuestas por el gobierno son necesarias para su propia supervivencia. Eso no es aceptable para nosotros, pero no tenemos – como ellos – una superpotencia gigante respirando en nuestro cuello».

## **Mirada hacia el Este**

En la segunda mitad de 1959 la revolución cubana, bajo la presión de la creciente hostilidad de Estados Unidos, comenzó prudentemente a dirigir su mirada hacia el Este. Las primeras señales agresivas desde Estados Unidos habían dejado claro que Cuba ya no podría contar con sus socios tradicionales. Fidel no optó por un cambio brusco de rumbo, sino por un acercamiento gradual al mundo socialista, basado en el respeto mutuo. Los primeros contactos se desarrollaron con cautela y a menudo en secreto. En septiembre de 1959 una delegación militar había viajado a China y a la Unión Soviética. También se habían iniciado contactos comerciales con países como Checoslovaquia y Yugoslavia. Fueron los primeros lazos, todavía dispersos, que más tarde formarían la columna vertebral de la política exterior cubana.

El camino hacia Moscú era estrecho y estaba lleno de obstáculos. Años de propaganda anticomunista habían dejado profundas huellas en la mentalidad cubana. Un acercamiento abierto podía servir fácilmente de munición para los adversarios de la revolución. La dirección cubana tampoco quería situarse en una posición demasiado dependiente de Moscú, como ocurría con la mayoría de los demás países del bloque

oriental. Además de la duda inicial sobre el «aventurero» Fidel, Nikita Jruschov también intentaba en ese período mejorar las relaciones con Estados Unidos. No quería provocar una confrontación directa en su esfera de influencia. Además, se temían las consecuencias financieras y militares de una estrecha alianza con un país situado a miles de kilómetros de distancia. Los soviéticos esperaban más bien que Cuba siguiera un rumbo como el de Egipto bajo Nasser: independiente, pero no plenamente integrado en el bloque socialista.

Por otra parte, para la Unión Soviética también influía la rivalidad con China. En 1960 aumentaron las tensiones entre ambas grandes potencias comunistas y probablemente Moscú quería evitar que Cuba se orientara demasiado hacia Pekín. Al mismo tiempo, la isla, a apenas ciento cincuenta kilómetros de la costa estadounidense, ocupaba una posición estratégica que podía ser interesante desde el punto de vista militar.

Para Fidel la Unión Soviética era en ese momento sobre todo un socio necesario. Los vínculos económicos con Moscú eran inaceptables para Estados Unidos, pero ofrecían a Cuba una posibilidad de desprenderse de la relación neocolonial con su vecino del norte. La Unión Soviética solo se había vuelto autosuficiente en petróleo e incluso exportadora desde finales de los años cincuenta. Unos años antes no habría dispuesto de los medios para apoyar una economía como la de Cuba.

La relación no creció, por tanto, por un convencimiento ideológico, sino por necesidad mutua y un tanteo prudente. Cuba buscaba apoyo para sobrevivir económica y políticamente, mientras que la Unión Soviética quería ampliar su influencia sin comprometerse demasiado profundamente.

Fidel optó en ese ámbito de tensión por una estrategia de pequeños pasos controlados. Su cautela también se manifestó en conversaciones con representantes soviéticos. Cuando en octubre de 1959 se planteó la posibilidad de entablar relaciones diplomáticas, Fidel no se mostró contrario, pero sí reservado. Primero debían madurar las condiciones internas. Pasos demasiado rápidos podían, según él, ser aprovechados por los enemigos de la revolución para legitimar sus ataques. Mientras tanto, se seguía construyendo entre bastidores la confianza mutua.

Un punto de inflexión llegó el 4 de febrero de 1960, cuando el primer viceprimer ministro de la Unión Soviética, Anastás Mikoyán, aterrizó en Cuba para una estancia de nueve días. La delegación soviética depositó

una corona en el monumento a José Martí, un gesto que de inmediato fue atacado por grupos contrarrevolucionarios. Aun así, el programa siguió adelante: se organizó una exposición para mostrar el progreso tecnológico y económico de la URSS y Fidel recorrió el país con Mikoyán hasta zonas montañosas apartadas, donde pasaron la noche con campesinos.

Las conversaciones no transcurrieron sin tensiones. Durante las negociaciones sobre el precio del azúcar surgió un conflicto de gran intensidad entre el Che y los soviéticos. El Che estaba profundamente indignado con las condiciones propuestas; las conversaciones estuvieron incluso a punto de fracasar. Fidel tuvo que intervenir personalmente para limar asperezas. Finalmente se cerró un tratado comercial por el cual la Unión Soviética concedía un crédito de cien millones de dólares y prometía asistencia técnica.

La visita tuvo sobre todo un gran valor simbólico. Cuba rompió abiertamente por primera vez con la esfera de influencia estadounidense. En Washington y entre la oposición interna se consideró una provocación. Fidel consideraba que la nueva cooperación ofrecía sobre todo un respiro adicional. La economía ya no dependía por completo del gran vecino del norte. Al mismo tiempo vigilaba que los soviéticos no pudieran imponer condiciones políticas. Fue llamativa la esperanza casi ingenua de una parte de los industriales cubanos: incluso organizaron un banquete para Mikoyán con la esperanza de que la cooperación económica con los soviéticos no socavara necesariamente su posición, una esperanza que resultó vana.

Hacia mediados de 1960 Cuba había cerrado acuerdos comerciales y de crédito con casi todos los países socialistas, entre ellos Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia y China. Fidel subrayó que este rumbo no surgía solo de una simpatía ideológica, sino también de una amarga necesidad. Estos países eran los únicos dispuestos a ofrecer ayuda económica directa sin unas condiciones asfixiantes.

## Actos de sabotaje

Ya en los primeros meses de 1960 la isla tuvo que enfrentarse a la guerra económica. La cosecha de azúcar, o zafra –la principal fuente de ingresos del país–, se convirtió en un objetivo militar de Estados Unidos. Para proteger los campos contra los cientos de incendios provocados desde avionetas que los sobrevolaban el gobierno movilizó a cincuenta mil trabajadores azucareros que recibieron entrenamiento militar. De día se cortaba la caña de azúcar y de noche se la protegía contra los incendios provocados. El aire estaba literalmente impregnado del olor dulce de la caña ardiendo y del desastre que se acercaba. Una avioneta derribada con el piloto estadounidense Robert Kelly Frost a bordo demostró la implicación del gobierno de Estados Unidos en el sabotaje.

Mientras ardían los campos aumentaba simultáneamente la presión desde Estados Unidos. El 2 de marzo Washington anunció que quería reducir drásticamente las cuotas de importación del azúcar cubano, medida mediante la cual intentaba quebrar la columna vertebral de la economía cubana. Menos de dos días después siguió un acontecimiento que elevó el conflicto con Estados Unidos a un nuevo nivel. El 4 de marzo tuvo lugar una fuerte explosión junto al barco La Coubre en el puerto de La Habana. Transportaba armas y municiones desde Bélgica. Media hora después siguió una segunda explosión, la cual costó la mayoría de las vidas porque en ese momento cientos de personas habían acudido para prestar ayuda. Las explosiones acabaron con la vida de cien personas, entre ellas seis marineros franceses, e hirieron a más de doscientas. Fidel asumió personalmente la dirección de las operaciones de rescate. Pronto quedó claro que era improbable hubiera sido un accidente, todas las circunstancias apuntaban al sabotaje. Creció la conciencia de que la confrontación con Estados Unidos sería dura y sin compromisos. A día de hoy Estados Unidos todavía no ha desclasificado los documentos de los servicios secretos relacionados con este incidente.

En el impresionante funeral de las víctimas celebrado al día siguiente se tomó la icónica foto del Che Guevara. Fidel juró en un emotivo discurso que la revolución no cedería ante el terror. «¡Cuba no se acobardará, Cuba no retrocederá!», exclamó. En esta ceremonia fue cuando lanzó por primera vez la consigna «¡Patria o muerte!».

Como si aún hubiera necesidad de subrayar el mensaje, poco después hubo un nuevo ataque. Desde un avión estadounidense se quemaron los campos de caña de azúcar alrededor de la refinería San Cristóbal. A pesar de la gran ira de la población, el gobierno no optó por una represalia inmediata como, por ejemplo, expropiar empresas estadounidenses. Fidel abogó por un planteamiento calculado y dosificado. Las medidas revolucionarias, sostenía, se debían introducir de manera escalonada. Cuba no podía afrontar todos los conflictos al mismo tiempo; cada paso debía ser una respuesta a una agresión concreta, pero sin sobrecargar al país.

Al otro lado del estrecho de Florida, mientras tanto, se desarrollaba una estrategia más sistemática. El 17 de marzo el presidente Eisenhower aprobó un plan secreto para socavar la revolución. Preveía la creación de un gobierno en el exilio, una campaña de propaganda, una red clandestina dentro de Cuba y el adiestramiento de grupos paramilitares. Se consideraba al vicepresidente Richard Nixon uno de los defensores más fervientes de este plan. Sin embargo, este ambicioso proyecto de la CIA, para el que más tarde se liberaron trece millones de dólares, tuvo problemas iniciales desde el principio. Las distintas facciones de exiliados cubanos estaban irremediabilmente divididas. Además, a menudo se escogía notablemente mal a las personas de contacto de la CIA.

En el memorando interno del gobierno de Estados Unidos, desclasificado en 1991 y fechado el 6 de abril de 1960, se decía: «La mayoría de los cubanos apoya a Castro [...]. La única manera de socavar el apoyo dentro del país puede ser la desilusión y el descontento como consecuencia de dificultades y penurias económicas. [...] De ello se desprende que deben tomarse inmediatamente todas las medidas posibles para debilitar la vida económica de Cuba». Según este memorándum, redactado por Lester D. Mallory, Estados Unidos debía hacer todo lo posible para «negar dinero y suministros a Cuba, para reducir los salarios monetarios y reales, provocar hambre y desesperación y derrocar al gobierno».

Washington intensificó aún más su actitud agresiva. Retiró a los inspectores de calidad para los productos cubanos de exportación, prohibió la venta de helicópteros para la reforma agraria y empezó a

reclutar a antiguos soldados del régimen de Batista en la base militar de Guantánamo.

Entre 1960 y 1962 la operación secreta de la CIA «Peter Pan» llevó a más de 14.000 niños cubanos sin sus padres a Estados Unidos, sobre todo a Miami. Allí terminaron en orfanatos o, en el mejor de los casos, en familias de acogida. Se había atemorizado a sus padres mediante una campaña de desinformación desde Estados Unidos con rumores de que el gobierno cubano les iba a quitar la patria potestad. Miles de niños permanecieron así durante años separados de sus familias, algunos para siempre. Con la ayuda de instituciones católicas, esta guerra psicológica sirvió como propaganda anti-Castro hasta que estalló la crisis de los misiles en octubre de 1962.

La política interna en La Habana siguió el ritmo de la escalada. En marzo de 1960 el último ministro moderado renunció al gabinete, con lo que el gobierno se convirtió en un bloque homogéneo, preparado para la «brutal lucha a vida o muerte» que Fidel había predicho después de la explosión de La Coubre.

## **Don Quijote**

Mientras aumentaban las tensiones con Estados Unidos, la revolución empezó a desarrollar la solidaridad internacional. Cuando Chile fue golpeado por un desastre natural, La Habana envió barcos con alimentos, medicinas y ropa. El país, que apenas disponía de recursos, también prestó dinero ese mismo año a la Guayana Británica.

Al mismo tiempo se endureció el conflicto con las empresas estadounidenses que había en la isla. A comienzos de abril la poderosa United Fruit Company se negó a dar a los campesinos y trabajadores agrícolas locales acceso al agua para sus necesidades más urgentes. Incidentes de este tipo alimentaban los sentimientos antiestadounidenses y justificaban, a los ojos de la población, nuevas nacionalizaciones.

Uno de los proyectos más ambiciosos de la joven revolución fue la campaña masiva de alfabetización que se puso en marcha a mediados de 1960. Casi una cuarta parte de la población todavía era completamente analfabeta en vísperas de la revolución. Cien mil jóvenes voluntarios acudieron al campo para esta campaña. Con su fuerza de convicción, Fidel convenció a las familias más acomodadas de las ciudades de enviar a sus hijos e hijas adolescentes al campo y a las montañas para la campaña, de modo que esta campaña de alfabetización se convirtió al mismo tiempo en una campaña masiva de concienciación de la joven generación sobre la necesidad de una sociedad nueva y justa. Casi un millón de personas fueron alfabetizadas en un año, algo nunca antes visto en un país del tercer mundo.

Una de las primeras publicaciones del gobierno cubano fue *Don Quijote*, de Miguel de Cervantes. No fue una elección casual. El libro simbolizaba el idealismo, la lucha contra la injusticia y el atreverse a soñar con un mundo mejor: valores que la revolución quería transmitir. Al mismo tiempo se quería hacer accesible la literatura clásica a un público amplio, como parte de un proyecto mayor para democratizar la cultura y el conocimiento. La figura de Don Quijote era muy importante para Fidel. Eusebio Leal, historiador y amigo de Fidel, comentó: «Es su lectura y su imagen preferida. Y lo es porque en gran medida él lo es. El Che mismo dice, en un momento oportuno: “Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante”, es decir, El Quijote, como vindicador, como el que busca la justicia, como el hombre que está ligado a un sueño que para otros es locura, ha sido también su propio sueño. Sí, es su personaje literario absoluto».

## **Confrontación con las multinacionales**

Cuba dio algunos pasos importantes en el ámbito internacional. El 7 de mayo de 1960 se establecieron formalmente las relaciones diplomáticas

con la Unión Soviética. Fidel fijó una postura clara al enviar a Faure Chomón como embajador a Moscú. Chomón no era un «viejo» comunista, lo que quizá habría resultado más familiar para los soviéticos, sino un miembro fundador del Directorio Revolucionario. Fidel indicaba con ello que Cuba buscaba ayuda, pero quería conservar su propia autonomía.

No mucho después siguió el acercamiento a la República Popular China. En mayo de 1960 el comandante William Gálvez se reunió con Mao Zedong. La creciente hostilidad desde Washington aceleró el proceso de reconocimiento. El 2 de septiembre Cuba reconoció formalmente al gobierno de Pekín como el único representante legítimo del pueblo chino, un paso provocador en el contexto de la Guerra Fría. En noviembre Che Guevara viajó con una delegación económica a Pekín, donde él también se reunió el 19 de noviembre con Mao Zedong. La diplomacia cubana se movía cada vez más claramente fuera de la esfera de influencia tradicional de Washington.

A pesar del ambiente políticamente cargado, hubo espacio para encuentros especiales. El 15 de mayo de 1960 tuvo lugar el primer y único encuentro entre Fidel y el famoso escritor Ernest Hemingway. Fue un breve momento de calma cultural en un año por lo demás turbulento. Hemingway, que vivía en Cuba desde hacía años, era un símbolo vivo de la compleja relación entre la cultura estadounidense y el suelo cubano.

Los crecientes intentos de aislamiento por parte de Estados Unidos obligaron a Cuba a una contraofensiva diplomática. El presidente Osvaldo Dorticós partió en mayo a una gira por América Latina. La misión tenía un doble propósito: buscar apoyo político y corregir la imagen que los medios extranjeros transmitían de Cuba. La delegación llevaba por todas partes documentos que demostraban que durante la dictadura de Batista la prensa cubana había sido influida y financiada. Fue una gira llena de contrastes: mientras los gobiernos a menudo se mostraban reservados bajo la presión de Estados Unidos, los cubanos eran recibidos por el pueblo y los estudiantes con un entusiasmo casi delirante. Los medios de toda América Latina seguían los acontecimientos muy de cerca; Cuba era noticia de primera plana todos los días.

La gira dejó claras dos cosas. La revolución cubana era una fuente de inspiración para grandes sectores de la población de América Latina, un ejemplo de resistencia contra la desigualdad y la influencia extranjera. Al

mismo tiempo quedó claro lo fuertes que eran las fuerzas contrarias, sobre todo en los medios y en los gobiernos que estaban bajo la presión de Estados Unidos. Esto confirmó a Fidel y a su entorno la sensación de que la revolución estaba en una posición vulnerable. Cuba se había convertido en el epicentro de una lucha continental. En adelante el camino hacia la supervivencia de la revolución pasaba por un campo minado de intrigas internacionales y agresiones del vecino del norte.

Una de las preguntas más apremiantes era si debía haber elecciones generales y cuándo. En el Manifiesto de la Sierra Maestra se había prometido que se celebrarían elecciones dentro de los dieciocho meses posteriores a la victoria. Pero para junio de 1960 la situación había cambiado profundamente. La confrontación con Estados Unidos había alcanzado un punto culminante y aumentaban las actividades contrarrevolucionarias. En ese contexto era muy probable que las elecciones dividieran y debilitaran al país. Una encuesta de la revista *Bohemia* confirmó esa sensación: una mayoría de la población, sobre todo en el campo, se oponía a las elecciones. El llamado a acudir a las urnas procedía principalmente de las clases medias y altas. Fidel constató que la democracia «solo existirá en América cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos –por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos–, a la más ominosa impotencia».

El conflicto escaló aún más en el plano económico. Las grandes refinerías de Texaco, Royal Dutch Shell y Standard Oil recibieron el 23 de mayo la orden de procesar diariamente 6.000 barriles de crudo soviético, algo inaceptable para estas multinacionales. Controlaban toda la cadena – desde el transporte hasta la distribución– y determinaban por cuenta propia los precios. Se negaron a procesar petróleo ruso y retiraron de inmediato a sus mejores técnicos e ingenieros de las fábricas. Fue una apuesta calculada: los gigantes petroleros partían de la idea de que Cuba se paralizaría en pocas semanas sin su experiencia técnica y su combustible. La situación tocó fondo en junio. Las reservas de petróleo disminuían visiblemente. En agosto amenazaba una restricción energética total. El 29 de junio intervino el Estado y las refinerías fueron nacionalizadas. Fue el pistoletazo de salida para una serie de expropiaciones que borraron paso a paso los intereses estadounidenses en la isla.

Mientras los tanques de petróleo en La Habana pasaban a manos cubanas volaba a Moscú la primera delegación oficial cubana. La recepción por parte de Nikita Jruschov fue más cálida de lo esperado. El líder soviético sorprendió a amigos y enemigos al declarar que los cohetes soviéticos protegerían a Cuba en caso de un eventual ataque de Estados Unidos. Fidel envió directamente a su hermano Raúl a Moscú para concretar ese apoyo. El resultado fue una entrega a gran escala de armas convencionales que llegaron a la isla en la segunda mitad de 1960.

Las tensiones siguieron aumentando. Las empresas estadounidenses se negaban a pagar impuestos y socavaban abiertamente la autoridad del Estado cubano. Una emisora en Miami empezó a transmitir diariamente propaganda contrarrevolucionaria hacia la isla. Grupos de exiliados se entrenaban para una invasión en plantaciones de café aisladas en Guatemala y cerca de Miami. En julio la crisis llegó a un nuevo punto culminante cuando Estados Unidos volvió a reducir drásticamente las cuotas azucareras de Cuba. Tanto el colonizador español como después Estados Unidos habían convertido el campo cubano en una gran plantación de azúcar, por lo que el azúcar era la arteria vital de la economía y el presidente Eisenhower estaba convencido de que Cuba se desangraría económicamente si ya no podía colocar su azúcar en Estados Unidos. Pero no contaba con la Unión Soviética. Moscú anunció que compraría el azúcar no adquirido, con lo que Cuba obtuvo un canal alternativo de venta.

A comienzos de julio de 1960 se volvió a agudizar el conflicto en torno a Cuba. Los planes ofensivos contra la isla provocaron una dura reacción desde Moscú. Nikita Jruschov advirtió a Estados Unidos de que corría el riesgo de convertirse en objetivo de cohetes nucleares si abría el ataque contra Cuba. La Guerra Fría se había trasladado oficialmente al Caribe. Mientras tanto Cuba intentó ganar terreno también por la vía diplomática. A petición del gobierno revolucionario el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reunió el 18 de julio para escuchar las quejas cubanas. El ministro cubano de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, dejó claro que su país no se dejaría intimidar por maniobras económicas o militares. Sin embargo, el Consejo de Seguridad pasó la papa caliente a la Organización de Estados Americanos (OEA), un organismo donde la influencia de Washington era entonces prácticamente

absoluta. Con ello quedó de nuevo claro lo limitado que en realidad era el margen internacional de maniobra de Cuba.

El 26 de julio la revolución vivió un momento muy simbólico. El campesinado no fueron a la ciudad, sino que la ciudad fue al campo. Decenas de miles de campesinos y habitantes urbanos se reunieron en El Caney de Las Mercedes, al pie de la Sierra Maestra, donde se construía un grupo escolar para miles de niños del campo. Dorticós y Fidel presidieron la celebración. Además de casi todo el Consejo de Ministros, había numerosos invitados internacionales, entre ellos Jacobo Arbenz, el presidente de Guatemala depuesto en 1954. En esos mismos días la mayor refinería de azúcar de la United Fruit Company, la Preston, había recibido el nuevo nombre de «Guatemala» tras la nacionalización. Fue un homenaje al país en el que la CIA había derrocado en 1954 a un gobierno de izquierda porque había comenzado la expropiación de la United Fruit y a alzarse contra Estados Unidos y sus intereses.



*Encuentro con agricultores locales*

El 6 de agosto se nacionalizaron 26 empresas extranjeras, entre ellas tres refinerías. Cuando se nacionalizaba una empresa, el gobierno cubano preveía compensaciones mediante bonos estatales con un plazo de veinte

años e intereses, un sistema que también se había aplicado en otros países. La reacción en Estados Unidos no se hizo esperar. Medios influyentes llamaron a imponer sanciones económicas para proteger los derechos de propiedad de sus empresas. Un detalle picante era que durante años muchas de estas empresas habían registrado sus propiedades por una fracción de su valor real para evadir impuestos. Cuando Cuba basó la compensación en estas declaraciones fiscales oficiales, eso provocó considerables tensiones diplomáticas.

Esa misma noche Fidel habló en la sesión de clausura de un congreso de estudiantes latinoamericanos en el estadio de La Habana. Su voz falló casi por completo. En un raro momento de vulnerabilidad tuvo que entregar el micrófono a su hermano Raúl, hasta que indicó que su voz volvía lentamente. La imagen encajaba con el momento: una revolución bajo presión, pero no dispuesta a rendirse.

En agosto Fidel dio la orden de reunir los grupos de mujeres existentes y dispersos en una sola organización paraguas. Se convirtió en la FMC, la Federación de Mujeres Cubanas, bajo la dirección de la exguerrillera Vilma Espín. La FMC se encargó de crear guarderías para que la mujer pudiera trabajar fuera de casa. Además, se prestó atención a la alimentación del niño y de la mujer embarazada, y surgieron programas especiales de salud para mujeres. Un mejor nivel de formación y un nivel cultural más alto dieron a las mujeres la oportunidad de participar más en la revolución. En 1960 ya se había llegado al punto de que una mujer recibía el mismo salario que un hombre por el mismo trabajo. Se trabajó en la educación sexual y se abordaron la violencia contra las mujeres y el abuso sexual de niños. La FMC también puso en marcha la lucha contra todos los abusos patriarcales y por la igualdad de derechos de las personas LGBTQ+.

También en ese mes de agosto se hizo cada vez más visible la guerra no declarada de Estados Unidos. Washington actuó como acusador en la séptima reunión de la OEA e inició un ataque frontal contra Cuba. Resultado de la reunión fue la «Declaración de San José», que condenaba la actitud de Cuba y las influencias comunistas en el continente. El ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, retiró a la delegación cubana.

Poco después llegó a La Habana la gran respuesta: el 2 de septiembre se aprobó la «Primera Declaración de La Habana». No ocurrió en una

sala cerrada con aire acondicionado, sino en una enorme concentración de masas donde Fidel fue planteando pregunta tras pregunta a la multitud. Cuando preguntó si Cuba podía aceptar ayuda de la Unión Soviética en caso de una invasión imperialista, un masivo «sí» se elevó desde la multitud. Poco después Fidel mostró un antiguo acuerdo militar bilateral entre Cuba y Estados Unidos, lo sostuvo ante el pueblo y preguntó si debía conservarse: «no». Rompió el documento en dos. Fue una ruptura simbólica con una larga tradición de dependencia neocolonial. Aun así, Fidel siguió siendo prudente al mismo tiempo. Aunque detestaba la presencia militar estadounidense en la base de Guantánamo al este de Cuba, no la reclamó en ese momento. La base militar databa de 1903, cuando Cuba era un protectorado de Estados Unidos, después de que ese país hubiera secuestrado su victoria sobre el colonialismo español. Fidel sabía que una reclamación de ese tipo daría a Estados Unidos el pretexto perfecto para un ataque directo. En lugar de ello hizo que el pueblo votara sobre la nueva política exterior: amistad y comercio con todos los países, incluida la Unión Soviética, los países del bloque del Este y China. Fue una decisión unánime de alrededor de un millón de personas presentes en la plaza.

La Primera Declaración de La Habana reunió en un solo texto el contenido social de la revolución. Condenaba el latifundio, la explotación del trabajo, el analfabetismo, la desigualdad de las mujeres, el abandono de las personas ancianas y la transferencia de las riquezas naturales a monopolios extranjeros. Frente a eso colocaba el derecho del campesinado a la tierra, de los trabajadores al fruto de su trabajo, de los niños a la educación y de los enfermos a la atención médica. Paso a paso Fidel hizo que la multitud ratificara esos principios levantando la mano y con aclamaciones. No es el procedimiento de una democracia parlamentaria liberal, sino un estilo político en el que la legitimidad se buscaba directamente en la calle.

En el verano de 1960 Cuba dejó claro que ya no quería ocultar su rumbo. Desde entonces la revolución se consideraba a sí misma social, antiimperialista e irreversible. Cuba había pasado de ser un Estado rebelde insurgente a ser un país que constituía un desafío directo a la hegemonía de Estados Unidos en las Américas.

## **Tumulto en Nueva York**

El 17 de septiembre la confrontación entre Cuba y Estados Unidos llegó a una nueva etapa con la decisión de nacionalizar los bancos estadounidenses en la isla. Estas instituciones habían sido durante años el vehículo financiero de empresas que mantenían la economía cubana bajo su control con unos intereses usureros. Era un paso lógico para la dirección cubana: mientras estos bancos siguieran funcionando según los viejos patrones, también seguiría existiendo la dependencia económica. Para Washington era una declaración de guerra.

Un día después Fidel aterrizó en Nueva York para la Asamblea General de las Naciones Unidas. En el viaje hubo todo tipo de sobresaltos. Había indicios concretos de un complot de asesinato contra Fidel, Raúl y el Che Guevara. Fidel no llegó con un traje diplomático, sino con su icónico uniforme militar verde olivo, con mochilas como equipaje que parecían venir directamente de las trincheras de la Sierra Maestra. Era una referencia consciente a la guerra de guerrillas de la que había surgido.

La recepción en Nueva York fue abiertamente hostil. Una feroz campaña mediática provocó publicidad negativa para el hotel donde inicialmente se alojaba la delegación cubana. Otros huéspedes se quejaron de la presencia constante de periodistas y la dirección del hotel empezó a plantear exigencias financieras nada razonables además de las tarifas acordadas. Fidel no lo aceptó y amenazó con comprar tierras de campaña para instalar su campamento en los jardines del edificio de la ONU. «Somos gente de la montaña», declaró ante la prensa. «Estamos acostumbrados a dormir al aire libre». Finalmente la delegación encontró alojamiento en el Hotel Theresa de Harlem, el barrio negro y marginado de Nueva York. El propietario les ofreció allí habitaciones gratuitas. El secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, intentó convencer a Fidel de que se trasladara a un hotel con más comodidad y estatus, pero Fidel mantuvo su decisión.

En Harlem la delegación cubana fue recibida con entusiasmo por la población local. Fidel era popular allí porque sabían que la revolución cubana hacía un esfuerzo especial por eliminar el racismo y la discriminación. Wayne Smith, exencargado de negocios de Estados

Unidos en Cuba, afirmó al respecto: «Castro ha eliminado la segregación de las personas por el color de la piel en Cuba y su población negra se ha beneficiado con la revolución. Pienso que la población negra en Estados Unidos lo comprende y tiende a tener una opinión algo distinta, más positiva de Castro que la que tienen los blancos conservadores».

Fidel puso a Estados Unidos en estado de agitación durante su estancia de diez días. La prensa estadounidense siguió cada uno de sus pasos, generalmente de forma crítica, a menudo hostil. Al mismo tiempo su figura creció hasta convertirse en una figura de peso internacional, sobre todo a ojos de los líderes del Tercer Mundo. Se reunió con el líder soviético Nikita Jrushchov, el icónico activista por los derechos civiles Malcolm X y representantes de países como India, Egipto y Ghana. Fidel estableció un récord en la sala de la ONU al pronunciar un discurso de nada menos que 4 horas y 29 minutos. En él puso voz a los países en desarrollo que querían liberarse del imperialismo. Jrushchov contempló el espectáculo con una mezcla de admiración y preocupación paternal. Comparó a Fidel con un «caballo joven, indómito y con mucho brío, pero que todavía necesitaba algo de entrenamiento». Fidel salió de Nueva York en un avión puesto a disposición por la Unión Soviética, después de que fuera incautado su propio aparato, a pesar de la inmunidad diplomática.

A su regreso a casa el 28 de septiembre le esperaba una recepción agitada. Mientras hablaba al pueblo varias explosiones sobresaltaron a la multitud. Fidel llamó a crear un sistema colectivo de vigilancia en los barrios contra infiltraciones y atentados enemigos, lo que se convirtió en los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Al principio estaban destinados a detectar actividades sospechosas, pero pronto crecieron hasta convertirse en redes locales que también asumían tareas sociales, desde campañas de vacunación hasta la mejora del alcantarillado y la recuperación de materiales reutilizables. Se convirtió en un aspecto importante de la nueva sociedad cubana.

En otoño se agudizó la lucha económica. Grandes empresas privadas, que al principio aún se beneficiaban del aumento del consumo interno, empezaron a volverse cada vez más contra el gobierno. En lugar de invertir en la nueva economía, los terratenientes y directores de empresas empezaron a sacar su capital al extranjero o a cometer sabotajes. Se negaban a reinvertir beneficios y provocaban conscientemente conflictos laborales para socavar al gobierno. Cada vez estaban más estrechamente

entrelazados el poder económico y la oposición política. La reacción no se hizo esperar. El 13 de octubre se nacionalizaron las principales empresas industriales y comerciales, seguidas por una ley que puso todo el sistema bancario bajo control estatal. Solo dos bancos canadienses pudieron continuar sus actividades. Ese día el Estado asumió en total el control de 382 grandes empresas.

El sector privado hostil a la revolución dejó, de hecho, de existir. Esta serie de decisiones significó un giro fundamental. La revolución, que inicialmente había dejado espacio a diferentes direcciones, se movía ahora claramente hacia un modelo socialista. En gran medida se habían realizado los objetivos originales del programa del Moncada, pero el contexto los había profundizado y transformado.

Las nacionalizaciones también tuvieron consecuencias personales para muchos miembros del gobierno revolucionario, no en menor medida para el propio Fidel, ya que muchos de sus amigos y conocidos se vieron afectados por las medidas revolucionarias. Sin embargo, no dejó lugar a las dudas en un discurso televisado el 14 de octubre: «Los métodos de la primera etapa tienen que ser drásticos. No se puede andar contemporizando con los grandes latifundios, con los grandes privilegios».

La reacción internacional no se hizo esperar. Washington anunció el 13 de octubre una prohibición de exportaciones hacia Cuba, con excepción de medicamentos y ciertos alimentos. Unos días después, el 18 de octubre, el embajador estadounidense Bonsal fue llamado de vuelta a casa. La ruptura fue completa cuando el 19 de octubre entró en vigor un embargo a las exportaciones, con la excepción de alimentos y medicamentos. Cuba se convirtió al mismo tiempo en un tema central en las elecciones presidenciales estadounidenses. Las encuestas mostraban en la carrera entre Kennedy y Nixon que el público estadounidense era ya más hostil a Fidel que a Jrushchov. Kennedy lo aprovechó llamando el 19 de octubre a apoyar a los exiliados cubanos para derrocar el gobierno de Fidel. Había quedado establecido el tono para las próximas décadas de enemistad.

Cuba no se dejó intimidar. El 24 de octubre nacionalizó las últimas 166 empresas estadounidenses que aún estaban activas en suelo cubano. Fidel advirtió a su pueblo que había comenzado una nueva fase, una fase

que sería al menos tan complicada y llena de peligros como la lucha en las montañas.

A partir de diciembre de 1960 los contrarrevolucionarios, con cobertura aérea de Estados Unidos, iniciaron una lucha guerrillera en las montañas del Escambray, en la que no dudaron en asesinar a civiles e incluso a jóvenes que participaban en la campaña de alfabetización. Cien mil cubanos fueron movilizados para ponerle fin y unos meses más tarde la mayoría de los focos habían sido eliminados. Fidel fue a dirigir personalmente las operaciones militares. Durante esos combates escapó por muy poco de un atentado. Se había quedado un momento rezagado y quedó bajo la mira de un contrarrevolucionario que estaba escondido en un árbol. El hombre solo tenía que apretar el gatillo, pero finalmente no tuvo corazón para hacerlo y se dejó detener.

## **10. La invasión de Bahía de Cochinos**

### **Invasión inminente**

Los primeros días de 1961 marcaron un punto de inflexión importante en la historia cubana. El 2 de enero Fidel decidió reducir drásticamente el personal de la embajada de Estados Unidos en La Habana en respuesta a una medida similar en Washington. La reacción no se hizo esperar: un día después Dwight D. Eisenhower rompió completamente las relaciones diplomáticas en uno de sus últimos actos como presidente. Los rumores sobre planes de invasión circulaban mientras se arriaban las banderas y en el «patio trasero» de Florida ya se adiestraba a los exiliados para una lucha armada.

En esos mismos días el Che regresó de Moscú, donde había mantenido conversaciones con Nikita Jrushchov. El líder soviético trabajaba en una iniciativa para mejorar la relación con el nuevo presidente estadounidense, John F. Kennedy, y pidió a La Habana que no tomara medidas que pudieran entorpecer ese proceso. En Cuba se mantenía la prudencia. ¿Abandonaría Kennedy el plan de invasión de su predecesor o continuaría por el camino de la confrontación? Aún no estaba claro. Había una fuerte división en el nuevo gobierno estadounidense sobre el asunto cubano. Los asesores se atropellaban con informes contradictorios. Washington persistía al mismo tiempo en un malentendido profundo y arraigado: se asumía que la población cubana se iba a levantar en masa contra Fidel en cuanto se disparara el primer tiro.

Esa estimación no tenía en cuenta los cambios que ya se habían producido en la isla. Las reformas sociales como la distribución de tierras, la mejora de la atención sanitaria y la educación habían reforzado el apoyo al gobierno. La población cubana tenía, por primera vez, algo que perder.

La revolución se enfrentaba a grandes desafíos en el ámbito económico. El gobierno contaba con pocos asesores o expertos económicos con experiencia, lo que llevó a un planteamiento de prueba y error. Inicialmente se soñaba con una industrialización rápida para romper la dependencia del monocultivo azucarero, pero resultó ser una utopía. Fidel reconoció *a posteriori* que se habían cometido errores graves debido a la falta de marcos adecuados y a la enorme «fuga de cerebros» de cubanos capacitados que habían emigrado a Estados Unidos. La inexperiencia se notaba en todos los sectores, desde la industria hasta la agricultura. Así, en un intento por ofrecer más carne a la población, se sacrificó una parte considerable del ganado. La decisión tuvo consecuencias negativas para el sector durante muchos años. La prioridad en programas sociales, como la construcción de diez mil nuevas aulas, también ejerció una gran presión sobre una economía ya debilitada y que, además, se enfrentaba a cada vez mayores sanciones estadounidenses.

La reacción de Estados Unidos frente a la política cubana se volvió aún más dura a comienzos de 1961. En marzo Kennedy prohibió todas las importaciones desde Cuba y bloqueó la venta de productos agrícolas estadounidenses, lo cual resultó letal para la economía cubana, que desde 1898, cuando la isla se convirtió en un protectorado estadounidense, dependía casi por completo del mercado estadounidense y de sus canales de venta. Kennedy lanzó al mismo tiempo un amplio programa de ayuda para los otros países de su «patio trasero»: la «Alianza para el Progreso». Era un esfuerzo diplomático para mantener a los países latinoamericanos fuera de la esfera de influencia de La Habana. Mientras tanto se intensificaban los preparativos para una operación militar contra Cuba. En La Habana crecía la conciencia de que un ataque solo era cuestión de tiempo. Fidel empezó a preparar sistemáticamente a la población, no solo militarmente sino también mentalmente. Advirtió repetidamente sobre una inminente invasión e intentó poner a la sociedad en estado de alerta. La mayor preocupación del liderazgo revolucionario era si las armas soviéticas llegarían a tiempo y si las milicias serían capaces de

manejarlas. La entrega de armas desde la Unión Soviética y Checoslovaquia avanzaba lentamente y el adiestramiento de los militares cubanos requería tiempo. Para acelerar el proceso se implementó un sistema en el que quienes entrenaban durante el día instruían a otros por la noche. Así, un núcleo de cientos de milicianos aprendió a manejar en poco tiempo la artillería pesada. Al mismo tiempo cincuenta oficiales de la fuerza aérea recibían adiestramiento en Checoslovaquia. Washington consideraba que el ataque debía ocurrir antes de que esos pilotos regresaran con aviones soviéticos modernos. Las probabilidades de éxito de una invasión disminuirían una vez que esos refuerzos estuvieran operativos. Los servicios de inteligencia cubanos, por su parte, realizaron un trabajo excelente. Sabían casi todo sobre el adversario, desde el armamento hasta los horarios exactos de las operaciones planeadas.

Sin el apoyo de un movimiento clandestino en Cuba la invasión estaba condenada al fracaso desde el principio. Pero los recién creados Comités de Defensa de la Revolución (CDR) fueron sumamente eficaces para detectar a personas sospechosas y arrestar a grupos contrarrevolucionarios durante la primera semana de abril. Cuando Kennedy aseguró públicamente que las fuerzas estadounidenses no intervendrían directamente, quedó claro que la invasión era inminente, pero que sería llevada a cabo solo por exiliados cubanos.

Cuba se organizaba a fondo desde el punto de vista militar. El ejército regular contaba con unos 25.000 soldados bien entrenados y a los que completaban aproximadamente 200.000 milicianos desplegados en lugares estratégicos. Cuba se dividió en tres zonas: Raúl en el este, el Che en el oeste y Juan Almeida Bosque en el centro, mientras que el propio Fidel coordinaba todas las operaciones. La preparación se planificó hasta el más mínimo detalle, no se dejó nada al azar. El día antes de la invasión Almeida inspeccionó la zona alrededor de Playa Girón, más conocida como la Bahía de Cochinos, donde finalmente tendría lugar la incursión, y decidió enviar tropas adicionales. Se acumulaban las señales de un ataque inminente. Hubo reportes de movimientos sospechosos e incluso una falsa alarma, presumiblemente destinada a distraer. Seguía habiendo mucha incertidumbre: ¿cuándo y dónde se produciría el ataque?

Al otro lado del estrecho de Florida la oposición cubana exiliada se enfrentaba a divisiones internas. El grupo carecía del liderazgo enérgico necesario para una operación de este tipo. Finalmente fue elegido

presidente José Miró Cardona, el exprimer ministro, pero no logró tener un liderazgo convincente. Lo que debía ser un intento coordinado para derrocar la revolución ya llevaba en sí las semillas del fracaso. El dictador nicaragüense Somoza despidió desde Nicaragua a las tropas que se preparaban para la invasión. Tanto en La Habana como en Washington se sabía que los próximos días serían decisivos para el futuro de Cuba y para el equilibrio de poder en la región.

## **La primera gran derrota imperialista**

El retumbar de las explosiones despertó bruscamente la población cubana en la madrugada del 15 de abril de 1961. Bombarderos B-26 realizaron ataques coordinados contra las principales bases aéreas de la isla. El objetivo era neutralizar la modesta fuerza aérea antes del inicio de la invasión propiamente dicha. Los bombarderos estaban pintados con los colores de la fuerza aérea cubana para ocultar la participación estadounidense. Sin embargo, el camuflaje era muy descuidado: los mercenarios habían olvidado reemplazar los morros de plexiglás de los aviones por las versiones metálicas que Cuba usaba realmente. Eso fue una señal clara para la población cubana de que se estaba gestando una operación mayor.

En Washington y Miami la oposición intentó presentar el hecho como una revuelta interna de pilotos desertores. José Miró Cardona, líder del Consejo Revolucionario, habló de deserción de una manera que delataba que estaba completamente informado del plan de antemano. Las pruebas contra la versión estadounidense se acumulaban rápidamente: las balas eran de fabricación estadounidense. Los pilotos, que supuestamente habían despegado desde Cuba, habían soltado sus tanques auxiliares de combustible, una maniobra que nunca realizaría un piloto recién despegado. Fue un comienzo torpe de lo que se convertiría en un desastre aún mayor.

En el funeral masivo de las víctimas de los bombardeos al día siguiente en La Habana Fidel pronunció un discurso en el que por primera vez mencionó explícitamente el carácter socialista de la revolución: «¡Eso es lo que no pueden perdonarnos!», exclamó, «¡que estemos ahí en sus narices! ¡Y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos!». La dirección revolucionaria decidió ser clara. Llamó al pueblo a luchar e insistió en que tenían derecho a saber por qué estaban dando su vida.

En la noche del 17 de abril comenzó el desembarco real en Playa Girón. Los estrategas en Washington habían elegido cuidadosamente la ubicación: un pantano aislado, la Ciénaga de Zapata, donde la población local, compuesta por carboneros pobres, se consideraba inofensiva. Se asumió que no ofrecerían resistencia y que no podrían dar la alarma por la falta de teléfonos. Resultó ser uno de los muchos errores estratégicos graves de la CIA. Justo en esta zona marginada, el apoyo a Fidel era enorme gracias a los nuevos programas de alfabetización y salud.

Las primeras horas de la lucha fueron decisivas. La patrulla que detectó a los invasores abrió fuego de inmediato. Pasó una hora antes de que un miliciano llegara en *jeep* al pueblo de Jagüey Grande para alertar al gobierno central. Fidel reaccionó de inmediato. Asumió que Playa Girón era el lugar principal de desembarco y dio la orden de evitar a toda costa que se consolidara la invasión en la playa. Sabía que si los invasores lograban afianzarse, proclamarían un gobierno provisional que sería reconocido de inmediato por Estados Unidos.

Los atacantes creían que la fuerza aérea cubana estaba completamente neutralizada y apenas habían previsto defensa antiaérea. Pero el liderazgo revolucionario había dispersado parte de los aviones y usado naves defectuosas como señuelo. Se lanzó el contraataque con un puñado de cazas operativos. Su resultado fue que la fuerza invasora sufrió rápidamente fuertes golpes: barcos hundidos y alteración del suministro de material. En pocas horas 1.350 hombres quedaron atrapados en la playa sin abastecimiento ni apoyo. Mientras tanto Fidel estaba en el lugar y dirigía todos los movimientos de las tropas minuto a minuto. Tres días después la moral de la fuerza invasora había colapsado por completo. La composición social del grupo mercenario era notable. Entre los prisioneros se encontraban antiguos propietarios de cientos de miles de hectáreas, fábricas y bancos. Fue literalmente un enfrentamiento entre la

antigua élite y los nuevos gobernantes. Entre los invasores también había tres sacerdotes. La victoria fue total cuando se rindieron los 1.189 hombres restantes. Las pérdidas cubanas fueron considerables: 161 milicianos y soldados murieron durante los combates.



*Fidel durante la invasión de la Bahía de Cochinos*

Cuando Fidel apareció en la playa una vez acabados los combates, los prisioneros temieron por sus vidas. Por eso se sorprendieron de la correcta atención que recibieron. Los cubanos celebraron su victoria en Playa Girón como la primera gran derrota del imperialismo en el hemisferio occidental. La invasión fallida unió aún más a la población cubana, reforzó el sentimiento de orgullo nacional y otorgó gran prestigio a Fidel. Un informe estadounidense reconoció más tarde que habían subestimado gravemente a Fidel. La idea de que la población se levantaría en masa contra él resultó un error. Arthur Schlesinger, asesor del presidente Kennedy, comentó al respecto: «Los hechos nos enseñaron que Fidel Castro era un adversario mucho más formidable y al frente de un régimen mucho mejor organizado de lo que nadie había supuesto. Nunca entró en pánico. Su desempeño fue impresionante». El desastre dejó claro

que la revolución solo podía ser derrocada mediante la intervención directa de tropas estadounidenses, una opción que en 1961 se consideraba demasiado arriesgada.

Días después de la invasión fallida Fidel se dirigió a la nación frente a las cámaras de televisión. La población cubana permaneció pegada a las pantallas durante cuatro horas. Armado con mapas, un puntero y documentos capturados, Fidel analizó la invasión con una mezcla de humor, sarcasmo e inteligencia estratégica. Según él, la diferencia entre su bando y el del enemigo no residía solo en las armas, sino principalmente en el planteamiento: «Al imperialista le importa un bledo cómo piensa o cómo siente la población que está allí, eso lo tiene sin cuidado; el revolucionario piensa primero en la población, y la población de la Ciénaga de Zapata era enteramente nuestra».

Los mercenarios capturados aparecieron en televisión en los días posteriores al desastre. En una medida poco convencional, Fidel debatió personalmente con ellos durante cinco horas frente a las cámaras. Se dirigió sobre todo a los mercenarios negros y a hombres de origen humilde: «Ustedes mismos están oprimidos. ¿Qué vinieron a hacer aquí? ¿Están del lado de sus opresores?», les preguntó.

Las negociaciones para su liberación duraron veinte semanas. Fidel permitió que una delegación de diez prisioneros viajara a Estados Unidos bajo palabra de honor para negociar el precio de su propio rescate. Cumplieron su palabra y regresaron con sus compañeros a la cárcel cargados con pequeños obsequios. Finalmente el intercambio tuvo lugar el 23 de diciembre de 1962. Los prisioneros regresaron a Florida a cambio de medicinas y alimentos para bebés por un valor de 53 millones de dólares. Fue una píldora amarga para Washington, que con ello compró indirectamente el fracaso de la operación y de esa manera también reconoció su implicación.

## **Palabras dirigidas a los intelectuales**

La tensión entre la Iglesia católica y el Estado salió a la luz durante la invasión, cuando un familiar del cardenal Manuel Arteaga y Betancourt utilizó un seminario para almacenar armas destinadas a una guerrilla contra el gobierno. El propio cardenal se refugió en la embajada argentina. Ese celo contrarrevolucionario del clero no había surgido de la nada. La Iglesia católica en Cuba había sido tradicionalmente elitista y había estado estrechamente vinculada a la clase dirigente. Una parte importante del clero estaba formada por misioneros españoles que a menudo se alineaban con el fascismo de Franco. La reforma agraria de la primavera de 1959 fue casi intolerable para la élite católica. Dos años después, cuando se nacionalizó la educación, la situación llegó al límite y la Iglesia se convirtió en punta de lanza de actividades terroristas contra la revolución. Los religiosos españoles quedaron bajo vigilancia tras Playa Girón. Solo podían permanecer en el país quienes no actuaban contra la revolución; el resto debía marcharse.

Mientras tanto el gobierno revolucionario no permaneció inactivo. Convirtió el deporte, entre otras cosas, en una prioridad estratégica. El deporte no se consideraba un lujo, sino un derecho de toda la población y un medio para promover la salud, la disciplina y el orgullo nacional. En febrero de 1961 se creó el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER) con el objetivo de hacer que el deporte fuera gratuito y accesible para toda la población. El Estado construyó una amplia red de instalaciones deportivas, desde campos de barrio hasta centros de formación especializados. El deporte encajaba en la ideología más amplia de igualdad y colectividad. A diferencia de los modelos deportivos comerciales, no se insistía en la riqueza individual, sino en el desarrollo social. En Cuba se detecta desde temprana edad a los niños y reciben entrenamiento sistemático en escuelas deportivas especiales. Cuba se convirtió gracias a este planteamiento en una potencia deportiva, teniendo en cuenta su población y sus recursos limitados. El país obtuvo uno de los mayores números de medallas olímpicas por habitante en el mundo y desarrolló una fuerte cultura deportiva profundamente arraigada en la sociedad.

Fidel consideró desde el principio que la cultura era un pilar importante para construir una nueva sociedad y para la emancipación del pueblo: «No puede haber progreso en ningún orden de la vida, en un país, si la instrucción, si la preparación, si la cultura, si la revolución cultural no marcha a la vanguardia de todo movimiento revolucionario». El gobierno revolucionario realizó grandes esfuerzos para elevar el nivel cultural. Subsidió libros, otorgó salarios a los artistas, y por todo el país surgieron como hongos academias y museos. «En 1961 se podía reunir a todos los artistas del país en una sala de la Biblioteca Nacional; hoy necesitarías un estadio de béisbol», nos contó en 2008 Roberto Fernández Retamar, profesor de literatura y exdirector de la Casa de las Américas.

A diferencia de la mayoría de las culturas del continente, la cubana no fue arrastrada por Hollywood ni por la música pop occidental. El cine, el ballet y la música cubana, lo mismo que la música tradicional, el jazz y la salsa se encuentran a día de hoy entre los mejores del mundo y su alcance va mucho más allá de la isla. El país cuenta con el mayor número de artistas profesionales por habitante del mundo y la población ha alcanzado un nivel cultural que envidiarían muchos países ricos.

Pronto se evidenció que los artistas suelen ser un poco más anárquicos e individualistas que el ciudadano promedio, lo que hacía más difícil integrarlos en el proyecto revolucionario. Además, no todos los artistas apoyaban la revolución; algunos incluso utilizaban su arte contra ella, al contar directamente con un amplio respaldo desde Estados Unidos.

En junio de 1961 Fidel escuchó durante dos sábados en la sala de la Biblioteca Nacional los debates de escritores y artistas sobre la libertad cultural. El tercer sábado, el 30 de junio, presentó su famosa idea en el discurso *Palabras a los intelectuales*, que aún hoy orienta la política cultural de Cuba. De esa fecha datan las célebres palabras: «Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada». Todos los artistas debían poder trabajar dentro de la revolución, no solo los que compartían una convicción revolucionaria. La crítica era bienvenida e incluso necesaria pero, según Fidel, existía una gran diferencia entre la crítica dentro de la revolución y la crítica contra la revolución. Se creó una asociación de escritores y artistas, y surgieron nuevas revistas culturales. Al mismo tiempo se desplazó el énfasis desde la libertad artística individual hacia

una producción cultural más amplia, apoyada por el Estado y dirigida a un público general.

En el ámbito político se trabajaba al mismo tiempo en una mayor unificación de las fuerzas revolucionarias. Fidel quería evitar a toda costa la división que había resultado fatal en la lucha por la independencia de Cuba en el siglo XIX. En el caso de la mayoría de las otras revoluciones del siglo XX la revolución la hacía un partido. En Cuba era al contrario: era la revolución la que forjó al partido. Era un hecho nuevo y daba a la revolución un carácter propio. Se consideraron tres fuerzas políticas para el partido que se iba a formar: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular (PSP). La situación era complicada y el proceso no fue sencillo. El Movimiento 26 de Julio estaba compuesto de manera heterogénea y las concepciones ideológicas variaban ampliamente. Lo mismo ocurría con el Directorio, que además mostraba cierta desconfianza hacia los otros dos. El PSP, por su parte, era el único con antecedentes marxista-leninistas y con cuadros formados y experimentados, pero, como se ha dicho, se había mantenido al margen de la lucha armada durante mucho tiempo y había cometido errores graves en el pasado. Además, el PSP debía enfrentarse en plena Guerra Fría a un fuerte anticomunismo. En julio de 1961 comenzó la formación de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), un partido unitario que reunía distintas corrientes. La influencia personal y la proyección de Fidel jugaron un papel importante en este proceso.

Mientras tanto en Estados Unidos no se quedaron de brazos cruzados. El 30 de noviembre de 1961 el presidente estadounidense John F. Kennedy aprobó oficialmente el programa subversivo Operación Mangosta. Operación Mangosta, también conocida como *The Cuban Project*, fue una campaña a gran escala de atentados terroristas contra civiles y operaciones secretas llevada a cabo por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos en Cuba.

Hacia finales de año Fidel dio un nuevo paso ideológico. Tras haber declarado el carácter socialista de la revolución el 16 de abril, declaró el 1 de diciembre ante la televisión: «Puedo decir con plena satisfacción que soy marxista-leninista y lo seré hasta el último día de mi vida». Anunció que el programa de gobierno se ajustaría a los principios marxistas, pero adaptados a la realidad específica cubana.

El marxismo no era para Fidel un conjunto de verdades eternas, «no [era] un catecismo». Era una herramienta para interpretar la realidad, una «brújula» para determinar la orientación histórica o, mejor, para ayudar a determinarla, pues nunca existen certezas absolutas. Fidel admitió que uno de los mayores errores cometidos al inicio, y también frecuentemente durante la consolidación de la revolución, «fue creer que alguien sabía cómo se construía el socialismo». Se oponía a cualquier forma de canonización: «Soy profundamente antidogmático», dijo en la entrevista de cien horas que le hizo Ignacio Ramonet. La realidad tenía la última palabra. «Toda mi vida he sido enemigo de los dogmas y nosotros debemos evitar que el pensamiento de los políticos más ilustres, de los revolucionarios más esclarecidos, se convierta en dogma, porque incluso cada pensamiento responde a un momento determinado, a una circunstancia determinada, a una información determinada, a una experiencia determinada. Así, cosas que pudo haber visto Lenin en un momento dado como fórmulas adecuadas a una circunstancia determinada, no son las fórmulas aplicables en otras circunstancias diferentes, no son las fórmulas aplicables en otros tiempos».

Su declaración sobre el marxismo-leninismo cayó como una bomba en Washington. Fue la confirmación definitiva para Kennedy y sus asesores de sus peores temores. Moscú, por su parte, reaccionó inicialmente con prudencia. El periódico oficial *Pravda* no hizo mención alguna y el gobierno del Kremlin guardó silencio. Sin embargo, la relación entre la Unión Soviética y Cuba se fue fortaleciendo gradualmente, entre otras cosas a través de representantes en reuniones comunistas internacionales.

En conjunto, la dirección cubana había logrado en un período muy corto poner la revolución en la senda del socialismo sin romper la coherencia con el consenso original de la población. No era algo evidente en el clima de la época, marcado por la Guerra Fría y el anticomunismo.

En ese período Fidel conoció a su futura esposa, Dalia Soto del Valle. Juntos tuvieron cinco hijos. Sin embargo, Dalia nunca actuó como primera dama y, al igual que sobre la vida de Fidel, se sabe muy poco sobre su vida personal. Fidel mantenía su vida privada estrictamente separada de su papel público debido a una profunda desconfianza hacia la obsesión occidental con la vida privada de las celebridades.

## **11. Al borde de una guerra nuclear**

### **Un Fidel enfurecido**

El año 1962 comenzó para Cuba con una helada tormenta diplomática. Bajo fuerte presión de Estados Unidos, la isla fue expulsada de la Organización de Estados Americanos (OEA) el 22 de enero. La razón oficial fue la «incompatibilidad del marxismo-leninismo con el sistema interamericano». En La Habana esto se consideró un paso político hacia una mayor agresión. La reacción de Fidel no se hizo esperar. El 4 de febrero, durante la Segunda Declaración de La Habana, convocó a una multitud de casi un millón de personas a la resistencia revolucionaria contra el imperialismo.

Estados Unidos, mientras tanto, apretó aún más los tornillos económicos. El presidente Kennedy había decretado el 3 de febrero un embargo económico, comercial y financiero total. Washington prohibió prácticamente toda importación desde Cuba, un golpe que afectó de lleno a la economía cubana. La existencia de un proyecto socialista a apenas 150 kilómetros de la costa estadounidense era inaceptable para Estados Unidos. Generaciones de presidentes han intentado desde entonces con gran empeño doblegar a la isla mediante sabotajes, aislamiento y presión económica. El ejemplo cubano debía desaparecer o, al menos, ser tan dañado que no pudiera inspirar a otros países.

La revolución continuaba adelante. El 12 de marzo se decidió que cada familia contaría con una «canasta familiar», la cesta básica de

alimentos, a precios muy accesibles. Los productos básicos se distribuían según su disponibilidad.

Fidel atravesaba un período difícil. En febrero desapareció temporalmente de la vista pública, fatigado por las crisis sucesivas y la creciente presión sobre la revolución. Entre bastidores se libraba una silenciosa lucha por el poder que podía amenazar directamente su autoridad. Mientras Fidel buscaba descanso, la vieja guardia del partido comunista intentaba afianzar su control sobre la nueva ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas). La crisis fue provocada por Aníbal Escalante, miembro del PSP, encargado de organizar las ORI. Desde una actitud sectaria hacia las otras fuerzas revolucionarias, intentó poblar la organización con sus propios seguidores, lo que equivalía a una especie de «golpe silencioso» por parte de comunistas leales a Moscú. «No estábamos formando una asociación libre de revolucionarios, sino un ejército de subordinados y revolucionarios adiestrados», dijo Fidel después. Esto no solo propició el nepotismo y el oportunismo, sino que también generaba el peligro de un distanciamiento respecto a la población.

El proyecto de la ORI fue cancelado, pero continuó el trabajo de integración. El 26 de marzo de 1962 se fundó el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC). Se extrajeron las lecciones necesarias del desastre de la ORI. A partir de entonces solo se podía ser miembro del partido si se era propuesto por los compañeros de base. Según el Che, de esta manera «el partido del futuro estará íntimamente unido a las masas, absorberá de ellas las grandes ideas que después se plasmarán en directivas concretas». Para Fidel el nuevo partido podía considerarse como una «especie de parlamento» compuesto por «los mejores elementos del pueblo, las fuerzas más valiosas de la clase obrera». En todo caso, el procedimiento de designar a los miembros por parte de la base demostró ser un fundamento mucho mejor para la unidad.

El partido unitario PURSC se transformó finalmente en el Partido Comunista de Cuba en octubre de 1965. Desde entonces ha sido la columna vertebral firme de la revolución. Según Fidel, el partido es lo que «le da dirección, solidez y continuidad histórica a la Revolución». No es casualidad que la desarticulación del partido comunista sea para la Casa Blanca la principal prioridad tras los cambios de régimen que

perseguía. Hasta hoy se ingresa al Partido Comunista de Cuba a propuesta de los compañeros de trabajo.

La amenaza militar adquirió formas peligrosas en ese período. El gobierno de Kennedy lanzó la «Operación Mongoose» [mangosta], el plan a gran escala de la CIA para derrocar la revolución mediante sabotajes, infiltraciones y asesinatos. Más de cuatrocientos agentes trabajaban a tiempo completo en esta misión. La guerrilla contra la revolución resurgió en la sierra del Escambray, lo que confirmó a Cuba y a la Unión Soviética que una nueva invasión era solo cuestión de tiempo.

La amenaza constante y las dificultades económicas empujaron a Cuba cada vez más hacia la Unión Soviética. En el verano de 1962 Raúl Castro viajó a Moscú. Cuba buscaba el apoyo de la Unión Soviética para impedir una potencial invasión y promovía un pacto militar: un ataque a la isla se consideraría un ataque a la Unión Soviética. Sin embargo, Jrushchov propuso instalar misiles nucleares. El gobierno cubano aceptó.

Jrushchov utilizó en parte a Cuba como peón en un juego de ajedrez mayor. Poco después comenzaron a llegar a la isla las primeras tropas soviéticas y material militar, incluidos aviones de combate. Cuando Estados Unidos se enteró, impuso un bloqueo militar alrededor de la isla a finales de octubre. En el momento en que los barcos soviéticos con cabezas nucleares a bordo se acercaban a la zona de cuarentena, el mundo se encontraba al borde de un conflicto nuclear global. La situación se volvió aún más crítica cuando un avión de reconocimiento estadounidense U-2 fue derribado sobre Cuba por misiles soviéticos. Al mismo tiempo las milicias cubanas abrieron fuego con su artillería antiaérea contra aviones estadounidenses que volaban a baja altura.

Poco después se llegó a un acuerdo. Sin que Fidel lo supiera, Jrushchov cerró un pacto con Kennedy: los soviéticos retirarían los misiles a cambio de una promesa estadounidense –nunca expresada públicamente– de no atacar a Cuba. Fidel estaba furioso con toda la estrategia de la Unión Soviética. Sostenía que Cuba tenía el derecho soberano de defenderse frente a los planes de invasión de Estados Unidos. También opinaba que Jrushchov había actuado de manera ilegítima al no involucrar al gobierno cubano en las negociaciones. En ese momento, los cubanos tenían, entre otras, las siguientes demandas: detener la agresión y los actos terroristas de Estados Unidos (que continuaron durante décadas), finalizar el bloqueo económico y devolver los terrenos

ocupados por la base naval de Guantánamo. El hecho de que esas exigencias ni siquiera se hubieran planteado alimentó la desconfianza y el enfado de Fidel. En aquel momento él no conocía todavía el acuerdo secreto entre Kennedy y Jruschov sobre la retirada de los misiles estadounidenses de Turquía.

En los años siguientes surgieron nuevas perspectivas sobre los riesgos asumidos en aquel momento. Documentos desclasificados muestran que Estados Unidos tenía planes para escenificar incidentes y culpar a Cuba como pretexto para una intervención militar. Esto ilustra lo cerca que estuvo el mundo de una escalada y lo frágil que era la situación.

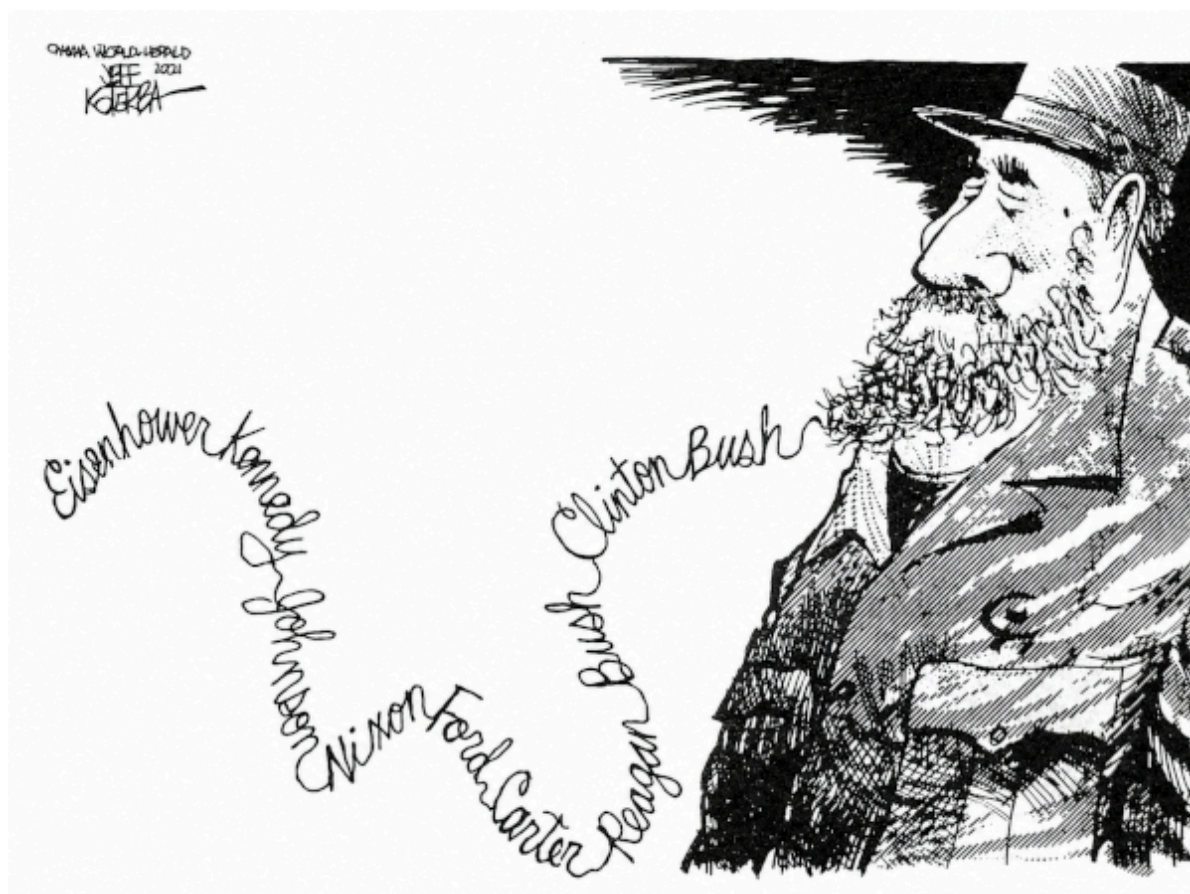
## **El asesinato de Kennedy**

La crisis de los misiles colocó a Cuba definitivamente en el mapa mundial. Fidel sostuvo el derecho soberano de Cuba y rechazó enérgicamente cualquier control de la ONU en su territorio. Las inspecciones de los barcos soviéticos tendrían que realizarse entonces en alta mar. La crisis dejó profundas huellas en la relación entre Cuba y la Unión Soviética, la cual se mantuvo seriamente tensa hasta 1969.

El gobierno estadounidense sacó sus propias conclusiones. La crisis llevó a la finalización de la «Operación Mongoose», el programa secreto para derrocar a Fidel iniciado el 30 de noviembre de 1961 por el presidente Kennedy. La CIA continuó, sin embargo, con sus planes de asesinarlo. En Washington parecía abrirse un margen para una política menos confrontativa, aunque este proceso se interrumpió abruptamente con el asesinato de Kennedy en noviembre de 1963.

En la primavera de 1963 la Unión Soviética intentó reparar las relaciones con Cuba. Fidel fue invitado a una visita prolongada que finalmente duraría cuarenta días. En la delegación cubana no había nadie del círculo del PSP comunista. En Moscú fue recibido con honores excepcionales. Durante la celebración del 1 de mayo ocupó la tribuna del

Kremlin, un lugar que rara vez se concedía a líderes extranjeros. La recepción fue notablemente grandiosa para un líder de un país pequeño. Fidel, entonces de apenas treinta y seis años, recibió altas distinciones soviéticas e incluso un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Moscú. Durante ocho días Jrushchov dejó de lado todas sus demás obligaciones para dedicarse por completo a su invitado. Fidel mantuvo deliberadamente a su delegación libre de figuras tradicionales del partido comunista, una señal de que quería mantener su propia línea política.



*Caricatura en la oficina de Armando Hart*

Fidel regresó a La Habana con compromisos importantes. La Unión Soviética prometió garantizar la seguridad de Cuba frente a ataques militares. Los soviéticos también prometieron pagar un precio más alto por el azúcar cubano. Era positivo en sí mismo, pero al mismo tiempo significaba la confirmación de la producción de azúcar como pilar central de la economía. El sueño de una rápida industrialización resultó ser una ilusión para una isla con escasos recursos naturales y conocimientos técnicos, especialmente bajo el yugo del bloqueo estadounidense.

El acercamiento a Moscú también trajo una influencia mayor de la Unión Soviética, lo cual no siempre fue positivo, sobre todo para las personas creyentes. El reverendo Raúl Suárez comentó sobre ese período: «La situación más difícil comienza cuando la revolución se fue acercando a la Unión Soviética y al modelo soviético, por la política estúpida de los Estados Unidos. Entonces comienzan a utilizarse los manuales soviéticos. Eso influyó mucho en la mentalidad de muchas personas. No era una continuidad de los movimientos revolucionarios de la Sierra, del Moncada, no eran las ideas esenciales de Fidel Castro, sino fue cosa que se trasplantó, que se copió, como el ateísmo científico, y se creó una actitud antirreligiosa en muchos revolucionarios». A consecuencia de ello se discriminó a las personas creyentes en los primeros años de la revolución: no podían ser miembros del partido comunista, tenían menos posibilidades de promoción, etc. Posteriormente Fidel admitió que había sido una actitud equivocada: «Si me preguntan si existe cierta forma de discriminación sutil con los cristianos, honestamente tengo que decirte que sí y que no es una cosa superada por nosotros. No es intencionado, no es deliberada, no es programada».

El 26 de julio la madre de Fidel asistió por última vez a una celebración oficial. Once días después falleció. Poco después la isla fue azotada por el huracán Flora. Como los cubanos ya estaban acostumbrados, Fidel estuvo presente en todos los lugares gravemente afectados liderando personalmente las operaciones de rescate y alentando a la población en medio de la enorme devastación.

El 23 de noviembre el mundo se vio conmocionado por el asesinato del presidente Kennedy. Fidel se encendió y se enteró mientras conversaba con Jean Daniel, periodista de *L'Express*. «Esto es una mala noticia», dijo. Todo el grupo escuchaba la radio. Cuando se confirmó la noticia y sonó el himno estadounidense, «todos se pusieron de pie para rendir homenaje al archienemigo de Cuba», informó Daniel después. En una entrevista con Tomás Borge, líder de la revolución nicaragüense, Fidel describió a John F. Kennedy, responsable de la invasión de Bahía de Cochinos y de la Operación Mangosta, así: «Tenía cualidades personales destacadas, cualidades sobresalientes, pero todavía era muy inexperto cuando asume el gobierno, todavía se dejaba llevar mucho por corrientes, y a veces por emociones. No tuvo tiempo de expresar su capacidad como hombre inteligente, como estadística». Existen indicios sólidos de que

Kennedy, poco antes de su muerte, estaba abierto a una reconciliación histórica con Cuba, y que hubo conexiones entre el asesino y círculos hostiles a Cuba. El asesinato en Dallas acabó de golpe con la esperanza de acercamiento y sumió nuevamente la relación entre ambos países en una profunda desconfianza.

## **Vocero del tercer mundo**

En los años posteriores a la crisis de los misiles Fidel estuvo notablemente presente en el campo cubano. Visitaba con frecuencia pueblos remotos, hablaba con campesinos y escuchaba sus preocupaciones. Estas visitas formaban parte de su convicción de que debía ser el propio pueblo quien sostuviera la revolución. El exguerrillero y general retirado Alfonso Zayas recuerda con agrado: «Trabajaba como secretario del partido en Holguín y Las Tunas. Fidel venía regularmente de visita. Siempre intentaba preparar todo cuidadosamente, sobre todo la seguridad. Pero luego llegábamos, por ejemplo, a un camino de tierra y él quería ver adónde llevaba. Obviamente, yo no había previsto medidas de seguridad allí. Pronto todos los campesinos de la zona sabían que Fidel estaba y venían a saludarnos. Y entonces, alguna viejita decía: “¡Fidel, ven, entra a mi casa a comer algo!”. Solo tenía que decirlo una vez, ¡y ahí estaba yo con el problema de seguridad! Él tampoco quería que fuéramos en varios jeeps. Uno era más que suficiente. Pero si veía a algunas mujeres embarazadas al borde del camino: “¡Detente! Vamos a ver a dónde van estas mujeres, seguro al hospital. Manda un jeep para llevarlas”. Por eso yo cuidaba secretamente que hubiera algunos jeeps adicionales cerca».

En ese período Fidel se perfiló cada vez más como portavoz de lo que más tarde se llamaría el tercer mundo. Cuba, pequeña y económicamente vulnerable, se presentaba como un ejemplo de resistencia frente a las potencias mayores. Estados Unidos observaba con recelo la creciente

influencia de Fidel y buscaba un aislamiento mayor de Cuba. Este proceso se vio facilitado por una serie de golpes de Estado militares de derecha en Argentina, Brasil, Bolivia y Perú. El mapa político de América Latina se desplazó hacia la derecha, lo que debilitó la posición de Cuba en la región. En julio de 1964 esta situación llegó a un punto crítico cuando casi todos los países latinoamericanos, bajo la presión de Washington y con excepción de México, rompieron sus relaciones diplomáticas con La Habana. Cuba fue oficialmente declarada una amenaza para la seguridad nacional del continente. Fue un duro golpe para un gobierno que necesitaba reconocimiento internacional para contrarrestar la postura hostil de Estados Unidos. En 1965 tropas estadounidenses intervinieron en la República Dominicana, donde la protesta popular buscaba reinstaurar a un presidente progresista electo, derrocado por un golpe de Estado. El mensaje era claro: no se toleraría una segunda Cuba en el Caribe.

La relación con la Unión Soviética tampoco era tranquila. Mientras los soviéticos abogaban por un camino pacífico hacia el socialismo, Cuba continuaba apoyando la lucha armada en América Latina, a menudo en contra de los partidos comunistas locales alineados con Moscú. Para aliviar las tensiones, Moscú patrocinó a finales de 1964 una conferencia de partidos comunistas latinoamericanos en La Habana. Partidos y grupos guerrilleros acordaron apoyar las iniciativas de los demás.

Cuba también centró cada vez más su atención en movimientos revolucionarios fuera de su propio continente, especialmente en África, donde la lucha se dirigía contra el colonialismo europeo. Ya en 1961 Cuba había abierto una base de adiestramiento de guerrilleros en Ghana, seguida de otra en Argelia. Cuando en 1963 estalló un conflicto fronterizo entre Argelia y Marruecos, Fidel envió directamente a cuatrocientos militares con tanques y artillería para apoyar a los amigos argelinos.

Fue el preludio de una mayor presencia militar cubana en el continente africano. El Che desempeñó un papel en ello. Tras largas conversaciones con Fidel, decidió renunciar a sus cargos en el gobierno y dedicarse por completo a actividades revolucionarias internacionales. El Che pensó inicialmente en la lucha armada en su patria, Argentina y más tarde en Venezuela, pero las circunstancias nunca fueron favorables. Finalmente optó por Bolivia. Mientras se preparaban estas acciones, partió en abril de 1965 hacia el Congo, a petición de los rebeldes del este

del país. Con la ayuda de un grupo de combatientes cubanos internacionalistas, intentó formar un movimiento guerrillero contra las tropas prooccidentales. La misión fracasó debido a la mala organización, la falta de disciplina de los rebeldes congoleños y el escaso apoyo local. El Che concluyó que no existían las condiciones para una guerrilla exitosa y se retiró después de siete meses.

En 1964 Nikita Jrushchov fue depuesto y reemplazado por Leonid Brézhnev. Fidel mostró su independencia al no viajar a Moscú para felicitar al nuevo líder; solo lo haría ocho años después. Había irritación por la tardía ayuda económica y Fidel reprochaba a los soviéticos su escaso apoyo a Vietnam. Por otro lado, el apoyo cubano a la lucha armada aumentaba las tensiones con la Unión Soviética. Los golpes contra Ben Bella en Argelia (1965) y Kwame Nkrumah en Ghana (1966), ambos contribuyentes importantes a la descolonización de sus países, hicieron perder dos aliados al bloque socialista.

Moscú concluyó que Cuba era un caso único que no podía repetirse. Los soviéticos priorizaron su propia seguridad económica sobre la expansión ideológica y buscaron acercamientos incluso con regímenes militares de derecha. Fidel, en cambio, se movía en la dirección opuesta. Cuba se convirtió en la meca de los revolucionarios. En enero de 1966 se celebró en La Habana el Congreso Tricontinental con la asistencia de decenas de grupos revolucionarios de África, Asia y América Latina. Esto catapultó a Fidel como portavoz de los pueblos oprimidos del tercer mundo.

En 1964 y 1965 el número de intentos de asesinato contra Fidel alcanzó su punto máximo. La CIA fue muy ingeniosa: uno de los complots más notorios consistía en una cápsula congelada con veneno que debía mezclarse en un batido de Fidel. Otros planes de asesinato muy creativos incluían un cigarro que explotaba al encenderse, puros impregnados de veneno, una concha de colores brillantes con explosivos en su lugar de buceo favorito y un traje de buceo contaminado con una sustancia mortal para neutralizarlo mientras buceaba. En total, se han documentado 638 complots contra el líder cubano, un récord mundial absoluto.

## **Conspiración dentro del partido**

En octubre de 1965 Cuba se enfrentó a su primera gran crisis migratoria. Cuando el gobierno cubano abrió el puerto de Camarioca, al este de La Habana, los cubanos en Estados Unidos pudieron acoger a sus familiares. En poco tiempo partieron unas 5.000 personas. Para fomentar aún más la emigración, el presidente Johnson promulgó en noviembre de 1966 una nueva ley: la Ley de Ajuste Cubano. Esta ley otorgaba a los cubanos un estatus excepcional en Estados Unidos. Quien llegara al país, legal o ilegalmente, era reconocido como «refugiado», obtenía inmediatamente permiso de trabajo y beneficios sociales, y podía solicitar la residencia permanente después de un año y un día, también para los miembros de su familia. Esto contrastaba marcadamente con el trato dado a los migrantes del resto de América Latina. Debido a los salarios mucho más altos en Estados Unidos y a las condiciones atractivas, esta ley contribuyó a un flujo migratorio constante. Washington provocó así una «fuga de cerebros» con la partida de numerosos profesionales altamente cualificados, un duro golpe para la economía cubana.

El Che siempre había sido muy visible en Cuba. Con todo, su prolongada ausencia del espacio público generó especulaciones sobre su paradero entre amigos y especialmente entre enemigos, desde enfermedad hasta la muerte en un complot. El gobierno cubano no refutó estos rumores para proteger la misión del Che. A medida que los rumores se volvían más perjudiciales, incluso entre aliados, se volvió inevitable publicar la carta de despedida del Che. En el congreso fundacional del Partido Comunista de Cuba, el 3 de octubre de 1965, Fidel leyó la famosa carta. El médico argentino relataba en ella que había cumplido con su deber en territorio cubano y que «otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos». Señaló como su único gran error no haber comprendido más rápido las cualidades de Fidel como líder en la Sierra Maestra.

Tras su misión en el Congo, el Che se convirtió en el «terrorista» más buscado del mundo. Permaneció oculto y regresó secretamente a Cuba. En noviembre de 1966 viajó clandestinamente a Bolivia, pero pronto todo salió mal. Hubo un despliegue masivo de tropas estadounidenses. El líder del partido comunista boliviano retiró su apoyo a la guerrilla y debido a

esa traición los rebeldes no pudieron establecerse. Fueron perseguidos durante meses. El 8 de octubre de 1967 se produjo un combate final en el que el ejército capturó al Che. Al día siguiente fue ejecutado por orden de la CIA. La muerte del comandante Che Guevara afectó profundamente a Fidel. Perdió a un amigo cercano y, además, a un importante arquitecto y embajador de la revolución.

El año 1967 marcó el punto más bajo en la relación entre La Habana y Moscú. Fidel se negó a firmar el Tratado de No Proliferación, impulsado por Estados Unidos y la URSS. Lo interpretó como una conspiración de las grandes potencias contra el tercer mundo. Las tensiones aumentaron cuando la Unión Soviética se negó a incrementar el suministro de petróleo a Cuba y a convertir los acuerdos comerciales anuales en pactos plurianuales.

Dentro del Partido Comunista de Cuba reapareció un viejo enemigo: Aníbal Escalante. Había construido una red de comunistas leales a Moscú, la llamada «microfracción». Este grupo criticaba la política interna de Fidel y su apoyo a acciones guerrilleras armadas. Escalante estaba en contacto directo con el Kremlin y filtraba documentos secretos. El objetivo de la fracción era convencer a Moscú de que suspendiera toda ayuda económica para derrocar a Fidel y reemplazarlo por un régimen más leal a la Unión Soviética.

El 25 de enero de 1968 Fidel acabó de manera contundente con los conspiradores. Escalante y 36 personas más fueron arrestadas y condenadas. El papel del servicio de seguridad cubano fue fundamental en ello. A diferencia de muchos Estados satélites de Europa del Este, la policía secreta cubana nunca estuvo subordinada al servicio de inteligencia ruso, la KGB. La revolución cubana surgió de la tradición de la lucha por la independencia, completamente al margen de la Unión Soviética. Fidel subrayó aún más esa autonomía al negarse a enviar una delegación a una reunión consultiva de partidos comunistas organizada por Brézhnev en Budapest.

La relación se mantuvo compleja. Cuando la Unión Soviética invadió Checoslovaquia en 1968, la reacción de Fidel fue equilibrada. Por un lado reconoció que se habían violado la soberanía y el derecho internacional, pero por otro afirmó que se debía evitar a toda costa que Checoslovaquia cayera «en los brazos del imperialismo». Esta postura pragmática ayudó a suavizar las tensiones con Moscú.

Hacia finales de los años sesenta la situación en América Latina comenzó a cambiar lentamente. En países como Perú, Panamá, Chile y Argentina llegaron al poder gobiernos más progresistas. Esto significó para Cuba el fin del aislamiento absoluto en su propio continente. Se restablecieron las relaciones diplomáticas con estos países.

## **12. Huida fallida hacia adelante**

### **Tío azucarero Brézhnev**

El mayor desafío desde el principio, parecía ser la transformación de una economía subdesarrollada y dependiente –un monocultivo basado en el azúcar– en una economía industrial moderna. Había una gran falta de experiencia, ya que la mayoría de los gerentes habían abandonado el país. También había escasez de recursos y se cometieron errores en la estrategia. Además, Cuba perdió a su principal socio comercial tradicional e inversor, Estados Unidos, y se le impuso un bloqueo económico. Tras algunos experimentos y fracasos, a partir de 1964 se volvió a poner el énfasis en la agricultura y la producción de azúcar. Para 1970 se apostó todo por lograr una cosecha récord de diez millones de toneladas de azúcar. Todo el país se movilizó como si se tratara de una guerra. Fidel asumió personalmente la organización y puso todo su empeño en este ambicioso objetivo, pero no se logró.

Fue un duro golpe económico y político. Fidel asumió plenamente la responsabilidad y ofreció su renuncia durante su discurso del 26 de julio. La multitud gritó: «¡No, no, Fidel, Fidel, Fidel!». Retiró su renuncia, pero el fracaso seguiría repercutiendo. Como consecuencia adicional, Cuba comenzó a orientarse más hacia la Unión Soviética, tanto en la organización de la economía como en el comercio exterior. Cuba se incorporó en 1972 al Comecon –una asociación de países socialistas liderada por la Unión Soviética–, lo que llevó a relaciones económicas

favorables y a asistencia tecnológica. El apoyo soviético proporcionó la base material para elevar al país desde el subdesarrollo estructural hacia una situación en la que la salud, la educación, la seguridad social y la alimentación podían compararse con las de los países industrializados. En 1975 el gobierno gastó en el sector sanitario veinte veces más que en 1958. La cifra fue once veces superior en educación. Pero existía un gran inconveniente económico: la adhesión al Comecon consolidó el monocultivo y la posición dependiente de Cuba dentro de la economía mundial.

La reorientación económica estuvo acompañada de un endurecimiento en la política cultural, lo que dio lugar al llamado «quinquenio gris», los cinco años sombríos de 1971 a 1976. La libertad artística se vinculó a la lealtad política y el Consejo Nacional de Cultura censuró a decenas de artistas; algunos fueron incluso procesados. En especialmente las personas homosexuales sufrieron duramente. Esta línea reflejaba una mayor influencia de las ideas soviéticas sobre cultura e ideología. Para corregir esa política errónea se creó en 1976 el Ministerio de Cultura, bajo la dirección de Armando Hart.

El 2 de septiembre de 1970 se firmó un acuerdo entre la dirección de la revolución y el entonces líder sindical Lázaro Peña. Según ese acuerdo, los sindicatos no llamarían a huelga mientras el gobierno revolucionario escuchara los problemas de los trabajadores y cumpliera su misión de defender sus intereses.

En un país capitalista las organizaciones sindicales no tienen acceso directo a la toma de decisiones políticas y deben presionar mediante la calle o acciones en el lugar de trabajo. Su impacto político depende de su capacidad de movilización y de los márgenes que permita la coyuntura económica. En Cuba es muy distinto: el sindicato juega por definición un papel fundamental en la toma de decisiones políticas. Mientras en los países capitalistas el poder efectivo lo ejerce la empresa, en Cuba ese papel corresponde al mundo sindical.

El sindicato cubano, la CTC, tiene poder legislativo y presenta proyectos de ley. Así, se discutió ampliamente la ley de seguridad social con todos los trabajadores antes de ser votada. Lo mismo ocurrió con la ley de prevención de accidentes y protección en el trabajo. Además, las secciones locales de las empresas participan activamente en las negociaciones salariales y en la discusión sobre primas y estímulos para

los trabajadores. La constitución establece que los proyectos de ley relacionados con el trabajo se deben presentar al sindicato. El sindicato participa como observador con derecho a palabra en el Consejo de Ministros. Además, la CTC preside las comisiones electorales que elaboran las listas de candidatos para las elecciones nacionales y provinciales.



*Fidel y el presidente Allende*

Fidel visitó Chile en 1971; quería dar apoyo al presidente de izquierda Salvador Allende. En todas partes lo esperaba una multitud entusiasmada. Visitó escuelas y empresas, dialogó con estudiantes, campesinos, trabajadores, intelectuales de izquierda y cristianos

progresistas. La visita planificada de diez días se prolongó hasta tres semanas. Como regalo simbólico le entregó a Allende un fusil con la inscripción: «A Salvador, de su compañero, de armas. Fidel Castro».

Fidel era radical, pero se oponía al extremismo. Armando Hart, que formaba parte del séquito de Fidel en Chile, recuerda que «algunos camaradas chilenos criticaban durante los encuentros con Fidel a Allende desde posiciones muy radicales. Fidel les respondió: “Ustedes aquí en el sur han estudiado doctrinas políticas y son muy eruditos; nosotros, los del Caribe, somos más prácticos”. Concluyó con una frase que nunca olvidaré: “Si Allende no hace la revolución en Chile, nadie lo hará”. Se cumplió de manera dramática». También fue notable la poco ortodoxa aproximación de Fidel a la religión durante este viaje. En conversaciones con monjas que trabajaban en condiciones difíciles en los barrios pobres, las llamó «los verdaderos marxistas». Fue una afirmación impensable para un líder tradicional de Europa del Este, pero encajaba con la búsqueda de Fidel de una alianza estratégica entre marxistas y creyentes de izquierda.

Fidel escapó por poco durante el viaje a un intento de asesinato de la CIA. Un tirador que había disfrazado un arma como cámara no se atrevió a apretar el gatillo en el último momento. Tras el éxito del viaje, el director de la CIA, William Colby, dijo: «En Chile nuestro problema no era Allende, sino Fidel Castro». El gobierno de Estados Unidos no quería un segundo bastión rojo en su patio trasero y el 11 de septiembre de 1973 un golpe de Estado puso fin a este segundo experimento socialista en América Latina.

Cuba vivió en los años setenta una primavera diplomática internacional. Se superó el aislamiento de años. La Habana restableció relaciones con Argentina, Colombia, Venezuela y diversos Estados caribeños. Incluso la Organización de Estados Americanos (OEA) consideró levantar las sanciones. En 1974 el 45 % de las exportaciones cubanas se dirigía a países occidentales. El alto precio del azúcar en el mercado mundial generó un período de relativa prosperidad.

Fidel se convirtió en un embajador itinerante. En 1972 visitó varios países de África y Europa del Este, así como la Unión Soviética. En los países del bloque oriental, al igual que en Chile, fue recibido por multitudes entusiastas. Los periodistas reportaron que el estilo de Fidel difería notablemente del de los líderes locales: era espontáneo, animado

y lleno de humor. Hablaba con la gente común y también ahí se estaba convirtiendo poco a poco en una leyenda.

La periodista Marta Rojas lo acompañó como corresponsal en muchos de esos viajes de Estado. Experimentó en ese período lo exigente que era Fidel: «Es un verdadero perfeccionista en el lenguaje, domina muy bien el español. Lee la información cuidadosamente, hasta la coma; un adjetivo mal colocado o mal elegido y él lo nota. A veces transmite sus correcciones lingüísticas, aunque sean minuciosas, al equipo editorial. Incluso le señaló a su amigo Gabriel García Márquez un error de lenguaje en una obra reciente suya».

La reconciliación con Moscú se selló en enero de 1974 con la histórica visita del líder soviético Leonid Brézhnev a La Habana. Fue la primera vez que el máximo líder de la Unión Soviética pisaba suelo latinoamericano. Las tensiones y malentendidos de los años sesenta parecían enterrados definitivamente. La visita subrayó la importancia que había adquirido la isla dentro de la red socialista. Cuba se convirtió en un componente integral y estable del universo socialista, con Brézhnev como el «tío azucarero» y Fidel como el carismático puesto avanzado en el patio trasero de Estados Unidos.

## **Operación Carlota**

La Revolución de los Claveles en Portugal puso fin en abril de 1974 a la dictadura fascista y aceleró la descolonización en el sur de África. De repente se abrió el camino hacia la independencia de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau. A finales de 1975 Angola solicitó asistencia militar internacional. Tropas sudafricanas habían invadido el país con la intención de derrocar al movimiento de izquierda MPLA en el poder. La Unión Soviética se mostró muy cautelosa, pero Cuba no dudó. Envío a 36.000 voluntarios y logró detener el avance de Sudáfrica. Durante varios meses Fidel se concentró totalmente en los combates,

coordinándolos desde Cuba. Esto marcó el inicio de un compromiso de años con la liberación del sur de África bajo el nombre de Operación Carlota. Carlota fue una mujer negra esclavizada que había liderado un levantamiento el 5 de noviembre de 1843 en la provincia cubana de Matanzas.

El éxito en Angola otorgó a Cuba una autoridad sin precedentes dentro del tercer mundo. Para muchos países en desarrollo la disposición de la revolución a enviar miles de tropas al extranjero —en total rotaron 200.000 soldados en diez años— fue la prueba máxima de solidaridad internacional. Durante la reunión del Movimiento de Países No Alineados en Sri Lanka en 1976 se aplaudió unánimemente el papel de Cuba. No era de extrañar que tres años después Fidel fuera elegido presidente de este importante movimiento, cargo que volvería a ocupar en 2007.

No se limitó a Angola. En 1978 Cuba acudió en ayuda de Etiopía para repeler un ataque desde Somalia y después siguieron otros países. En los primeros treinta años de la revolución Cuba brindó apoyo a Argelia, Ghana, Congo-Brazzaville, Congo, Guinea Ecuatorial, Guinea-Bissau, Zimbabue, Tanzania, Somalia, Eritrea, Namibia, Mozambique, Yemen del Sur, Siria, Vietnam, Nicaragua y Granada, así como a diversos movimientos guerrilleros en América Latina. La implicación en África no se limitó a operaciones militares. Se estableció en Cuba un programa de formación para jóvenes de países africanos. Cientos de estudiantes recibieron educación y formación profesional, algo imposible en sus propios países debido al legado colonial.

Por descontado, este papel activo en el extranjero no era del agrado de Washington. Justo cuando el gobierno de Ford, impulsado por Henry Kissinger, buscaba mejorar las relaciones con La Habana, la intervención en Angola arruinó los planes. Washington pensaba en aliviar el embargo económico y detener los vuelos de espionaje, pero la presencia masiva cubana en África, combinada con su apoyo a la independencia de Puerto Rico, detuvo inmediatamente el acercamiento diplomático. Esto dejaba claro que para Fidel pesaban más los principios del internacionalismo que la coexistencia pacífica con Washington. Con su apoyo a la lucha de liberación de los pueblos africanos Cuba declaraba su intención de saldar la deuda histórica con África debido a siglos de esclavitud.

## Nueva constitución

En el país, el Partido Comunista de Cuba celebró su primer congreso en diciembre de 1975 e inició un proceso de autorreflexión. Se reconocieron oficialmente los errores del período 1966-1970, como la fallida cosecha de azúcar de 1970, y se empezó «un nuevo período en la construcción del socialismo». Los años tempranos de la revolución, informales y a menudo caóticos, dieron paso a un planteamiento más estructurado.

También se promulgó una nueva constitución, que fue aprobada tras un amplio debate social por la gran mayoría de la población mediante referéndum. Entre otros aspectos, esa constitución regulaba el sistema electoral y el poder popular. Es un sistema muy particular: una combinación de modelo de vanguardia y democracia de base. Los candidatos se incluyen en las listas mediante propuestas de las personas de sus barrios o de las organizaciones sociales a las que pertenecen. La afiliación al Partido Comunista de Cuba no es un factor; lo que sí importa es el compromiso social.

Además del parlamento nacional, se crearon gobiernos locales que aseguraban un vínculo estrecho con la población. Las organizaciones sociales desempeñan un papel destacado en la preparación de las elecciones. Las comisiones electorales están presididas por el sindicato CTC. El partido comunista tiene prohibido por ley intervenir en el proceso electoral. En este sentido Cuba es un «sistema de partido cero». Dado que se involucran decenas de miles de ciudadanos, un proceso electoral en Cuba dura varios meses. La participación directa de la población en la toma de decisiones políticas es un rasgo típico del sistema cubano.

El sistema político en Cuba está intrínsecamente ligado a la revolución, la defensa de la soberanía y la construcción de una sociedad socialista. Además, la historia funcionó como una importante escuela de aprendizaje. Por un lado estaba el éxito del partido unitario revolucionario de José Martí en el siglo XIX, que logró derrotar a la colonización española después de que fracasaran los intentos anteriores. Por otro lado estaban las experiencias negativas de la fragmentación política y el control de la clase dirigente sobre los partidos tradicionales en la primera mitad del siglo XX.

Fidel nunca afirmó que la democracia cubana fuera «perfecta». La consideraba el sistema que «se ajusta de manera ideal a nuestras condiciones» y que, en todo caso, «su eficacia ha sido demostrada». Sobre todo, contaba con un amplio apoyo: «Si la revolución no tuviera la mayoría del pueblo, no podía sostenerse el poder revolucionario». Encuestas independientes de 1994 y 1995, durante el momento más crítico de la crisis económica causada por la caída de la Unión Soviética y el endurecimiento del bloqueo estadounidense, mostraron que más de tres cuartas partes de la población cubana se identificaba con el sistema político y solo un 5% deseaba otro. Incluso el Pentágono tuvo que reconocer en ese período que una gran mayoría de la población cubana seguía respaldando al liderazgo revolucionario.

El criterio último de la democracia era para Fidel armar al pueblo. En el contexto de una posible agresión militar de Estados Unidos, dos millones de cubanos tienen acceso a armas. «Cuando la defensa se vuelva tarea de todo el pueblo y las armas se vuelvan prerrogativa de todo el pueblo, entonces sí podrá hablarse de democracia; mientras tanto podrán hablar de cuerpos especializados de policías y de ejércitos, para aplastar al pueblo cuando el pueblo no se manifiesta conforme con los abusos y las injusticias del sistema burgués, lo mismo en un país capitalista del tercer mundo que en un país capitalista desarrollado. [...] ¿Qué pasaría en la propia Europa si arman a los trabajadores, si arman a los obreros, si arman a los estudiantes, si arman a todos estos sectores que constantemente son reprimidos cuando exigen algo, cuando demandan algo, cuando solicitan algo, cuando se movilizan para algo?».

En base a la nueva constitución el parlamento eligió en 1976 un gobierno con Fidel como presidente del Consejo de Estado. El expresidente Dorticós se convirtió en ministro del nuevo gobierno. Permaneció como político relevante hasta su muerte en 1983 y seguía siendo miembro del Comité Central del Partido en el momento de su fallecimiento.

La amenaza externa permaneció presente. El 6 de octubre de 1976 hubo un atentado contra un avión comercial cubano en el que murieron 73 personas. Los responsables de este atentado fueron los contrarrevolucionarios cubanos Orlando Bosch y Luis Posada Carriles. Pudieron permanecer en Florida con total libertad hasta su muerte. Este

acto de terrorismo reforzó la determinación cubana, pero también aumentó la sensación de sitio.

Sin embargo, hacia finales de la década surgió nuevamente una apertura cautelosa en la relación con Estados Unidos. Bajo la presidencia de Jimmy Carter, asumida en 1977, creció la disposición al diálogo. Fidel caracterizó a Carter como un hombre idealista, arraigado en sus convicciones religiosas. Se abrieron canales semidiplomáticos y en 1978 se alcanzó un acuerdo que permitía a los cubanos en Estados Unidos visitar a sus familiares en la isla. Aunque este acercamiento fue limitado y posteriormente revertido, marcó un raro momento de distensión en un largo período de confrontación.

A pesar de la postura marcadamente agresiva de Estados Unidos, la actitud de La Habana hacia su archienemigo se mantuvo sorprendentemente serena. Washington hizo todo lo posible desde 1959 para destruir la revolución y eliminar a su líder: cientos de intentos de asesinato contra Fidel, la organización de una invasión militar, apoyo a guerrillas contrarrevolucionarias en los años sesenta, varios bombardeos, atentados con bombas en hoteles y fábricas, el derribo de un avión comercial, guerra bacteriológica, el embargo económico más largo de la historia... En total esto costó al país más de tres mil muertos y decenas de miles de millones de dólares.

Aún así, en Cuba hasta el día de hoy no existe rastro de sentimiento antiestadounidense. Fidel siempre hizo en sus discursos una distinción clara entre el gobierno estadounidense y su ciudadanía, e incluso entre Estados Unidos como nación y como potencia imperialista. Tanto después de los atentados del 11 de septiembre como tras la inundación en Nueva Orleans provocada por el huracán Katrina, Fidel expresó inmediatamente su solidaridad con las víctimas y se prepararon cientos de médicos para brindar asistencia sanitaria. Como era de esperar, dicha ayuda siempre fue rechazada.

## **13. Los turbulentos años 80**

### **¿Opio del pueblo?**

El 19 de julio de 1979 los sandinistas entraron triunfantes en la capital nicaragüense, Managua. Habían derrotado al dictador proestadounidense Somoza. Eran un aliado bienvenido para Cuba. Ese mismo año ocurrió otra revolución en la región, en la isla de Granada. Ambas revoluciones no tuvieron una vida larga. En 1983 los marines estadounidenses invadieron Granada; se aprovecharon de una disputa entre facciones progresistas. La CIA inició una brutal guerra contrarrevolucionaria contra Nicaragua. Moscú se mostró muy cauteloso en estos asuntos. El ejército nicaragüense sufrió grandes pérdidas y, sobre todo, la población civil pagó un alto precio debido al terror de los «contras». Finalmente los sandinistas aceptaron celebrar elecciones anticipadas en 1990. Fidel aconsejó no hacerlo. Según él, los sandinistas no podrían ganar unas elecciones en un contexto de guerra y con el apoyo financiero de Estados Unidos a la oposición. Los hechos le dieron la razón: los sandinistas perdieron por poco las elecciones.

El 11 de enero de 1980 Celia Sánchez falleció de cáncer. Durante todos esos años había ocupado funciones clave como colaboradora directa de Fidel. Su muerte lo afectó profundamente. Fidel permaneció durante meses, casi ausente y su presencia pública se volvió más discreta. Al mismo tiempo las tensiones dentro y alrededor de Cuba continuaron aumentando, lo que pronto condujo a otra crisis.

En abril de ese año estalló una crisis migratoria. El deseo de las personas de regiones más pobres de migrar a países más ricos es un fenómeno normal y ampliamente extendido, independientemente de las causas coloniales y neocoloniales del problema. Más de medio millón de latinoamericanos cruzan cada año ilegalmente la frontera mexicana para probar suerte en Estados Unidos y mueren cientos en el intento. Pero hasta hace poco Washington mantuvo una política migratoria muy cínica frente a Cuba. Por un lado las muchas emisoras de radio (doscientas horas de transmisión al día) atraían a los habitantes de la isla con las promesas más atractivas, además de que, según la ya mencionada Ley de Ajuste Cubano, se otorgaba a cualquier cubano la ciudadanía estadounidense si ponía un pie en Estados Unidos. Por otro lado Estados Unidos impedía un tránsito legal al no expedir prácticamente visas, a pesar de los acuerdos establecidos. En realidad se trataba de un incentivo para que la isla se abandonara ilegalmente. Los cubanos que utilizaran la violencia o cometieran incluso asesinatos en su intento de emigrar podían contar con la impunidad en Estados Unidos.

No es de extrañar que eso provocara incidentes con regularidad. Fue el caso de abril de 1980. Un guardia cubano en la embajada peruana fue asesinado y Perú se negó a entregar a los asesinos, que buscaban asilo en esa sede diplomática. El gobierno cubano se cansó y levantó las medidas de seguridad alrededor de la embajada. Esto atrajo a varios miles de cubanos, que fueron trasladados a Costa Rica mediante un puente aéreo. Dos días después el gobierno cubano dio permiso a todos los que quisieran para salir del país a través del puerto de Mariel, al oeste de La Habana. Entre abril y octubre, unos ciento veinte mil habitantes de la isla cruzaron hacia Estados Unidos. Ese flujo fue una de las razones por las que el presidente Carter perdió las elecciones presidenciales frente a Ronald Reagan en noviembre de ese año.

Reagan era neoconservador y siguió una línea dura. Basó su política hacia Cuba en los llamados documentos de Santa Fe de la CIA, en los que se afirmaba que la ayuda de Cuba a El Salvador, Guatemala y Nicaragua desestabilizaba toda Centroamérica. Para resolver esa situación había que abordar la fuente, es decir, Cuba. Se intensificó la agresión a la isla, junto con diversas provocaciones. En 1981 Reagan fundó la Cuban American National Foundation (CANF). Esa organización de extrema derecha, muy poderosa en Miami, recibió de inmediato muchos recursos financieros. Se

dedicó a realizar atentados terroristas contra Cuba y presionó al gobierno estadounidense para adoptar una política más dura contra la isla.

Durante una visita a Moscú en 1981 Raúl oyó a Brézhnev afirmar que la Unión Soviética no ayudaría a Cuba en caso de una agresión militar de Reagan. Desde entonces Cuba empezó a aumentar su preparación militar y se preparó para una «guerra de todo el pueblo», es decir, que en caso de conflicto la población se movilizaría masivamente. A principios de los años ochenta un millón de cubanos fueron entrenados y organizados de esta manera. A mediados de los años noventa eran dos millones.

Internacionalmente Fidel continuó perfilándose como portavoz de los países en desarrollo. En 1982, como presidente de los Países No Alineados, abogó por la condonación de las deudas. Cuba siguió apoyando movimientos revolucionarios en países como El Salvador y Colombia, pero no enviaba a sus tropas a luchar directamente. Una participación cubana en el continente latinoamericano sería una justificación perfecta para un ataque de Estados Unidos contra Cuba.

La situación se agravó nuevamente en 1983 debido a los acontecimientos en Granada. Una lucha interna por el poder en la isla llevó a una invasión estadounidense, lo que en La Habana se interpretó como una advertencia. Fidel reaccionó aumentando aún más la preparación militar y preparando a la población para un conflicto prolongado.

En los años setenta comenzaron a descongelarse gradualmente las relaciones entre los protestantes y la revolución. Fidel mantuvo encuentros en Chile y Jamaica con grupos cristianos. En la dirección de los sandinistas había varios sacerdotes con quienes Fidel mantenía contactos cercanos. Estaba abierto a la Teología de la Liberación, una corriente dentro de la Iglesia católica que enfatiza la justicia social. En 1984 fue a Cuba Jesse Jackson, el pastor afroestadounidense y candidato presidencial. Se realizó un servicio ecuménico al que fue invitado Fidel. El hecho de que en 1984, en un momento en que el «ateísmo científico» estaba generalizado en los países socialistas, él participara en un servicio religioso constituyó una ruptura real. El servicio se transmitió por radio y televisión y apareció en todos los periódicos y revistas posibles.

A partir de ese momento el diálogo entre las Iglesias y el gobierno ya no pasaba por el departamento ideológico del partido, sino directamente con Fidel. Ahora estaba designado dentro del Buró Político del partido

como responsable de los asuntos religiosos. Al año siguiente el dominico brasileño Frei Betto realizó una entrevista de varios días a Fidel, que se publicó en forma de libro bajo el título *Fidel y la religión*. A partir de entonces mejoraron las relaciones con los creyentes. Con la reforma constitucional de 1991 se eliminó el carácter ateo del Estado. Una nueva ley permitió a los cristianos ocupar cargos políticos. Según el pastor Suarez, Fidel desempeñó un papel importante en ello.



*Jesse Jackson de visita en Cuba*

La religión para Fidel no es opio, pero puede convertirse en tal: «Puede ser un opio o un milagroso remedio en la medida en que se utilice o se aplique para defender a los opresores y explotadores, o a los oprimidos y explotados». En los primeros meses de la revolución ya se había expresado abiertamente sobre la religión: «Nuestra revolución no está en ningún sentido contra el sentimiento religioso. Aspira nuestra revolución a fortalecer las ansias y las ideas nobles de los hombres». El cristianismo para él era una religión de y para los pobres, y «Cristo fue un gran revolucionario, un hombre cuya doctrina toda se consagró a los humildes, a los pobres, a combatir los abusos, la injusticia y la humillación del ser humano». Según Fidel, un proceso revolucionario en América Latina no podía triunfar si excluía el pensamiento cristiano.

Eusebio Leal, historiador y restaurador de La Habana Vieja, señaló que Fidel en sus discursos se inspiraba no solo en José Martí y el

pensamiento revolucionario, sino también en la Biblia: «Él tuvo una formación cristiana a partir de la enseñanza jesuítica. Ha quedado en él ese sentido de militante sacrificado del cristianismo primitivo, ha quedado mucho la poesía y la fuerza testimonial de los grandes pensadores cristianos, de San Agustín, de Tomás y sobre todo de San Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas. Y todo ese pensamiento usted lo puede encontrar en sus discursos. Por ejemplo, cuando habla de que tiene la paciencia de Job para poder enfrentar las difíciles relaciones cubano-americanas u otras. O cuando habla de la necesidad de repartir a los pobres y dar a los pobres de la tierra. Pocas personas han sido en este sentido tan profundamente cristianos. Porque él ha creído, contra el egoísmo de muchos y contra el escepticismo de todos, que lo más importante es la solidaridad. Y él cree en la solidaridad y en el internacionalismo firmemente porque Fidel es un idealista. Y esto no lo digo en el sentido peyorativo, sino lo digo en el sentido más hermoso: es un batallador por ideas». El fallecido obispo mexicano Sergio Arceo Méndez le dijo una vez a Fidel: «Comandante, usted es un profeta», a lo que Fidel respondió: «No, no lo creo, pero me gusta».

## **El mayor disidente**

El 20 de mayo de 1985 comenzó a emitir en Estados Unidos *Radio y TV Martí*, un canal contrarrevolucionario dirigido a Cuba que aumentó aún más las tensiones entre ambos países. El canal fue creado por el gobierno estadounidense como «un servicio único que proporciona a todos los cubanos noticias e información imparcial y objetiva» y encaja dentro de la estrategia de derrocar la revolución. Utilizan sin pudor el nombre del héroe nacional cubano y luchador por la libertad, Martí.

Fidel anunció en agosto de ese año que iba a dejar de fumar puros, como cierre de una gran campaña en contra del tabaco que el gobierno lanzó para mejorar la salud pública. El anuncio fue noticia de portada en

todo el mundo. El país era conocido internacionalmente por sus puros, que eran un importante producto de exportación y un símbolo cultural. Durante años se había visto al propio Fidel con un puro; se había convertido en parte de su imagen. Al dar ejemplo él mismo, intentaba convencer a la población de que fumar no tenía por qué ser un componente natural de la identidad cubana.



*Gorbachov de visita en Cuba (1989)*

Desde la Unión Soviética llegó un nuevo desafío importante. Mijaíl Gorbachov se convirtió en el nuevo líder soviético. En marzo de 1986 le dejó claro a Fidel que a partir de entonces la Unión Soviética ya no cumpliría los acuerdos establecidos. Anunció una reducción de las relaciones comerciales favorables con Cuba. Esto ocurrió en un momento difícil para la economía cubana: el precio del azúcar era muy bajo, las cosechas se vieron afectadas por sequías y tormentas, y los países

occidentales protegían sus mercados frente a la importación de azúcar. Esto provocó una enorme carga de deuda y, finalmente, un cese de crédito por parte de los acreedores occidentales. Además, la planificación económica no estaba dando los resultados esperados, las inversiones eran poco eficientes y se desperdiciaban energía, materias primas y materiales. Por lo tanto, era urgente tomar medidas.

Según el intelectual y poeta católico cubano Cintio Vitier, una de las características más importantes de la revolución era su capacidad de ser autocrítica y corregir errores. En ese sentido, Fidel se comportó, según el periodista cubano Tubal Páez, como un verdadero disidente: «Yo creo que disentir, que es lo que hace un disidente, se le puede aplicar muy bien a Fidel y el estilo que ha inculcado en el espíritu del trabajo es de un disidente. Yo creo que ahí está uno de sus puntales, de someter permanentemente a crítica, no pocas veces pública. Es más, los problemas mientras más graves han sido, más públicos se han hecho. Y quien ha expuesto siempre los errores regulares, importantes, quien ha hecho críticas a tendencias, incluso a compañeros, ha sido Fidel. Ha habido errores, ha habido extremismo, ha habido infantilismo, ha habido idealismo, ha habido dogmatismo, ha habido sectarismo que se pagan y no deja uno de comprender también que son producto de intentar conquistar el cielo como los revolucionarios cubanos. Si no fuera por su permanente análisis crítico de la realidad de no confiar permanentemente en todo, sino comprobar, no creer todo con los ojos cerrados, sino tener los pies bien puestos en la tierra, no habiéramos llegado a casi medio siglo de revolución en el poder».

Fidel anunció en abril de 1986 una «Rectificación de errores, defectos y tendencias negativas» para abordar la crisis económica. El objetivo era acabar con todo tipo de tendencias capitalistas y tecnocráticas, prácticas complacientes y una burocratización excesiva. Los métodos de trabajo de la Unión Soviética se habían asimilado en el pasado de manera acrítica. La Rectificación fue una búsqueda de un modelo cubano propio, sin los defectos del modelo soviético, pero también sin caer en los errores de los años sesenta. El gobierno reafirmó los objetivos socialistas y buscó formas de producción más eficientes. Inspirándose en las ideas del Che Guevara, se volvió a fomentar la «fuerza moral» del pueblo mediante el trabajo voluntario y estímulos morales en el trabajo. Los resultados fueron modestos, pero no insignificantes a la luz de lo que ocurría en el

bloque oriental a finales de los años ochenta. La perestroika de Gorbachov llevó finalmente a la restauración del capitalismo y a la disolución de la Unión Soviética. Si en Cuba se hubiera dejado que la situación siguiera su curso o se hubiera seguido la línea de Gorbachov, la revolución cubana habría corrido un destino similar. La Habana lo comprendió a tiempo. La Rectificación se puede considerar en cierto sentido la respuesta cubana a la perestroika. Dada la gran popularidad de la que Gorbachov disfrutaba a mediados de los años ochenta en todo el mundo y la fuerte dependencia de la economía cubana de la Unión Soviética, la postura antiperestroika de La Habana fue sin duda más que audaz.

El cambio de rumbo en Moscú también tuvo consecuencias para el resto del mundo. En África el régimen blanco del *apartheid* aprovechó el debilitamiento de la Unión Soviética para preparar una ofensiva en el sur de Angola. Junto con el ejército rebelde apoyado por la CIA, la UNITA, lanzó el ataque en noviembre de 1987. Cuba envió de inmediato más de cincuenta mil soldados. Fidel se ocupó nuevamente casi a tiempo completo de las operaciones militares. Tras varias semanas de intensos combates el ejército sudafricano fue derrotado en Cuito Cuanavale. Se retiró de Angola y posteriormente de Namibia. Esa derrota no solo fue un golpe militar, sino también moral. Según Nelson Mandela, fue decisiva para la abolición del *apartheid* y para su propia liberación. También contribuyó indirectamente a la liberación de Zimbabue. En Angola combatieron en total 300.000 voluntarios cubanos en las distintas misiones y otros 50.000 cubanos prestaron apoyo técnico y profesional. Los barcos cubanos no regresaron con materias primas valiosas. Lo único que Cuba trajo de vuelta fueron los más de 2.000 muertos y la sensación de haber saldado su deuda con África.

Mandela dijo lo siguiente sobre ese período: «¿Qué país puede presentar un palmarés más impresionante de altruismo que Cuba en sus relaciones con África? La aplastante derrota que sufrió el ejército racista en Cuito Cuanavale fue una victoria para toda África. Sin esa derrota la prohibición de nuestras organizaciones no habría sido levantada. La derrota decisiva de Cuito Cuanavale cambió las relaciones de poder en la región y redujo sustancialmente la capacidad del régimen de Pretoria para desestabilizar a los países vecinos».

Sin embargo, la década terminó en negativo con el caso Ochoa en 1989. A finales de 1988 Manuel Noriega, presidente de Panamá, fue acusado en Florida de tráfico de drogas. Durante el proceso salió a la luz una conexión cubana. El gobierno cubano inició su propia investigación y constató que, efectivamente, altos oficiales del ejército y funcionarios del Ministerio del Interior estaban involucrados en el tráfico de drogas. Cuba tomó el asunto muy en serio: si se demostrara que el gobierno estaba directamente implicado en el narcotráfico, Washington tendría un pretexto perfecto para un bloqueo militar o incluso una intervención. Tras un juicio de dos semanas, en julio de 1989 cuatro principales acusados fueron condenados a la pena de muerte y varios otros a largas penas de prisión. El caso era muy delicado, ya que uno de los condenados a muerte era el general Arnaldo Ochoa, un héroe de la guerra en Angola y muy querido por la población. Cinco meses más tarde la implicación de Noriega en el narcotráfico fue para Estados Unidos una razón para la intervención militar en Panamá y la captura de Noriega. En cualquier caso, este escenario se evitó en Cuba.

## **14. El período especial**

### **Parlamentos obreros**

La Unión Soviética y los otros países del Bloque del Este se enfrentaban ciertamente a problemas graves, pero en los años ochenta nadie contaba con el fin de los países socialistas, al menos a corto plazo. Fidel sí lo veía venir. El 26 de julio de 1989 pronunció un discurso notable en el que dijo: «Si mañana o cualquier día nos despertáramos con la noticia de que se ha creado una gran contienda civil en la URSS o, incluso, que nos despertáramos con la noticia de que la URSS se desintegró, cosa que esperamos que no ocurra jamás, ¡aun en esas circunstancias Cuba y la revolución cubana seguirían luchando y seguirían resistiendo!».

El período 1989-1991 fue desastroso para Cuba. Hagamos un breve repaso. En noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín y uno a uno los países hermanos socialistas de Europa hicieron la transición al capitalismo. A finales de diciembre Estados Unidos mostró los dientes con la intervención en Panamá, su mayor operación militar desde la guerra de Vietnam, en la que más de mil panameños fueron asesinados. ¿Un ensayo para Cuba? En febrero de 1990 los sandinistas perdieron las elecciones en Nicaragua.

Un año después la Unión Soviética se desintegró y las tropas soviéticas abandonaron la isla. Estados Unidos presionó a los antiguos países del Bloque del Este para que cesaran sus vínculos económicos con Cuba. La rápida pérdida de los principales socios comerciales provocó la

desorganización de todo el sistema productivo. Para colmo, se desplomó aún más el precio del azúcar en el mercado mundial. El comercio exterior se redujo en un 75% y el producto nacional bruto –lo que un país produce anualmente en bienes y servicios– disminuyó un 35%. El poder adquisitivo de la población se redujo casi a la mitad. Más de un millón de trabajadores quedó desempleado, cientos de fábricas permanecieron inactivas y el transporte estaba prácticamente paralizado.

La revolución cubana atravesó el período más difícil de su historia. Fidel anunció en 1992 el «Período especial en tiempos de paz». Estados Unidos esperaba poder asestar el golpe de gracia y reforzó el embargo económico, primero con la Ley Torricelli en 1992 y luego con la Ley Helms-Burton en 1996. Ambas leyes siguen vigentes hoy en día. Son extraterritoriales y están destinadas a cortar las inversiones y los créditos extranjeros, así como a impedir el comercio entre Cuba y otros países. Así, el embargo se convirtió en un verdadero bloqueo económico. Como resultado de estas leyes, en la década de 1990 Cuba solo podía obtener créditos con tasas de usura de entre el 14% y el 29%.

La Ley Helms-Burton también incluye un apartado con medidas concretas para el desmantelamiento de la revolución, la instalación del capitalismo y el nombramiento de un gobierno de transición. William Safire explicó claramente en qué consistía la estrategia de hambre en el *New York Times*: «Debemos asegurarnos de que el pueblo cubano esté suficientemente hambriento para que se enoje lo suficiente y se deshaga de Castro». Suena como un eco de la recomendación que el funcionario de asuntos exteriores Lester Mallory hizo al gobierno estadounidense en 1960 y del bloqueo energético impuesto por la administración Trump que comenzó a finales de enero de 2026.

Además de este bloqueo, era la segunda vez en treinta años que la economía cubana perdía en cuestión de meses a su principal socio comercial: Estados Unidos a principios de los años 1960 y la Unión Soviética y el Bloque del Este a principios de los años 1990. Parecía improbable sobrevivir a semejante catástrofe económica. Por eso, a principios de los años noventa la mayoría de los observadores esperaba el fin próximo de la revolución. El libro del reconocido autor argentino-estadounidense Andrés Oppenheimer, *La hora final de Castro*, recibió mucha atención y fue ampliamente leído en círculos periodísticos y de

política. En Miami la antigua élite cubana ya había preparado sus maletas.

En cualquier caso, la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética supusieron para Fidel la fase más precaria de la revolución. Cuba quedó de repente sola. El fin del bloque comunista significaba no solo un golpe económico, sino también un gran desafío ideológico. Lo que durante años había servido de referencia desapareció de repente. La dirección revolucionaria no solo debía reorientar la economía, sino también preservar la fe en el proyecto socialista mientras se vaciaban los estantes de las tiendas.

En el ámbito interno se buscaron ajustes sin renunciar a las conquistas sociales de la revolución. El gobierno trabajó en un programa de emergencia: atraer inversiones extranjeras, desarrollar el turismo, implementar medidas monetarias, eliminar la gratuidad de muchos servicios, etc. Pero Fidel no quería decidir sin consultar al pueblo. Convocó a la dirección del sindicato. Juntos revisaron durante dos días y noches todas las medidas posibles. Para concluir afirmó: «De todas formas no creo que sea el momento para adoptar estas medidas. Yo les propongo a ustedes que las discutan con los trabajadores».

Los líderes sindicales se dirigieron a las fábricas y realizaron ochenta mil reuniones en todo el país, llamadas «parlamentos obreros». Los empleados tenían la oportunidad de expresar en esas reuniones su opinión sobre cada una de las medidas propuestas y podían presentar ellos mismos nuevas propuestas. El proceso duró tres meses. En total se recopilaron más de un millón de opiniones. Había algunos temas sobre que los trabajadores no querían opinar, por ejemplo, sobre el impuesto sobre los salarios; argumentaban que ya habían retrocedido demasiado. Por la misma razón, también rechazaron una contribución a la seguridad social, de modo que no fue aprobado en el parlamento. El gobierno cubano continuó asumiendo por completo la seguridad social. Después de los trabajadores también se consultó a los estudiantes, los campesinos y los jubilados.

Al comienzo del período especial tuvo lugar el cuarto congreso del partido. Las discusiones llevaron a reformas constitucionales en 1992. A partir de entonces se describió al Partido Comunista como representante de todo el pueblo, no solo de una clase. Se establecieron elecciones directas para los delegados provinciales y para el parlamento nacional. En

conjunto fue un pequeño milagro que la revolución resistiera. Aunque los habitantes de la isla tenían grandes dificultades para llegar a fin de mes, una gran mayoría continuó apoyando al gobierno. No se produjo una crisis social.



*Fidel de visita en casa de Hilario Juan Gómez*

Tradicionalmente la producción de alimentos había sido el punto débil de la revolución. La productividad siempre había sido baja. Esto era especialmente cierto en las granjas estatales y cooperativas. Entre los agricultores privados, la situación era mejor. Después de 1989 la situación se volvió desastrosa. No había fertilizantes ni pesticidas y, sobre todo, casi ningún tractor ni maquinaria agrícola. Fidel tuvo la idea de dejarse asesorar por trece expertos para revertir la situación: campesinos con la mejor producción de diversos cultivos en la provincia de La Habana. Según él era fundamental para abastecer de alimentos a la capital. Uno de esos campesinos privados fue Hilario Juan Gómez, que testifica: «Llegó a nosotros porque teníamos una producción de papas muy alta. Al inicio del período especial se volcó completamente en la

agricultura, dada la urgencia de ese momento. Su objetivo era estimular un aumento general del rendimiento. Había oído hablar de nuestra productividad y preguntó si podía ver los campos. Me subí detrás de él en el coche y recorrimos nuestras tierras. Se detenía en todos lados y hacía las preguntas más variadas. Fidel no hacía otra cosa que preguntar. Realmente quería formarse una imagen de cómo estaban las cosas. En temporadas de cosecha podía aparecer hasta tres veces por semana. En ese período vino aquí veintitrés veces. Lo registré todo cuidadosamente en una agenda. A veces me encargaba probar nuevas máquinas y ver si valía la pena comprarlas. Y así continuaba. En una ocasión incluso me pidió asesorar en una empresa estatal. Inmediatamente asumí la responsabilidad final; el director tenía que escucharme».

## **Espaguetis con albahaca**

Durante ese período también visitaba regularmente a los estudiantes. Randy Alonso, un conocido periodista de televisión, estaba presente: «Fidel venía regularmente a la residencia estudiantil donde vivíamos con la dirección de la FEU (Federación Estudiantil Universitaria) y de la FEEM (Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media). Siempre aparecía sin avisar y hablaba con nosotros sobre problemas sociales, económicos o políticos. Eso tuvo una gran influencia en nosotros. Trabajábamos una cantidad increíble de horas, todas después de la jornada diaria. A veces nos reuníamos hasta las seis o siete de la mañana, y tres o cuatro horas después ya llamaba para saber si estábamos ejecutando las decisiones. Increíble. Éramos jóvenes, pero él... Nos obligaba a crecer, a superarnos. Mostraba una enorme confianza en la generación joven, incluso por encima de las instituciones normales; consideraba que, para la dinámica de esa lucha durante el período especial, era necesaria una ruptura con los esquemas y estructuras».

«Fue divertido porque era muy informal; no era una visita oficial del líder de la revolución ni del jefe de Estado. La primera vez nos invitó al Palacio de la Revolución. Hablamos principalmente sobre el fracaso de la Unión Soviética, la perestroika y cosas así. Al final, tarde en la noche, nos invitó a comer espaguetis con albahaca. Nosotros cortábamos los espaguetis para comerlos con cuchillo y tenedor, y él: “¡Qué hacen, así no se comen los espaguetis!”. Y entonces nos mostró cómo comerlos con cuchara y tenedor... Unas dos semanas después, volvió a visitarnos con espaguetis, albahaca y ajo. Se puso un delantal y empezó a cocinar. ¿Te lo puedes imaginar? Y nosotros mostrando que ya sabíamos cómo comer espaguetis. Hablaba de todo y de nada. Discutíamos a menudo sobre los desafíos para la revolución. Una vez dijo: “En realidad somos una revolución especial, una revolución de trabajadores, campesinos y estudiantes. La visión clásica solo habla de trabajadores y campesinos. Los estudiantes jugaron un papel decisivo en nuestra revolución. Primero con la FEU y el Directorio Revolucionario en la guerrilla; después, la FEU y las organizaciones estudiantiles”».

Fidel rara vez estaba solo. Le encantaban las conversaciones largas. Disfrutaba discutir y siempre estaba interesado en la opinión de los demás. Eusebio Leal, un buen amigo suyo, cuenta al respecto sobre la hendidura en el reposabrazos de su silla: «Una vez decidieron restaurar los muebles de su despacho. Todo podía ser restaurado, excepto su silla, porque él dijo que se había gastado trabajando, escuchando con paciencia, oyendo y dialogando con personas de todas partes del mundo. El apoyabrazos de la silla de madera tiene un hueco. El hueco se abrió con este gesto: golpeando con la uña ese lugar. No quizás como un gesto de impaciencia, sino de paciencia, escuchando, escuchando, escuchando. Lo pregunta todo. Y si uno no está preparado para responder, es mejor que no esté».

Según Eusebio, Fidel era un hombre muy pulcro, muy cuidado, con manos muy delicadas. No le gustaban los apretones de manos fuertes. Era un hombre delicado, cuando hablaba con una mujer, parecía un caballero de otra época. Tenía un fino sentido del humor. Le gustaba contar chistes, pero a menudo no lo hacía; consideraba que repetir ese tipo de historias generalmente era una pérdida de tiempo. Podía reírse de algo que le agradaba, pero normalmente su mente estaba en asuntos serios. No le interesaban las posesiones personales. Sí disfrutaba de la buena comida y

apreciaba un buen vino. Pero durante el período especial impuso estrictas normas en el Palacio Presidencial. Eusebio relata que solo se comía sopa de verduras, hecha por sus cocineros, y una especie de croquetas, apenas dos por persona.

En el ámbito deportivo, Fidel era un «mal perdedor»; lo había sido desde pequeño. Esto lo vivió de cerca el responsable sindical Leonel González. Leonel era un maestro encargado de la formación de docentes de secundaria. Un día Fidel estaba con una delegación en la puerta de su escuela: «Nos sorprendió muchísimo. Saludó a la dirección y a los colegas y dijo: “He venido a jugar béisbol con ustedes”. Esa era su manera de relacionarse. Fuimos al campo. Fidel era el *pitcher* de un equipo y yo del otro. El jefe provincial de Las Villas me susurró al oído que no debía lanzar demasiado fuerte para no lastimarlo. Pero Fidel gritó: “¡O lanzas igual de fuerte a mí que a los demás o no participas más!”. Perdió, y de inmediato dijo: “Vamos a jugar baloncesto”». Gabriel García Márquez señaló una vez: «Una cosa se sabe con seguridad: esté donde esté, como esté y con quien esté, Fidel Castro está allí para ganar. No creo que pueda existir en este mundo alguien que sea tan mal perdedor».

### ***Apartheid* del consumo**

Fidel participó en 1992 en la cumbre de la ONU sobre desarrollo y medioambiente en Río de Janeiro. Más de veinte años antes de que el tema estuviera en la agenda mundial, advirtió sobre el calentamiento del planeta y la supervivencia de la humanidad: «Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre. Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo. Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medioambiente. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado

y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer. El egoísmo, la dominación, la indiferencia, la irresponsabilidad y el engaño, todo eso debe terminar. Mañana será demasiado tarde para hacer lo que ya debimos haber hecho hace mucho tiempo». Fidel era prácticamente el único líder gubernamental que advertía sobre esto en ese momento. Pero también dijo que podemos evitar el escenario catastrófico con la gran masa de inteligencia de la que disponemos genéticamente y que todavía no sabemos usar. Según él, todos los hombres y mujeres sensatos del mundo deberían ocuparse de ello.

A partir de 1994 Fidel cambió con frecuencia su uniforme verde oliva por una guayabera, una camisa blanca sencilla con bordados, muy usada en el Caribe.

En mayo de ese año asistió a la toma de posesión de Mandela como presidente de Sudáfrica. El parlamento lo recibió con cantos, bailes y una ovación de pie. Ese verano fue muy caliente en Cuba. La crisis económica alcanzó su punto más profundo y las condiciones de vida del cubano medio se deterioraron notablemente. había tensión en el aire. El 13 de julio algunos aspirantes a refugiados secuestraron un remolcador apto únicamente para operar en la bahía. Los trabajadores portuarios trataron de impedirlo, lo que provocó un enfrentamiento. El barco volcó y solo 31 de los 63 ocupantes fueron rescatados. El 4 de agosto hubo un nuevo secuestro: un ferry local fue desviado hacia Estados Unidos. Los secuestradores mataron a un policía, pero fueron recibidos como héroes en Miami.

Las emisoras de radio estadounidenses difundieron al día siguiente información falsa sobre el caso, lo que provocó disturbios en las calles de La Habana. Ese día era el aniversario del suicidio de Eduardo Chibás. Fidel fue al antiguo local de los Ortodoxos a meditar un momento. Después se dirigió al lugar de los disturbios y se colocó al frente de una contramarcha de varias decenas de miles de personas. Quiso hablar personalmente con los alborotadores, después de dar instrucciones a la policía de no usar armas en ninguna circunstancia. Cuando la gente se dio cuenta de que Fidel había llegado, el ánimo cambió de la protesta a intentar acercarse al líder revolucionario para hablar con él o estrecharle la mano.

Esto caracteriza la forma en que Fidel manejaba las protestas y a los disidentes. Una actitud firme pero nunca violenta. La unidad política tras la victoria no se logró prohibiendo partidos o eliminando personas, sino mediante la persuasión y la búsqueda paciente de consenso. Los disturbios en Cuba son extremadamente raros. Desde 1959 no ha habido un solo caso de desaparición, tortura o asesinato político, un hecho único en el continente. Entre 1996 y 2006 fueron asesinados en América Latina 192 periodistas, ninguno en Cuba. En Europa, la «cuna de la democracia», murieron 25 periodistas en ese período. Fidel lo resumió muy bien a finales de los años ochenta en una entrevista: «Nunca en treinta años se ha usado gas lacrimógeno contra el pueblo, nunca en treinta años se ha disparado un solo tiro contra el pueblo, ningún golpe con porra, bala de goma o perro policía. Sin embargo, vemos eso a diario en Estados Unidos, Inglaterra, España, Francia, Italia, Alemania Occidental».

El 8 de agosto hubo otro secuestro de un barco, con otro fallecido. Tras eso el gobierno decidió dar vía libre a quienes quisieran marcharse. Treinta mil cubanos abandonaron la isla en balsas. El gobierno solo intervino si se intentaba llevar a niños pequeños en ellas. Cuando el presidente estadounidense Clinton cerró sus fronteras, el flujo de balseros, como se llamaba a los emigrantes en balsa, se detuvo inmediatamente. Estados Unidos no tenía intención de acoger a todas esas personas. La mayoría de los balseros fueron trasladados a Guantánamo, la base militar estadounidense en Cuba. Finalmente se establecieron acuerdos con Washington para otorgar anualmente un número fijo de visas, pero la relación permaneció fría.

A partir de finales de 1994 la economía cubana se fue recuperando gradualmente. Las reformas económicas comenzaron a dar sus frutos. Pero la revolución cubana salió de este período lejos de estar intacta. Una serie de medidas dolorosas y el deterioro social provocado por la crisis económica afectaron el tejido social. Las condiciones de vida habían empeorado notablemente para muchos cubanos en comparación con los años ochenta: una cesta demasiado reducida de productos básicos subsidiados, escasez de productos de higiene y calzado, transporte público muy limitado y escasez de energía.

El rápido desarrollo del turismo llevó, especialmente en los primeros años, a una especie de «*apartheid* del consumo». En el momento en que

el cubano medio veía caer espectacularmente su nivel de consumo, ante a sus ojos se construía una infraestructura de lujo de la que él no podía disfrutar. También surgió una brecha entre los cubanos que disponían de dólares –por ejemplo, a través de familiares en el extranjero o trabajos en el sector turístico– y los que no los tenían. Esa brecha trastocó la pirámide social. Un médico o un profesor podía ganar mucho más en el turismo, y aún considerablemente más si se trasladaba a Estados Unidos. Hoy, con el reforzado bloqueo bajo Trump, esa brecha solo ha aumentado.

Fidel era plenamente consciente de los efectos negativos de las reformas económicas: «Estas reformas eran inevitables y estamos obligados a introducir otras medidas que estimulan el individualismo, que estimulan el egoísmo, que le dan una importancia mayor al valor del dinero, que tienen efectos de alienación. Eso no era lo que queríamos, nosotros queríamos continuar por el camino que habíamos iniciado en el proceso de rectificación».

Fue un pequeño milagro que escuelas y hospitales continuaran funcionando en esas circunstancias. La motivación laboral era baja y la corrupción alta en los sectores no dolarizados, que eran la mayoría. Muchos cubanos recurrieron a actividades ilegales para obtener dólares. Al mismo tiempo surgió una nueva capa de «ricos» con poco apego a la orientación socialista. Muchos cubanos quedaron confundidos política e ideológicamente debido a reformas como la atracción de capital extranjero, el crecimiento del turismo y la autorización de la tenencia de dólares. Además, la caída del socialismo en Europa del Este y Central generó dudas sobre el futuro del socialismo en el propio país.

En diciembre de 1994 Fidel recibió con gran honor a un joven exoficial del ejército venezolano. Había sido invitado a dar una conferencia en la Universidad de La Habana sobre el libertador latinoamericano Simón Bolívar. Se trataba del aún desconocido Hugo Chávez. Dos años antes había liderado un fallido levantamiento militar contra el corrupto régimen neoliberal del presidente Carlos Andrés Pérez y acababa de ser liberado de la prisión venezolana. Fue el inicio de una intensa amistad.

En octubre de 1995 Fidel visitó nuevamente Harlem, en Nueva York, un barrio con gran población afroestadounidense. Al igual que en 1960, fue recibido con enorme entusiasmo. Estaba presente Lucius Walker, un pastor negro progresista de Estados Unidos. Recuerda cómo estalló un

aplauso espontáneo cuando Fidel entró a la sala, que duró entre quince y veinte minutos. Finalmente el aplauso tuvo que ser interrumpido para que pudiera continuar con el programa. Para Walker, la explicación no es difícil: «Existe una relación de amor entre Harlem y Fidel, que surgió desde el triunfo de la revolución, desde los primeros momentos en que se propuso poner fin al racismo; del compromiso de la revolución cubana con la liberación de África, con el respaldo a Nelson Mandela, aun cuando él estaba en Robben Island. Esa relación de amor nace del hecho de que Cuba ha enviado más médicos, profesores, ingenieros alrededor del mundo que ningún otro país, ha ayudado al desarrollo de África. Hay un dicho que ronda en Harlem: “Siempre que África llamó, Cuba respondió”».

Esta recepción entusiasta no impidió que continuara la confrontación con Estados Unidos. A finales de 1995 avionetas de la organización contrarrevolucionaria *Brothers to the Rescue* penetraban regularmente el espacio aéreo cubano para lanzar panfletos sobre La Habana. Tras una veintena de provocaciones el ejército cubano advirtió que no toleraría más sobrevuelos. El 24 de febrero de 1996 dos avionetas fueron derribadas después de nuevas advertencias. Washington aprovechó el incidente para aprobar la ya mencionada Ley Helms-Burton. Ese mismo incidente se volvió a sacar a la luz en mayo de 2026 para acusar a Raúl Castro de asesinato.

A finales de ese año la Unión Europea, por iniciativa del derechista presidente español Aznar, aprobó una «Posición Común» que imponía a Cuba exigencias como la «transición hacia una democracia pluralista», la «apertura de la economía», intensificar el diálogo con grupos opositores y fortalecer a ONGs e iglesias independientes mediante ayuda al desarrollo.

En 1997 tuvo éxito la búsqueda de los restos mortales del Che en Bolivia finalmente. Fueron trasladados a Cuba junto con los cuerpos de sus compañeros de lucha. El 17 de octubre de 1997, treinta años después de su muerte, el Che Guevara recibió en Cuba un funeral de Estado. Un visiblemente emocionado Fidel pronunció las palabras de despedida: «Los que eliminaron e hicieron desaparecer al Che nunca comprenderán que su huella en la historia ya era imborrable en ese momento. Su mirada profética se convirtió en un símbolo para los miles de millones de pobres en este mundo... Juntos seguiremos luchando por un mundo mejor. ¡Hasta la victoria siempre!».

En enero de 1997 el presidente Clinton aprobó un plan en el que prometía entre cuatro y ocho mil millones de dólares para una transición hacia el capitalismo en Cuba. La «mafia» anticubana en Miami –como se llama a los contrarrevolucionarios en Cuba– veía con preocupación cómo se recuperaba la economía cubana gracias al turismo y quería impedirlo a toda costa. Entre abril y septiembre de ese año se produjeron una serie de atentados con bombas en hoteles de La Habana y Varadero, los principales destinos turísticos, en los que murió un turista italiano.

Varios agentes cubanos se infiltraron en las redes terroristas de Miami para prevenir tales atentados. El objetivo era recopilar la mayor cantidad posible de información para evitar ataques. En septiembre de 1998 cinco de ellos fueron descubiertos y arrestados. Tras un proceso político fueron condenados a penas extraordinariamente severas. Uno de ellos, Gerardo Hernández Nordelo, recibió dos cadenas perpetuas más 15 años. En Cuba se produjeron manifestaciones masivas de apoyo y en todo el mundo creció una campaña por su liberación, respaldada por diez premios Nobel y por figuras reconocidas como el escritor Gabriel García Márquez, el actor Danny Glover, el cineasta Oliver Stone y la autora Alice Walker. Los últimos tres de los «Cinco» (*Cuban Five*) no fueron liberados hasta diciembre de 2014.

## **Superpotencia médica**

Fidel había querido invitar desde hacía tiempo al papa polaco Juan Pablo II, Karol Wojtyła, a la isla. No era fácil; los obispos cubanos estaban en contra. Pero Fidel no desistió y finalmente se logró tras muchas negociaciones cuidadosas y pacientes con el Vaticano. En enero de 1998 el mundo entero pudo presenciar cómo el papa Juan Pablo II celebraba una misa en la Plaza de la Revolución. Muchos esperaban y otros temían que la gran influencia del papa anticomunista tuviera un efecto desestabilizador sobre la revolución, como había ocurrido en Polonia en

los años ochenta. Pero ocurrió lo contrario: el viaje resultó en una victoria moral y sacó a Cuba de su aislamiento diplomático.



*El papa Juan Pablo II de visita en Cuba*

Cuando en el otoño de 1998 los huracanes Georges y Mitch devastaron Centroamérica, el mundo acudió a ayudar. Cuba también estuvo presente. A pesar de todas las dificultades económicas, envió personal médico y técnico para la primera ayuda de emergencia. De todas formas, no era suficiente para Fidel: «Cuando pase algún tiempo ya no se acordarán las personas de lo que ha ocurrido. Se irán las cámaras, se irá todo el mundo y quedarán las personas ahí con su sufrimiento y sus problemas». Consideró que los médicos cubanos debían permanecer y llegó a otra conclusión: «Todos los años pasa por Centroamérica un huracán aún peor que Mitch y George, un huracán de enfermedad y muerte que arrasa en silencio y lejos de las cámaras. Tenemos que hacer algo al respecto». Por ello se inició el «Programa Integral de Salud», un programa para desplegar personal médico a gran escala en el tercer mundo. El país ya

había brindado ayuda médica anteriormente, pero a partir de 1998 fue de manera más masiva, enfocándose en la prevención y en la cooperación con las comunidades involucradas. Así, más de cien mil médicos cubanos han brindado ayuda a lo largo de los años en más de cien países.

Tras el desastre nuclear de Chernóbil en 1986 Cuba acogió y atendió médicamente a miles de niños ucranianos. Tras el terremoto en Pakistán en 2005 médicos cubanos atendieron a más de dos millones de afectados. A través de la Operación Milagro Cuba devolvió la vista a más de tres millones de personas ciegas o con baja visión en América Latina mediante sencillas cirugías oculares gratuitas contra afecciones como las cataratas. Uno de ellos fue Mario Terán, el suboficial boliviano que ejecutó a Che Guevara el 9 de octubre de 1967. La lista de acciones solidarias es larga e impresionante; ningún país puede compararse siquiera remotamente. Actualmente hay médicos cubanos activos en el sur de Italia para cubrir la escasez de personal médico allí. No es casualidad que Ignacio Ramonet, exdirector de *Le Monde Diplomatique*, califique a Cuba de superpotencia médica.

Fidel describió esta solidaridad internacional como un deber ético: «Sin el internacionalismo la revolución cubana ni siquiera existiría. Ser internacionalista es saldar nuestra propia deuda con la humanidad. [...] El argumento para los internacionalistas es: hay que ayudar a los demás aunque nadie nos ayudara. Es sencillamente un deber moral, un deber revolucionario, un deber de principio, un deber de conciencia, un deber ideológico incluso: hacer un aporte a la humanidad aunque la humanidad no hubiera hecho ningún aporte por nosotros. ¡Ese es el internacionalismo!».

En noviembre de 1998 Fidel presentó otra idea complementaria: Cuba formaría a médicos extranjeros. Para ello se fundó la Escuela Latinoamericana de Ciencias Médicas (ELAM) en las afueras de La Habana. Fidel insistió en que acudiera estudiantes de las familias más pobres, de las regiones más alejadas y de los pueblos indígenas, sin excluir a nadie. La ideología o la religión no debían importar. A día de hoy, más de 10.000 estudiantes –principalmente del tercer mundo, pero también de barrios desfavorecidos de Estados Unidos– reciben ahí una formación gratuita para convertirse en médicos.

Además de la visita del papa, en 1998 hubo otra buena noticia. Hugo Chávez fue elegido presidente de Venezuela en diciembre. Un mes más

tarde Fidel realizó una visita oficial a ese país y comenzaron a colaborar estrechamente. En 1999 se produjo otro éxito diplomático cuando, en noviembre, se celebró en La Habana la IX Cumbre Iberoamericana, con la presencia del rey español Juan Carlos I. La cumbre condenó explícitamente la Ley Helms-Burton y pidió a Estados Unidos que pusiera fin al bloqueo económico, tal como había hecho el papa un año antes.

## **15. Las ideas son más importantes que las armas**

### **Más de mil discursos**

El 25 de noviembre de 1999 Elián González, de cinco años, fue llevado por su madre en un viaje ilegal a Estados Unidos sin el conocimiento de su padre. La embarcación naufragó y la mayoría de los ocupantes murieron. Elián fue uno de los pocos sobrevivientes y fue alojado con familiares en Miami. Instigados por la mafia anticubana, estos se negaron a devolver al niño a su padre, lo que provocó una ola de indignación en Cuba. Cientos de miles de cubanos salieron espontáneamente a las calles y diversos artistas ofrecieron conciertos benéficos en todo el país para reforzar el llamado a devolver a Elián. Los intentos de Estados Unidos de sobornar al padre fracasaron. El caso alcanzó un punto crítico emocional cuando el padre de Elián, que había viajado a Estados Unidos para poder defender mejor su caso, dirigió en abril de 2000 un mensaje conmovedor al pueblo estadounidense. La opinión pública en Estados Unidos cambió y el 28 de junio de 2000 el niño finalmente pudo regresar a Cuba.

Fidel aprovechó los acontecimientos y la movilización espontánea de la población para lanzar la «Batalla de las Ideas». De José Martí había aprendido cuán poderosas podían ser las ideas. Según él, el conocimiento era la fuerza más importante de la que disponía la revolución. Un pueblo convencido era, a su juicio, invencible: «Las ideas justas tienen un poder

superior a todas las fuerzas reaccionarias juntas. [...] Son las ideas las que nos unen, son las ideas las que nos hacen pueblo combatiente, son las ideas las que nos hacen, ya no solo individualmente, sino colectivamente, revolucionarios, y es entonces cuando se une la fuerza de todos, cuando un pueblo no puede ser jamás vencido y cuando el número de ideas es mucho mayor; cuando el número de ideas y de valores que se defienden se multiplican, mucho menos puede un pueblo ser vencido».

La Batalla de las Ideas no fue una campaña estrictamente organizada, sino más bien una amplia movilización de ciudadanos, artistas e intelectuales. Se convirtió en unos doscientos programas para mejorar las condiciones sociales y elevar la conciencia cultural y política. Treinta mil trabajadores sociales fueron capacitados aceleradamente para detectar y resolver necesidades sociales ocultas; se redujo a la mitad la cantidad de alumnos por clase en la educación primaria y se implementaron muchas otras medidas. La campaña respondía al malestar causado por la grave crisis económica de principios de los años noventa. Fidel se involucró personalmente.

Fidel pronunció a lo largo de su carrera más de mil discursos, la mayoría de varias horas. Fidel fue, ante todo, un pedagogo. Sus esfuerzos por transmitir conocimientos y convencer a las personas fueron incansables. En sus discursos explicaba los planes de la revolución, relataba acontecimientos pasados, presentaba los argumentos a favor y en contra de las decisiones, denunciaba abusos y reconocía errores, entre otros temas. Ningún otro líder gubernamental de la historia se acerca siquiera a su magnitud. Fidel hablaba en sus intervenciones el lenguaje del pueblo; muchos cubanos se reconocían en sus palabras. Estos discursos se convirtieron en un sujeto colectivo de la revolución. Nunca fueron pesados, sino siempre comprensibles y didácticos, y contenían datos y conocimientos importantes. Han sido un factor fundamental en la consolidación de la revolución.

Uno de los pasajes más bellos de sus discursos es el del 1 de mayo de 2000, donde describe el concepto de revolución:

## Revolución

Revolución es sentido del momento histórico;  
es cambiar todo lo que debe ser cambiado;  
es igualdad y libertad plenas;  
es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos;  
es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos;  
es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional;  
es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio;  
es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo;  
es luchar con audacia, inteligencia y realismo;  
es no mentir jamás ni violar principios éticos;  
es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas.  
Revolución es unidad,  
es independencia,  
es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo,  
que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo.

A stylized, handwritten signature in black ink, which appears to read 'Fidel Castro'.

*Fidel Castro Ruz*

Los críticos suelen desestimar sus discursos calificándolos de adoctrinamiento. Según el diccionario, adoctrinamiento significa «hacer aceptar o imponer ciertas doctrinas bajo presión». Sin embargo, llama la atención que Fidel instaba precisamente a los cubanos a no aceptar nunca nada de nadie sin estar convencidos o sin comprenderlo: «No digas que una persona puede creer algo que no entiende. Creas fantasías de esa manera. Desarrollas mentes místicas, dogmáticas y fanáticas de esa

manera. Nadie se deja adoctrinar, nadie acepta absolutamente algo que no entiende».

En septiembre de 2000 Fidel asistió a la Cumbre del Milenio en Nueva York. En un momento dado sorprendió al presidente Clinton al estrecharle la mano e intercambiar algunas palabras; fue la primera vez en cuarenta años que un presidente de Estados Unidos mantenía un contacto personal con Fidel.

Durante un discurso en La Habana en junio de 2001 Fidel perdió repentinamente el conocimiento. El incidente fue transmitido en vivo por televisión. La población cubana se enfrentó directamente por primera vez con la posibilidad de que su líder no fuera infatigable ni eternamente fuerte. Afortunadamente en esa ocasión se trató aparentemente de un leve golpe de sol.

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas en Nueva York, Fidel fue uno de los primeros jefes de Estado en condenar los ataques terroristas y expresar su solidaridad con las familias de las víctimas. Ofreció a las autoridades de Estados Unidos el uso de los aeropuertos cubanos para desviar vuelos, pero la propuesta no fue aceptada.

El 11 de abril de 2002 ocurrió un golpe de Estado en Venezuela: tropas rebeldes rodearon el palacio presidencial donde se encontraba el gobierno. Fidel convenció por teléfono a Chávez de no resistirse, pues eso casi seguramente le habría costado la vida, como sucedió con Salvador Allende en Chile en 1973. Chávez fue detenido y la prensa venezolana difundió falsamente que había renunciado. El objetivo era desmoralizar a sus seguidores, en su mayoría personas trabajadoras y de bajos recursos. Sin embargo, Chávez logró llamar a su hija María Gabriela y pedirle que avisara a Fidel. Así se hizo, y Fidel permitió que la prensa internacional escuchara la llamada donde se revelaba la verdadera situación. Millones de venezolanos escucharon la grabación. María Gabriela llamó nuevamente a Fidel más tarde: su padre había sido trasladado a una prisión remota, presumiblemente para asesinarlo. Fidel negoció durante horas por teléfono y contactó con varios generales del ejército venezolano para salvar la vida de Chávez y lograr una solución pacífica. Pronto quedó claro que gran parte del ejército no apoyaba el golpe. Mientras tanto, cientos de miles de venezolanos rodeaban el

palacio presidencial. Los golpistas finalmente se rindieron y Chávez fue liberado.

## **No al culto a la personalidad**

En mayo de 2002 el expresidente Jimmy Carter visitó Cuba. Era el único mandatario estadounidense que lo había hecho desde 1959. Se reunió con opositores políticos y, simultáneamente, expresó su oposición al bloqueo económico. En el abarrotado Estadio Latinoamericano de La Habana Fidel lo animó a lanzar la primera bola en un partido de béisbol.

Sin embargo, también llegaron otras figuras desde Estados Unidos. En septiembre de 2002 James Cason, cercano al presidente George W. Bush, fue nombrado encargado de negocios en Cuba. Su tarea consistía en unir y organizar a la oposición política, tradicionalmente dividida y fragmentada. Armado con varios millones de dólares, recorrió durante meses el territorio cubano buscando opositores o candidatos a serlo. Organizó reuniones en oficinas y en su propia casa. Naturalmente, violó con ello todas las reglas elementales de la diplomacia. Los «disidentes» que colaboraban con él recibían apoyo financiero y protección personal, pero en marzo de 2003 el gobierno cubano actuó. Unos setenta individuos fueron arrestados y juzgados. Luego se descubrió que varios de esos supuestos disidentes eran en realidad infiltrados de los servicios secretos cubanos, con historias bastante interesantes que contar.

En la primavera de 2003 grupos paramilitares en Florida se entrenaban abiertamente con armas pesadas para una posible invasión. Washington impulsaba una nueva crisis migratoria. En marzo se produjo nuevamente el secuestro de un avión y los secuestradores fueron liberados inmediatamente al llegar a Florida. Aquello fue una invitación a repetir tales actos. Entre el 19 de marzo y el 10 de abril se produjeron veintinueve secuestros o intentos de secuestro.

Durante el secuestro de un ferry en la bahía de La Habana dos niñas francesas fueron amenazadas de muerte. Estados Unidos, que con su inacción estimulaba efectivamente estos crímenes, declaró que consideraba los secuestros una grave amenaza para su seguridad nacional. La situación podría haber dado lugar a un bloqueo militar total de la isla, lo que inevitablemente habría derivado en una confrontación. Cuba tuvo que detener la ola de secuestros a toda costa: los secuestradores del último ferry fueron condenados a largas penas de prisión y tres de ellos fueron ejecutados. Los secuestros cesaron, pero las penas de muerte, junto con el encarcelamiento de los setenta «disidentes», provocaron fuertes protestas en el extranjero y dañaron la imagen de Cuba. Por supuesto, esto fue un festín para Radio y TV Martí, así como para los medios en general. El autor portugués, premio Nobel y reconocido comunista José Saramago comentó: «Hasta aquí he llegado». Arrastró consigo a toda una serie de personas conocidas y menos conocidas que hasta ese momento habían apoyado abiertamente a Cuba. Años más tarde regresó a su postura inicial.

Estados Unidos había iniciado en marzo la invasión de Irak. A raíz de ello, Jeb Bush, hermano del presidente, pronunció unas palabras amenazantes y advirtió que, tras Irak, Cuba podría ser el siguiente objetivo: «Después del éxito en Irak debemos mirar a nuestro vecino. Debemos explicar a nuestros hermanos en América Latina y otros lugares que un régimen que no respeta los derechos humanos no puede mantenerse». Tras los bombardeos a Irán en 2026 Donald Trump formuló casi la misma amenaza.

En 2003 Fidel fue reelegido presidente. Su discurso de aceptación fue característico: prometió servir mientras el pueblo lo quisiera y mientras su mente le permitiera ser útil. «Ni un minuto menos, ni un segundo más». Y también: «Estoy empezando a comprender que no he venido al mundo para tener una vejez tranquila». Su papel empezó a cambiar gradualmente. Se retiró de las tareas diarias de gobierno. Continuó siendo la figura pública del Estado y participando en la definición de las grandes líneas estratégicas, pero se involucraba cada vez menos en los detalles. Insistió reiteradamente que la revolución no debía depender de una sola persona.

Fidel siempre se opuso a cualquier forma de culto a la personalidad. Poco después de la victoria de 1959 el gobierno promulgó una ley que

prohibía erigir estatuas, bustos o monumentos de líderes vivos o nombrar calles e instituciones en su honor. Mientras vivió era difícil encontrar un póster o una postal de Fidel en La Habana. La imagen icónica de la revolución, que sí era visible en todas partes, era la del Che Guevara.

En el verano de 2004 Bush anunció un plan drástico para provocar un cambio de régimen en Cuba. No era el primero y a día hoy Donald Trump es otro más en la fila con tales planes.

En octubre de 2004 Fidel tropezó tras un discurso, y se fracturó la rodilla y el brazo derecho. Un mes después recibió en silla de ruedas a Hu Jintao, presidente de China.

En diciembre Cuba y Venezuela fundaron la ALBA (Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América). Esta cooperación basada en la solidaridad mutua fue concebida como un contrapeso al ALCA, el acuerdo de libre comercio que Estados Unidos quería imponer en la región. Cuba y Venezuela fueron los primeros miembros; luego se unieron Bolivia, Nicaragua, Dominica, algunas islas menores, Honduras y Ecuador. Estos dos últimos países se retiraron con el tiempo.

En abril de 2005 falleció el papa Juan Pablo II. En Cuba se decretaron tres días de duelo nacional. En julio el presidente Bush nombró a Caleb McCarry como «Coordinador para la Transición en Cuba». Su tarea era dirigir un gobierno de transición después de que los hermanos Castro fueran derrocados. O al menos ese era el plan. En septiembre el huracán Katrina azotó Nueva Orleans. Cuba ofreció de inmediato un contingente de más de mil médicos para ayuda de emergencia, pero Bush rechazó la oferta.

El 17 de noviembre Fidel pronunció un discurso en la Universidad de La Habana en el que advirtió que el mayor peligro para la revolución no venía del exterior, sino del interior, y lanzó un ataque frontal contra la corrupción generalizada.

## Enfermedad grave

En el verano de 2000, el número 80 apareció con frecuencia en el paisaje urbano: Cuba se preparaba para el 80 cumpleaños de El Comandante. No se planeaban grandes festividades, pero todos esperaban con expectación el 13 de agosto. El 26 de julio Fidel dio el discurso principal en la celebración del ataque al Cuartel Moncada. Nosotros estábamos en Cuba y seguimos las noticias por televisión. El 31 de julio un presentador visiblemente desconcertado anunció un comunicado especial del gobierno informando sobre la grave enfermedad de Fidel. Salimos a la calle para medir la reacción. La primera persona a la que encontramos fue a un antiguo vigilante nocturno de nuestro hotel. «¿Has oído la noticia?», le preguntamos. El hombre leyó nuestra preocupación en el rostro: «Tranquilos, tranquilos. Se trata de un problema médico, no político. Fidel también es humano y tiene, como todos, derecho a enfermarse. ¿O no?». Varios estudiantes conversaban en grupos en la plaza frente al hotel, tocaban la guitarra y cantaban. No notamos nada inusual; tampoco en el café cercano ni en el puesto de hamburguesas. Se escuchaban algunos comentarios aquí y allá, nada más. Al día siguiente, durante el desayuno, una camarera comentó lacónicamente, como si hablara de su abuelo: «Sí, se olvida de que tiene ochenta años. Su médico seguramente ya le ha dicho diez veces que debe tomárselo con calma a su edad, pero bueno, no quiere escuchar... ahora tendrá que hacerlo». En la calle no había nada fuera de lo común, ni presencia militar ni despliegue policial, una mañana normal con el bullicio habitual.

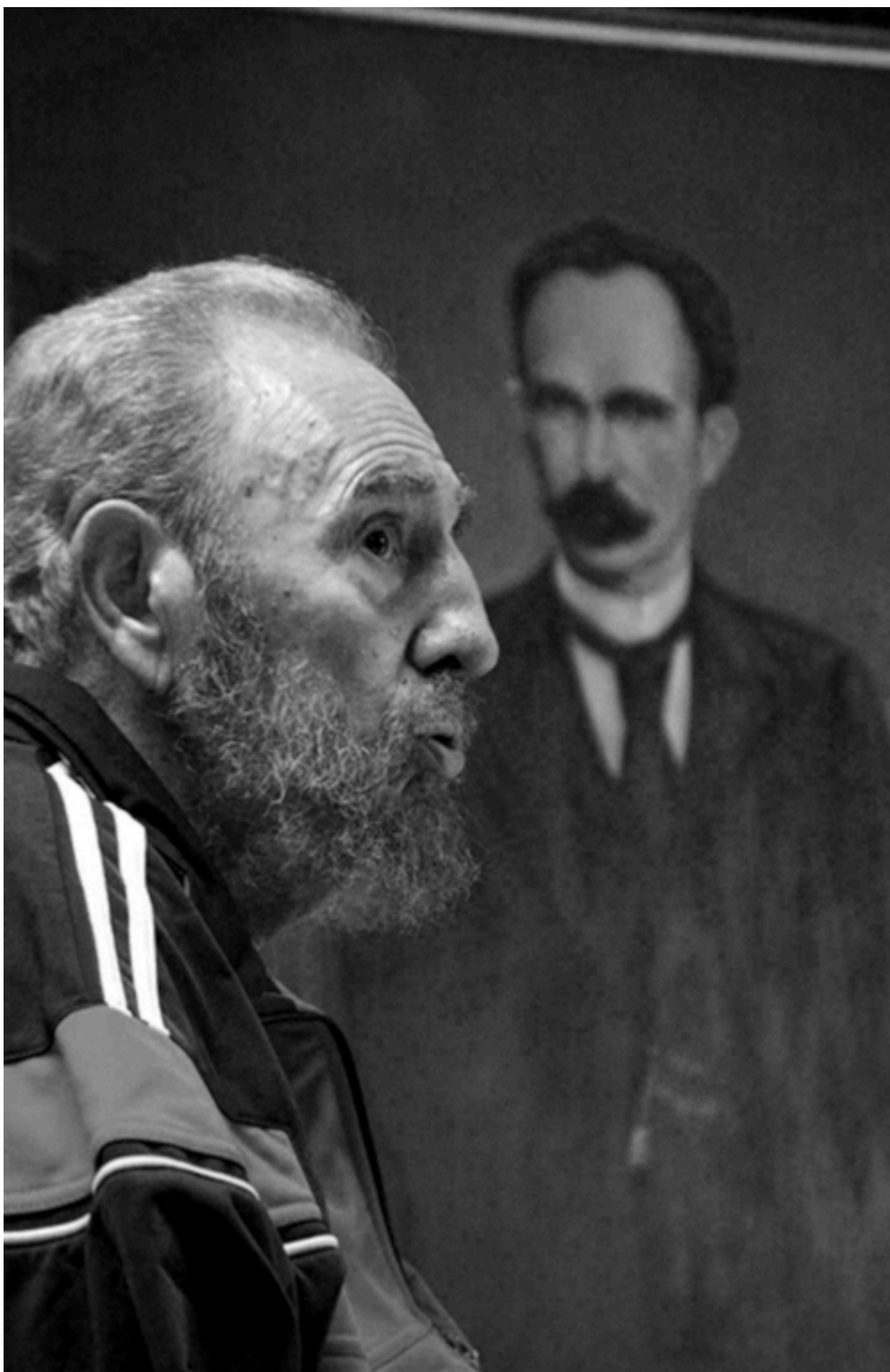
Al mediodía CNN en español transmitió un informe en vivo. Un periodista radicado en La Habana recogió reacciones en los barrios más desfavorecidos de la ciudad y entrevistó a una joven. La cámara llamó la atención de los transeúntes, que se acercaron. La joven recitó espontáneamente un poema dedicado al comandante y los presentes aplaudieron: «¡Viva Fidel!». Más tarde, también en CNN, Bush se dirigió al pueblo cubano indicando que podrían contar con todo el apoyo de su gobierno si se levantaban contra el régimen. Se vieron imágenes de cubanos en Miami celebrando y preparando sus maletas por enésima vez. Por la noche fuimos a ver la situación en la Sección de Intereses de Estados Unidos. En un cartel luminoso de varios metros, en lo alto del

edificio, se leía el mensaje de Bush. Nosotros fuimos los únicos que nos detuvimos a mirarlo; no había ningún cubano cerca.

Aun así, no nos sentíamos tranquilos. Fidel fue sometido a varias intervenciones quirúrgicas y permaneció varios días entre la vida y la muerte. En Washington ya había planes preparados para efectuar un cambio de régimen en el momento de su desaparición. El mencionado plan de Bush incluía una serie de medidas, incluso un componente militar secreto. ¿Qué planeaba la Casa Blanca? ¿Habría provocaciones en el mar o en el aire, como había ocurrido repetidamente en el pasado? ¿Intentarían nuevamente incitar a los cubanos a secuestrar aviones o barcos, como en 1994 o 2003? ¿Volverían a provocar una ola migratoria que justificara un bloqueo militar? Este era, sin duda, el momento más propicio desde 1959 para intervenir. En ese momento el cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, sorprendió a amigos y enemigos. No solo llamó a rezar por la recuperación de Fidel y la continuidad de la revolución, sino que enfatizó que la Iglesia católica nunca agradecería ni aprobaría una intervención extranjera. Su declaración dio la vuelta al mundo y, sin duda, contribuyó a que Estados Unidos moderara su postura.

El primer vicepresidente, Raúl Castro, asumió la presidencia interina. Pocas semanas después el mundo vio imágenes de un Fidel muy debilitado. Durante varios años ya no apareció en público. Según Eusebio Leal, el estado de salud de Fidel fue consecuencia de su vida agotadora: «Fidel era un trabajador incansable, un insomne perenne. Quizás se queje hoy que ya no es posible trabajar tanto. La vida que él ha llevado ha tenido sus consecuencias. Pero a él le gustaba mucho que yo le dijese siempre un viejo lema, antiguo, castellano: “la muerte menos temida da más vida”».

Después de haber sido escuchado durante media hora en marzo de 2007 en una entrevista telefónica en la radio con Hugo Chávez, comenzó a escribir comentarios dos o tres veces por semana sobre asuntos internos y externos, las llamadas «Reflexiones». En ellas se abordaron temas muy variados: desde China como potencia emergente o la destrucción del medio ambiente, hasta las causas de la derrota del equipo nacional de béisbol frente a Japón o Corea del Sur. A partir de entonces también recibió a muchos jefes de Estado, incluidos presidentes de América Latina, Rusia y China.



En el verano de 2007 Raúl, como presidente interino, denunció la falta de eficiencia de la economía cubana, especialmente en la producción de alimentos. Esto dio inicio a una amplia consulta popular, tal como se había hecho al comienzo del período especial. En marzo de

2008 se completó dicha consulta y se iniciaron una serie de medidas de reforma. Fidel anunció un mes antes que ya no sería candidato a la presidencia. El nuevo parlamento eligió a Raúl como su sucesor.

En 2008 Fidel publicó su libro *La paz en Colombia*. En él ofrece un análisis profundo del conflicto colombiano y de los esfuerzos por la paz. Fidel discutió en el texto sus diferencias con la estrategia de guerra de guerrillas seguida por el Partido Comunista Colombiano y propuso perspectivas para alcanzar una paz sostenible. Cuatro años después Cuba fue anfitriona de las negociaciones entre el gobierno colombiano y las guerrillas, que llevaron en 2016 a un acuerdo histórico de paz. Al mismo tiempo Estados Unidos utilizó este papel de mediador como pretexto para colocar a Cuba en su lista arbitraria de Estados que patrocinan el terrorismo, lo que implicó su exclusión total de los principales mecanismos de pago internacionales.

En marzo de 2012 el papa Benedicto XVI visitó Cuba, donde sostuvo, entre otros, un encuentro con Fidel. En febrero de 2013 Raúl fue reelegido presidente y señaló que ese sería su último mandato. Miguel Díaz-Canel (nacido en 1960) fue elegido vicepresidente del Consejo de Estado y perfilado inmediatamente como el sucesor de Raúl.

A finales de 2014 Raúl Castro y Barack Obama alcanzaron un acuerdo histórico. Se inició un proceso cauteloso de normalización de las relaciones diplomáticas y económicas. Los tres últimos de los Cinco Cubanos fueron liberados a cambio de dos agentes estadounidenses presos en Cuba. En 2015 se restablecieron oficialmente las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos. En marzo de 2016 Obama realizó una histórica visita a Cuba; sin embargo, el bloqueo económico permaneció vigente.

En septiembre de 2015 el papa Francisco también visitó Cuba y se reunió con el antiguo revolucionario comunista en su residencia. Un año después el pontífice visitó nuevamente la isla. El 12 de febrero de 2016 La Habana fue el escenario del encuentro histórico entre el papa Francisco y el patriarca Kirill de Moscú.

El 25 de noviembre de ese mismo año falleció Fidel a los 90 años. A pesar de su avanzada edad y su frágil salud, supuso un gran impacto para la población. Se decretaron nueve días de duelo nacional. Cientos de miles de habitantes de La Habana le rindieron un último homenaje en largas filas en la Plaza de la Revolución.

Sus cenizas fueron trasladadas en procesión hacia Santiago de Cuba. Este trayecto duró cuatro días y millones de cubanos formaron una guardia de honor a lo largo del camino para rendirle el último tributo. Fue sepultado en Santiago de Cuba, la cuna de la revolución. La ciudad también está cerca de la Sierra Maestra, donde Fidel comenzó su lucha armada. Su austera tumba consiste en un gran bloque de roca extraído de la propia Sierra.

En Cuba todavía no hay estatuas de Fidel, ni lugares ni calles que lleven su nombre. Sin embargo, la dirección del país decidió colectivamente hacer una excepción al deseo del líder revolucionario: el Centro Fidel Castro en La Habana. En esta institución se puede entrar libremente para aprender más sobre la historia revolucionaria de Cuba y el profundo legado que dejó Fidel.

## Epílogo

Han pasado diez años desde la muerte de Fidel. Cuba se prepara para celebrar el 13 de agosto de 2026 el centenario de Fidel. La revolución no se derrumbó tras la muerte de El Comandante, aunque han aumentado las medidas hostiles de Estados Unidos contra la pequeña isla de diez millones de habitantes.

El liderazgo histórico de Fidel y luego de Raúl se transfirió el 19 de abril de 2018 a la nueva generación con la elección de Miguel Díaz-Canel Bermúdez como presidente. Al igual que muchos países del Sur Global, Cuba ha sufrido mucho en la última década. La crisis económica mundial afectó con especial dureza a la isla bajo el bloqueo estadounidense. La pandemia de covid le dio un golpe adicional. Como consecuencia de estos dos factores, el turismo, su principal fuente de ingresos, cayó drásticamente. Sin embargo, eso no impidió que Cuba desarrollara de manera independiente tres vacunas contra el covid, lo que la convirtió, junto a China, en el único país del Sur Global capaz de vacunar rápida y completamente a su población. La isla rebelde también contribuyó de manera significativa a la vacunación de otros países del Sur, mientras que el mecanismo de solidaridad de la OMS falló por la falta de apoyo del Norte rico.

Mientras tanto, el presidente Trump incluyó durante su primer mandato a Cuba en la lista de países patrocinadores del terrorismo. Esto provocó la exclusión de la isla de todos los mecanismos internacionales

de pago, lo que tiene un gran impacto en las relaciones comerciales internacionales de Cuba. Nosotros, los belgas, lo notamos cuando nuestros bancos se niegan a procesar pagos hacia Cuba o incluso transferencias que mencionan la palabra «Cuba» en el concepto. Durante ese mandato se implementaron 243 medidas coercitivas adicionales que endurecieron aún más el bloqueo.

Durante su segundo mandato, iniciado en enero de 2025, Trump fue aún más agresivo. Esta vez contó con Marco Rubio como Secretario de Estado. Este hombre, de origen cubano, depende de los votos y el financiamiento de la mafia anticubana de Miami. La situación se intensificó a partir de enero de 2026 tras los bombardeos en Caracas y el secuestro del presidente venezolano Nicolás Maduro y su esposa, Cilia Flores. El pretexto para atacar a Cuba era totalmente inverosímil: supuestamente representaba una amenaza inusual para Estados Unidos. El 29 de enero Trump firmó la Orden Ejecutiva 14380 que impone un bloqueo total de petróleo a la isla. A consecuencia de ello, desde esa fecha Cuba quedó en gran medida sin electricidad. La producción interna de petróleo y los parques solares y eólicos en rápido crecimiento no pudieron compensar el impacto.

El 1 de mayo, Día del Trabajo, que ese año estuvo marcado por el lema «La patria se defiende», más de cinco millones de personas salieron a las calles en toda Cuba –más de la mitad de la población– en un claro apoyo al liderazgo revolucionario. Ese día el gobierno también anunció que el 81% de los cubanos, a partir de la edad de votación de 16 años, había firmado la petición para preservar la soberanía del país, en contra del bloqueo petrolero y de la amenaza de guerra de Estados Unidos. La respuesta de Trump llegó ese mismo día con la Orden Ejecutiva 14404, que bloqueó completamente del sistema financiero estadounidense a cualquier empresa extranjera que comerciara con Cuba. A consecuencia de ello, se retiraron cadenas hoteleras como Meliá, y Visa y Mastercard dejaron de funcionar en Cuba. Pocas horas después Trump completó la medida con un discurso en Florida en el que declaró que tomaría el control de Cuba «casi de inmediato» y que la isla sería su próximo objetivo tras «terminar» su trabajo en Irán.

El 20 de mayo se presentó la acusación por asesinato contra el expresidente Raúl Castro, de 95 años de edad ya. Sirvió como pretexto el derribo de los dos aviones de *Brothers to the Rescue* 30 años antes, tras

repetidas violaciones del espacio aéreo cubano. El 4 de junio se impusieron sanciones adicionales contra el liderazgo político y militar de la isla y varias agencias gubernamentales. Trump seguía presionando al mismo tiempo por un «cambio de régimen» y amenazaba nuevamente con una invasión militar.

La situación se vuelve cada vez más insoportable para la población cubana. Los apagones duran hasta 22 horas al día. Se ha detenido casi por completo la producción. El transporte está paralizado, salvo lo que puede funcionar con energía solar. Los alimentos no llegan a la población o se echan a perder por el calor. La población no puede dormir por la falta de ventilación. Muchos medicamentos esenciales ya no están disponibles. Se han pospuesto más de 100.000 operaciones, de las cuales más del 10% son pediátricas. Desde 2019 la mortalidad infantil en menores de un año se ha más que duplicado. Eso significa que han muerto 1.800 bebés más y que un número similar de familias tendrá ese dolor de por vida.

La población cubana sufre, pero sigue buscando alternativas. La sociedad funciona y la vida continúa. Pudimos comprobarlo durante una visita reciente en abril-mayo de 2026. La resiliencia del pueblo es increíblemente fuerte. La decisión de proteger el derecho a la autodeterminación, logrado a tanto costo, incluso con armas en caso necesario, cuenta con el apoyo de una gran mayoría. Muchos jóvenes han salido de la isla en los últimos seis o siete años con el fin de construir su vida en otro lugar o para trabajar temporalmente en el extranjero y ganar algo de dinero antes de regresar. Eso también implica una fuga de cerebros, ya que la mayoría de los cubanos están altamente capacitados gracias a un sistema educativo gratuito y excelente. Pero un grupo importante de jóvenes sigue apostando por la revolución. Entre otras cosas, mantienen funcionando la red eléctrica obsoleta incluso en las circunstancias más difíciles. También son los responsables de la creación de las vacunas contra la covid y de terapias innovadoras contra el Alzheimer y el cáncer.

El 80% de la población cubana ha nacido después de la revolución, pero la herencia de Fidel y sus compañeros de lucha sigue muy viva. A finales de los años cincuenta los jóvenes del «centenario de Martí» hicieron la revolución y rompieron con cinco siglos de colonización, protectorado y neocolonización. Hoy le toca a la generación del

«centenario de Fidel» continuar con esa tarea. La lucha sigue siendo la de David contra Goliat. El pueblo cubano necesita más que nunca, nuestra solidaridad. O, como dice Pablo Neruda: «Si la Revolución Cubana se extinguiera, seríamos borrados de la pizarra del mundo».

Katrien Demuynck y Marc Vandepitte, 14 de junio de 2026.

## Testimonios

### **Harry S. Truman, expresidente de Estados Unidos:**

«Creo que Fidel Castro es un buen muchacho que parece desear el bien para el pueblo cubano, siendo así que debemos simpatizar con él y ayudarle a hacer lo que sea correcto para su pueblo» (1959).

### **John F. Kennedy, expresidente de Estados Unidos:**

«Fidel Castro forma parte del legado de Bolívar. Deberíamos haber dado al fogoso y joven rebelde más calurosa bienvenida en su hora de triunfo» (1960).

### **Ramsey Clark, exfiscal general de Estados Unidos:**

«Fidel Castro es considerado una amenaza por los países ricos y la gente rica, porque ha demostrado que es posible suplir las necesidades básicas de vida a todo el pueblo y que la democracia significa algo cuando no se trata solo de votar una vez cada cuatro o seis años o algo así, sino de participación plena de toda la sociedad. Cuando tienes un público educado, las familias son fuertes y crecientes, y se les ofrece atención médica, constituye una potencia y una amenaza para la riqueza concentrada, para la oligarquía, para la plutocracia. Entonces se crea temor y odio.

No debemos dudar de que existen intereses enormemente poderosos que ambicionan destruir a Cuba y borrar los logros del periodo de Castro, quieren que se diga que Cuba fracasó, que lo que prevalezca sea un sistema en el que los ricos devoran a los pobres y Cuba permanece como un gran baluarte en su contra, quizás el más fuerte, a pesar de ser pequeña. Creo que Cuba posee la fortaleza de diez, tiene el corazón puro» (2001).

### **Wayne Smith, exencargado de negocios (embajador) de Estados Unidos en Cuba:**

«Fidel Castro ha desempeñado un papel extraordinario en el escenario mundial. Ha sido el líder de una pequeña isla de once millones de personas, pero que ha desempeñado un papel muy importante, casi un papel de potencia mundial en la política global en los últimos años. El mismo Castro es un personaje muy interesante y les guste o no, es una figura fascinante, una figura política extraordinaria.

Castro es un líder político fascinante; está informadísimo, entre muchas otras cosas. No sé de dónde saca el tiempo para leer como lo hace. Me imagino que devora libros y memoriza las estadísticas. Es un conversador fascinante, y no solo líderes políticos, sino científicos, doctores en Medicina, disfrutan encontrarse y conversar con Fidel Castro.

A Fidel se le admira hoy en todo el mundo en desarrollo y se le ha admirado porque se le considera un símbolo de la lucha por la soberanía, por la independencia de muchos países que estuvieron bajo el dominio colonial. Él estuvo dispuesto a enfrentarse a Estados Unidos de la misma manera que generaciones anteriores de cubanos se enfrentaron a España en la lucha por la independencia, y es admirado por eso, se le considera un héroe verdadero porque puso, en primer lugar, la independencia y la soberanía de Cuba por encima de cualquier otra consideración» (2001).

### **Philip Agee, exagente de la CIA:**

«Fidel Castro para mí es probablemente el líder del siglo XX. Ha derrotado a Estados Unidos, ha retenido el poder y ha sido la figura de la revolución durante todos estos años, y ha añadido a esa condición de liderazgo sus posibilidades intelectuales, sus habilidades como orador y su capacidad de servir de ejemplo y motivar a las personas a actuar. En eso consiste el verdadero liderazgo; y no se me ocurre otra persona de este siglo que se acerque siquiera a Fidel Castro en ese sentido» (1997).

### **Deng Xiao Ping, líder político chino:**

«Díganle a Castro que yo no puedo morir sin hablar con él» (1989).

### **Danielle Mitterrand, esposa del expresidente francés:**

«Me molesta que la gente llame dictador a Fidel, porque yo conozco a los dictadores y sé lo que hacen: asesinan a la población, torturan, ejercen una represión permanente, no hay indicio alguno de un Estado de derecho y Fidel no responde a ese criterio. Fidel ama a su pueblo y es amado por la población, no tiene nada que ver con un dictador y eso es lo que intento hacer comprender.

Fidel fue un pionero de un gran movimiento, otros lo seguirán. Ha marcado su tiempo por su revolución, por su resistencia frente a un país muchísimo más poderoso, por su convicción profunda para invertir las relaciones de fuerza. Fidel Castro dejará esa imagen, queda para nosotros saber llevar esa imagen a las generaciones futuras, para hacer valer una forma de vida distinta en el siglo XXI, que espero que sea distinto.

Creo que él ha sembrado un camino para el futuro. Hizo parte del trabajo, pero quienes creen en su trabajo son los que deben continuarlo. Ha sido un precursor de lo que pudiera ser una verdadera democracia y ha trazado un sendero. Para mí ha sido un opositor al sistema que nos dirige desde hace siglos, que es la dictadura del dinero» (1999).

**Agostino Casaroli, cardenal italiano y antiguo Secretario de Estado del Vaticano:**

«Tengo un recuerdo con un poco de nostalgia, porque he encontrado no solo al país, sino a un hombre de inteligencia superior, de gran cultura y con ideas. Naturalmente, no coincidíamos en todas las ideas, pero, en fin, la conversación fue muy interesante y también, bajo ciertos aspectos, agradable. Hablar con un adversario inteligente es mucho mejor que hablar con un amigo no inteligente. De manera que el recuerdo es un buen recuerdo» (1998).

**Ho Chi Minh, expresidente de la República Democrática de Vietnam:**

«Los cubanos, con el compañero Fidel al frente, han sido muy solidarios con nuestro pueblo y con nuestra lucha. Los vietnamitas jamás olvidaremos ese apoyo» (1965).

**Nelson Mandela, expresidente de Sudáfrica:**

«Soy un hombre leal y jamás olvidaré que en los momentos más sombríos de nuestra patria, en la lucha contra el *apartheid*, Fidel Castro

estuvo a nuestro lado» (1998).

**Yasser Arafat, expresidente del Estado de Palestina:**

«Desde lo más profundo de mi corazón y del de cada palestino, le agradezco esta valiente postura para detener la agresión israelí contra nuestro pueblo, su patria y los lugares sagrados cristianos e islámicos. Asimismo, afirmo que cada palestino conserva hoy en su corazón esta gloriosa imagen de Su Excelencia con la *hatta* palestina sobre sus hombros, prueba irrefutable de la justicia de nuestra causa» (2001).

**Hugo Chávez, expresidente de Venezuela:**

«Cuando usted conozca a Fidel Castro, le va a hacer cien preguntas en los primeros cinco minutos. Él quiere saber de todo. [...] Fidel es un muchacho de 75 años, soldado, soñador, ejemplo sin duda para todos nosotros y para generaciones enteras de latinoamericanos, caribeños y de luchadores del mundo. Fidel no le pertenece solo a Cuba, le pertenece a este mundo nuestro, a esta América nuestra. Después de casi medio siglo de lucha Fidel le puede mostrar la cara con integridad plena y con moral absoluta, no solo al pueblo cubano, sino a todos los pueblos del mundo» (2001).

**Igor Ivanov, exministro de Asuntos Exteriores de Rusia:**

«Fidel Castro es uno de los últimos Quijotes del siglo XX» (1999).

**Ernesto «Che» Guevara, comandante cubano, intelectual, político y revolucionario:**

«Tiene las características de un gran conductor, sumadas a sus dotes de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo; lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa.

Pero tiene otras cualidades importantes como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro, y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros.

Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita, de dirigir a la

cabeza de todos la acción del pueblo, su amor infinito por el pueblo, su fe en el futuro y su capacidad de preverlo Fidel Castro hizo más que nadie para construir de la nada el aparato hoy formidable de la revolución cubana» (1961).

**Armando Hart, intelectual y político cubano:**

«Félix Varela nos enseñó a pensar, José de la Luz y Caballero, a conocer; José Martí, a actuar y Fidel Castro, a vencer» (2001).

**Angela Davis, activista, filósofa y escritora estadounidense:**

«Lo que siempre he encontrado maravilloso de Fidel es su habilidad de ser parte de las comunidades y de las grandes masas, y de no permanecer apartado. Mi impresión siempre ha sido que Fidel se considera parte del pueblo. Y es el motivo por el cual lo aprecio tanto y por lo que creo que ha sido capaz de mantenerse como líder por tanto tiempo. ¿Por qué las personas continúan tan apegadas emocionalmente a Fidel? Porque él se considera parte de esas mismas personas que lo aman tanto» (1996).

**Ignacio Ramonet, exdirector de *Le Monde Diplomatique*:**

«Le guste o no a sus detractores, Fidel Castro tiene un lugar reservado en el panteón mundial consagrado a las figuras que con más empeño lucharon por la justicia social y que más solidaridad derrocharon en favor a los oprimidos de la Tierra» (2005).

**Diego Armando Maradona, futbolista argentino:**

«Es una historia viviente. Yo defendiendo mi fútbol como Fidel defiende a su pueblo» (1987).

**Pablo Neruda, premio Nobel de Literatura:**

«El que no esté con Cuba, con su revolución, con Fidel Castro, está del otro lado, de la ignominia y de la traición. Si la revolución cubana se extinguiera, seríamos borrados de la pizarra del mundo» (1960).

**Gabriel García Márquez, premio Nobel de Literatura:**

«No hay más grande idealismo que el que ha logrado inculcar no solo en el pueblo cubano, sino en muchos otros pueblos, de la justicia social,

la igualdad y sobre todo porque él tiene un contenido humanístico, que creo que es lo más grande que tiene» (2001).

**José Saramago, premio Nobel de Literatura:**

«Fidel Castro encarna el heroísmo del pueblo cubano. [...] Si no fuera por la voluntad del pueblo cubano y la voluntad de Fidel Castro, Cuba no podría vivir. Cuba es más firme que una roca, porque una roca se gasta y eso no ocurre en Cuba» (1998).

**Kevin Costner, actor estadounidense:**

«Ver mi última película, *Trece días*, al lado de Fidel Castro, es una experiencia para toda la vida. Fue emocionante sentarme cerca de él y verle revivir una experiencia de cuando él era un hombre joven, y que viese que John F. Kennedy, otro hombre joven, también sufrió en esa dramática situación. Cuba es un gran actor en el escenario mundial, a pesar de ser un país pequeño. ¿Quiénes somos nosotros en los Estados Unidos para decir que tenemos razón y que en Cuba están equivocados?» (2001).

**Eusebio Leal, historiador y restaurador de La Habana Vieja:**

«Ama la soledad y creo que, vivir casi siempre acompañado, resulta el peor sacrificio que la revolución le ha obligado aceptar. Su casa, su familia, su vida... es el deber. Es humano, falible... nada olvida, casi todo lo excusa o lo perdona, excepto la traición. Es severo con el desorden, pulcro en detalle. Nadie debe tocar sus cosas, que son pocas y útiles.

El triunfo es siempre iniciación y cuando otros creen todo perdido, en su opinión, apenas ha comenzado. Ama y cuida de los suyos de manera imperceptible –pero su vida personal, solo a él pertenece» (2001).

**Frei Betto, teólogo brasileño:**

«Es una persona tímida, que casi pide permiso para ser quien es... A pesar de todo su genialidad, de toda la historia que encarna, consigue hacernos sentir su hermano» (2001).

**Lucius Walker, pastor estadounidense:**

«Fidel es una persona brillante, profundamente compasiva, que escucha bien y que es capaz de inspirar lealtad, debido a su propio

compromiso con los valores y principios de la revolución, que son los valores y principios de la fe cristiana como yo la conozco.

Fidel Castro es un ser humano sensible, cariñoso, que ha dedicado su vida al bienestar de su pueblo, de los pobres y de los oprimidos y se yergue como un ejemplo para hacer de este mundo un mejor lugar. Si nosotros contribuyésemos con la mitad de lo que él ha hecho, se cumplirían los ideales más elevados de la fe cristiana y de las creencias de la fe universal» (1996).

**Ana Fidelia Quirot, campeona olímpica cubana:**

«Tengo que dar la gracia a muchas personas, al médico del hospital Hermanos Ameijeiras, a mi pueblo, a muchas personas de diferentes partes del mundo, constantemente preocupadas por mi recuperación, que me amaban, me escribían, me mandaban mensajes, pero también al Comandante, que desde el primer momento de mi accidente estuvo en mi habitación al lado de mi cama a darme aliento para luchar por la vida. Entonces siento que a él le debo la vida. Porque cuando él estuvo allí, yo sentía que él me estaba transmitiendo todas las cosas positivas para no morir. A él le agradezco eternamente mi vida, lo que soy hoy en día» (2008).

## Bibliografía

### Biografías de Fidel Castro

- Balfour S., *Profiles in Power: Castro*, Londres, 1990.
- Blanco K., *Todo el tiempo de los cedros: Paisaje familiar de Fidel Castro Ruz*, La Habana, 2004.
- Bourne P., *Fidel: A Biography of Fidel Castro*, Nueva York, 1986.
- Clerc J., *Les Quatre saisons de Fidel Castro*, París, 1996.
- Coltman L., *The Real Fidel Castro*, New Haven, 2003.
- Conte Agüero L., *Fidel Castro: Vida y obra*, La Habana, 1959.
- De Villa J. y Neubauer J., *Fidel Castro: Een biografie*, 's-Graveland, 2007.
- Franqui C., *Retrato de familia con Fidel*, Caracas, 1981.
- Fuentes N., *La autobiografía de Fidel Castro: I, El paraíso de los otros*, Barcelona, 2004.
- Furiati C., *Fidel Castro: La historia me absolverá*, Barcelona, 2003.
- Galloway G., *Fidel Castro Handbook*, Londres, 2006.
- Geyer G., *Guerrilla Prince: The Untold Story of Fidel Castro*, Boston, 1991.

- Martin L., *The Early Fidel*, Secaucus, 1978.
- Matthews H., *Fidel Castro*, Nueva York, 1969.
- Mencía M., *La prison féconde*, La Habana, 1982.  
*Time Was on Our Side*, La Habana, 1982.
- Merle R., *Moncada: Premier combat de Fidel Castro*, París, 1965.
- Quirk R., *Fidel Castro: Die Biographie*, Berlín, 1996.
- Raffy S., *Castro l'infidèle*, París, 2003.
- Rigoulot P., *Coucher de soleil sur la Havane: Le Cuba de Castro 1959-2007*, París, 2007.
- Rodríguez Morejón G., *Fidel Castro: Biografía*, La Habana, 1959.
- Shnookal D. en Alvarez Tabío P. (ed.), *Fidel: My Early Years*, Melbourne, 1998.
- Skierka V., *Fidel Castro: Eine Biographie*, Berlín, 2001.
- Suárez Pérez E. y Caner Román A., *Fidel: Días de Girón*, La Habana, 2001.
- Szulc T., *Fidel: A Critical Portrait*, Nueva York, 1986.

## **Estudios sobre Fidel Castro**

- Báez L., *El mérito es estar vivo. Objetivo: matar a Fidel*, La Habana, 2005.
- Báez L. (ed.), *Absuelto por la historia*, La Habana, 2006.  
*Así es Fidel*, La Habana, 2009.
- Bonsal P., *Cuba, Castro and the United States*, Pittsburgh, 1971.

- Bravo E., Bravo E. M., Gómez Cortés O., *Más allá de la leyenda*, La Habana 2020.
- de Cházaro E., *Revolucionario por amor: El pensamiento político de Fidel Castro*, Guadalajara, 2001.
- Demuynck K. y Vandepitte M., *El factor Fidel, el pensamiento político del Comandante*, Dyskolo, 2016.
- Ontmoetingen met Fidel Castro*, Berchem, 2009.
- Harnecker M., *Fidel: La estrategia política de la victoria*, La Habana, 2001.
- Isidró del Valle A. (ed.), *Antes del Moncada*, La Habana, 2001.
- Jayatilleka D., *Fidel's Ethics of Violence: The Moral Dimension of the Political Thought of Fidel Castro*, Londres, 2007.
- Liss S., *Fidel! Castro's Political and Social Thought*, Boulder, 1994.
- Lockwood L., *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, Nueva York, 1969.
- López Ricardo Y., *Fidel Castro, El arte de gobernar*, La Habana, 2023.
- Rice D., *The Rhetorical Uses of the Authorizing Figure: Fidel Castro and Jose Marti*, Nueva York, 1992.

## Entrevistas

- Betto F., *Fidel y la religión*, La Habana, 1994.
- Borge T., *Un grano de maíz*, La Habana, 1992.
- Elliot J. en Dymally M., *Nada podrá detener la marcha de la historia*, La Habana, 1985.
- Hallier J., *Fidel Castro: Conversation au clair de lune*, París, 1990.

- Mayor F., *Cuba no negocia ni vende su revolución*, La Habana, 2000.
- Miná G., *Un encuentro con Fidel*, La Habana, 1988.
- Mitchell P., *Guerra Fría: Alerta para un mundo unipolar*, Melbourne, 2006.
- Ramonet I., *Cien horas con Fidel*, La Habana, 2006, 3.<sup>a</sup> edición ampliada.
- ¿Quién gobernará el siglo XXI? *Entrevistas*, La Habana, 1998.
- Presente y futuro de Cuba*. Entrevista concedida a la revista *Siempre!*, La Habana, 1991.

## Textos de Fidel Castro

- Castro F., *Discursos pronunciados por Fidel Castro Ruz*  
*¿Por qué es necesario el Partido Unido de la Revolución Socialista?;*  
*La Historia me absolverá*, La Habana, 1967.  
*El Pensamiento de Fidel Castro*, La Habana, 1983  
*El pensamiento de Fidel Castro: Selección temática. Vol. I de*  
*enero de 1959-abril de 1961*, La Habana, 1983.  
*Selección de documentos, entrevistas y artículos (1952-1956)*, La Habana, 2007.  
*La paz en Colombia*, La Habana, 2008.  
*Reflexiones de Fidel*, La Habana, 2007-2009.
- Creach Corrales P., (ed.), *Fidel Castro Ruz: Pensamientos. Selección temática*, La Habana, 2006,
- De la Vega en Sorin R. (ed.), *Citations de Fidel*, París, 1968.
- Deutschmann D., *Che en la memoria de Fidel Castro*, Melbourne, 1998.

—Guerra López D., Concepción M. en Hernández A., (ed.), *José Martí en el ideario de Fidel Castro*, La Habana, 2004.

—Guerra López D., e.a. (ed.), *Fidel Castro y la historia como ciencia (Selección temática 1959-2003)*, La Habana, 2007.

—Núñez Jiménez A., (ed.), *En marcha con Fidel - 1959*, La Habana, 2002.

*En marcha con Fidel - 1960*, La Habana, 1998.

*En marcha con Fidel - 1961*, La Habana, 1998.

*En marcha con Fidel - 1962*, La Habana, 1998.

—Suárez Pérez E. en Caner Román A. (ed.), *De Cinco Palmas a La Habana*, La Habana, 1998,

*Birán to Cinco Palmas*, La Habana, 2002.

## **Cuba: historia y sociedad**

—*Manifiesto de la Sierra*, 12 de julio 1957.

—*Pacto de Caracas*, 20 de julio 1958.

—*Informe del Comité Central del PCC al Primer Congreso*, La Habana, 1978.

—Arboleya Cervera J., *La revolución del otro mundo*, La Habana, 2008.

—Báez L., *Más esperanza que fe. Revelaciones de Roberto Fernández Retamar*, La Habana, 2006.

—Barredo Medina L., *Mi prisionero Fidel*, La Habana, 1992.

—Bell Lara J. (ed.), *Cuba in the 1990s*, La Habana, 1999.

—Bell Lara J. en Dello Buono R. (ed.), *Cuba in the 21st Century: Realities and Perspectives*, La Habana, 2005.

- Béquer A., *Celia: La flor más autóctona de la Revolución*, La Habana, 1999.
- Borrego Díaz O., *Che: El camino del fuego*, La Habana, 2001.  
*Che: Recuerdos en ráfaga: Anécdotas y otros pasajes*, La Habana, 2004.
- Rumbo al socialismo: Problemas del sistema económico y la dirección empresarial*, La Habana, 2006.
- Braem M. y Doumen M., *Cuba: Mijn slinger is die van David*, Berchem, 1990
- Buch Rodríguez L., *Otros pasos del gobierno revolucionario cubano*, La Habana, 2002.
- Buch Rodríguez L. en Suárez R., *Gobierno revolucionario cubano: Primeros pasos*, La Habana, 2004.
- Burchardt H., *Kuba: Im Herbst des Patriarchen*, Stuttgart, 1999.
- Calvo Ospina H., *Het complot: Dissidenten en huurlingen tegen Cuba*, Berchem, 1998.  
*Bacardi Rum: Een occulte oorlog*, Berchem, 2001.
- Carmona Báez A., *State resistance to globalisation in Cuba*, Londres, 2004.
- Carranza J., Gutierrez L. en Monreal P., *Cuba: La restructuración de la economía: Una propuesta para el debate*, La Habana, 1995.
- Castro F., et al., *Palabras a los intelectuales*, La Habana, 2007.
- Cole K., *Cuba: From Revolution to Development*, Londres, 1998.
- Cormier J., *Che Guevara: Een biografie*, Amsterdam, 1996.
- Cuesta J., *Cuba 1898-1958: Estructura y procesos sociales*, La Habana, 1995.
- Cupull A. y González F., *Un hombre bravo*, La Habana, 1994.
- de la Hoz P. (ed.), *Como el primer día*, La Habana, 2008.
- Demuynck K., Ducal C. y Vandepitte M., *Cuba: Een andere wereld is mogelijk*, Bruselas, 2002.

- DePalma A., *The man who invented Fidel: Castro, Cuba and Herbert L. Matthews of the New York Times*, Nueva York, 2006.
- Depestre Catony L. y Úbeda Garrido L., *Personalidades cubanas*, La Habana, 2002.
- Docom, *De politieke nalatenschap van Che Guevara*, Perú, 2004.
- Domenech S. (ed.), *Cuba: Economía en Periodo Especial*, La Habana, 1996.
- Elizalde R. y Báez L., *Los disidentes: agentes de la seguridad cubana revelan la historia real*, La Habana, 2003.
- El encuentro*, La Habana, 2005.
- Escalante Font F., *La Guerra Secreta. Proyecto Cuba*, La Habana, 2008.
- Faya A. y Rodríguez P., *El despliegue de un conflicto: La política norteamericana hacia Cuba 1959-1961*, La Habana, 1996.
- Fernández Retamar R., *Órbita de Roberto Fernández Retamar*, La Habana, 2001.
- Fitzgerald F., *The Cuban revolution in crisis: From managing socialism to managing survival*, Nueva York, 1994.
- Fogel J. y Rosenthal B., *Fin de siècle à la Havane: Les secrets du pouvoir cubain*, París, 1993.
- Franqui C., *Diary of the Cuban revolution*, París, 1980.
- Franqui C., *Cuba, la revolución: mito o realidad?*, Barcelona, 2006.
- Frank M., *Cuba Looks to the Year 2000*, Nueva York, 1993.
- García Luis J., *Revolución Cubana: 40 grandes momentos*, Melbourne, 2000.
- Gleijeses P., *Misiones en Conflicto: La Habana, Washington y África 1959-1976*, La Habana, 2004.
- Gómez García H., *Cuba, Génesis del Socialismo: Historia Contemporanea de Cuba 1895-1944: Del Colonialismo Español al Imperialismo Norteamericano*, Caracas, 2004.

- Gott R., *Cuba: A New History*, New Haven, 2004.
- Guevara E., *Obras Escogidas 1957-1967*, La Habana, 1970.
- Guevara E. y Castro R., *La conquista de la esperanza: Diarios inéditos de la guerrilla cubana diciembre de 1956 - febrero de 1957*, México, 1995.
- Haney P. y Vanderbush W., *The Cuban Embargo: The Domestic Politics of an American Foreign Policy*, Pittsburgh, 2005.
- Hart Dávalos A., *Aldabonazo: En la clandestinidad revolucionaria cubana 1952-58*, Nueva York, 2004.
- Ética, Cultura y Política*, La Habana, 2006.
- Kapcia A., ‘Cuba After The Crisis: Revolutionising the Revolution’, in *Conflict Studies*, abril de 1996.
- Karol K., *Les guérilleros au pouvoir: L’itinéraire politique de la révolution cubaine*, París, 1970.
- Lamrani S. (ed.), *Terrorismo de Estados Unidos contra Cuba: El caso de los Cinco*, La Habana, 2005.
- Cuba face à l’empire: Propagande, guerre économique et terrorisme d’État*, París, 2005.
- Latell B., *After Fidel: Raúl Castro and the future of Cuba’s revolution*, Nueva York, 2005.
- Lechuga C., *Cuba and the Missile Crisis*, Melbourne, 2001.
- López Civeira F. (ed.), *Historia de las Relaciones de EE.UU. con Cuba*, La Habana, 1985.
- Martí J., *Obras escogidas*, La Habana, 1981.
- Martínez Heredia F., *La revolución cubana del 30: Ensayos*, La Habana, 2007.
- Martínez Puentes S., *Cuba plus loin que les rêves*, La Habana, 2004.
- Revolución Cubana: hechos más que palabras*, La Habana, 2008.
- Méndez C., *Democracia en Cuba?*, La Habana, 1995.
- Méndez Méndez J., *Salvar al mundo del terrorismo*, La Habana, 2003.

- Oltuski Ozacki E., e.a. (ed.), *Memorias de la Revolución*, La Habana, 2008.
- Oppenheimer A., *Castro's Final Hour: The Secret Story Behind the coming Downfall of Communist Cuba*, Nueva York, 1992.
- Pérez Villanueva O., *Reflexiones sobre economía cubana*, La Habana, 2004.
- Raby D., *Democracy and Revolution: Latin America and Socialism Today*, Londres, 2006.
- Rodríguez Chávez E., *Emigración cubana actual*, La Habana, 1997.
- Rodríguez Rodríguez A., *La seguridad y la asistencia social en Cuba*, La Habana, 2000.
- Rojas M., *El que debe vivir*, La Habana, 1978.
- La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, 1979.
- El juicio del Moncada*, La Habana, 1988.
- El que debe vivir*, La Habana, 2009.
- Rosendahl M., *Inside the revolution: Everyday Life in Socialist Cuba*, Ítaca, 1997.
- Saney I., *Cuba. A Revolution in Motion*, Londres, 2004.
- Santamaría H., *Haydée habla del Moncada*, Melbourne, 2005.
- Santos Pino O., *Los años 50. En una Cuba que algunos añoran, otros no quieren ni recordar y los más desconocen*, La Habana, 2008.
- Schäfer H., *Im Fadenkreuz : Kuba: Der lange Krieg gegen die Perle der Antillen*, Berlín, 2004.
- Silva León A., *Breve historia de la revolución cubana*, La Habana, 2003
- Solbès J., *Le défi Cubain*, París, 1998.
- Sotolongo P., *Ernesto Che Guevara: Ethics and aesthetics of an existence*, La Habana, 2002.

- Suárez Suárez R., *Un insurreccional en dos épocas con Antonio Guiteras y con Fidel Castro*, La Habana, 2001.
- Tabío P., *Celia. Ensayo para una biografía*, La Habana, 2004.
- Torres-Cuevas E. y Loyola Vega O., *Historia de Cuba 1492-1898: Formación y Liberación de la Nación*, La Habana, 2002.
- Valdés Paz J., Espina M., et al., *La transición socialista en Cuba: Estudio sociopolítico*, La Habana, 1994.
- Vandepitte M., *De gok van Fidel: Cuba tussen socialisme en kapitalisme?*, Berchem, 1998.
- Che, una mirada desde Europa*, 2007.
- Vitier C., *Vida y obra del Apóstol José Martí*, La Habana, 2006.
- Winocur M., *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Barcelona, 1979.
- Zabala Santana B. (ed.), *El Che en Fidel Castro: Selección temática 1959-1997*, La Habana, 1999.
- Zaldívar Diéguez A., *Bloqueo: El asedio económico más prolongado de la historia*, La Habana, 2004.

## **Cronología**

1926. 13 de agosto, nacimiento de Fidel Alejandro Castro Ruz.
1945. Inscripción en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana.
1950. Junio, diploma como doctor en Derecho, trabajo como abogado.
1952. 10 de marzo, golpe de Estado de Batista.
1953. 26 de julio, asalto al Moncada.
1955. 15 de mayo, amnistía para Fidel y sus compañeros.  
7 de julio, salida hacia México.
1956. 2 de diciembre, desembarco en Cuba del yate Granma.
1957. 17 de febrero Herbert Matthews, periodista del New York Times, entrevista a Fidel.  
noviembre-diciembre, el ejército rebelde consolida un «territorio liberado» en la sierra.
1958. 9 de abril, fracasa el intento de huelga general.
1959. 1 de enero, Batista huye, Fidel entra en Santiago.  
16 de febrero, Fidel se convierte en primer ministro.
1960. Agosto, primeras nacionalizaciones de empresas estadounidenses.

1961. Enero, Washington rompe las relaciones diplomáticas.  
17 de abril, invasión de Bahía de Cochinos.
1962. Febrero, el presidente Kennedy impone el bloqueo económico.  
Marzo, Washington lanza la Operación Mongoose.  
22-28 de octubre, crisis de los misiles.
1970. Mayo, fracaso de la cosecha récord de 10 millones de toneladas de azúcar.
1972. Cuba se incorpora al Comecon.
1975. Inicio de la misión militar en Angola.
1976. Febrero, nueva constitución aprobada en referéndum  
Fidel es elegido presidente.
1986. Abril, campaña de rectificación contra la burocracia y la corrupción.
1987. Segunda misión militar en Angola; derrota del ejército sudafricano.
1989. 9 de noviembre, caída del Muro de Berlín.
1992. 1 de enero, anuncio del período especial.  
Junio, cumbre ambiental de la ONU en Río de Janeiro.  
Octubre, se aprueba la Ley Torricelli en Estados Unidos.
1996. Mayo, se aprueba la Ley Helms-Burton en Estados Unidos.  
La Unión Europea adopta la posición común negativa contra Cuba.
1998. Enero, visita del Papa Juan Pablo II a Cuba.
1999. Noviembre, Elián González secuestrado en Miami.
2000. Junio, Elián regresa a Cuba.
2004. Mayo, plan de Bush para un cambio de régimen en Cuba.
2006. Julio Fidel gravemente enfermo. Deja de aparecer en público.
2007. Marzo, publicación regular de columnas.
2008. Febrero, Raúl Castro sucede a Fidel como presidente.
2009. Fidel reaparece en público.

2012. El papa Benedicto XVI tiene un encuentro con Fidel.

2015. El papa Francisco visita a Fidel.

2016. Fallecimiento de Fidel a los 90 años.

## **Sobre el libro**

Fidel Castro fue durante décadas una de las figuras más fascinantes, pero también más controvertidas, en el escenario mundial. Bajo su liderazgo inquebrantable, la pequeña Cuba logró imponerse mucho más allá de su categoría en la historia mundial.

Esta reveladora biografía ofrece un retrato íntimo y honesto de «El Comandante». El libro te lleva en un viaje a través de su turbulenta vida: desde sus primeros pasos en el activismo político como estudiante en La Habana, hasta la legendaria lucha guerrillera junto a Che Guevara. También aborda ampliamente los años de prisión, exilio y la inevitable fragilidad de su vejez.

En esta historia vemos la transformación de un rebelde en un líder nacional, y de un combatiente en un diplomático táctico. Esta biografía combina lo político con lo personal, y ofrece una mirada fresca y penetrante sobre la revolución cubana y su impacto duradero en la historia mundial.



**Katrien Demuynck** es historiadora y escritora. Ha publicado sobre Cuba y sobre la lucha social de los pueblos indígenas de Norteamérica.

**Marc Vandepitte** es filósofo y economista. Ha publicado libros sobre Cuba, China y las relaciones Norte-Sur.

# Índice

Prólogo

Introducción

1. Infancia turbulenta
2. De estudiante a rebelde
3. El ataque al cuartel Moncada
4. Prisión y exilio
5. Misión imposible en la Sierra
6. Hacia la victoria final
7. De rebelde a estadista
8. La tierra para quien la trabaja
9. En rumbo de colisión con Estados Unidos
10. La invasión de Bahía de Cochinos
11. Al borde de una guerra nuclear
12. Huida fallida hacia adelante
13. Los turbulentos años 80
14. El período especial
15. Las ideas son más importantes que las armas

Epílogo

Testimonios

Bibliografía

Cronología

Sobre el libro